EL HOMBRE EN EL CASTILLO
Philip K. Dick




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

*A mi mujer, Ana, sin cuyo silencio*
*nunca hubiera podido haberse escrito este libro.*

Agradecimientos

La versión del *«I Ching»* o *«Libro de los Cambios»* utilizada en esta novela es la de edición de Richard Wilhelm traducida al inglés por Cary F. Baynes, y publicada por Pantheon Books, en Bollingen Series XIX, 1950, por la Bollingen Foundation Inc., Nueva York.

El *haiku* publicado corresponde a Yosa Buson, traducido por Harold G. Henderson, para la *«Antología de Literatura Japonesa»*, tomo I, recopilada y editada por Donald Keene, Grove Press, 1955, Nueva York.

El *waka* fue escrito por Chiyo y traducido por Daisetz T. Suzuki, en *«Zen y Cultura Japonesa»,* publicado por Pantheon Books, Bollingen Series LXIV, 1959, Bollingen Foundation Inc., Nueva York.

He utilizado mucho *«El surgimiento y la caída del Tercer Reich, una historia de la Alemania nazi»*, de William L. Shirer, publicado por Sacker and Warbug 1960; *«Hitler, un estudio sobre la tiranía»,* de Alan Bullock, Odaham, 1952; *«Los diarios de Goebbels 1942-1943»,* editados y traducidos por Louis P. Lochner para Doubleday & Co. Inc., 1948; *«El libro Tibetano de los muertos»,* recopilado y editado por W. Y. Evans Wentz, Oxford University Press, 1960; *«El zorro del desierto»,* de Paul Carell, publicado por MacDonald, 1960.

También le estoy profundamente agradecido al eminente escritor de *westerns* Will Cook, por su ayuda en cuanto se refiere a utensilios y a todo lo relacionado con el periodo fronterizo de los Estados Unidos de América.

1

Childan había estado esperando el correo durante una semana con ansiedad. Pero el valioso envío procedente de los Estados de las Montañas Rocosas no había llegado. El viernes por la mañana, cuando abrió la tienda y vio que por el suelo no había más que cartas echadas por la boca del buzón, lo primero que pensó fue: «Voy a tener a un cliente enfadado».

Se sirvió una taza de té instantáneo de la máquina de bebidas de cinco centavos que había en la pared y empezó a barrer. No tardó en tener el frente de *Artesanía Artística Americana Inc.* listo para el resto del día, todo limpio y reluciente, con la caja registradora llena de cambio, un jarrón de caléndulas naturales y la radio difundiendo música ambiental. Fuera, por las aceras de la calle Montgomery, los hombres de negocios se apresuraban para llegar a sus oficinas. A lo lejos, podía verse pasar la cabina del funicular; Childan se detuvo unos instantes para contemplarlo todo con verdadero placer. Incluso para echar una mirada a las jóvenes vestidas con trajes de seda multicolor. Sonó el teléfono. Se dio media vuelta para contestar.

-Sí. -Una voz familiar sonó para responderle. El corazón de Childan se sobrecogió.

-Soy el señor Tagomi. ¿Ha llegado ya mi *póster* de reclutamiento en la Guerra Civil? Haga el favor de recordar que me lo prometió la semana pasada. -La voz era exigente, enérgica, poco educada, apenas lo suficiente para mantener las apariencias-. Señor Childan, ¿no le dejé una cantidad a cuenta con esa condición? Es para un regalo, ya se lo expliqué.

-He estado haciendo averiguaciones bastante completas por mi propia cuenta, señor Tagomi, sobre el paquete, y ya se imaginara usted que no han sido dentro de esta región. Así que...

Tagomi le interrumpió.

-De modo que no ha llegado.

-No, señor Tagomi.

Una pausa de hielo.

-No puedo seguir esperando.

-No, señor. -Childan echó un vistazo malhumorado por el escaparate del almacén hacia los edificios de oficinas de San Francisco que se alzaban en el cálido y brillante día.

-Va a tener que buscarme algo a cambio. ¿Usted qué me recomienda, señor Chil*dán*? -Tagomi pronunció mal el nombre deliberadamente, como un insulto que, aunque dentro de las normas, hizo que a Childan le ardieran los oídos. Se dio cuenta de la espantosa realidad de su situación. Todas las aspiraciones, temores y tormentos de Childan aparecieron para mostrarse ante él como eran, y le dejaron hundido, con la lengua paralizada. Con la mano pegada al teléfono, no era capaz de otra cosa que de tartamudear. La atmósfera de la tienda olía a caléndulas, la música seguía sonando, pero él se sentía caer como en un profundo y distante océano.

-Bueno... -consiguió murmurar-. Quizá la mantequera, una máquina de helados de aproximadamente 1900. -Su mente no era capaz de pensar, como si se hubiera quedado en blanco, aturdido. Tenía treinta y ocho años y aún recordaba los días anteriores a la guerra, los tiempos de Franklin D. Roosevelt y la Exposición Mundial, el mundo mejor de ayer-. ¿Quiere que le lleve varios objetos bastante adecuados a su lugar de trabajo?

Concertaron una cita para las dos. Al colgar el teléfono se dio cuenta de

que tendría que cerrar antes la tienda. No tenía elección. Era su obligación mantener el buen nombre ante clientes como Tagomi; el negocio dependía de ellos.

Estaba de pie, temblando aún, cuando se dio cuenta de que alguien, una pareja, había entrado en la tienda. Eran un hombre y una mujer, jóvenes, ambos atractivos, bien vestidos. Ideal. Se tranquilizó y se dirigió con aire profesional, con naturalidad, hacia ellos, sonriendo. Estaban ligeramente inclinados, observando uno de los estantes de exposición, y ya habían tomado un maravilloso cenicero. Casados, supuso. Viven fuera, en la Ciudad de las Nieblas Flotantes, en los nuevos y exclusivos apartamentos de la *Línea del Cielo*, frente a Belmont.

-Hola -dijo, sintiéndose mejor. Le sonrieron sin superioridad, sólo amablemente. Sus escaparates, que eran realmente los mejores de su estilo en toda la costa, les habían causado cierta admiración. Childan se dio cuenta y se lo agradeció. Los jóvenes lo entendieron.

-Son excelentes piezas, señor -dijo el hombre.

Childan asintió de forma espontánea.

Sus ojos destellaban, no sólo por un sentimiento humano, sino también por el regocijo compartido por los objetos que vendía, sus mutuos gustos y satisfacciones. Le agradecían que tuviera cosas como aquéllas para que ellos las pudieran ver, tomar y examinar, incluso observarlas en sus propias manos aunque no las comprasen. No eran baratijas para turistas. No había placas de secuoya en las que pudiera leerse:

MADERAS MUIR, CONDADO DE MARIN,
Estados Americanos del Pacifico

Ni divertidos carteles, ni anillos para las muchachas, ni pósters con vistas del puente. Los ojos de la muchacha eran muy grandes y oscuros. Podría enamorarme de una chica como ésa fácilmente, pensó Childan. Qué vida más triste llevaba. Como si no hubiese tenido ya bastante. Con el bien peinado pelo negro, las uñas pintadas; en las orejas largos pendientes de bronce labrados a mano.

-Los pendientes -murmuró-, ¿acaso los compró aquí?

-No -contestó-. En *casa*.

Childan negó con la cabeza. Ya no había artesanía americana contemporánea. Incluso en una tienda como la suya, sólo podían exhibirse piezas del pasado.

-¿Van a estar aquí mucho tiempo? -preguntó-. ¿En San Francisco?

-Estoy destinado aquí indefinidamente -contestó el hombre-. En la Comisión de Planificación e Investigación sobre el Nivel de Vida en Zonas Pobres. -Su rostro mostraba cierto orgullo. No el orgullo de un militar. No era un recluta tosco de los que van mascando chicle, con ansiosas caras de palurdo, vagando por Market Street, boquiabiertos ante los espectáculos indecentes, las películas X y las casetas de tiro al blanco, las salas de fiesta baratas, con fotos de rubias de mediana edad sujetándose los pezones con dedos arrugados e impúdicos... los garitos del barrio del jazz que forman la mayor parte de la zona de apartamentos de San Francisco, llena de desvencijadas chabolas de estaño y tablas que habían surgido de entre las ruinas antes incluso de que cayera la última bomba. No. Aquel hombre formaba parte de la elite. Culto, educado, más que Tagomi que; al fin y al

cabo, no era más que un oficial de alta graduación en la misión comercial de la costa del Pacífico. Tagomi era un hombre mayor. Su carácter se debía haber formado en los viejos tiempos del Gabinete de Guerra.

-¿Les gustarían unos objetos de artesanía étnica de la cultura tradicional americana? Para regalo son estupendos -les preguntó Childan-. ¿O quizá algo para decorar su apartamento? Si se trata de lo segundo... -Se le aceleró el corazón.

-Una suposición muy acertada -dijo la joven-. Estamos empezando a decorarlo. Un poco indecisos todavía. ¿Cree que podrá aconsejarnos?

-Podría ir a su apartamento, naturalmente -dijo Childan-, y llevarles algunas maletas, así podría surgerirles, allí mismo, lo más indicado para su ambiente. Ésa es nuestra especialidad. -Bajó la vista para ocultar una esperanzada plegaria. Podría tratarse de miles de dólares-. Voy a recibir una mesa de Nueva Inglaterra, de arce, de madera encolada, sin un solo clavo. Es muy hermosa y bastante valiosa. Y un espejo de la época de la guerra de 1812. Y algunas cosas de arte aborigen: un conjunto de esterillas de pelo de cabra teñidas con pigmentos vegetales.

-Yo, personalmente, prefiero el arte urbano.

-Si -contestó Childan ávidamente-. Oiga, señor, tengo un mural de correos del período de los WPA, original, en madera, con cuatro secciones y un retrato de Horace Greely. Es una pieza de incalculable valor para coleccionistas.

-Ah -contestó el hombre con los ojos brillantes.

-Y un gramófono de 1920 transformado en mueble bar.

-Ah.

-Y, escuche, señor, *una foto enmarcada y autografiada de Jean Harlow.*

El joven le miraba con los ojos fuera de las órbitas.

-¿Podríamos llegar a un acuerdo? -dijo Childan, calculando aquel momento psicológico. Del bolsillo interior de la chaqueta sacó una pluma y una agenda-. Tomaré sus nombres y dirección, señor, señora.

Cuando la pareja hubo salido de la tienda, Childan se quedó en pie, con las manos cruzadas a la espalda y mirando la calle. Cuánto le gustaría que todos los días fuesen así... pero se trataba de algo más que de un negocio, se trataba del éxito de su tienda. Era una suerte tratar socialmente a una pareja japonesa, pues le aceptaban más como un hombre que como a un *yank*, o, por lo menos, como a un comerciante que vendía objetos de arte. Si, esta nueva y joven generación ya no recuerda los días que precedieron a la guerra, ni siquiera la propia guerra... eran la esperanza del mundo. Las diferencias de clase no tenían sentido para ellos.

Algún día acabará todo esto, pensó Childan. La misma idea de posición social desaparecerá para siempre. No habrá ni vencedores ni vencidos, sólo personas.

Empezó a pensar con desconfianza al imaginarse llamando a la puerta de la pareja. Examinó las notas. Los Kasoura. Una vez en su casa, seguro que le ofrecerían té. ¿Haría lo correcto? ¿Sabría lo que tenía que hacer y que decir en cada momento? ¿O lo echaría todo a perder él mismo, como un animal, dando un paso en falso?

El nombre de la joven era Betty. Tenía un rostro muy comprensivo, pensó. Aquellos ojos tan simpáticos. Seguro que, pese al poco tiempo que estuvieron en la tienda, se dio cuenta de sus esperanzas y fracasos.

Sus esperanzas... Se sintió repentinamente mareado. ¿Qué aspiraciones

que no rozaran la demencia o el suicidio había tenido? Por lo que sabía de las relaciones entre japoneses y *yanks*, el caso más frecuente era entre un hombre japonés y una mujer *yank*. Aquello... se acobardó ante la idea. Y, además, estaba casada. Apartó de su mente aquellos pensamientos involuntarios y comenzó a abrir el correo de la mañana afanosamente.

Vio que le seguían temblando las manos y se acordó repentinamente de la cita que tenía a las dos con Tagomi. Sus manos al darse cuenta de aquel hecho, dejaron de temblar y su nerviosismo se convirtió en determinación. Tendré que llegar con aleo aceptable, se dijo para sí mismo. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Qué? Una llamada de teléfono. Fuentes. Habilidad en los negocios. Quizá consiguiera un *Ford* del 29 totalmente reformado, hasta con la capota negra. Con algo como aquello mantendría su reputación para siempre. Un aeroplano trimotor del correo embalado con el sello original, descubierto en un granero de Alabama, etc. La cabeza momificada de Búfalo Bill, con la larga melena blanca. Un sensacional artefacto americano. Haría que su reputación llegara al cénit entre los círculos de expertos de todo el Pacifico, sin excluir las islas.

Para inspirarse, lió un cigarrillo de marihuana, un excelente *Tierra de las Sonrisas*.

En su habitación de Hayes Street, Frank Frink estaba tumbado en la cama, pensando en cómo levantarse. El resplandeciente sol pasaba por encima del montón de ropa caída en el suelo. También las gafas. ¿Las pisaría? Tendré que llegar al baño por otro lado, pensó, arrastrándome, o rodando... Le dolía la cabeza, pero no lo lamentaba. Decidió no volver a mirar hacia atrás. ¿Qué hora es? Tenía el reloj en el vestidor. ¡Las once y media! ¡Por el chápiro verde! Pero siguió tumbado.

Estoy despedido, pensó.

Había fallado en la fábrica el día anterior. Había sacado un tema equivocado con Wyndam-Matson, que tenía cara de plato y nariz socrática, un anillo de diamantes y una cremallera de oro. En otras palabras: poder. Un trono. Los pensamientos de Frink empezaron a divagar con inseguridad.

Si, pensó. Y ahora me pondrán en la lista negra. Mi habilidad ya no les es útil. No tengo oficio... quince años de experiencia volatilizados.

Y tendría que comparecer ante la Comisión Justificadora de los Trabajadores para efectuar la revisión de su categoría laboral.

Nunca había llegado a saber qué relaciones tenía Wyndam-Matson con los *pinocs* -las marionetas blancas del Gobierno en Sacramento-, ni tampoco había tenido ocasión de medir el poder de su jefe si se trataba de llegar hasta las verdaderas autoridades: los japoneses. La CJT era una institución manejada por los *pinocs*. Se las vería con cuatro caras redondas de mediana edad que seguirían las órdenes de Wyndam. Si fallaba al justificarse, tendría que irse a una de las Misiones Comerciales de Importación-Exportación que trabajase fuera de Tokio, una de esas compañías con casa en California, Oregon, Washington y la parte de Nevada incluida en los Estados Americanos del Pacifico. Pero si desatendían su petición...

Según estaba tumbado en la cama, mirando fijamente el antiguo enganche del techo, los planes rodaban por su mente. Por ejemplo, podría irse a los Estados de las Montañas Rocosas. Pero estaban muy poco unidos a los Estados Americanos del Pacífico y podrían pedir su extradición. ¿Y en el sur? Echó el cuerpo hacia atrás. Eso no. Por tratarse de un hombre

blanco tendría un buen sitio, incluso mejor que el que tenía en los Estados Americanos del Pacífico. Pero... no le terminaba de gustar. Y lo que era peor aun. El sur era una encrucijada de lazos económicos, ideológicos y sabe Dios qué mas con el Reich. Y Frank Frink era judío.

Su nombre de pila era Frank Frink. Había nacido en la costa este, en Nueva York, y en 1941 le habían destinado a la Armada de los Estados Unidos de América, poco después del colapso de Rusia. Cuando los japoneses tomaron Hawai, fue enviado a la costa oeste. Al acabar la guerra se encontraba en la zona japonesa de la línea divisoria. Y, quince años más tarde, aún seguía allí.

En 1947, el día de la capitulación, se había vuelto más o menos loco. Odiando como odiaba a los japoneses, había jurado venganza. Enterró sus medallas diez pies bajo tierra, en unos cimientos, bien envueltas y engrasadas, para el día en que él y sus camaradas se levantaran de nuevo. No obstante, había pasado por alto que el tiempo lo cura todo. Pensando en aquel momento en todo ello -en el baño de sangre, las purgas de los *pinocs* y sus amos-, se sintió como si estuviera hojeando uno de los viejos *álbumes* de su época de estudiante en la secundaria y haciendo un balance de sus aspiraciones juveniles. Frank «Pez Dorado» Frink había jurado ser paleontólogo y casarse con Norma Prout. Norma Prout era una típica *schönes Mädchen*, y realmente había jurado casarse con ella. Pero todo aquello, por suerte o por desgracia, había ocurrido mucho tiempo antes y ya era sólo como oír a Fred Allen o ver una película de W. C. Fields. Desde 1947 había hablado, con toda seguridad, con 600.000 japoneses y nunca había materializado el deseo de emplear la violencia con ninguno de ellos después de los primeros meses. Aquello carecía ya de importancia.

Pero, un momento. Había un tal Omuro que se había apoderado de una buena parte de los inmuebles en la zona baja de San Francisco y que había sido el propietario de la casa donde vivió Frank durante algún tiempo. Ese tipo era una manzana podrida, pensó. Un tiburón que nunca había tenido escrúpulos, que había hecho las habitaciones cada vez más pequeñas y aumentado los alquileres sin cesar... Omuro había estrujado a los pobres, y especialmente a los que casi rozaban la miseria, a los excombatientes sin empleo durante la crisis de comienzos de los cincuenta. Sin embargo, había sido una de las misiones comerciales japonesas la que le había cortado la cabeza a Omuro por sus especulaciones. En aquellos momentos, tal muestra de dureza, de inflexibilidad, era inaudita según las leyes civiles japonesas. Era una garantía de la incorruptibilidad de la ocupación por parte de los oficiales japoneses, especialmente por los que entraron después de la caída del Gabinete de Guerra.

Pensando en la rigurosa y estoica honestidad de las misiones comerciales, Frink se sintió más seguro. Incluso Wyndam-Matson podría temblar ante un moscardón tan estrepitoso, propietario o no de la Corporación *Wyndam-Matson*. Supongo que realmente tengo fe en esta idea de la Alianza para la Prosperidad del Pacifico, se dijo para sí mismo. Qué extraño. Al volver la vista atrás, hacia los primeros años... En aquel tiempo le hubiera parecido una falacia, propaganda sin sentido, pero ya...

Se levantó de la cama y se encaminó al baño tambaleándose. Mientras se lavaba y afeitaba, escuchó las noticias de mediodía en la radio.

*«No nos riamos de este esfuerzo»*, decía la radio al tiempo que él cerraba monótonamente el grifo del agua caliente.

No, no lo haremos, pensó Frink amargamente. Sabía de qué esfuerzo en particular hablaba la radio. No obstante, y a pesar de todo, había algo de humorístico en todo aquello, en la foto de imposibles y malhumorados alemanes rodando alrededor de Marte, pisando la roja arena que ningún humano había hollado antes. Enjabonándose las mejillas, empezó a canturrear de forma satírica. *Gott, Herr Kreisleiter. Ist dies vielleicht der Ort wo man das Konzentrationslager bilden kann? Das Wetter ist so schön. Heiss, aber doch schön...*

La radio siguió. *«La Civilización de la Coprosperidad debe parar y considerar si en nuestra búsqueda por conseguir un equilibrio real entre los deberes y las responsabilidades unidos a una remuneración...».* La jerga típica de la jerarquía en el poder, acotó Frink. *«... No hemos fallado al percibir que el futuro escenario donde se desarrollarán las acciones humanas, ya se trate de nórdicos, japoneses, negros...».* Y así sucesivamente.

Mientras se vestía saboreó placenteramente la sátira. El tiempo es *schön,* muy *schön,* pero no hay nada que respirar...

Sin embargo, era un hecho. El Pacifico no había hecho nada por la colonización de los planetas. Lo cual afectaba -más bien, obstaculizaba- a Sudamérica. Mientras los alemanes se afanaban para activar un gran sistema de construcción mediante robótica a través del espacio, los japoneses seguían quemando la jungla del interior de Brasil, levantando edificios de apartamentos de ocho pisos para los que no hacia tanto habían sido cazadores de cabezas. Cuando los japoneses lanzaran al espacio su primera nave espacial, los alemanes serían los dueños del Sistema Solar. Si se echaba un vistazo hacia el pasado en el libro de la pintoresca historia antigua, los alemanes se rezagaron cuando el resto de Europa daba los últimos toques a sus Imperios Coloniales. Así que, reflexionó Frank Frink, esta vez no van a ser los últimos. Ya han aprendido la lección.

Y luego se puso a pensar en África y en los experimentos que habían hecho allí los nazis. La sangre se le detuvo en las venas, titubeó durante un momento y luego siguió. Aquella inmensa ruina sin sentido...

La radio decía: *«... Debemos considerar con orgullo el énfasis que ponemos en las necesidades físicas fundamentales de las personas de cualquier lugar, sus aspiraciones subespirituales que deben ser...».*

Frink apagó la radio. Más tarde y más tranquilo la volvió a encender.

¡Por los clavos de Cristo!, pensó. África. Por los fantasmas de las tribus muertas. Aniquiladas para construir una tierra de... ¿qué? Quizá aquello no lo supiera ni el gran arquitecto de Berlín. Grupos autopropulsados, construyendo, trabajando. ¿Construyendo? Demoliendo. Ogros sacados de una exhibición paleontológica, dedicados a la tarea de labrar copas con los cráneos del enemigo, de toda su familia, de sacar industriosamente el contenido -el cerebro puro- y comérselo primero. Más tarde harían prácticos utensilios con los huesos de las piernas de los hombres. Era muy provechoso no sólo el comerse a la gente, sino también comérselos en sus propios cráneos. ¡Los primeros técnicos! Hombres prehistóricos con una bata blanca esterilizada en los laboratorios de una universidad de Berlín, experimentando con los cráneos de los demás, viendo qué piel, orejas y grasa puede implantarse en otros. *Ja. Herr... Doktor*. Un nuevo uso para el dedo gordo. Por ejemplo, uno puede adaptar la articulación para hacer un mecanismo de acción rápida para encender cigarrillos. Ahora sólo falta que *Herr* Krupp pueda producirlos en serie...

Le horrorizaban aquellos pensamientos. El viejo y gigantesco caníbal tan cercano al hombre renacía de nuevo, dominaba el mundo de nuevo. Nos pasamos un millón de años intentando librarnos de él, pensó Frink, y ahora ha vuelto. Y no sólo como adversario... sino como amo.

*«... hemos de deplorar»*, continuaba la radio llena de campanillas amarillas de Tokio. Dios mío, pensó Frink. Y llamamos monos a estos civilizados renacuajos patizambos que no volverán a hacer hornos como no sea para fundir a sus mujeres en cera. *«... y lamentamos en el pasado la horrible pérdida de vidas humanas causada por la fanática lucha que sitúa a la mayoría de los hombres totalmente fuera de la comunidad legal».* Los japoneses eran expertos juristas. *«... Por citar a un santo conocido por todo el mundo en el oeste, ¿qué provecho saca el hombre que conquista el mundo entero pero pierde el alma en la empresa?»*. La radio hizo una pausa. Frink también la hizo mientras se anudaba la corbata. Ya había acabado con sus abluciones matinales.

Tendré que pactar con ello, se dijo. Esté o no en la lista negra, seré hombre muerto si dejo la zona controlada por los japoneses y me dejo ver por el sur o por Europa, en cualquier parte del Reich.

Tendré que razonar con el viejo Wyndam-Matson.

Sentado en la cama, con una taza de té tibio a su lado, Frink bajó su ejemplar del *«I Ching»*. Sacó del tubo de cuero los cuarenta y nueve palillos de milenrama. Se concentró hasta que tuvo controlados los pensamientos y preparadas las preguntas.

En voz alta, dijo:

-¿Cómo lograré acercarme a Wyndam-Matson y llegar con él a un acuerdo decente?

Escribió la pregunta en la pizarra y empezó a agitar los palillos de milenrama pasándolos de una mano a otra hasta que obtuvo la primera línea, el comienzo. Un ocho. Ya tenía prácticamente la mitad de los sesenta y cuatro hexagramas eliminados. Dividió los palillos y sacó la segunda línea. Como era bastante experto, no tardó en conseguir las seis líneas. El hexagrama estaba ante él y no necesitó identificarlo por los diagramas. Ch'ien. Modestia. ¡Ah! Lo bajo subirá y lo alto bajará, las familias poderosas serán humilladas. No tuvo que consultar el texto. Un buen presagio. El oráculo le estaba dando un consejo favorable.

Pero, enseguida, se contrarió ligeramente. Había algo fatuo relacionado con el hexagrama quince. Demasiado bueno... bueno... Naturalmente. Tenía que ser modesto. Quizá planteaba la idea de que él mismo no tuviera ningún poder sobre el viejo Wyndam-Matson. No podía obligarle a retroceder. Lo más que podía hacer era adoptar el punto de vista del hexagrama número quince. Aquél era un momento para que uno pidiera. Esperar, esperar con fe. Ya se ocuparía el cielo, llegado el momento, de levantarle y devolverle a su antiguo puesto o, quizá, darle algo todavía mejor.

No había más líneas que pudiera leer, ni nueves, ni seises; estaba estático. Había concluido. No se desplazó a un segundo hexagrama.

Otra pregunta. Se preparó y, de nuevo en voz alta, dijo:

-¿Volveré a ver a Juliana?

Juliana era su mujer. O mejor, su ex mujer. Juliana se había divorciado de él un año antes, y llevaba meses sin verla; de hecho, ni siquiera sabía dónde vivía. Evidentemente, había abandonado San Francisco. Hasta puede que hubiera salido de los Estados Americanos del Pacifico. Sus íntimos

amigos o no sabían nada de ella o no se lo querían decir.

Afanosamente, manipuló los palillos de milenrama, con los ojos fijos en las varillas. ¿Cuántas veces había preguntado esto o aquello sobre Juliana? Allí estaba el hexagrama. Nacido por medio del movimiento y del azar pasivo de los palillos de madera. De forma fortuita, aunque siempre enraizados con el momento que vivía, en el momento en que su vida se relacionaba con todas las otras vidas y partículas del Universo. El hexagrama necesario para representar en su patrón las líneas de demarcación de lo que estaba roto y de lo que no lo estaba. Él mismo, Juliana, la fábrica de Gough Street, las misiones comerciales, la exploración de los planetas, los mil millones amontonados en África que ya ni siquiera eran cadáveres, las aspiraciones que tenían los millares de seres humanos que vivían a su alrededor en las chabolas de San Francisco, los locos de Berlín con sus apacibles rostros y maléficos planes... todos conectados en aquel preciso momento para que los palillos de milenrama seleccionaran la exacta y apropiada sabiduría por mediación de un libro escrito treinta y ocho siglos antes de Cristo. Un libro hecho por los sabios de China cinco años antes, depurado y perfeccionado para hacer una soberbia cosmología... y ciencia... codificado antes de que en Europa se hubiera descubierto la división.

El hexagrama. Su corazón desfalleció. Cuarenta y cuatro. Kou. Camino del encuentro. El grave juicio. *La doncella es poderosa. Uno no debe casarse con una doncella así.* Otra vez le había llevado a relacionarse con Juliana.

*Oy vey,* pensó, deteniéndose. Así que estaba equivocada. Lo sé. No he preguntado esto. ¿Qué me quiere hacer recordar el oráculo? Que fue mala suerte que la conociera y me enamorase de ella... y que todavía siga enamorado de ella.

Juliana, la mujer más hermosa con que había estado casado. Cabello y ojos negro azabache, cantidad de huellas españolas distribuidas como puro color, incluso los labios. El paso elástico y silencioso, con zapatos planos abandonados desde la escuela superior. Efectivamente, su ropa tenía un aspecto gastado y daba la impresión de ser vieja y de haber sido lavada muchas veces. Habían estado arruinados tanto tiempo que, a pesar de su aspecto, Juliana había tenido que vestir un suéter de algodón, una chaqueta de paño con cremallera, falda marrón de lana y unos calcetines cortos; le odiaba por ello y también la ropa, pues le daba el aspecto de ser una jugadora de tenis o (lo que era peor) el de una mujer que recolectase champiñones en el bosque.

Lo que más le había atraído de ella fue la excéntrica expresión; sin motivo, Juliana saludaba a desconocidos con una portentosa y tonta sonrisa parecida a la de Mona Lisa que les dejaba cortados, sin que supieran si contestar hola o no. Y era tan atractiva que casi siempre contestaban para que Juliana, acto seguido, se esfumase. Al principio, Frink pensó que se trataba simplemente de mala vista, pero acabó por decidir que aquello revelaba una redomada, o mejor dicho, oculta estupidez integral. Así que finalmente su dudosa forma de saludar a los extraños le aburrió, lo mismo que su pose silenciosa, algo así como si dijera «soy una misteriosa mensajera que va y viene». Pero, incluso entonces, casi al final, cuando ya habían discutido demasiadas veces, Frink la siguió viendo como una directa y literal invención de Dios, algo que había caído en su vida sin que pudiera nunca saber por qué. Y, a pesar de todo, con una especie de intuición religiosa, quizá de fe en ella, no había superado haberla perdido.

Parecía estar tan cerca... como si aún le perteneciera. Aquel espíritu, todavía mezclado en su vida, parecía hallarse en su habitación, buscando... Juliana lo buscaba todo. Y no salía de su mente cada vez que consultaba el oráculo.

Sentado en la cama, rodeado por un silencioso desorden, preparándose para salir y comenzar el día, Frank Frink se preguntaba quién más en la vasta y complicada ciudad de San Francisco estaba en aquel mismo momento consultando el oráculo. ¿Estarían obteniendo consejos igual de oscuros que los suyos? ¿Era para ellos el temor del momento tan adverso como para él?

## 2

Nobusuke Tagomi se hallaba sentado, consultando el Quinto Libro de la Divina Sabiduría de Confucio, el oráculo taoista llamado *«I Ching»* o *«Libro de los Cambios»* durante siglos. Había empezado a medio día a sentirse un poco aprensivo con respecto a la cita con Childan. Faltaban ya sólo dos horas.

Sus oficinas se hallaban en el piso veintiocho del edificio del *Nippon Times*, en donde la Taylor Street se unía con la bahía. A través del muro de cristal, podía observar los barcos que pasaban ininterrumpidamente por debajo del puente Golden Gate. En aquel momento, podía ver un carguero justo detrás de Alcatraz. Pero aquello, a Tagomi, le traía sin cuidado. Se fue hacia la pared y desató las cuerdas que sujetaban la persiana de bambú; la bajó. La amplia oficina se oscureció. Ya no era necesario que cerrara los ojos contra el desamparo; ya podía pensar con más claridad.

Estaba fuera de su alcance complacer a su cliente, decidió. Importaba ya muy poco con lo que pudiera aparecer Childan. Su cliente no se impresionaría. Vamos a pensar sobre todo esto, se dijo interiormente. Por lo menos, vamos a intentar que no quede insatisfecho.

Podemos abstenernos de insultarle con un regalo fuera de tono.

El cliente no tardaría en aterrizar en el aeropuerto de San Francisco, en un Messerschmitt 9E, la nueva aeronave alemana. Tagomi nunca había montado a bordo de un avión como aquél. Cuando conociese a Baynes, tendría que tener mucho cuidado si quería dar la impresión de estar ya de vuelta de todo, sin dar ninguna importancia a lo grande que pudiera ser la nave. Para practicar, permaneció en pie ante el espejo de la pared del despacho, con la cara circunspecta, medio preocupada, observando mientras tanto sus frías facciones por ver si detectaba algún defecto. Sí, son muy ruidosos, señor Baynes. Uno no puede leer. Pero, no se olvide, sin embargo, de que en el vuelo de Estocolmo a San Francisco sólo tardó cuarenta y cinco minutos. Así que... ¿Quizá unas palabritas sobre los excelentes mecánicos alemanes? Supongo que habrá oído por la radio lo del accidente de Madagascar. Debo decir que hay que apuntar un tanto a favor de los viejos aviones de hélice.

Es esencial evitar la política. Él mismo desconocía las opiniones sobre los temas punteros más actuales. Además, siempre podía darse el caso de que Baynes, siendo sueco, fuese neutral. De momento, había elegido la Lufthansa en vez de las SAS. Una cautelosa estrategia. Señor Baynes, dicen que *Herr* Bormann está bastante enfermo. ¿Va a ser elegido un nuevo canciller del Reich por el partido a lo largo de este otoño? Hay demasiados

secretos entre el Pacífico y el Reich.

Tenía, en el cajón de la mesa, un reciente artículo de Baynes publicado por el *«New York Times»*. Tagomi se dedicó a estudiarlo críticamente, inclinándose sobre él lo suficiente como para que sus lentes de contacto no percibieran los fallos y correcciones. El discurso tenía que ver con la necesidad de hacer exploraciones nuevamente -¿para el 98?- para hallar fuentes de agua en la Luna. «Aún tenemos que resolver este desgarrador dilema», había subrayado Baynes. «Es nuestro vecino más cercano, y el más ingrato si despreciamos los propósitos militares». *¡Sic!*, pensó Tagomi, utilizando una grandilocuente palabra latina. Ve a los militares con desconfianza, apuntó mentalmente.

Tagomi pulsó el botón del intercomunicador.

-Señorita Ephreikian -dijo-, me gustaría que me trajera la grabadora.

La puerta del despacho se abrió y apareció la señorita Ephreikian, adornada aquel día con agradables flores azules prendidas al pelo.

-Lilas -observó Tagomi. En otro tiempo, mucho antes, había sido un floricultor profesional, en Hokkaido.

La señorita Ephreikian asintió. Era una muchacha americana, alta y morena.

-¿Preparada con el mando de alta velocidad? -preguntó Tagomi.

-Sí, señor Tagomi. -La señorita Ephreikian se sentó y puso en marcha la grabadora portátil.

Tagomi empezó a hablar.

-He consultado el oráculo. ¿Será provechosa la reunión que mantendré con el señor Childan? Obtuve, para mi consternación, un hexagrama inquietante, La Preponderancia de lo Grande. El caballete se está hundiendo. Demasiado peso en el centro. Todo está desequilibrado. Claramente fuera del Tao... -La grabadora chirriaba.

Tagomi reflexionó mientras hacía una pausa.

La señorita Ephreikian le observó expectante. El chirrido cesó.

-Haga pasar al señor Ramsey un momento, por favor -dijo Tagomi.

-Sí, señor Tagomi -dijo, levantándose y dejando en el suelo la grabadora. Resonaron los tacones mientras salía del despacho.

Ramsey apareció con una enorme carpeta llena de cartas de embarque bajo el brazo. Joven, sonriente; avanzó. Llevaba una corbata de las que se usaban en las llanuras del Medio Oeste americano, camisa de cuadros y vaqueros azules sin cinturón, de esos que estaban tan a la moda entre la gente bien.

-¿Qué hay, señor Tagomi? -dijo-. Bonito día.

Se movió bruscamente y saludó.

-He estado consultando el oráculo -dijo Tagomi al tiempo que la señorita Ephreikian se volvía a sentar para encargarse de la grabadora-. Como usted sabe, el señor Baynes está a punto de llegar en persona. Su ideología es nórdica, al menos en lo referente a la llamada cultura oriental. Me gustaría esforzarme por iluminarle en el camino de una nueva comprensión de nuestra cultura con auténticas obras chinas y con pergaminos o cerámica de nuestro período Tokugawa... pero, pese a todo, nuestra tarea no es convertir.

-Ya veo -dijo Ramsey mientras su rostro caucasiano se retorcía por la dolorosa concentración.

-Así que le ofreceremos un artículo americano no muy caro, a fin de no chocar con sus prejuicios...

-Sí.

-Usted, señor, es de origen americano. Y aun así se ha tomado la molestia de oscurecer el color de su piel -apuntó a Ramsey.

-Es un bronceado conseguido mediante lámparas de rayos ultravioleta -murmuró Ramsey-, y tomando vitamina D. -Pese a todo, su expresión humillada le estaba traicionando-. Le aseguro que mis raíces son... -balbuceó Ramsey-. No he roto todos los lazos con los patrones étnicos nativos.

-Vamos a seguir -le dijo Tagomi a la señorita Ephreikian.

La grabadora chirrió nuevamente.

-He consultado el oráculo y obtenido el hexagrama 28, Ta Kuo, con una línea desfavorable de nueve en quinto lugar. Decía:

*Un álamo marchito floreció.*
*Una mujer anciana consigue marido.*
*Sin pena ni gloria.*

-Esto indica con toda claridad que el señor Childan no tendrá nada valioso que ofrecernos a las dos de la tarde. -Tagomi hizo una pausa-. Seamos sinceros. No me puedo fiar de mi propio juicio en lo que respecta a objetos de arte americano. Por eso es por lo que... -dudó un instante, mientras rebuscaba los términos adecuados-... es por lo que le necesitamos a usted, señor Ramsey, porque es usted la única persona entre nosotros que podría decirlo, ya que es *nativo*. Es evidente que tenemos que procurar esforzarnos.

Ramsey no contestó. Pese a todo, a pesar de sus esfuerzos por ocultarlo, su expresión era la de hallarse herido, amargado y con una reacción de frustración.

-Ahora, bien -siguió diciendo Tagomi-, he vuelto a consultar el oráculo. Por razones políticas, no puedo informarle de la pregunta, señor Ramsey. -En otras palabras, por su tono quería decir que tanto él como su especie *pinoc* no tenían por qué estar enterados de las cuestiones verdaderamente importantes que manejaban los nipones-. Sólo les diré que obtuve la respuesta más provocativa y que me he visto obligado a meditar sobre ella profundamente.

Tanto Ramsey como la señorita Ephreikian le observaron atentamente.

-Tiene que ver con el señor Baynes -dijo Tagomi.

Ambos asintieron.

-En mi pregunta con respecto al señor Baynes, las operaciones ocultas del Tao me ofrecieron el hexagrama cuarenta y seis. Un buen juicio. Y las líneas de seis del principio y nueve en segundo lugar. -Su pregunta había sido: ¿Seré capaz de negociar con éxito con el señor Baynes? El nueve del segundo puesto le había asegurado que lo lograría. Leyó:

*Si no es sincero.*
*No importa que el presente sea pequeño.*
*No hay culpa.*

Obviamente, Baynes quedaría satisfecho con cualquier regalo que recibiese de las misiones comerciales por mediación de las buenas acciones de Baynes. Pero Tagomi, al hacer la pregunta, tenía presente una duda más profunda de la que apenas era consciente. Y, lo mismo que tantas otras

veces, el oráculo había percibido aquella duda fundamental y, además de contestar a la primera, contestaba directamente a la duda subliminal.

-Como ya sabemos -dijo Tagomi-, el señor Baynes nos ofrecerá un estudio detallado de nuevos moldes de inyección desarrollados en Suecia. Si cerramos con éxito un contrato con su firma, sin duda lograremos sustituir muchos metales actuales, bastante escasos, por plásticos.

Durante años, el Pacífico había estado intentando conseguir una existencia básica en el campo de las fibras sintéticas a través del Reich. Sin embargo, las grandes marcas químicas alemanas, e *I. G. Farben* en particular, se habían resistido a cederles sus patentes; de hecho, habían creado un monopolio mundial en el terreno de los plásticos, especialmente en el campo de los poliestirenos. Así que el comercio del Reich había aventajado al propio Pacifico en cuanto a su comercio interno y, además, el Reich estaba ya por lo menos diez años por delante. Las naves robot interplanetarias que salían de Festung, Europa, eran fabricadas principalmente con plásticos muy resistentes al calor, muy ligeros de peso y tan duros que eran capaces de resistir impactos de meteoritos bastante grandes. El Pacifico no tenía nada similar; las fibras naturales, como la madera, se seguían utilizando y, por supuesto, las usuales aleaciones de cobre y plomo. Tagomi se sentía muy humillado cada vez que pensaba en ello. Había tenido ocasión de ver en las ferias comerciales algunos de los más modernos trabajos alemanes, incluido un automóvil, por ejemplo, construido totalmente con materiales sintéticos, el DSS, *Der Schnelle Spuk*, que venía a venderse por unos seiscientos dólares en moneda de los Estados Americanos del Pacifico.

Pero la pregunta oculta, la que no podía revelar a los *pinocs* que no dejaban de deambular por las misiones comerciales, tenía que ver con cierto aspecto de Baynes que se había insinuado según el cable cifrado recibido de Tokio. En primer lugar, el material codificado era bastante infrecuente y, normalmente, sólo tenía que ver con materias de seguridad, no con asuntos comerciales. Y la clave empleada había sido de tipo metafórico, utilizando las alusiones poéticas que se usaban para interferir los monitores del Reich, capaces de descifrar cualquier código literal sin importar lo elaborado que estuviera. De modo que se había contado con la detección por parte del Reich al enviar el mensaje. No era cosa, pues, de las desleales camarillas de las islas. Su frase clave era «leche descremada en su dieta», hablando del *Delantal*, la canción infantil que difundió la doctrina... «Las cosas rara vez son como se ven; la nata se disfraza de crema» y el *«I Ching»,* al consultarlo Tagomi, había fortalecido la señal. El comentario fue:

> *Aquí un hombre fuerte se presupone. Es cierto que no encaja con su ambiente, en vista de que es demasiado brusco y da muy poca importancia a la forma. Pero es honrado de carácter y responde con respuestas...*

La señal era que Baynes no era lo que aparentaba. Su objetivo en aquel momento para ir a San Francisco no era firmar un contrato de moldes de inyección. La verdad era que Baynes era un espía.

Pero, por su experiencia, Tagomi no podía imaginarse ni qué clase de espía era ni para quién trabajaba realmente Baynes.

A la una y cuarenta minutos de aquel mismo día por la tarde, Robert Childan, bastante disgustado, cerraba la puerta principal de la tienda *Artesanía Artística Americana Inc.* Arrastró las pesadas maletas hasta la acera e hizo señas a un pedetaxi. Le dijo al *chink* que le llevara al edificio del *Nippon Times.*

El *chink,* de rostro delgado, encorvado y sudoroso, le saludó semi-inconscientemente y empezó a cargar las maletas de Childan en el pedetaxi. Tras ayudarle a entrar al tapizado asiento, el *chink* puso en marcha el contador, se montó en su sitio y pedaleó por la calle Montgomery entre coches y autobuses.

Childan se había pasado todo el día buscando algo para Tagomi y se hallaba extenuado tanto por la amargura como por la ansiedad mientras veía pasar ante él los edificios. Y, poco después... aparte de otras cosas, el triunfo tiene esa habilidad especial... Había conseguido el objeto adecuado para Tagomi; éste se tranquilizaría y su cliente, fuese quien fuese, quedaría muy contento. Siempre satisfago a mis clientes, pensó Childan.

Casi milagrosamente, había conseguido obtener un ejemplar casi nuevo del volumen 1, número 1, de los *«Tip Top Comics»*. Impreso en la década de los treinta, era una valiosísima obra de arte norteamericana, uno de los primeros tebeos de humor, un objeto muy buscado entre los coleccionistas. Por supuesto, llevaba más cosas en las maletas, y las enseñaría primero. Iría subiendo gradualmente hasta llegar al tebeo, bien guardado en una caja de cuero y envuelto en papel de seda en el centro de la maleta más grande.

La radio del pedetaxi gritaba canciones populares, compitiendo con las radios de los otros taxis, coches y autobuses. Childan no las oía; estaba acostumbrado al ruido. Tampoco veía los enormes luminosos de neón que con permanentes parpadeos ocultaban las fachadas aun de los edificios más grandes. Después de todo, también él tenía un luminoso; parpadeaba intermitentemente toda la noche, haciendo compañía a los demás. ¿De qué otra forma podía anunciarse uno? Había que ser realista.

La verdad era que los rugidos de los aparatos de radio, el ruido del tráfico, los luminosos y la gente le arrullaban. Le quitaban de encima las preocupaciones. Y, además, resultaba agradable que le llevase a uno otro ser humano, sentir los tensos músculos del *chink* en los regulares movimientos del pedetaxi; era como una máquina de relajación, reflexionó Childan. Era mucho más agradable dejarse llevar que tener que pedalear. Y, ¿por qué no?, era agradable sentirse de vez en cuando en un puesto superior.

Se sintió culpable y se espabiló. Tenía que planear muchas cosas. No había tiempo para soñar despierto. Era mediodía. ¿Estaba adecuadamente vestido para entrar en el edificio del *Nippon Times*? Seguramente se mearía en el ascensor de alta velocidad. Pero tenía pastillas contra el mareo, un compuesto alemán. Las diferentes formas de presentarse... las conocía todas. A quién tratar con cortesía, a quién con rudeza. Brusco con el portero, el ascensorista, la recepcionista, el guía, el personal de servicios. Reverencias a todos los japoneses, por supuesto, aunque tuviese que hacer doscientas reverencias. Pero los *pinocs*... con ellos estaba un poco confuso. Un saludo, pero con la mirada perdida, sin mirarles, como si no existieran. ¿Cubriría con eso todas las situaciones? ¿Y si se encontraba con algún visitante extranjero? A veces, se veían alemanes en las misiones comerciales, y también neutrales.

Y, además, podía ver a algún esclavo.

Al puerto de San Francisco siempre llegaban barcos alemanes o procedentes del sur y a los negros se les permitía ir allí por cortos períodos de tiempo. Siempre en grupos de menos de tres. Ni podían ir por la calle al anochecer. Aun en la jurisdicción del Pacífico, debían obedecer el toque de queda. Pero los esclavos también desembarcaban en el puerto y se quedaban a vivir en tierra en chozas bajo los muelles, justo por encima del nivel del agua. No se encontraría a ninguno en las oficinas de la misión comercial, pero, si en aquel momento, por ejemplo, estaban descargando algo... ¿Debía llevar él mismo las maletas hasta el despacho de Tagomi? Por supuesto que no, aunque tuviese que esperar durante horas, encontraría un esclavo, aunque llegase tarde a la cita. No cabía duda: un esclavo no tenía que verle cargando nada. Tendría que andarse con mucho cuidado con aquello. Un error de aquel tipo podía costarle muy caro. Nunca volvería a tener la más mínima clase ante los que le vieran.

En cierto modo, pensó Childan, me gustaría llevar las maletas yo mismo y entrar en el edificio del *Nippon Times* a plena luz del día. Sería un buen gesto. No era ilegal, no podían meterle en la cárcel y así mostraría su forma de pensar, la parte que nunca enseña un hombre en su vida pública. Pero...

Podría hacerlo, siguió pensando, si esos malditos negros no estuviesen por ahí. No podría soportar que lo vieran los que están por debajo de mí sin humillación... A fin de cuentas, ellos hacen que me avergüence y me humille todos los días. Pero no les daré el gustazo a esos tipos inferiores de que me vean y se rían de mí... Como ese *chink* que pedalea ahí delante. Si no hubiese tomado el pedetaxi y me hubieran visto ir caminando a una cita de negocios.

Los culpables de aquella situación eran los alemanes. Con su tendencia a meterse en la boca más de lo que podían masticar. A fin de cuentas, apenas habían ganado la guerra cuando ya estaban partiendo a la conquista del Sistema Solar. Y, entre tanto, en su propio país, dictaban leyes que... al menos la idea era buena. Y, a pesar de todo, habían tenido éxito con los judíos y los gitanos, y con los evangelistas. Y habían conseguido que los esclavos retrocedieran dos mil años en su propio terreno, en Asia. Para alivio de todos, habían sido expulsados completamente de Europa. Para que volviesen a montar en yak y a cazar con arcos y flechas. Y todas esas revistas impresas en Munich, a todo color, que circulaban por todas las librerías y quioscos... Uno podía ver a todos aquellos rubios de ojos azules que sembraban y cosechaban fructíferamente el gran granero del mundo: Ucrania. Todos ellos parecían felices. Y sus granjas y sus casas parecían tan limpias. Ya no se veían fotos de polacos borrachos, tirados en porches desvencijados y vendiendo nabos esmirriados en el mercado del pueblo. Todo aquello pertenecía al pasado, como los caminos llenos de barro que hacían que los coches se atascasen en la temporada de lluvias.

En cuanto a África... allí se les había ido la mano en su afán de dejar en todo lo mejor de ellos mismos, y había que admirarlos, aunque quizá hubiese sido más prudente esperar un poquito a que se hubiera completado el programa de las granjas. Los nazis habían demostrado «allí» todo su genio. Su fondo de artistas había surgido. El embotellado mar Mediterráneo había sido drenado, convertido en campos de labranza mediante la energía nuclear. ¡Qué imaginación! Los que se reían a escondidas se habían tenido que callar... ciertos comerciantes de la calle Montgomery, por poner un ejemplo. Y, realmente, África, en gran medida, había sido un éxito, aunque

un proyecto de aquella envergadura fuese casi una palabra ominosa de pronunciarse.

Había aparecido por primera vez en el famoso e influyente panfleto de Rosenberg, en 1958; la palabra se había publicado allí inicialmente. «*En cuanto a la solución final del problema africano, hemos completado prácticamente nuestros objetivos. Sin embargo, lamentablemente...*».

Para eliminar a los americanos aborígenes se habían necesitado casi doscientos años; los alemanes lo habían conseguido en África en menos de quince. Así que las críticas estaban fuera de lugar. Childan había discutido recientemente sobre aquel tema mientras comía con algunos comerciantes. Evidentemente, esperaban milagros, como si los nazis pudieran remodelar el mundo por arte de magia. No, lo importante era su ciencia, su tecnología, su gran capacidad de trabajo. Los alemanes nunca se detenían para mirarse la barriga. Y, cuando hacían una cosa, la hacían *bien.*

Y, además, los vuelos a Marte habían desviado la atención del mundo de los problemas en África. De forma que todo quedaba reducido a lo que les había dicho él mismo a los comerciantes. Los nazis tienen lo que a nosotros nos falta: nobleza. Se les puede admirar por su amor al trabajo, a la eficiencia... pero lo más importante son sus ideas. Los viajes espaciales, primero a la Luna, después a Marte. ¿Acaso no son ésos los más antiguos sueños del hombre, nuestra mayor esperanza de gloria? A los japoneses, por su parte, les conozco muy bien. Hago negocios con ellos, trato todos los días con ellos. Son -admitámoslo- orientales. Amarillos. Y nosotros, los blancos, tenemos que hacerles reverencias porque están en el poder. Pero nuestras miras están en los alemanes. Vemos lo que se puede hacer allí donde los blancos han sido los conquistadores... y es algo muy diferente.

-Nos estamos acercando al edificio del *Nippon Times*, señor -dijo el *chink* respirando con fatiga tras haber acabado de subir la cuesta. Luego, frenó.

Childan trató de imaginarse al cliente de Tagomi. Sin lugar a dudas, sería un hombre muy importante. El tono de Tagomi hablando por teléfono, su gran agitación, se lo habían venido a demostrar. Childan evocó a uno de sus clientes más importantes, el que le había ayudado a establecer su reputación por toda la zona de la bahía y sus habitantes.

Cuatro años atrás, Childan no era, como en aquel momento, un especialista en objetos raros. En aquel tiempo, vendía libros de segunda mano en un tenderete mal iluminado en Geary. En las tiendas de alrededor se vendían objetos y muebles de segunda mano o se lavaba ropa. No era un vecindario agradable. De noche, por las aceras, se producían robos a mano armada, incluso violaciones, a pesar de los esfuerzos del departamento de policía de San Francisco y del *Kempeitai*, las autoridades japonesas. Cuando terminaban la jornada, todos los escaparates quedaban protegidos con rejas de hierro para prevenir el que forzasen la entrada. Y no obstante, una vez llegó a aquel barrio un antiguo oficial japonés, el Mayor Ito Humo. Alto, delgado, canoso, muy rígido, fue el Mayor Humo quien le dio a Childan la primera idea de lo que podía hacerse con mercancía de aquel tipo.

-Soy coleccionista -le explicó el Mayor Humo.

Se tiró casi toda la tarde revolviendo los montones de revistas viejas y le había explicado con voz suave algo que Childan no entendió entonces. Para muchos japoneses adinerados y cultos, los objetos históricos de la civilización popular norteamericana tenían el mismo interés que las verdaderas antigüedades. Por qué era así, ni el Mayor lo sabía. Él,

personalmente, era muy aficionado a coleccionar viejas revistas que hablasen sobre botones de bronce, y, además, coleccionaba aquellos botones. Era algo parecido a coleccionar monedas o sellos. No tenía explicación racional. Y se pagaban precios muy altos por los coleccionistas adinerados.

-Le pondré un ejemplo -le dijo el mayor-. ¿Sabe lo que son *«Los Horrores de la Guerra»*?

El Mayor observó a Childan ávidamente.

Haciendo memoria, Childan recordó al fin. Los cromos que los comerciantes regalaban con los chicles a los chicos, años atrás, siendo él aún un niño. A centavo la pieza. Había varias series, y cada uno de los cromos representaba un horror diferente.

-Un buen amigo mío -siguió explicándole el Mayor- colecciona *«Los Horrores de la Guerra»*. Solo le falta *«El Hundimiento del Panay»*. Ha ofrecido una buena cantidad de dinero por ese cromo en particular.

-Cromos que tirábamos al aire -dijo Childan en aquel preciso instante.

-¿Señor?

-Los tirábamos al aire. Los cromos tenían cara y cruz. -Childan tendría unos ocho años-. Cada uno de nosotros teníamos un montón de cromos. Nos poníamos uno frente al otro, lanzábamos los cromos al aire y el cromo que cayera de cara, la del dibujo, vencía, y su dueño ganaba el otro cromo. -Qué agradable resultaba recordar aquellos felices días de su infancia.

Tras escuchar, el Mayor Humo le dijo:

-Mi amigo me ha hablado mucho de esos cromos de *«Los Horrores de la Guerra»*, pero nunca me había mencionado nada de todo esto. En mi opinión, él no sabe exactamente cómo se usaban esos cromos.

Días después, el amigo del Mayor acudió a la tienda para escuchar de boca de Childan aquel relato histórico. El hombre, otro oficial retirado de la armada imperial, se quedó boquiabierto.

-¡Chapas! -exclamó Childan sin reprimirse.

El japonés parpadeó sin comprender.

-Solíamos coleccionar las de las botellas de leche cuando éramos niños. Las tapas redondas que llevaban las botellas con el nombre de la lechería. Por entonces debía haber miles de lecherías en los Estados Unidos. Y todas y cada una de ellas imprimía su nombre en las chapas.

Los ojos del oficial centellearon.

-¿Conserva usted alguna de esas colecciones, señor?

Childan no las tenía, pero... probablemente era factible que aún se pudieran obtener las viejas y requeteolvidadas tapas de los días de antes de la guerra, cuando la leche se distribuía en botellas de cristal y no en los cartones pasteurizados desechables.

Y así fue como por las chapas, se metió en el negocio. Otros abrieron también tiendas similares, aprovechando la creciente locura de los japoneses hacia las cosas americanas... pero Childan siempre contó con la ventaja de haber sido el primero.

-Su cuenta, señor -dijo el *chink* sacándole de sus meditaciones-. Es un dólar, señor. -Ya había descargado las maletas y estaba esperando.

Childan pagó distraídamente. Sí, el cliente de Tagomi será muy parecido al Mayor Humo; por lo menos, pienso cáusticamente sobre mi propio punto de vista. Había tratado con tantos japoneses... pero aún le costaba diferenciarlos. Había individuos robustos, parecidos a luchadores. Otros con

aspecto de tenderos. Otros con pinta de jardineros y cultivadores de *bonsais*... Childan tenía sus propias clasificaciones. Y los jóvenes, que para él no parecían japoneses en absoluto. El cliente de Tagomi sería, con toda seguridad, un hombre de negocios corpulento y que fumaba puros filipinos.

Se encontró de pronto ante el edificio del *Nippon Times*, con las maletas a su lado, en la acera. A Childan le recorrió un escalofrío. ¡Supongamos que el cliente no es japonés! Cuanto llevaba en las maletas lo había seleccionado teniendo en cuenta los gustos y preferencias de los japoneses...

Pero el hombre tenía que ser japonés. Un póster de reclutamiento para la Guerra Civil había sido el primer encargo de Tagomi; y sólo a un japonés le podía interesar una reliquia como aquélla. Muy acorde con sus manías de lo trivial, su fascinación legalista por los documentos, proclamas y anuncios. Recordó a uno que había dedicado sus ratos de ocio a coleccionar anuncios de periódico de medicinas patentadas en 1900.

En realidad, había otros problemas importantes que atender. Más urgentes. Hombres y mujeres, todos bien trajeados, cruzaban a toda prisa por las puertas del edificio del *Nippon Times*. Al oír sus voces se puso en marcha. Childan levantó la vista. Era el rascacielos más alto de San Francisco. Lleno de oficinas, ventanas, el fabuloso diseño de los arquitectos japoneses y el jardín que lo rodeaba, lleno de siemprevivas, rocas, un paisaje *karesansui*, con senderos de arena que imitaban riachuelos secos y que serpenteaban entre los arbustos y piedras planas irregulares...

Vio a un negro cargando equipaje y que se quedaba libre. Childan le llamó inmediatamente.

-¡Mozo! -El negro salió al trote hacia él, sonriendo-. Al piso veinte -dijo Childan con su voz más áspera-. Oficina B. Enseguida.

Señaló las maletas y salió andando sin siquiera mirar hacia atrás y entró en el edificio.

Un momento más tarde fue arrastrado hacia uno de los ascensores automáticos. La mayor parte de la gente que le rodeaba era japonesa, brillándoles las aseadas caras con la brillante luz del ascensor. Childan notó que se mareaba al sentir el rápido centelleo de las puertas al pasar. Cerró los ojos, plantó firmemente los pies y rezó para que la subida parase cuanto antes. El negro, por supuesto, había tomado el ascensor de servicio para subir las maletas. No se le hubiera consentido, bajo ningún concepto, entrar con él. De hecho -Childan abrió los ojos y miró a su alrededor un momento- era uno de los pocos blancos que viajaban en el ascensor.

Cuando el elevador se detuvo en el piso veinte, Childan saludó amablemente con una reverencia, preparándose ya para la cita en las oficinas de Tagomi.

## 3

Atardecía. Al mirar hacia arriba, Juliana Frink vio el punto luminoso que dibujaba un arco en el cielo según desaparecía por el oeste. Una de esas naves nazis, se dijo a sí misma. Vuela hacia la costa. Repleta de hombres importantes. Y yo aquí. Saludó con la mano a la nave, que, por supuesto, ya había desaparecido.

Las sombras avanzaban desde las Montañas Rocosas. Anochecía en los picos azules. Una bandada de lentos pájaros migratorios volaba describiendo

un recorrido paralelo al de las montañas. Aquí y allá, un coche encendía las luces; y los pares de luces avanzaban por la carretera. Casas.

Juliana había vivido unos cuantos meses en Canon City, Colorado. Era instructora de judo.

Había terminado ya con el trabajo del día y se estaba preparando para darse una ducha. Se sentía cansada. Y todas las duchas estaban ocupadas por los clientes del gimnasio *Ray*, así que esperaba en pie, fuera, a la intemperie, disfrutando del aroma del aire de las montañas, de la tranquilidad. Cuanto escuchaba en aquel momento eran los lejanos murmullos procedentes de la hamburguesería que había bajando por la carretera al final de la cuesta. Dos grandes camiones diesel habían aparcado y los conductores se movieron por la oscuridad, se pusieron las chaquetas de piel y se encaminaron al restaurante.

¿No fue Diesel el que se tiró por el ojo de buey de su barco?, pensó Juliana. ¿No se suicidó tirándose al mar durante un viaje? Quizá yo debería hacer lo mismo. Pero aquí no hay mar. Bueno, siempre hay un medio. Como en Shakespeare. Un alfiler que se clava a través de la camisa y, adiós, Frink, la muchacha que no tenía miedo ni de los vagabundos ni de los merodeadores del desierto. Caminaba muy erguida, sabiendo de sobra que había muchas enervantes posibilidades de toparse con algún baboso. Otra posibilidad era, por ejemplo, morir respirando los gases de escape de los coches en el centro de la ciudad, aspirándolos quizá con una pajita hueca.

Lo he aprendido de los japoneses, pensó. Una actitud tranquila y absorta ante la brevedad de la vida, y, además, tenía el dinero que ganaba gracias al judo. Cómo matar, cómo morir. Yang y yin. Pero todo aquello había quedado atrás. Aquella región era protestante.

Era agradable ver que las naves nazis pasaban de largo sin detenerse, sin mostrar interés por Canon City, Colorado. Ni por Utah, o Wyoming, o la parte occidental de Nevada, ni por los desiertos vacíos, ni por las praderas. No valemos nada, se dijo. Podemos vivir aquí nuestras insignificantes vidas. Si es que queremos o si nos importa.

Se oyó el pestillo de la puerta de una de las duchas. Salió el enorme cuerpo de la señorita Davies. Ya había terminado de ducharse y salía hasta con el bolso en la mano, totalmente vestida.

-¡Oh! ¿Estaba esperando, señorita Frink? Lo siento...

-No importa -contestó Juliana.

-Le diré una cosa, señorita Frink: el judo me gusta mucho más que el zen. Tenía ganas de decírselo.

-Adelgace las caderas por medio del zen -dijo Juliana-, pierda kilos sin dolor con el *satori*... Perdone, señorita Davies, estoy divagando.

-¿Le hicieron mucho daño? -preguntó la señorita Davies.

-¿Quiénes?

-Los japoneses, antes de que usted aprendiera a defenderse.

-Fue terrible -dijo Juliana-. Usted no ha estado nunca en la costa. Ellos viven allí.

-Nunca he salido de Colorado -dijo la señorita Davies con humildad.

-Podría ocurrir también aquí -dijo Juliana-. Quizá decidan ocupar también esta región.

-¡Demasiado tarde!

-Nunca se sabe lo que van a hacer -replicó Juliana-. Esconden sus verdaderos pensamientos.

-¿Qué... qué le obligaron a hacer? -La señorita Davies se apretó el bolso al cuerpo con ambas manos y se acercó en la oscuridad de la noche, a escuchar.

-De todo -contestó Juliana.

-¡Oh, Dios! Yo hubiera luchado -dijo la señorita Davies.

Juliana se disculpó y avanzó hacia la ducha vacía; alguien más se acercaba con una toalla al brazo.

Un rato más tarde se hallaba sentada a una de las mesas del restaurante de hamburguesas a la brasa *Charley* y leía el menú distraídamente. Por el tocadiscos se escuchaba una canción de moda: guitarra eléctrica y gemidos ahogados por la emoción. La atmósfera estaba recargada y llena de un humo grasiento. Y, sin embargo, el lugar era agradable y luminoso y la animaba. La presencia de los conductores en el mostrador, la camarera, el enorme cocinero irlandés, con chaquetilla blanca y que estaba dando cambio en la caja registradora.

Charley, al verla, se acercó para servirla él mismo. Sonriendo, balbuceó:

-¿Quiere un té, *señolita*?

-Café -contestó Juliana, siguiendo la broma del camarero.

-Aja -dijo Charley, asintiendo.

-Y el sándwich de carne asada con salsa.

-¿No quiere una taza de sopa de nido de ratas? ¿O sesos de cabra fritos en aceite de oliva?

Dos de los camioneros se dieron la vuelta y también se rieron con la broma. Y, además, porque les agradaba lo atractiva que era. Aun sin las chanzas del camarero se hubiera encontrado con que los camioneros la estaban mirando. Los meses que había estado practicando judo la habían dado mucha musculatura; lo sabía, y también sabía lo bien que le sentaba y lo mucho que había mejorado su figura.

Todo tiene que ver con los músculos de los hombros, pensó Juliana mirando a los conductores. Las bailarinas también lo lograban. No tenía nada que ver con la estatura. Envíennos a sus mujeres al gimnasio y serán más felices.

-No se acerquen a ella -advirtió Charley a los camioneros, guiñando un ojo-. Les despachará con un solo dedo.

-¿De dónde viene? -le preguntó Juliana al más joven de los camioneros.

-De Missouri -contestaron ambos.

-¿Son de los Estados Unidos?

-Yo sí -dijo el de más edad-. Tengo tres hijos allí. El mayor tiene once años.

-Oiga -dijo Juliana-, ¿es fácil conseguir un buen empleo?

-Claro que sí -contestó el más joven-. Si tiene el color de piel adecuado.

El hombre tenía la piel morena y el pelo negro y rizado, y mostraba cierta desgana en el rostro.

-Es italiano -dijo el otro camionero.

-Bueno -dijo Juliana-. ¿No ganó Italia la guerra? -Juliana sonrió al camionero, pero éste no le respondió, sino que sus ojos brillaron aún más y, bruscamente, se dio la vuelta.

Lo siento, pensó. Pero no dijo nada. Yo no puedo evitar que ni tú ni ningún otro sea moreno. Pensó en Frank. ¿Habría muerto? No, decidió. De alguna manera, le gustaban los japoneses. Quizá se identificara con ellos porque son feos. Siempre le había dicho a Frank que era feo. Con los poros

abiertos, nariz grande. Sin embargo, tenía la piel muy suave. ¿Se habrá muerto por estar sin mí? Frank es un esquirol, un pinzón, como un pajarraco. Y ellos dicen que los pajarracos también mueren.

-¿Seguirán el viaje esta noche? -le preguntó Juliana al camionero más joven.

-Mañana.

-Si no es feliz en los Estados Unidos, ¿por qué no cruza la frontera y se queda aquí definitivamente? -dijo-. Yo ya llevo viviendo mucho tiempo aquí en las Rocosas y no está tan mal. Viví en la Costa, en San Francisco. Allí también funciona lo del color de la piel.

El joven italiano miró a Juliana. Se sentó a horcajadas y la dijo:

-Señorita, tengo bastante con pasar un día o una noche en una ciudad como ésta. ¿Vive aquí? ¡Por Cristo! Si pudiera conseguir otro tipo de trabajo y no tener que estar en la carretera comiendo en sitios como éste...

Cuando se dio cuenta de lo rubicundo que se estaba poniendo Charley, dejó de hablar y se puso a beber café.

-Joe, eres un snob -le dijo el otro camionero.

-¿Podría vivir en Denver? -dijo Juliana-. Aquello es más divertido.

Conozco muy bien a estos norteamericanos del este, pensó. Les gusta la diversión. Hacer grandes planes. Esto es lo que les duele, las Rocosas. Aquí no ha pasado nada desde mucho antes de la guerra. Viejos retirados, granjeros, gente estúpida y miserable. Todos los listos se han ido a Nueva York cruzando la frontera legal o ilegalmente, porque, pensó, allí es donde está el dinero, el gran capital industrial. La expansión. Las inversiones alemanas habían hecho maravillas... No les había costado mucho reconstruir los Estados Unidos. Charley, el cocinero, intervino con voz bronca y malhumorada.

-Chico, yo no soy un admirador de los judíos, pero he visto a algunos de esos refugiados que venían aquí en el cuarenta y nueve, huyendo, y te regalo los Estados Unidos. Si allí hay tantos edificios nuevos y tanto dinero es porque se lo han robado a los judíos cuando los expulsaron de Nueva York. Esa maldita Ley nazi de Nuremberg. Viví en Boston cuando era niño, y los judíos no me son muy simpáticos, pero nunca pensé que las leyes raciales de los nazis llegaran a Estados Unidos, aunque perdiésemos la guerra. Me sorprende que no se haya enrolado en las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos para ir a invadir alguna república de Sudamérica, junto a los alemanes. Y empujar un poco más hacia atrás a los japoneses...

Los dos camioneros se habían levantado lívidos. El mayor había agarrado del mostrador una botella de salsa de tomate, por el gollete. El cocinero, sin dar la espalda a los dos hombres, tanteó con los dedos hasta dar con un cuchillo.

Fue Juliana quien habló.

-En Denver se está construyendo una pista de aterrizaje resistente al calor, así podrán aterrizar los aviones de la Lufthansa.

Ninguno de los tres hombres habló, ni se movió. Toda la clientela estaba en silencio.

-Uno pasó volando hacia la puesta de sol -dijo finalmente el cocinero.

-No iba a Denver -dijo Juliana-. Iba hacia el oeste. Hacia la costa.

Lentamente, los camioneros volvieron a sentarse.

-Siempre se me olvida que hay por aquí algo amarillo -dijo el de más edad.

-Los japoneses no mataron a los judíos, ni durante la guerra ni después.

Ni fueron los japoneses los que construyeron los hornos.

-Fue una pena que no lo hicieran -contestó el camionero, dando un sorbo al café y volviendo a la comida.

Amarillos, pensó Juliana. Es cierto. Aquí les gustan los japoneses. Supongo que es así.

-¿Dónde se hospedarán? -preguntó Juliana dirigiéndose al más joven, a Joe.

-No lo sé -respondió-. He salido del camión hace un momento y me he metido aquí. No me gusta nada este Estado. Puede que me quede a dormir en el camión.

-El motel *La Abeja* no está mal -dijo el cocinero.

-Bien -dijo el camionero-. Puede que vaya allí. Si no les importa que sea italiano. -Realmente tenía un marcado acento italiano, aunque tratase de ocultarlo.

Mientras le miraba. Juliana pensó: el idealismo le está amargando. Le pide demasiado a la vida. Siempre en movimiento, sin parar, tan obstinado. Yo soy igual. No pude quedarme en la costa oeste, ni voy a poder permanecer aquí tampoco. ¿No eran igual los colonizadores? Pero la frontera ya no es la misma, pensó. La nueva frontera eran los planetas.

Ambos podíamos intentar embarcar en una de esas naves de colonización. Pero a él no le admitirían los alemanes por tener la piel morena. Y a mí tampoco por el pelo negro. No somos como esos pálidos duendes nórdicos de las SS, esos que se entrenan en los castillos bávaros. Ese hombre -Joe lo que sea- ni siquiera tiene la expresión adecuada. Podía haber sido más frío, pero con un aspecto más animoso; después de todo, aunque no creía en nada seguía manteniendo una fe absoluta. Si, así son todos. No son idealistas, como Joe o yo. Son cínicos de fe irracional. Como si les fallase algo en el cerebro, como si les hubieran lobotomizado, lo mismo que hacían los psiquiatras alemanes para suplir la psicoterapia.

Lo peor de todo es el sexo. Había sido algo horroroso en la década de los treinta, y era todavía peor. Hitler lo había empezado. ¿Quién sería? ¿La hermana? ¿La tía? ¿La sobrina? Y ya quedaba involucrada toda la familia; su madre y su padre eran primos. Todos cometían incesto; volviendo al pecado original, al desear a la propia madre. Eso explica la faz angelical de rubios cabellos de la elite de las SS. Se guardaban para Mamá. O para ellos.

¿Y quién era Mamá para ellos?, se preguntó. ¿Un líder agonizante como *Herr* Bormann? O el enfermo.

Se decía que el viejo Adolf estaba en algún sanatorio, viviendo sus últimos días atacado por la demencia senil. Sífilis cerebral, adquirida en los días de penuria y vagabundeo por Viena. Un vagabundo con largo abrigo negro, ropa interior sucia, y casas en ruinas.

Obviamente, se trataba de una venganza divina, un tanto sardónica, como en las películas mudas. Aquel hombre espantoso aplastado por una plaga secreta, el castigo histórico a la maldad. Y lo más horrible era que el mundo actual, el Imperio Alemán, era producto de aquella mente enferma. Primero, un partido político; luego, una Nación; después, la mitad del mundo. Y los propios nazis lo habían diagnosticado, definido. Ese curandero del doctor Morell había tratado a Hitler con un preparado llamado «Píldoras Antigás», patentadas por el doctor Koester, que en un principio había sido un especialista en enfermedades venéreas. Todo el mundo lo sabía. Sin embargo, los delirios de grandeza del líder seguían siendo sagrados, seguían

siendo como la *«Sagrada Biblia»*. La doctrina había infestado la civilización y, lo mismo que esporas, las ciegas y rubias reinas de los nazis iban de planeta en planeta extendiendo la contaminación.

El resultado del incesto es la locura, la ceguera, la muerte.

Brrr. Juliana se estremeció y llamó al camarero.

-¿Charley, está listo lo mío?

Se sentía muy sola. Se puso en pie y caminó hasta el mostrador, se sentó junto a la caja registradora. Nadie le prestó atención, excepto el joven camionero. Tenía los oscuros ojos clavados en ella. Joe, aquél era su nombre. ¿Joe qué más?, se preguntó.

Desde más cerca notó que no era tan joven como había pensado. Era difícil calcular cuántos años tenía. Se pasaba la mano por el pelo continuamente, peinándoselo hacia atrás con los dedos encogidos. Este hombre tiene algo especial, pensó Juliana. Respiraba... muerte. La inquietaba y, no obstante, se sentía atraída por él. El camionero más viejo se inclinó y murmuró algo a oídos del joven. Luego, los dos hombres la miraron, con una mirada que era algo más que el normal interés del macho de la especie.

-Señorita -dijo el más viejo-, ¿sabe lo que es esto?

-Sí -dijo Juliana-. Medias de *nylon*. Una fibra sintética fabricada únicamente por el monopolio *I. G. Farben*, de Nueva York. Escasas y caras.

-Se las debemos a los alemanes. El monopolio no es tan mala idea.

El camionero mayor le pasó la caja a su compañero y éste se la hizo llegar empujándola con el codo por el mostrador.

-¿Tiene coche? -preguntó el joven, dando un sorbo al café.

Charley llegó de la cocina con el sándwich.

-Podría llevarme a ese lugar. -Los grandes ojos negros del camionero estudiando a Juliana ininterrumpidamente. Y ella cada vez estaba más nerviosa y cada vez más emocionada-. A ese motel o lo que sea, donde pueda pasar la noche.

-Si -dijo Juliana-. Tengo coche. Un viejo Studebaker.

Charley miró a la chica y luego al joven camionero. Dejó el plato en el mostrador.

*Achtung, meine Damen und Herren...* anunció el altavoz desde el fondo del pasillo. En su asiento, Baynes abrió los ojos. Por la ventanilla de la derecha podía ver, a lo lejos, el verde y marrón de la tierra y el color azul del Pacífico. El avión había empezado ya el largo descenso.

Primero en alemán, luego en japonés y, finalmente en inglés, el altavoz explicaba que no se debía fumar, ni desatarse el cinturón de seguridad del asiento. El descenso se completaría en ocho minutos.

Los retropropulsores se pusieron en marcha repentinamente y con un estrépito que sacudió con tal violencia la nave que algunos de los pasajeros llegaron a gritar. Baynes sonrió; al otro lado del pasillo, un joven rubio también sonrió.

-*Sie fürchten dasz...* -comenzó, pero Baynes se apresuró a decir en inglés:

-Lo siento... no hablo alemán.

El joven le miró interrogativamente y repitió lo mismo en alemán.

-¿No alemán? -dijo el joven alemán, asombrado, en inglés y con un marcado acento.

-Soy sueco -contestó Baynes.

-Embarcó en Tempelhof.

-Sí, estaba en Alemania por negocios. Mis negocios me obligan a viajar por muchos países.

La verdad es que el joven alemán no era capaz de creer que en su mundo una persona que tuviera negocios internacionales, y que viajara -que pudiera viajar- en el último modelo de avión de la Lufthansa, no pudiera hablar alemán. Dirigiéndose a Baynes, le dijo:

-¿En qué ramo se mueve, *Herr*?

-Materiales plásticos. Poliésteres. Resinas. *Ersatz* para usos comerciales. ¿Entiende? No son productos de consumo.

-¿Suecia tiene industria *plástica*? -preguntó, como poniéndolo en duda.

-Sí, y muy buena. Si me da su nombre, le enviaré un catálogo a su casa. -Baynes sacó la pluma y la agenda.

-No se moleste. No sabría darle utilidad. Soy artista, no un hombre de negocios. No se ofenda. Quizá haya usted visto alguna de mis obras mientras estaba en el continente. Alex Lotze... -Esperó.

-Me temo que no me interesa el arte moderno -dijo Baynes-. Me gustan los cubistas y el arte abstracto de antes de la guerra. Me gusta la pintura de quien quiere decir y no los que representan un ideal. -Se dio la vuelta.

-Pero ése es el objeto del arte -dijo Lotze-. Que el espíritu del hombre pase por encima de lo sensual. Su arte abstracto representó un periodo de decadencia espiritual, de caos espiritual debido a la desintegración de la sociedad, de la vieja plutocracia, la de los judíos y los millonarios capitalistas; grupos internacionales que soportaban un arte decadente. Aquellos tiempos quedaron atrás. El arte tiene que continuar... no puede permanecer inmóvil.

Baynes asintió, mirando por la ventanilla.

-¿Ha estado antes en el Pacifico? -preguntó Lotze.

-Varias veces.

-Yo no. Hay una exposición en San Francisco de mi obra, preparada por las oficinas del doctor Goebbels y las autoridades japonesas. Un intercambio cultural para promover un entendimiento mutuo y la buena voluntad. Tenemos que aliviar tensiones entre el este y el oeste, ¿no cree? Tenemos que comunicarnos más y el arte puede lograrlo. Baynes asintió.

Abajo, más abajo del resplandor del cohete anillado de la nave, estaba la ciudad de San Francisco y su bahía podía verse.

-¿Dónde se come bien en San Francisco? -le estaba preguntando Lotze-. Tengo reserva en el Hotel Palace, pero tengo entendido que donde mejor se come es en la zona internacional, por ejemplo, en *Chinatown*.

-Cierto -dijo Baynes.

-¿Son caros los precios? No tengo mucho dinero para este viaje. El Ministerio es muy frugal. -Lotze sonrió.

-Depende del cambio que consiga. Me imagino que traerá cheques del Reichbank. Le sugiero que vaya al *Banco de Tokio* de la calle Samson y cambie allí.

-*Danke sehr* -dijo Lotze-. Pensaba cambiar en el hotel.

La nave casi había llegado al suelo. Baynes podía ver el aeropuerto, los hangares, los aparcamientos, la autopista que llevaba a la ciudad, las casas... Hermosa vista, pensó. Montañas y agua. Y un poquito de niebla en el Golden Gate.

-¿Qué es aquella enorme estructura de allí abajo? -preguntó Lotze-. Eso

que está sin terminar, abierto por un lado. ¿Una plataforma espacial? -Los japoneses no tienen astronaves, pensó.

Baynes le respondió con una sonrisa.

-Eso es el *Estadio de la Amapola Dorada*. El campo de béisbol.

Lotze se rió.

-Si, les encanta el béisbol. Es increíble que se pusieran a trabajar en una estructura tan gigantesca para un pasatiempo, para un deporte ocioso.

Baynes le interrumpió.

-Está terminado. Es su forma permanente. Abierto por un lado. Se trata de un nuevo diseño arquitectónico. Están muy orgullosos de él.

-Parece -dijo Lotze mirando hacia abajo- que lo hubiera diseñado un judío.

Baynes le miró un momento y sintió durante un instante el desequilibrio de la mente alemana. ¿Se daba cuenta realmente Lotze de lo que estaba diciendo? ¿Se trataba realmente de una observación espontánea?

-Espero que nos veamos en San Francisco -dijo Lotze cuando la nave se posó en tierra-. Me sentiré perdido sin poder hablar con ningún compatriota.

-No soy su compatriota -dijo Baynes.

-Oh, si, es cierto, pero está usted muy cerca. A fines prácticos es lo mismo, ¿no es así?

Lotze empezó a desabrocharse los complicados cinturones para salir del asiento.

¿Soy racialmente igual que este hombre?, se preguntó Baynes. ¿Tanto como para que los fines prácticos sean los mismos? Si aquél era el caso, también él tendría aquella vena psicótica. Vivían en un mundo psicótico. Los locos están en el poder. ¿Desde cuándo somos conscientes? ¿Cuantos nos hemos enfrentado al hecho? Y, ¿cuántos de nosotros somos realmente conscientes de ello? Lotze seguro que no. Quizá si tomase conciencia de estar loco dejaría de estarlo. O alcanzar la cordura, por fin, despertando. Pienso que sólo unos pocos lo saben. Personas aisladas aquí y allá. Pero las masas... ¿qué piensan las masas? Todos esos cientos de miles de esta ciudad. ¿Piensan que viven en un mundo cuerdo? ¿O vislumbran un resquicio de la verdad?

Pero, ¿qué significa la locura? Una definición legal. ¿Que quiere decir? Lo siento, lo creo, pero, ¿qué es?

Es algo que hacen, pensó, es algo que son. Es su inconsciencia. Su falta de conocimiento sobre los demás. Ni siquiera sabían lo que hacían los otros. La destrucción que habían causado y que seguían causando. No, eso no es así exactamente. No, lo sé, lo siento, lo intuyo. Pero son crueles a propósito... ¿es eso? No. Dios, pensó. No puedo explicarlo, no puedo aclararlo. ¿Desconocen partes de la realidad? Sí. Pero aún hay algo más. Son sus planes. Sí, sus planes. La conquista de los planetas. Algo frenético, demente, como lo fue antes la conquista de África. Y, antes de aquello, la conquista de Europa y Asia.

Su punto de vista era cósmico. No se trataba de un hombre aquí y un niño allá, sino de una abstracción. *Volk. Land. Blut. Ehre*. No un hombre honrado, sino la propia *Ehre*, el honor. Lo abstracto es real; lo actual, invisible para ellos. *Die Gütte*, pero no hombres buenos, sino un hombre bueno. Ese sentido que tienen del espacio y del tiempo. Ven a través del aquí y del ahora el vasto abismo negro, lo inmutable. Y esto es algo fatal para la vida porque, eventualmente, la vida puede desaparecer. Sólo quedan, otra vez, partículas de polvo flotando en el espacio, gases de hidrógeno ardiente,

nada más, hasta que todo vuelva a empezar. Un intervalo, *ein Augenblick*. El proceso cósmico se acelera, aplastando la vida y convirtiéndola en granito y metano. La rueda gira a favor de la vida. Todo es temporal. Y éstos -estos locos- responden al granito, al polvo, queriendo ayudar a la *Natur.*

Yo sé por qué, pensó. Quieren ser autores, no víctimas de la historia. Se identifican con el poder de Dios y se creen iguales a los dioses. Aquélla era la locura común a todos ellos. Estaban dominados por algún arquetipo. Habían acrecentado tanto su *ego* que no sabían dónde acababan ellos y dónde empezaba la deidad. No era cuestión de arrogancia; ni de orgullo. Su valoración del *ego* había llegado al punto máximo... a crear la confusión entre el ser que adora y el objeto adorado. El hombre no ha devorado a Dios. Dios ha devorado al hombre.

Sobre todo, lo que no comprendo es el *desamparo* del hombre. Soy débil, pequeño, un ser insignificante en relación con el Universo. El Universo no se da cuenta de mi existencia. Vivo en el anonimato. ¿Y por qué ha de ser esto malo? ¿No es mejor así? Los dioses destruyen todo lo que ven. Ser pequeño... y escapar de ellos, de los grandes.

Desabrochándose el cinturón, Baynes dijo:

-Sí, Lotze. No le he dicho lo que le voy a decir a usted. Soy judío, ¿entiende?

Lotze le miró fija y compasivamente.

-Usted no lo podía saber -dijo Baynes-, puesto que mi aspecto físico no es de judío. Mi nariz ha sido cambiada, cerrados los poros, quitados los granos, me aclaré la piel por medio de un procedimiento químico e hice que me cambiasen la forma del cráneo. En resumen, físicamente, nadie lo puede detectar. Puedo frecuentar, y de hecho lo hago a menudo, los círculos más altos de la sociedad nazi. Nadie me podrá descubrir y, además -hizo una pausa y se acercó a Lotze para decirle en una voz tan queda que sólo él podía oír-: hay otros muchos como yo, ¿me entiende? No moriremos. Aún existimos. Vivimos en el más completo anonimato.

Lotze farfulló después de un momento:

-¡Policía de Seguridad!

-La SD podrá analizar mis antecedentes -dijo Baynes-. Puede denunciarme, pero tengo amigos muy influyentes. Algunos son arios y otros judíos que ocupan puestos clave en Berlín. Desecharán su informe y, después, esté usted seguro, yo le denunciaré a usted. Y, gracias a esas mismas influencias, se verá usted detenido en custodia preventiva. -Baynes sonrió y echó a andar negando con la cabeza por el pasillo de la nave, hacia los otros pasajeros, alejándose de Lotze.

Todos descendieron por la rampa al frío y ventoso campo abierto. Al final, Baynes se dio cuenta de que Lotze estaba de nuevo juntó a él.

-Realmente -dijo, caminando al lado de Lotze-, no me gusta su cara, señor Lotze, así que pienso que de todas formas voy a denunciarle. -Avanzó y dejó atrás a Lotze.

Al otro extremo del campo, en la puerta de llegada, había mucha gente esperando: familiares, amigos de los pasajeros, muchos de ellos saludando con la mano, otros buscando con ansiedad, fijándose en las caras. Un japonés corpulento, de mediana edad, bien vestido, con abrigo de corte inglés, pantalones Oxford y sombrero, esperaba un poco más adelante, acompañado de otro japonés más joven. En la solapa del abrigo llevaba la insignia de los jefes del Pacífico. Misiones comerciales del gobierno imperial.



Librodot

Ahí está, se dijo Baynes. El señor N. Tagomi en persona viene a recibirme.

El japonés se adelantó y le llamó.

-Señor Baynes... buenas tardes. -Parecía un poco dudoso.

-Buenas tardes, señor Tagomi -contestó Baynes tendiendo la mano. Se estrecharon la mano y se saludaron con una reverencia. El joven japonés también hizo una reverencia y sonrió.

-Hace frío, señor, en este campo abierto -dijo Tagomi-. Podríamos emprender el camino de regreso a la ciudad en el helicóptero de la misión. ¿Le parece correcto? -Escrutó con ansiedad el rostro de Baynes.

-Podemos salir ahora -dijo Baynes-. Me gustaría comprobar el equipaje en el hotel.

-El señor Kotomichi se encargará de él -dijo Tagomi-. Ya sabrá usted que en esta terminal lleva más de una hora recoger el equipaje. Más de lo que se tarda en el viaje...

Kotomichi sonrió amablemente.

-Muy bien -dijo Baynes.

-Señor Baynes, tengo un regalo para usted -dijo Tagomi.

-¿Perdón? -preguntó Baynes.

-Para hacer que empiece con buen pie nuestra relación.

Tagomi rebuscó en el bolsillo del abrigo y sacó una cajita.

-Seleccionados entre los *objects d'art* más selectos de Norteamérica.

Le alargó la mano con la cajita.

-Bueno -dijo Baynes-. Gracias. -Y aceptó la caja.

-Un grupo de oficiales se pasó toda la tarde eligiéndolo -dijo Tagomi-. Es una de las muestras más auténticas de la moribunda cultura de los Estados Unidos. Un objeto muy raro que tiene el sabor del pasado.

Baynes abrió la caja. En ella había un reloj de pulsera de juguete, con un Mickey Mouse pintado, todo ello colocado sobre un trozo de terciopelo negro.

¿Le estaba gastando una broma Tagomi? Baynes levantó los ojos y vio la preocupada y tensa cara de Tagomi. No, no era una broma.

-Muchísimas gracias -dijo Baynes-, es realmente increíble.

-Sólo debe de haber diez relojes auténticos de Mickey Mouse de 1938 -dijo Tagomi, estudiando atentamente la reacción de Baynes-. De todos los coleccionistas que conozco, ninguno posee esta pieza.

Entraron al helipuerto y juntos subieron la rampa.

A sus espaldas, Kotomichi dijo:

-*Harusame ni neretsutsu yane no temari kana...*

-¿Qué es eso? -le preguntó Baynes a Tagomi.

-Un viejo poema -dijo Tagomi- del período medio Tokugawa.

Kotomichi dijo:

-Cuando cae la lluvia de la primavera, empapándolo todo, sobre el tejado queda una pelota de trapo...

## 4

Mientras veía caminar a su antiguo jefe, Frank Frink pensaba, para sus adentros, según se alejaba hacia la sección principal de la Corporación W-M: lo extraño de Wyndam-Matson es que no parezca ser dueño de una fábrica. Es como si fuera un vagabundo, un mendigo que se haya dado un baño y se haya puesto ropa nueva, se haya afeitado, cortado el pelo, tomado unas

vitaminas y lanzado al mundo con un billete de cinco dólares para empezar una nueva vida. El viejo tenía un aspecto débil, nervioso y tímido, tan cauteloso como si todos fueran enemigos potenciales y más fuertes que él y a quienes tenía que alabar y calmar. «Me van a coger», parecía decir con su aspecto. Y, no obstante, el viejo W-M era realmente poderoso, y manejaba los capitales de varias empresas y sus bienes raíces. También controlaba la Corporación W-M.

Siguiendo al viejo W-M, Frink abrió el portón que daba a la sala de trabajo. Le recibió el ruido de la maquinaria, el mismo que había oído a su alrededor durante tanto tiempo, la vista de los hombres ante las máquinas, la atmósfera llena de chisporroteos, todo lleno de humo y movimiento. Por allí va el viejo. Frink aceleró el paso.

-¡Eh, señor W-M!

El viejo se había detenido junto a Ed McCarthy, el capataz de brazos velludos. Ambos le miraron mientras se acercaba.

-Lo siento, Frank -dijo el señor W-M mordiéndose los labios nerviosamente-; no puedo hacer nada para readmitirle. Ya he contratado a otro para que cubra su puesto... pensé que no volvería. Después de lo que dijo... -Los ojillos se le encendieron con una mirada que era casi evasiva y que para Frank Frink era casi hereditaria. El viejo la llevaba en la sangre.

-Vine por mis herramientas -dijo Frink-. Nada más. -Su propia voz le sonaba alegre, era firme, casi espesa.

-Bueno, veamos -contestó el viejo, que no tenía muy claro si Frank realmente podía reclamar sus herramientas. Se dirigió a Ed McCarthy-: Creo que eso es de su competencia. Ocúpese del tema. Yo tengo otros asuntos que atender. -Echó un rápido vistazo al reloj y agregó-: Escuche, Ed, ya discutiremos más tarde lo de esa factura. Ahora me tengo que ir corriendo. -Le dio una palmada en el brazo a Ed y se alejó al trote sin volver la vista.

Ed McCarthy y Frink se quedaron solos.

-Viniste para recuperar el trabajo -le dijo McCarthy después de un rato.

-Si -contestó Frink.

-Me sentía orgulloso por lo que dijiste ayer.

-También yo -dijo Frink-. Pero, ¡Dios!, no puedo trabajar en ningún otro sitio. -De repente, se sintió derrotado y sin esperanzas-. Lo sabes muy bien. -Los dos hombres habían comentado sus mutuos problemas en el pasado.

-No lo sé -dijo McCarthy-. No hay nadie que maneje como tú la torsionadora de cables en toda la Costa. Te he visto terminar una pieza en cinco minutos, incluyendo el remate y el pulido. Todo el proceso menos la soldadura.

-Nunca dije que supiera soldar -dijo Frink.

-¿No has pensado nunca en colocarte por tu propia cuenta.

-¿Y qué podría hacer? -respondió Frink, sorprendido.

-Joyería.

-¡Por Dios!

-Piezas originales, encargos que no sean para comercializar. -McCarthy le llevó hacia un rincón del taller, lejos del ruido-. Con dos mil dólares puedes conseguir un local en un sótano o en un garaje. Hace algún tiempo diseñé pendientes y colgantes para mujeres, ¿te acuerdas, verdad? Eran objetos modernos, realmente contemporáneos.

Tomó un pedazo de papel y se puso a dibujar, lenta y seriamente.

Mirando por encima del hombro, Frink vio el boceto de una pulsera, un

diseño abstracto de líneas onduladas.

-¿Eso tiene mercado? -Todo lo que había visto eran joyas tradicionales... incluso antiguas. Objetos del pasado-. Nadie quiere arte americano contemporáneo. No hay nada nuevo desde la guerra.

-Pues crea tú el mercado -le dijo McCarthy, enojado.

-¿Quieres decir que las venda yo mismo?

-Llévalas a tiendas al por menor. Como las que hay... ¿cómo se llama?... en la calle Montgomery. Ese sitio tan grande lleno de obras de arte.

-*Artesanía Artística Americana* -dijo Frink, que nunca había entrado en una tienda de modas y menos tan cara como aquélla. Pocos americanos lo hacían. Eran únicamente los japoneses quienes tenían dinero para comprar en sitios como aquél.

-¿Sabes lo que esos minoristas están vendiendo? -preguntó McCarthy-. Y sacándose un dineral por ello. Los endiablados cinturones de plata, esos que tienen forma, los que hacen esos malditos indios de Nuevo México. Esas malditas bagatelas para turistas, todas iguales. Todo eso se supone que es el más puro arte nativo.

Frink se quedó mirando a McCarthy un buen rato.

-También sé qué otras cosas venden -dijo al fin-. Y también tú lo sabes.

-Si -dijo McCarthy.

Ambos lo sabían, pues ambos habían estado involucrados en ello durante mucho tiempo.

La Corporación W-M tenía un negocio legal que consistía en fabricar escaleras de hierro forjado, barandillas, chimeneas y adornos para los nuevos apartamentos, todo fabricado en serie, con diseños estándar. Para un nuevo edificio con cuarenta viviendas, la pieza se hacia en serie cuarenta veces. Ostensiblemente, la Corporación W-M era una fundición de acero. Pero, además, mantenía otro negocio... del que salían realmente los beneficios.

La Corporación W-M fabricaba cantidad de objetos de forja americanos del periodo anterior a la guerra, utilizando variedad de piezas, materiales y maquinaria. Aquellas forjas se introducían con cautela, pero expertamente, entre los mayoristas de arte para que se unieran con los objetos genuinos coleccionados por todo el continente. Lo mismo que pasa con el negocio de los sellos y las monedas, posiblemente nadie podía estimar el porcentaje de piezas de forja en circulación. Ni nadie lo quería hacer... especialmente los comerciantes... especialmente los coleccionistas.

Cuando Frink abandonó el trabajo dejó en su banco de trabajo un revólver Colt del período de la conquista del Oeste; él mismo había hecho los moldes, el diseño y las piezas, a mano, laboriosamente. Había un mercado ilimitado para las armas americanas de la Guerra Civil y de la conquista del Oeste: la Corporación W-M era capaz de vender todo lo que Frink pudiera fabricar. Era su especialidad.

Tras caminar lentamente hasta su banco de trabajo, Frink recogió la tosca y sin pulimentar baqueta del revólver. Con tres días más habría podido acabarla. Sí, pensó, es un buen trabajo. Un experto no podría notar la diferencia... y como los coleccionistas japoneses no eran expertos en el sentido estricto de la palabra, no tenían pruebas palpables con las que pudieran comparar y juzgar.

De hecho, nunca se les había ocurrido el que se preguntaran si los llamados objetos artísticos históricos que había a la venta en las tiendas

especializadas en el Oeste fuesen auténticos. Quizá algún día lo hicieran... y entonces el globo explotaría y el mercado se hundiría, incluso para los objetos auténticos. La Ley de Cresham: las falsificaciones harían bajar el precio de las piezas auténticas. Y, sobre todo, aquello daría lugar a que no se hicieran averiguaciones. Después de todo, todos eran felices. Los fabricantes, diseminados por doquier en las diferentes ciudades, fabricaban las armas y sacaban su tajada. Los almacenistas las distribuían y los comerciantes las exponían y anunciaban. Y los coleccionistas aflojaban el dinero para poder así apabullar a sus asociados, amigos y amantes.

Ocurría lo mismo que con los billetes falsos que surgieron antes de la guerra. Eran buenos hasta que se puso en tela de juicio su procedencia. Hasta el día en que se hizo el ajuste, nadie lo padeció. A partir de aquello, todos se arruinaron por igual. Pero, mientras tanto, nadie hablaría de ello, ni siquiera la gente que se ganaba la vida en las forjas. Cerraban los ojos a lo que estaban haciendo y sólo se preocupaban por los problemas realmente técnicos.

-¿Cuánto tiempo ha pasado desde que hacías diseños originales? -preguntó McCarthy.

-Años. Puedo copiar con exactitud no importa qué diablos, pero... -Frink se encogió de hombros.

-¿Sabes lo que pienso? Creo que has cogido la idea de los nazis de que los judíos no pueden crear por sí mismos. Que sólo pueden imitar y vender. Ser medianías. -Lo dijo sin piedad, mirando a Frink directamente.

-Puede que sea verdad -contestó Frink.

-Inténtalo. Haz algún diseño original. O trabaja directamente el metal. Haz pruebas. Como los niños.

-No -dijo Frink.

-No tienes fe -dijo McCarthy-. Has perdido completamente la fe en ti mismo. ¿No es así? Muy mal, porque sé que puedes hacerlo. -Se alejó del banco de trabajo.

Muy, pero que muy mal, pensó Frink. Pero no deja de ser cierto. Es un hecho. No puedes tener ni fe ni entusiasmo sólo con desearlo, sólo con decidirlo.

Este McCarthy es un capataz estupendo, pensó. Sabe cómo incentivar a un hombre haciendo que dé sus mejores esfuerzos, lo mejor de sí mismo. Es todo un líder. Por un momento, ha estado a punto de convencerme. Pero... McCarthy ya se ha ido y su esfuerzo no ha valido de nada.

Es una pena que no lleve encima un oráculo, pensó Frink. Podría consultarle sobre todo esto. Recibir el consejo de sus cinco mil años de sabiduría. Recordó, de pronto, que había un *«I Ching»* en el vestíbulo de la oficina de la Corporación W-M. Atravesó el pasillo para salir de la zona de trabajo y se apresuró hacia la oficina.

Sentado en un butacón de metal y plástico, escribió la pregunta en el dorso de un sobre. «¿Debo intentar meterme en el negocio de creación de que me acaban de hablar?». E, inmediatamente, empezó a tirar las monedas.

La última línea era un siete, y también la segunda, y la tercera. Se dio cuenta de que el trigrama del final era Ch'ien. Parecía bueno. Ch'ien era la Creatividad. Luego, en la cuarta línea, un ocho. Yin. Y en la línea quinta otro ocho, otra línea yin. Buena suerte, pensó con excitación. O... una línea más y tendría el hexagrama 11, Tai, Paz. Un juicio muy favorable. Le temblaban las manos cuando agitó las monedas. Una línea yang y tendría el hexagrama



Librodot

26, Ta Ch'u. La Preponderancia de lo Grande. Ambos tenían una interpretación favorable y tenía que ser o uno u otro. Lanzó las tres monedas.

Yin. Un seis. Era la Paz.

Abrió el libro y leyó el juicio.

*El pequeño se va.*
*El grande llega.*
*Buena suerte. Éxito.*

Así que, según McCarthy, debo intentarlo. Abrir mi propio negocio. Ahora el 6 está en la cima, en mi línea de movimiento. Volvió la página. ¿Qué decía el texto? No podía recordarlo; seguramente era favorable, ya que el propio hexagrama lo era. Unión entre cielo y tierra... Pero las primeras y las últimas líneas siempre quedaban fuera del hexagrama, así que el seis arriba posiblemente...

Sus ojos tropezaron con la línea y la leyó rápidamente:

*El muro volverá a caer en el foso.*
*No utilices ahora tu ejército.*
*Haz que tus órdenes sean conocidas en tu ciudad.*
*La Perseverancia conduce a la Humillación.*

-¡Otra vez la ruina! -exclamó horrorizado. Y luego el comentario:

*El cambio al que se alude en el centro del hexagrama ya ha comenzado a efectuarse. El muro de la ciudad empieza a derrumbarse en el foso del que salió, la hora del Juicio ha llegado...*

Sin lugar a dudas, era una de las líneas más desalentadoras del libro, formado por más de tres mil. Y, pese a todo, el juicio era bueno.

¿Qué debía hacer a raíz de todo aquello?

Y, ¿cómo podían ser ten diferentes? Nunca antes le había ocurrido encontrarse con la buena suerte y la fatalidad mezcladas juntas en una misma profecía del oráculo; qué extraño destino, como si el oráculo hubiera arañado el fondo del barril, mezclando todos los desperdicios y huesos y mierda de la oscuridad para luego echarse hacia atrás vertiéndolos en la luz, como si fuera un cocinero que se ha vuelto loco. Debo haber pulsado dos botones distintos a la vez, decidió. Déjalo todo y quédate con este *schimazl* aspecto de la realidad. Durante un segundo tan sólo... afortunadamente. Al fin.

Infiernos, pensó. Tiene que ser uno u otro. No pueden ser los dos. No puedes tener a la vez buena suerte y perdición.

¿O puedes?

Luego el negocio de la joyería me aportará fortuna. El juicio se refiere a eso. Pero la otra línea, la maldita línea... se refiere a algo más profundo, a alguna catástrofe futura que probablemente no tiene siquiera relación con el negocio de la joyería. Algún nefasto destino que me está reservado de alguna forma.

¡La guerra!, pensó. ¡La Tercera Guerra Mundial! Dos mil millones de muertos, la civilización barrida. Las bombas de hidrógeno cayendo como

granizo.

*O Gewalt!*, pensó. ¿Qué está ocurriendo? ¿He sido yo quien lo ha puesto en marcha? ¿O hay alguien más enredando, alguien a quien ni siquiera conozco? O... todos nosotros. Es culpa de los físicos y de la Teoría del Sincronismo, la de que todas las partículas están conectadas entre sí; no te puedes tirar un pedo sin desequilibrar el Universo. Hace que la vida sea una broma divertida sin que quede nadie para reírse con ella. Abrió el libro y sacó un informe de los acontecimientos del futuro que ni siquiera a Dios le gustaría olvidar y archivar. ¿Quién soy? La persona equivocada, lo puedo asegurar.

Debería recoger las herramientas, seguir los consejos de McCarthy, abrir mi propia tienda, comenzar mi inútil negocio, continuar, a pesar de esa línea horrible. Trabajar, crear a mi modo hasta el final, vivir lo mejor que pueda, hacer todo lo que pueda, hasta que el muro vuelva a hundirse en el foso para todos nosotros, para toda la humanidad. Eso es lo que el oráculo me está diciendo. El destino nos desnucará de todas formas, pero, mientras tanto, tendré mi trabajo. Debo utilizar la mente y las manos. El juicio es para mí solo, se refiere a mi trabajo. La línea, en cambio, es para todos nosotros.

Soy demasiado pequeño, pensó. Sólo puedo leer lo que está escrito, mirar arriba y abajo y luego seguir adelante, en el mismo sitio en que lo dejé, como si no hubiera visto nada; el oráculo no espera de mí que vaya corriendo por las calles, gritando y lloriqueando para que me presten atención.

¿Puede alguien cambiarlo?, meditó. Todos nosotros juntos... O alguien importante... o alguien que esté en una posición estratégica, precisamente en el lugar adecuado. Azar. Accidente. Y nuestras vidas, nuestro mundo, pendientes de él.

Cerró el libro y abandonó el recibidor para volver a la sala de trabajo. Cuando vio a McCarthy le hizo una seña con la mano para que se acercase a algún sitio donde pudieran seguir hablando.

-Cuanto más lo pienso -dijo Frink-, mas me gusta la idea.

-Bien -dijo McCarthy-. Ahora, escucha. Esto es lo que tienes que hacer. Tienes que conseguir dinero de Wyndam-Matson. -Le guiñó un ojo con un movimiento lento e intenso de las pestañas-. Sé cómo conseguirlo. Voy a dejarlo todo y a irme contigo. Mis diseños, mira, no están mal. Sé que son buenos.

-Por supuesto -dijo Frink, un poco aturdido.

-Te veré esta noche después del trabajo -dijo McCarthy-, en mi apartamento. Ven a eso de las siete y cenas con Jean y conmigo... Si puedes soportar a los chicos.

-De acuerdo -dijo Frink.

McCarthy le palmeó el hombro y se fue.

He recorrido un largo trecho en los últimos diez minutos, se dijo Frink para sí mismo. Pero no se notaba aprensivo; estaba excitado.

Seguro que todo sucede rápido, pensó mientras iba al banco de trabajo para recoger sus herramientas. Me imagino que ese tipo de cosas suceden así. La oportunidad, cuando llega...

Toda mi vida he estado esperando algo así. Cuando el oráculo dice «Algo tiene que concluirse», quiere decir eso. El tiempo es realmente grande. ¿Qué es el tiempo? ¿Qué es el momento? Seis en la parte superior del hexagrama 11 lo cambia todo al 26, la Preponderancia de lo Grande. El yin se convierte



Librodot

en yang; la línea se mueve y aparece un nuevo momento. ¡Estaba tan fuera de mí que ni siquiera me di cuenta!

Así lo espero, pensó. Unirme a Ed es muy bueno. Tiene una idea que tendrá éxito. Lo puedo garantizar. Y no me gustaría quedarme fuera.

Ahora no soy nadie, pero, si consigo esto, entonces quizá podré lograr que Juliana vuelva. Sé que ella quiere... sé que quiere casarse con un hombre importante, alguien destacado en la sociedad, no con un *meshuggener*. El nombre, antaño, solía ser un hombre. Por supuesto, antes de la guerra. Pero todo eso se ha acabado.

No hay que preocuparse si ella va por ahí de un lado a otro, de un hombre a otro, buscando. Y sin saber siquiera lo que es, ni cuáles son sus necesidades biológicas. Pero, ahora, tras la reunión con McCarthy, salga como salga... Voy a hacerlo por ella.

A la hora de la comida, Robert Childan cerró la *Artesanía Artística Americana, Inc*. Usualmente, solía cruzar la calle y comer en el bar. En ningún caso estaba fuera más de media hora, y aquel día sólo había salido veinte minutos. El recuerdo de la prueba con Tagomi y el personal de la misión comercial aún le tenía revuelto el estómago.

Al volver a la tienda, se dijo: Puede que sea mejor una política de no hacer llamadas y hacer todas las operaciones en la tienda.

Dos horas enseñando artículos. Demasiado tiempo. Casi cuatro horas en total; muy tarde como para abrir de nuevo la tienda. Una tarde entera para vender un solo articulo, sólo un reloj de Mickey Mouse. Caro tesoro, pero... abrió la puerta, como Dios manda, y se fue a colgar el abrigo en la trastienda.

Cuando volvió a salir, se encontró con un cliente. Un hombre blanco. Bueno, pensó, qué sorpresa.

-Buenos días, señor -dijo Childan haciendo una reverencia. Probablemente era un *pinoc*. Alto, de tez más bien morena. Bien vestido, a la moda. Pero totalmente a sus anchas. Le brillaba el rostro por la sudoración.

-Buenos días -murmuró el hombre, moviéndose por la tienda inspeccionando las vitrinas. Luego, de pronto, se acercó al mostrador. Sacó del bolsillo del abrigo un pequeño tarjetero de piel brillante y una tarjeta multicolor, con una impresión muy recargada.En la tarjeta se veía el emblema del Imperio, y una insignia militar. La marina. almirante Harusha. Childan, impresionado, examinó la tarjeta.

-La nave del almirante -explicó el cliente- está ahora mismo en la bahía de San Francisco. El portaaviones *Syokaku*.

-¡Ah! -exclamó Childan.

-El almirante Harusha nunca ha visitado la costa oeste. -explicó el cliente- . Y, mientras esté aquí, desea satisfacer varios deseos, uno de los cuales es el de visitar su famosa tienda. Siempre ha oído hablar en Japón de *Artesanía Artística Americana, Inc*.

Childan hizo una reverencia con verdadero placer.

-Sin embargo -continuó el hombre-, debido a los compromisos ineludibles, el almirante no puede venir personalmente a visitar su estimada tienda. Pero me envía a mí en su lugar, soy su ayudante.

-¿Es coleccionista el almirante? -preguntó Childan, cuya mente trabajaba a plena velocidad.

-Es un apasionado del arte. Es un entendido, pero no coleccionista. Lo

que desea son cosas para hacer regalos: desea regalar a cada uno de los oficiales de su barco un valioso artículo histórico, un revólver de los épicos tiempos de la Guerra Civil Americana. -El hombre hizo una pausa-. En total, son doce oficiales.

Childan pensó para sus adentros: doce revólveres de la Guerra Civil. El precio sería, por lo menos, diez mil dólares. Tembló.

-Como es bien sabido -continuó el hombre-, en su tienda se venden estos objetos antiguos de incalculable valor para las páginas de la historia de América, ¡y que no tardarán en esfumarse en el limbo del tiempo!

Poniendo mucho cuidado en lo que decía, ya que no podía permitirse el lujo de perder una oportunidad como aquélla, ni cometer un solo error, Childan dijo:

-Sí, es cierto. De todas las tiendas de los Estados Americanos del Pacífico poseo el mejor remanente que se pueda imaginar en armas de la Guerra Civil. Me encantará servir al almirante Harusha. ¿Quiere que lleve a bordo del *Syokaku* mi magnifica colección, quizá esta misma tarde?

-No -contestó el hombre-. La examinaré aquí mismo.

Doce. Childan calculó. No tenía doce. En realidad, sólo tenía tres. Pero podía conseguir doce, a lo largo de la semana, por diferentes conductos. Si tenía suerte. Por correo aéreo urgente, desde el Oeste, por ejemplo. Y mediante sus contactos con almacenistas locales.

-¿Es usted un experto en este tipo de armas? -le preguntó Childan.

-Aceptable -contestó el hombre-. Tengo mi propia colección de armas cortas, incluyendo una pistola camuflada como si fuera un dominó de, más o menos, 1840.

-Un objeto exquisito -apuntó mientras se dirigía a la caja fuerte para llevar varios revólveres al ayudante del almirante Harusha para que los inspeccionase.

Cuando regresó, el hombre estaba rellenando un cheque. Se detuvo y le dijo:

-El almirante quiere pagar por anticipado. Un depósito de quince mil dólares de los Estados Americanos del Pacífico.

Childan sintió que se le nublaba la vista. Pero se las arregló para mantener el tono de la voz y hasta consiguió parecer acostumbrado a todo aquello.

-Si lo prefiere así... Pero no es necesario; es una mera formalidad. -Dejó el estuche de piel y siguió hablando-: Aquí tenemos un excepcional Colt 44 de 1860. -Abrió el estuche-. Pólvora negra y balas, fabricado para el ejército yanqui. Los soldados azules lo llevaban para disponer de un segundo disparo en las cargas.

El hombre examinó durante un largo rato el Colt 44. Luego, alzando la vista, dijo tranquilamente:

-Señor, esto es una imitación.

-¿Cómo? -dijo Childan, sin comprender.

-Este ejemplar no tiene más de seis meses. Señor, su oferta es una estafa. Estoy desolado. Mire. La madera ha sido envejecida con un ácido químico. ¡Qué desfachatez! -Y dejó la pistola.

Childan la tomó y la sostuvo en las manos. No sabía qué decir. Dio vueltas y más vueltas a la pistola y, finalmente, dijo:

-No puede ser.

-Es una imitación de la auténtica e histórica pistola. Nada más. Me temo

que le han engañado. Seguramente, algún patán sin escrúpulos. Debe dar parte de esto a la policía de San Francisco -asintió-. Me apena. Puede tener más imitaciones en la tienda. ¿Es posible, señor, que siendo usted el propietario, quien negocia con estos artículos, no pueda distinguir las imitaciones de las piezas auténticas?

Silencio.

Alargando la mano, el hombre recogió el cheque a medio rellenar, se lo guardó en el bolsillo, hizo lo mismo con la pluma y se despidió con una reverencia.

-Es una lástima, señor, pero está claro que no puedo negociar con *Artesanía Artística Americana, Inc*. El almirante Harusha se disgustará. Pero debe usted comprender mi postura.

Childan no dejaba de mirar la pistola.

-Buenos días, señor -dijo el hombre-. Y acepte mi humilde consejo: contrate a un experto para que analice sus compras. Su reputación... estoy seguro de que lo entiende.

-Señor, si me hiciera el favor -tartamudeó Childan.

-Tranquilícese, señor. No se lo diré a nadie. Le diré al almirante que su tienda, desgraciadamente, estaba cerrada hoy. Después de todo... -El hombre se había detenido en la puerta-. Después de todo, los dos somos blancos. -Se despidió de nuevo con otra reverencia y se marchó.

Una vez solo, Childan permaneció con la pistola en la mano.

No puede ser, pensó.

Pero debe ser cierto. ¡Dios del cielo! Estoy arruinado. He perdido una venta de quince mil dólares. Y, si esto se conoce, mi reputación. Si este hombre, el ayudante del almirante Harusha, no es discreto...

Me mataré, decidió. He perdido mi posición. No puedo seguir. Eso está claro.

Por otra parte, quizá ese hombre se haya equivocado.

Puede que estuviera mintiendo.

Le habrían enviado los de *Objetos Artísticos de los Estados Unidos* para hundirle, o los de *Exclusivas de Arte* de la costa oeste.

O cualquiera de la competencia.

Sin duda, la pistola era auténtica.

¿Cómo saberlo? Childan se estrujó los sesos. ¡Aja! Haré que el Departamento de Criminología de la Universidad de California examine el revólver. Conozco a alguien de allí, o al menos lo conocía. Aquello ya había ocurrido otra vez. Con un arma de retrocarga.

Rápidamente, telefoneó a una empresa de mensajeros de la ciudad y les dijo que le enviaran a un hombre al momento. Después, envolvió la pistola y escribió una nota al laboratorio de la Universidad, diciéndoles que efectuasen un análisis profesional y urgente para calcular la edad de la pistola y que le informaran de ello por teléfono. El mensajero llegó; Childan le entregó la nota y el paquete, le dio las señas y le dijo que fuese en helicóptero. El hombre salió y Childan empezó a dar vueltas por la tienda.

A las tres le llamaron de la Universidad.

-¿Señor Childan? -preguntaron-. Deseaba usted un análisis de comprobación de autenticidad de un revólver de 1860, modelo Colt 44. -Una pausa en la que Childan sujetó el teléfono con temor-. Tengo a la vista el informe del laboratorio. Se trata de una reproducción efectuada con moldes de plástico, menos la culata, que es de nogal. Los números de serie no son

correctos. El metal no ha sido endurecido mediante cianización. Las dos superficies, tanto la azul metálica como la de madera, han sido rematadas con una técnica moderna de acción rápida; toda la pistola ha sido envejecida artificialmente aplicándole un tratamiento para que su aspecto sea viejo y usado...

Childan empezó a murmurar.

-El hombre que me la trajo para que la tasara...

-Dígale que le han engañado -dijo el técnico de la Universidad-. Y que le engañaron muy bien. Es un buen trabajo, realizado por un verdadero profesional. Mire, a las pistolas auténticas se las ponía... ¿recuerda esas piezas azules? Bueno, pues eso se ponía en una caja con correas de cuero, selladas, con ácido cianhídrico, y se calentaban. Demasiado tosco para los tiempos que corren. Pero esto se ha hecho en un lugar bien equipado. Hemos detectado algunas partículas de compuestos para pulir y rematar que son bastante infrecuentes. Actualmente, aunque no lo podamos probar, existe toda una industria dedicada a falsificaciones de este tipo. Debe haberla. Ya hemos podido ver cosas parecidas antes.

-No -dijo Childan-, sólo es un rumor, puedo asegurárselo, señor. -La voz le temblaba-. Y yo estoy capacitado para saberlo. ¿Por qué piensa que se la envié? Después de tantos años de experiencia, puedo detectar que es falsa. Un revólver como ése es una rareza, algo fuera de lo corriente. Una broma. Una treta. -Jadeante, cortó-. Gracias por confirmar mi observación. Pásenme la factura. Muchas gracias. -Se apresuró a cortar.

Después, sin detenerse en los archivos, empezó a seguir la pista de la pistola. ¿Cómo llegó a él? ¿A través de quién?

La había recibido de uno de los almacenistas y distribuidores más grandes de San Francisco. *Ray Calvin, Asociados*, en Van Ness. Les llamó inmediatamente.

-Quisiera hablar con el señor Calvin -dijo, algo más calmado.

Le contestó una voz áspera.

-Sí.

-Soy Bob Childan, de *Artesanía Artística Americana*, de la calle Montgomery. Ray, tengo entre manos un asunto muy delicado. Quiero verle, en privado, en sus oficinas, lo antes posible. Créame, señor -Childan se dio cuenta de que estaba chillando por teléfono.

-De acuerdo -contestó Ray Calvin.

-No lo comente con nadie. Es absolutamente confidencial.

-¿A las cuatro?

-A las cuatro -respondió Childan-, en sus oficinas. Buenos días. -Colgó el auricular tan furioso que el teléfono cayó del mostrador al suelo. Childan se arrodilló, lo recogió y volvió a ponerlo en su sitio.

Tenía media hora por delante hasta que tuviera que empezar. Disponía de todo aquel tiempo para tranquilizarse, sin esperanzas, esperando. ¿Qué podía hacer? Tuvo una idea. Telefoneó a las oficinas del *«Herald»* de Tokio en San Francisco, en la calle Market.

-Señores -dijo-, por favor, ¿pueden informarme si el portaaviones *Syokaku* está en el puerto y, si es así, cuánto tiempo estará? Les agradeceré muchísimo que me den esta información.

Una espera agonizante. La chica estaba de nuevo al teléfono.

-Según nuestros archivos, señor -dijo con voz un tanto jocosa-, el portaaviones *Syokaku* está en el fondo del mar de Filipinas. Fue hundido por



Librodot

un submarino americano en 1945. ¿Alguna otra pregunta, señor?

Obviamente, en el periódico se habían dado cuenta de la broma que le habían gastado.

Colgó. No existía el portaaviones *Syokaku* desde hacía diecisiete años y, seguramente, tampoco el almirante Harusha. Se trataba de un impostor e, inmediatamente... pensó. El hombre estaba en lo cierto. El Colt 44 era una falsificación. No tenía sentido.

Quizá el hombre era un especulador que intentaba copar el mercado de las armas del periodo de la Guerra Civil. Un experto. Y había reconocido la falsificación. Era el más profesional de los profesionales.

Aquello sólo podía detectarlo un profesional. Alguien que estuviera dentro del negocio. No un simple coleccionista.

Childan respiró aliviado. Sólo unos pocos podrían detectarlo... quizá nadie más. Dejaría el asunto en secreto.

Consideró. No. Debo investigar. Lo primero es volver a la investigación; conseguir una indemnización de Ray Calvin. Y... debe haber más objetos que deba analizar el laboratorio de la Universidad.

Pero... ¿Y si muchos resultaban no ser auténticos?

Asunto difícil.

El único camino, decidió, es ése. Estaba enfadado, incluso desesperado. Tenía que ir a ver a Ray Calvin. Enfrentarse con él. Insistir para que también él investigase hasta dar con la fuente de sus conflictos. Puede que también él sea inocente. Puede que no. En cualquier caso, decirle que no quería las falsificaciones o que no le volvería a comprar nada nunca más.

Calvin tendría que asumir la pérdida, decidió Childan. Yo no lo haré. Y, si no quiere, hablaré con los otros minoristas, se lo contaré; arruinaré su reputación. ¿Por qué me voy a arruinar yo solo? Que la bola ruede hasta dar con los responsables.

Pero todo debe realizarse en el más estricto secreto. Tendremos que guardarlo entre nosotros.

## 5

La llamada telefónica de Ray Calvin sorprendió a Wyndam-Matson. No podía entenderlo muy bien, en parte por la forma de hablar tan rápida que tenía Ray Calvin, y en parte porque en aquel momento, a las once y media de la noche, Wyndam-Matson estaba atendiendo a una señorita en su apartamento del *Hotel Muromachi*.

Calvin le dijo:

-Mire usted, amigo mío, le devuelvo el lote completo del último embarque. Y también le devolveré los otros artículos que me envió con anterioridad. Le advierto que le hemos pagado todo a excepción de este último embarque. La fecha de la factura es del 18 de mayo.

Naturalmente, Wyndam-Matson quería saber por qué.

-Son malas imitaciones -dijo Calvin.

-Pero... usted lo sabía. -Estaba totalmente aturdido-. Quiero que entienda que usted estaba al cabo de la calle de la situación. -Miró a su alrededor, pero la chica debía deambular por otra parte del apartamento, quizá por el tocador.

-Supe que se trataba de falsificaciones -dijo Calvin-, pero ahora no

estamos hablando de eso, sino de su calidad. Mire, no me importa mucho el que alguna de las armas que usted me envía se haya utilizado *realmente* o no en la Guerra Civil. Me importa que sea un Colt 44 satisfactorio. Me da igual lo que tenga en su catálogo. Es preciso que se atenga a las normas. ¿Sabe quién es Robert Childan?

-Sí. -Tenía una idea vaga, y en aquel momento le era casi imposible retener el nombre. Debía ser alguien importante.

-Hoy ha estado aquí, en mi oficina. Ahora le estoy llamando desde la oficina, no desde casa. Seguimos con este asunto. En resumen, vino y me contó una larga historia. Estaba fuera de sí. Realmente excitado. Bien, un japonés, un buen cliente, un almirante japonés fue a verle, o envió a su ayudante a verle. Childan me habló de un pedido de unos veinte mil dólares, pero puede que exagerara. De cualquier modo, ¿qué fue lo que ocurrió?... Yo no dudo de ello. El japonés llegó, quería comprar, echó una mirada a los Colt 44 que usted fabrica, los examinó y se dio cuenta de que eran falsificaciones, así que se volvió a meter el dinero en el bolsillo y se fue. Y, ahora, ¿qué me dice ahora?

Wyndam-Matson no sabía ni qué pensar ni qué decir. Pero inmediatamente pensó que era cosa de Frink y McCarthy. Ya le dijeron que intentarían algo. Y allí estaba. Pero no podía imaginarse lo que habían hecho. Ni tampoco podía entender la historia de Calvin.

De pronto, sintió que el miedo y la superstición le invadían. Esos dos... ¿Cómo podían haber falsificado un artículo acabado en febrero? Pensó que podían hablar con la policía, o con la prensa, o incluso con el Gobierno *pinoc* de Sacramento, y, por supuesto, él ya había tomado medidas al respecto. Misterioso. No sabía qué decirle a Calvin; farfulló durante un rato que se le hizo interminable, pero finalmente se las arregló para cortar la conversación. Colgó.

Cuando hubo colgado, se dio cuenta con sobresalto de que Rita había salido del dormitorio y había escuchado toda la conversación; de que se había estado paseando nerviosa de un lado a otro. Llevaba sólo una braguita de seda negra. El rubio cabello le caía suelto por los hombros pecosos y desnudos.

-Llama a la policía -dijo la chica.

Bien, pensó Wyndam-Matson. Posiblemente le resultaría más barato darles unos dos mil dólares... o algo así. Lo aceptarían. Probablemente, sería cuanto querían. La gente mezquina como ellos se conformaba con poco. Y a ellos les parecería mucho. Lo pondrían en su nuevo negocio y seguramente lo perderían y estarían arruinados en menos de un mes.

-No -dijo.

-¿Por qué no? El chantaje es un delito.

Era difícil de explicar. Estaba tan acostumbrado a pagar a la gente... Formaba parte de los gastos generales de la empresa. Y si la suma era pequeña... Pero, al fin y al cabo, la chica tenía algo de razón.

Lo meditó.

Les daré dos mil dólares, pero me pondré en contacto con ese hombre que conozco en el Centro Cívico, ese inspector de policía. Haré que ambos, Frink y McCarthy, sean investigados. Ya veré si encuentro algo. Y si encuentro algo y vuelven a aparecer, les echaré el guante.

Por ejemplo, pensó, alguien me dijo que Frink era judío. Se cambió la nariz y el nombre. Todo lo que tengo que hacer es notificarlo al consulado

alemán. Una rutina de negocios. Pediré a las autoridades japonesas su extradición. Y le gasearán tan pronto como pase la línea de demarcación. Creo que tienen uno de esos Campos en Nueva York, recordó. Uno con hornos.

-Me sorprende -dijo la chica- que cualquiera pueda chantajear a un hombre tan importante -le echó en cara.

-Bien, te contaré -dijo-. Todo este negocio de los objetos históricos no tiene sentido. Los japoneses son tontos. Lo he comprobado. -Se levantó y se metió rápidamente en el estudio, y volvió enseguida con dos encendedores que dejó sobre la mesita de café-. Mira estos encendedores. Parecen iguales, ¿no es así? Bien, escucha. Uno tiene historia -sonrió-. Cógelos. Venga. Uno vale... cuarenta o cincuenta mil dólares en el mercado de los coleccionistas.

La chica cogió lentamente los dos encendedores y los examinó.

-¿No lo sientes? -le dijo con chanza Wyndam-Matson-. El valor histórico.

-¿Qué es el valor histórico? -preguntó Rita.

-Escucha. Una cosa tiene valor histórico cuando... Mira, uno de estos dos Zippo lo llevaba Franklin D. Roosevelt cuando fue asesinado, el otro no. Uno tiene valor histórico. Muchísima historia. Mucha más historia que la que tuvo antes cualquier otro objeto. El otro no la tiene. ¿Lo comprendes? -Le propinó un codazo-. No puedes. No puedes decir cuál es cada uno. No hay «presencia mística plásmica», no tienen «aura» a su alrededor.

-¡Ja! -dijo la chica, admirada-. ¿Es eso realmente cierto? ¿Tenía uno de éstos encima aquel día?

-Por supuesto. Y sé cuál es. ¿Entiendes? Todo es una estafa; y todos entran en el juego. Lo que quiero decir es que aunque la pistola esté en una batalla famosa, por ejemplo en Meuse-Argonne, sería igual que si no hubiese estado allí, a menos que lo sepas. Está aquí -se golpeó la cabeza-. En la mente, no en la pistola. Yo fui coleccionista. De hecho, así fue como entré en el negocio. Coleccionaba sellos de las colonias inglesas.

La chica permaneció de pie ante la ventana, con los brazos cruzados, mirando al exterior, a las luces de la ciudad de San Francisco que se extendía más abajo.

-Mi padre y mi madre solían decir que si él hubiese vivido no hubiéramos perdido la guerra -dijo.

-De acuerdo -siguió Wyndam-Matson-. Ahora, imaginemos que el año pasado el Gobierno canadiense, o cualquier otro, o cualquier otra persona, hubiese encontrado las planchas con las que se imprimían los sellos, y la tinta. Y... un suministro de...

-Yo no creo que ninguno de esos dos encendedores perteneciera a Franklin D. Roosevelt.

Wyndam-Matson rió.

-¡De eso se trata! Tengo que demostrártelo con algún documento. Un papel que prueba su autenticidad. Si no, todo es una falsificación, un gran engaño. ¡El documento prueba su valía, no el objeto en sí mismo!

-Enséñame el documento.

-Por supuesto. -Con gran excitación se dirigió de nuevo al estudio y descolgó de la pared un certificado enmarcado de la *Institución Smithsoniana*; el documento y el encendedor le costaron una fortuna, pero aquél era su precio, pues le permitía probar que estaba en lo cierto, que la palabra «falsificación», en realidad, no quería decir nada, al igual que la palabra «auténtico» tampoco significaba nada-. Un Colt 44 es un Colt 44. -

Llamó a la chica según volvía al recibidor-. Es algo que tiene que ver con el calibre y el diseño, no con cuándo se ha fabricado. Tiene que ver con...

La joven levantó la mano y le devolvió el documento.

-Así que es genuino -dijo finalmente.

-Sí. Es éste. -Tomó el encendedor que tenía una marca recorriéndole un lado.

-Me gustaría irme ya -dijo la chica-. Te veré de nuevo otra noche. -Dejó el documento y el mechero y se encaminó al dormitorio, donde tenía la ropa.

-¿Por qué? -gritó con agitación siguiéndola-. Sabes que estamos seguros. Mi mujer no regresará en semanas. Ya te lo he explicado. Un desprendimiento de retina.

-No es eso.

-¿Qué es entonces?

-Por favor -dijo Rita-, llámame a un pedetaxi mientras me visto.

-Te llevaré yo mismo a casa -dijo de mal humor.

Se vistió y, luego, mientras recogía el abrigo del armario, vagó por el apartamento, silenciosa. Parecía pensativa, alicaída, incluso un poco deprimida. El pasado entristece a las personas, pensó. ¡Diablos! ¿Por qué habré sacado el tema? Es tan joven. Pensé que ni siquiera conocería su nombre.

La chica se arrodilló junto a la librería.

-¿Has leído este libro? -preguntó cogiendo uno de los libros del anaquel.

Wyndam-Matson se acercó para verlo mejor y vencer su miopía. Una cubierta llamativa, a todo color. Una novela.

-No -contestó-. Mi mujer lo compró. Ella lee mucho.

-Deberías leerlo.

Sintiéndose aún descontento, tomó el libro y lo hojeó. *«La plaga de la langosta».*

-¿No es éste uno de los libros prohibidos en Boston? -dijo.

-Prohibido en todos los Estados Unidos y en Europa, por supuesto. -Se fue a la puerta del recibidor y permaneció allí, esperando.

-He oído hablar de este Hawthorne Abendsen -dijo. Pero no era verdad. Todo lo que podía recordar sobre aquel libro era que... ¿qué?... era muy popular. Otra moda. Otra locura de las masas. Se agachó y volvió a colocar el libro en la estantería.

-No tengo tiempo para leer ficción popular. Estoy muy ocupado con mi trabajo. -Las secretarias, pensó con acidez, leen estas sandeces, en casa, cuando están en la cama por la noche. Las estimula. En vez de tener lo que realmente... y que en realidad temen. Pero, que, por supuesto, desean.

-Una de esas historias de amor -dijo mientras abría malhumorado la puerta del recibidor.

-No -dijo ella-. Es una historia sobre la guerra -siguió mientras iban hacia el ascensor-. Cuenta lo mismo que decían mis padres.

-¿Quién es ese hijo de... cura?

-Mantiene la teoría de que si Joe Zangara no le hubiera matado, Roosevelt hubiese sacado América de la Depresión y la habría armado y así... -cortó repentinamente. Habían llegado al ascensor y había más gente esperando.

Más tarde, mientras avanzaban entre el tráfico nocturno en el Mercedes Benz de Wyndam-Matson, ella siguió:

-La teoría de Abendsen es que Roosevelt hubiera sido un Presidente terriblemente fuerte. Tan fuerte como Lincoln. Lo demostró el año que fue

Presidente con todas aquellas medidas que introdujo. El libro es pura ficción. Quiero decir que está novelado. Roosevelt no fue asesinado en Miami; siguió y fue reelegido en 1936, así que es Presidente hasta 1940, durante la guerra. ¿Entiendes? Todavía era Presidente cuando Alemania ataca a Inglaterra, Francia y Polonia. Y, al ver todo aquello, hace que América se fortalezca. Gardner fue realmente un Presidente nefasto. Mucho de lo que ocurrió fue culpa suya. Y, luego, en 1940, en lugar de Bricker, saldría elegido un demócrata...

-De acuerdo con ese Abendsen -interrumpió Wyndam-Matson mirando atentamente a la chica que estaba a su lado y pensando, ¡Dios mío, se leen un libro y no paran de decir tonterías!

-Su teoría es que en lugar de un aislacionista como Bricker, en 1940 después de Roosevelt, Rexford Tugwell llegaría a ser Presidente. -Su terso rostro reflejaba las luces del tráfico y brillaba con animación. Sus ojos parecían más grandes y gesticulaba al hablar-. Y hubiese sido un activista en la continuación de la política antinazi de Roosevelt. Así, Alemania hubiera tenido miedo de entrar, en 1941, a ayudar al Japón. No hubieran honrado el tratado. ¿No lo ves? -Y dándose la vuelta hacia el asiento le cogió por los hombros con fuerza y le dijo-: ¡Y Alemania y Japón habrían perdido la guerra!

Wyndam-Matson rió.

Ella le miraba fijamente a la cara, buscando algo. Él no podía saber qué, y, además, iba pendiente del tráfico.

-No es divertido. Realmente hubiera sucedido así. Los Estados Unidos habrían podido arrasar a los japoneses y...

-¿Cómo? -interrumpió.

-Todo lo explica en el libro. -Permaneció en silencio durante un momento-. Es ficción -dijo-. Naturalmente, tiene muchas partes que son inventadas. Quiero decir que están ahí para entretener a la gente, si no, nadie lo leería. Tiene un interés humano. Están esos dos jóvenes, el chico que está en el ejército americano, la chica... Bueno, de todas formas, el Presidente Tugwell es muy inteligente. Comprende lo que los japoneses van a hacer. -Y, con ansiedad, añadió-: Está muy bien hablar sobre esto; los japoneses han permitido que el libro se distribuyese por el Pacifico. He oído que muchos de ellos lo están leyendo. Y que es muy conocido en las Islas. Está dando mucho que hablar.

-Oye -dijo Wyndam-Matson-, ¿qué es lo que dice sobre Pearl Harbor?

-El Presidente Tugwell es tan inteligente que tiene todos los barcos en el mar. Así la flota de Estados Unidos no puede ser destruida.

-Ya veo.

-De modo que no existe Pearl Harbor. Ellos atacan, pero sólo pueden alcanzar algunos botes.

-Se llama ¿algo de la langosta?

-*«La plaga de la langosta»*. Es una cita de la *«Biblia»*.

-Y Japón es vencido porque no existe Pearl Harbor. Japón habría ganado de cualquier forma. Incluso aunque no existiera Pearl Harbor.

-La flota de los Estados Unidos, en este libro, impide que invadan Filipinas y Australia.

-Las hubieran invadido de todas formas. Su flota era superior. Conozco a los japoneses muy bien; y su destino era asumir el dominio del Pacífico. Los Estados Unidos estaban en decadencia desde la Primera Guerra Mundial.

Todos los países aliados estaban arruinados desde antes de la guerra, moral y espiritualmente.

La chica continuó obstinadamente.

-Y si los alemanes no hubiesen tomado Malta, Churchill hubiera permanecido en el poder y habría llevado a Inglaterra a la victoria.

-¿Cómo? ¿Dónde?

-En el Norte de África. Finalmente, Churchill habría vencido a Rommel.

Wyndam-Matson se rió a carcajadas.

-Y una vez que los ingleses hubieran vencido a Rommel, habrían podido llevar las tropas a Turquía, a reunirse con las tropas rusas y formar un frente, según el libro, para parar a los alemanes en su avance por el este, en Rusia, en una ciudad del Volga. Nunca hemos oído hablar de esta ciudad, pero realmente existe, lo he mirado en el atlas.

-¿Cómo se llama?

-Stalingrado. Y los ingleses hubieran cambiado el curso de la guerra. Así que, en el libro, Rommel nunca se hubiera unido a las tropas alemanas que volvían de Rusia. ¿Recuerdas? Los ejércitos de Von Paulus. Y los alemanes no habrían llegado a Oriente Medio, ni obtenido el petróleo que necesitaban, ni llegado a la India, como hicieron, ni se habrían unido a los japoneses. Y...

-Ninguna estrategia hubiera podido vencer a Erwin Rommel -dijo Wyndam-Matson-, y no se podía ni soñar en un acontecimiento como ése, ni siquiera esa heroica ciudad, Stalingrado. Sólo sería un retraso del fin. No se habría podido cambiar. Escucha. *Conocí a Rommel*. En Nueva York. Cuando estuve allí por asuntos de negocios en 1948. -En realidad, sólo vio al Gobernador militar de los Estados Unidos durante una recepción en la Casa Blanca, y desde lejos-. ¡Qué hombre, qué porte y qué dignidad! Yo sé lo que estoy diciendo -dijo, un tanto herido.

-Fue terrible -dijo Rita- cuando relevaron al general Rommel y nombraron al horroroso Lammers. Fue cuando comenzaron todos esos asesinatos y los Campos de Concentración.

-Ya existían cuando Rommel era Gobernador Militar.

-Pero -gesticuló- no eran oficiales. Quizás esos malvados SS cometieron todo aquello... Pero Rommel no era como ellos. Se parecía más a esos viejos prusianos. Era duro...

-Te diré quién hizo realmente una buena obra en Estados Unidos -dijo Wyndam-Matson-, quién fue el autor del renacer económico. Albert Speer. No Rommel, ni la Organización Todt. Speer era el mejor hombre que podía elegir el partido para Norteamérica. Speer consiguió poner en marcha todas esas corporaciones y fábricas. ¡Todo! Planificándolo con bases eficientes. ¡Ojalá pudiéramos tener aquí algo parecido! Según lo tenemos montado, tenemos cinco ramos compitiendo unos en contra de otros, y eso es una pérdida terrorífica. No hay nada más loco que la competencia económica.

-Yo no podría vivir en esos Campos de Trabajo -dijo Rita-. En esos dormitorios colectivos del Este. Una amiga mía vivió allí. Censuraban el correo, no me lo pudo contar hasta que regresó. Se tenían que levantar a las seis y media de la mañana *oyendo la orquesta*.

-Te acostumbrarías, tendrías una vivienda limpia. Alimento adecuado, recreo, atención médica. ¿Qué más quieres? ¿Huevos, cerveza?

El enorme coche alemán se movía silenciosamente entre la fría niebla de la noche de San Francisco.

Tagomi estaba sentado con las piernas cruzadas, en el suelo. Tenía en las manos una taza de té negro a la que soplaba de vez en cuando, sonriendo a Baynes.

-Tiene usted un sitio estupendo -dijo Baynes-. Hay mucha tranquilidad por aquí, por la costa del Pacífico. Es totalmente diferente a... aquello -concluyó sin especificar.

-Dios habla al hombre con el signo del Despertar -murmuró Tagomi.

-¿Perdón?

-El oráculo. Lo siento. Una sencilla respuesta cortical.

Está distraído, pensó Baynes. Debe ser cuestión de su idioma, sonrió para sí.

-Somos absurdos -dijo Tagomi-, pues vivimos de acuerdo a un libro de hace cinco mil años. Le hacemos preguntas como si estuviera vivo. Está vivo. Como lo está la *«Biblia»* cristiana; hay muchos libros vivos hoy día. No de una forma metafórica. Los espíritus les animan. ¿Lo ve? -Miró con atención la cara de Baynes para estudiar su reacción.

Midiendo mucho sus palabras, Baynes dijo:

-No sé lo suficiente sobre religión, está fuera de mi campo. Prefiero hablar sobre temas en los que tengo alguna competencia. -En realidad, no estaba muy seguro sobre lo que Tagomi estaba diciendo. Debo estar cansado, pensó Baynes. Y así he estado desde que he llegado esta noche. Hay aquí como una especie de magia de gnomos alrededor de todo. Una magia para enanos. Con su lado divertido. ¿De qué libro de cinco mil años de antigüedad me está hablando? Y, además, el reloj de Mickey Mouse. El propio Tagomi, la frágil tacita que mantenía en las manos... Y en la pared que tenía enfrente Baynes había una enorme cabeza de bisonte, feísima y amenazadora.

-¿De qué es esa cabeza? -preguntó de pronto.

-Esa -dijo Tagomi- no es ni más ni menos que la criatura con la que se alimentaban los antiguos aborígenes.

-Ya veo.

-¿Quiere que le enseñe cómo mataban los bisontes? -Tagomi dejó la taza en la mesa y se levantó. En su casa, por la noche, vestía bata de seda, zapatillas y corbata blanca-. Aquí estoy, montado en un caballo de acero, y en el regazo llevo un rifle de 1866, de mi propia colección. -Miró interrogante a Baynes-. Debe estar muy cansado por el viaje, señor.

-Eso me temo -dijo Baynes-. Todo me sobrepasa un poco. Demasiadas preocupaciones por los negocios. -Y otras preocupaciones, pensó. Le dolía la cabeza. Y se preguntaba si allí, en la costa del Pacífico, podría conseguir los maravillosos analgésicos *I. G. Farben*. Estaba habituado a ellos para los dolores de cabeza que tenía producidos por la sinusitis.

-Debemos tener fe en algo -dijo Tagomi. No podemos conocer las respuestas. No podemos ver el futuro nosotros solos.

Baynes asintió.

-Mi mujer puede que tenga algo para su dolor de cabeza -dijo Tagomi al verle quitarse las gafas y frotarse la frente-. Le duelen los ojos, ¿verdad? Perdóneme, señor. -Haciendo una reverencia, salió de la habitación.

Lo que necesito es dormir, pensó Baynes. Una noche de sueño. O, ¿es que no estoy afrontando la situación? La estoy evitando porque es dura.

Cuando Tagomi estuvo de regreso traía un vaso de agua y una píldora en la mano. Baynes dijo:

-Realmente he de darles las buenas noches e irme al hotel. Pero, antes me

gustaría saber algo. Podremos discutir más mañana, si no tiene inconveniente. ¿Le han informado sobre una tercera persona que participará en nuestras conversaciones?

Por un instante, el rostro de Tagomi mostró sorpresa, luego la sorpresa se desvaneció y asumió una expresión de indiferencia.

-No, no se me ha dicho nada al respecto. De todas formas... es interesante, por supuesto.

-Viene de las Islas.

-Ah -dijo Tagomi. No dejó ver su sorpresa en absoluto. Todo estaba bajo control.

-Es un hombre mayor, retirado de los negocios -dijo Baynes-. Viene en barco. Ya lleva dos semanas embarcado. Tiene cierto reparo en viajar por el aire.

-¡Ah! Las maravillas de lo antiguo -dijo Tagomi.

-Su interés radica en que conoce con profundidad el mercado de las Islas y nos puede informar sobre él. Y, además, viene de vacaciones. No es que sea muy importante, pero logrará que nuestras conversaciones sean más precisas.

-Si -dijo Tagomi-. Podré corregir errores analizando el mercado de «casa». He estado dos años fuera.

-¿Quiere darme esa pastilla?

Aún de pie, se miró la mano y vio que tenía la píldora y el vaso de agua.

-Discúlpeme. Es muy efectiva. Se llama zacarina y la fabrica una firma médica del distrito chino. -Extendió la mano y añadió-: No crea hábito.

-Esta persona mayor -dijo Baynes según se disponía a tomar la píldora- probablemente contactará directamente con su misión comercial. Le escribiré su nombre para que su personal le reconozca y no le echen. Yo no le conozco, pero me imagino que estará un poco sordo y será un poco excéntrico. Tenemos que asegurarnos que no se sienta desatendido. -Tagomi ponía cara de entender-. Le encantan los rododendros. Estará encantado si usted le facilita a alguien con quien pueda hablar sobre ellos durante una media hora, más o menos, mientras preparamos nuestra reunión. Ah, su nombre. Se lo escribiré.

Baynes se tomó la píldora y sacó la pluma y escribió.

-Señor Shinjiro Yatabe -leyó Tagomi al tomar la nota de papel. Se la guardó en el bolsillo con mucho sentido del deber.

-Ah, otra cosa más.

Tagomi se acercó la taza escuchando.

-Una nimiedad un tanto delicada. El anciano es un tanto... embarazoso. Tiene casi ochenta años y algunos de sus últimos negocios al final de su carrera no tuvieron mucho éxito, ¿sabe?

-Lo que significa que no tiene muy buena situación -dijo Tagomi-. Y que seguramente vive de una pensión.

-Eso es. Y la pensión es terriblemente escasa. Y trata de completarla con esto y aquello.

-Ya. Hay que saltarse alguna norma -dijo Tagomi-. El Gobierno de casa y su burocracia oficial. Comprendo la situación. El anciano recibe un estipendio por esta consulta para nosotros y no la notifica a su Caja de Pensiones. Así es que no debemos revelar su visita. Sólo saben que está de vacaciones.

-Es usted muy sofisticado -dijo Baynes.

Tagomi añadió:

-Esto ya ha ocurrido con anterioridad. En nuestra sociedad no hemos resuelto el problema de los ancianos, ya que cada vez son más numerosos y la medicina avanza cada día. China nos da ejemplo para que veneremos a nuestros ancianos. Sin embargo, los alemanes piensan que nuestra negligencia es casi una virtud. Tengo entendido que los alemanes asesinan a sus ancianos.

-Los alemanes... -murmuró Baynes mientras se volvía a frotar la frente. ¿Me ha hecho efecto la píldora? Estaba un poco somnoliento.

-Siendo usted de Escandinavia seguro que ha tenido muchos contactos con la Festung Europa. Por ejemplo, usted embarcó en Tempelhof. ¿Se puede tomar una postura así? Usted es neutral. Si lo desea, déme su opinión.

-No sé a qué actitud se refiere -dijo Baynes.

-La que tienen con respecto a los ancianos, enfermos, débiles, con poca salud o inútiles en todos los aspectos. «¿Para qué vale un recién nacido?», se preguntó un famoso filósofo anglosajón. Me lo he repetido muchas veces y he pensado sobre ello. Señor, no sirve para nada. Por lo general.

Baynes murmuró algo, un sonido ininteligible, pero cortés.

-¿No es cierto -dijo Tagomi- que ningún ser humano debe ser instrumento de las necesidades de otro? -Se inclinó hacia delante con ansiedad-. Por favor, déme su opinión neutral escandinava.

-No sé -dijo Baynes.

-Durante la guerra -dijo Tagomi-, tuve un cargo menor en el distrito de China, en Shanghai. Allí, en Hongkew, el Gobierno mantenía una colonia judía para que sobrevivieran mediante el auxilio colectivo. Yax, el Ministro nazi de Shangai, nos pidió que masacrásemos a los judíos. Pedí a mis superiores que me dieran la respuesta y ésta fue: «Denegada por no estar de acuerdo con los principios humanitarios». Rechazaron la petición tachándola de barbarie. Me impresionó.

-Ya entiendo -murmuró Baynes. ¿Me está intentando tirar de la lengua?, se preguntó. Se puso alerta. Sus sentidos parecían volverle todos a la vez.

-Los judíos, señor Tagomi, fueron descritos siempre por los nazis como asiáticos, no como blancos. Y esto implica que haya sido estudiado con detenimiento por los altos cargos japoneses, incluso por el Gabinete de Guerra. Yo nunca he entrado en discusiones sobre este punto con los ciudadanos del Reich con que me he topado...

Baynes se interrumpió.

-Bien, yo no soy alemán. Malamente podría hablar por Alemania. -Se puso en pie y se dirigió a la puerta-. Si no le importa, continuaremos esta discusión mañana. Por favor, excúseme. Ahora no puedo pensar. -Pero, en realidad, sabía que su mente estaba despejada. Se dio cuenta de que tenía que salir de allí. Este hombre me está haciendo ir muy lejos, pensó.

-Perdone la estupidez del fanatismo -dijo Tagomi, dirigiéndose a la puerta-. Las implicaciones filosóficas han hecho que me olvide de la realidad humana. -Dijo algo en japonés y abrió la puerta. En aquel momento apareció un joven japonés que saludó haciendo una reverencia y miró a Baynes.

Mi chofer, pensó Baynes.

De repente se le ocurrió algo. Puede que esas opiniones quijotescas que hice en el vuelo de la Lufthansa tengan que ver con... ¿cómo se llamaba? Lotze. Habrá venido aquí a ver a los japoneses. Debe existir alguna conexión.

Siento habérselo dicho a Lotze, pensó. Lo siento, pero ya es demasiado tarde.

No soy la persona adecuada, ni mucho menos. No valgo para esto.

Pero, más tarde, pensó: un sueco le habría dicho lo mismo a Lotze. Está bien. No hay nada incorrecto. Estoy siendo demasiado escrupuloso. Estoy arrastrando los hábitos del pasado. Ya se puede hablar abiertamente. Es cierto. Y debo adaptarme.

Y sin embargo estaba en contra de aquel condicionante. Todo su cuerpo, su sangre y sus huesos se rebelaban. Abre la boca, se dijo. Di algo o no digas nada. Da una opinión si quieres triunfar.

-Quizá les guía un impulso inconsciente -dijo-, en el sentido jungiano.

Tagomi asintió.

-He leído a Jung. Entiendo.

Se estrecharon la mano.

-Le llamaré mañana por la mañana -dijo Baynes-. Buenas noches, señor. -Hizo una reverencia, al igual que Tagomi.

El joven japonés que estaba esperándole le dijo algo a Baynes que éste fue incapaz de comprender.

-¿Cómo? -dijo Baynes según se ponía el abrigo y salía al porche.

-Se dirige a usted en sueco -dijo Tagomi-. Ha seguido un curso sobre la Guerra de los Treinta Años en la Universidad de Tokio y está maravillado con su gran héroe Gustavo Adolfo. -Tagomi sonreía con simpatía-. Sin embargo, está claro que no ha logrado dominar una lengua tan extraña. Habrá seguido esos cursos de cintas magnetofónicas. Es un estudiante, y esos cursos son muy populares entre los estudiantes porque son muy baratos.

El joven japonés, obviamente, no entendía inglés. Sólo saludaba y sonreía.

-Ya veo -dijo Baynes-. Le deseo suerte. -Yo también tengo problemas lingüísticos, pensó, era evidente.

Dios mío, este joven estudiante intentará hablar en sueco todo el trayecto hasta llegar al hotel, se dijo Baynes. Y aquélla era una lengua que a Baynes le costaba entender y que sólo comprendía cuando se hablaba de una forma totalmente correcta y formal. Y, por supuesto, no entendería cuando le hablara el joven japonés que estaba intentando aprenderlo mediante un curso en cassettes.

No lograré entenderle nada, pensó Baynes. Y él lo seguirá intentando una y otra vez, porque ésta es la única oportunidad que tiene, pues probablemente nunca se volverá a encontrar con un sueco. Baynes gruñó. Iba a ser una prueba de fuego para los dos.

## 6

La señorita Frink había salido muy temprano para hacer sus compras, disfrutando del frío y del sol. Caminaba por la calle llevando dos bolsas de papel marrón y se detenía en cada tienda para ver bien todos los escaparates.

¿No tenía que comprar algo en la droguería? Quiso recordar. Su jornada de trabajo en el gimnasio de judo empezaba a mediodía. Estaba en su período de tiempo libre. Se sentó en un taburete del mostrador, colocó las bolsas de la compra y empezó a hojear unas revistas.

En el último número de *«Life»* vio que venía un artículo importante:



Librodot

*«Televisión en Europa: una visión del futuro»*. Dando la vuelta a la página vio que venía la foto de una familia alemana viendo la televisión en el cuarto de estar. El artículo seguía diciendo que desde Berlín se emitían cuatro horas diarias de programación. Algún día habría cadenas de televisión en todas las ciudades de Europa. Y hacia 1970, empezaría a haberlas en Nueva York.

El artículo estaba ilustrado con una fotografía en la que unos ingenieros electrónicos del Reich ayudaban a los técnicos de Nueva York a resolver un problema. Era fácil adivinar quiénes eran los alemanes. Tenían las caras rebosantes de salud, eran aseados, enérgicos, con aspecto de estar seguros de sí mismos. Los americanos, por su parte, parecían simplemente personas. Podían ser cualquiera.

Los técnicos alemanes señalaban algo, y los americanos miraban hacia lo señalado intentado averiguar lo que era. Deben tener mejor vista que nosotros, decidió. Han tenido una dieta mucho más completa durante los últimos veinte años, por lo que me han contado. Así que claro que podían ver cosas que los demás no podían. ¿Quizá fuera por la vitamina A?

¿Cómo sería aquello de estar sentado en el salón de casa y poder ver todo el mundo a través de una pantalla gris? Si los nazis pueden ir y venir de la Tierra a Marte a su antojo, ¿por qué no van a poder hacer funcionar la televisión? A mí me gustaría más ver las comedias de Bob Hope y Jimmy Durante que sus viajes a Marte.

Posiblemente era aquello, pensó, dejando la revista en su sitio, que los nazis no tenían sentido del humor, así que, ¿para qué querían la televisión? De todos modos, habían matado a la mayor parte de los buenos comediantes. Porque la mayoría eran judíos. De hecho, se percató, han matado a casi todo el gremio del espectáculo. Me pregunto cómo puede seguir adelante Bob Hope con todo lo que dice. Por supuesto, tiene que transmitir desde Canadá. Allí están un poco más liberados. Pero la verdad es que Hope dice unas cosas que... Como esa broma sobre Goering... una en la que Goering compra Roma y se la lleva a su montaña de retiro en donde la vuelve a edificar. Y revive el cristianismo para que sus leones tengan algo que...

-¿Quiere comprar la revista, señorita? -dijo el viejo macilento que atendía el mostrador del supermercado, mirándola con recelo.

Con cierto sentimiento de culpabilidad, dejó en su sitio el *«Reader's Digest»* que había empezado a mirar.

Se encontró de nuevo en la calle, caminando por la acera con sus bolsas de la compra. Iba pensando: Puede que Goering sea el nuevo Führer cuando muera Bormann. Parece distinto a los demás. Bormann consiguió ser el primero porque estaba ya esperando cuando Hitler empeoró. Goering se quedó en su castillo. Goering debería haber sido el Führer después de Hitler, pues fue su Luftwaffe la que destruyó las estaciones de radar inglesas y acabó con la RAF. Hitler hubiera preferido bombardear Londres hasta dejarlo como dejaron Rotterdam.

Puede que Goebbels lo consiguiera. Eso era lo que decía todo el mundo. Si el horrible Heydrich no lo hacía antes. Nos mataría a todos. Está totalmente loco.

El que más me gusta es Baldur von Schirach, pensó. Es el único que parece normal. Pero no tiene ninguna posibilidad.

Cuando abrió la puerta del apartamento, vio a Joe Cinnadella que seguía tumbado como le había dejado, en el centro de la cama y boca abajo, con los

brazos colgando. Continuaba dormido.

No, pensó. No debía estar aquí. El camión se ha ido. Obviamente, lo ha perdido.

Entró en la cocina y dejó las bolsas con la compra encima de la mesa, entre los platos del desayuno.

¿No lo habrá perdido a propósito?, se preguntó. Eso es lo que me preocupa.

Es un hombre un tanto peculiar... Había estado muy activo con ella durante casi toda la noche. Pero le había dado la sensación de que estaba ausente, haciéndole el amor pero sin ser realmente consciente de ello. Quizá pensara en otra cosa. Quizá.

Empezó a colocar la compra, como de costumbre, en el congelador del frigorífico. Luego empezó a retirar las cosas de la mesa.

Puede que para él sea rutina, decidió. Como una segunda naturaleza. Su cuerpo se mueve, como yo ahora retirando los platos y los cubiertos y los meto en la pila, pensó. Podría hacerlo aunque le quitaran el cerebro, como los rabos de lagartija.

-Oye -le llamó-, despierta.

Joe se agitó y gimió desde la cama.

-¿Oíste el programa de Bob Hope la otra noche? -dijo-. Contó ese chiste tan divertido, ese en el que un comandante alemán entrevista a unos marcianos. Los marcianos no pueden aportar ningún documento que acredite su origen y que demuestre que sus abuelos eran arios. Así que al comandante no le queda otra cosa que informar a Berlín que Marte está habitado por judíos. -Entró en la habitación en la que estaba Joe, diciendo-: ... son de un pie de altura y tienen dos cabezas. Ya sabes cómo es Bob Hope.

Joe había abierto los ojos. No dijo nada. La miraba fijamente. Se le notaba la sombra de la barba en las mejillas. Su oscura mirada... Juliana se calló.

-¿Qué pasa? -dijo Juliana finalmente-. ¿Tienes miedo? -No, pensó. Era Frank el que tenía miedo. Esto significa que... No sé qué significa.

-El camión se fue -dijo Joe, sentándose.

-¿Qué vas a hacer? -Juliana se sentó en el borde la cama, secándose las manos con un trapo de cocina.

-Lo abordaré cuando vuelva a pasar de regreso. No dirá nada a nadie. Sabe que yo haría lo mismo por él.

-¿Has hecho esto antes?

Joe no contestó. Quiero decir eso de abandonar el camión, se dijo a sí misma. Puedo adivinarlo. Lo supe enseguida.

-Supón que toma otra ruta en el camino de regreso -preguntó Juliana.

-Siempre va por la 50. Nunca por la 40. En una ocasión, tuvo un accidente en la 40. Unos caballos se cruzaron en la carretera y se estrelló contra ellos. Fue en las Montañas Rocosas. -Tomó la ropa de la silla y empezó a vestirse.

-¿Cuántos años tienes, Joe? -le preguntó, contemplando su cuerpo desnudo.

-Treinta y cuatro.

Entonces sí que debe haber estado en la guerra. No vio ningún defecto físico. Y, efectivamente, tenía un buen cuerpo, piernas largas. Joe, al ver que le observaba, se agachó y se volvió.

-¿Puedo mirar? -le preguntó al tiempo que se decía que por qué no. Había estado toda la noche con él. Y ahora aquella modestia-. ¿Somos bichos? -

dijo-. ¿No podemos vernos a la luz del día? ¿Hemos de ocultarnos tras las paredes?

Gruñendo, Joe se fue hacia el baño con los calzoncillos y los calcetines puestos.

Esto tiene gracia. Esta casa es mía, pensó Juliana. Te dejo estar aquí y ahora pretendes que no te mire. ¿Por qué quieres quedarte entonces? Entró detrás de él en el cuarto de baño. Había empezado a llenar la palangana de agua caliente para afeitarse.

En el brazo de Joe, Juliana vio que llevaba tatuada una C azul.

-¿Qué es eso? -le preguntó-. ¿Tu mujer? ¿Connie? ¿Corinne?

-Cairo -dijo Joe, lavándose la cara.

Vaya un nombre exótico, pensó con envidia. Y se sintió enrojecer.

-Soy tonta -dijo. Un italiano de treinta y cuatro años procedente de la parte nazi del mundo... Había estado en la guerra, por supuesto. En el lado del Eje. Habría combatido en El Cairo. El tatuaje era el emblema de los veteranos alemanes e italianos de aquella campaña... la de la derrota de australianos e ingleses al mando del general Gott.

Juliana salió del baño, se fue al dormitorio y empezó a hacer la cama, con rápidos movimientos de las manos.

El equipaje de Joe se amontonaba en una silla: una pequeña maleta, objetos personales. Entre ellos había una cajita de terciopelo, parecía un estuche de gemelos. Lo cogió y lo abrió y miró dentro.

Con seguridad, luchaste en El Cairo, pensó al mirar la Cruz de Hierro de segunda con la inscripción «Junio 1945» en la parte superior. No todos consiguieron algo así; sólo los valientes. Me pregunto qué hiciste. Sólo tenías diecisiete años.

Joe apareció en la puerta del baño justo cuando estaba sacando la medalla de la caja de terciopelo. Juliana se dio cuenta de su presencia y se sobresaltó, sintiéndose culpable. Pero Joe no parecía enfadado.

-Sólo la estaba mirando -dijo Juliana-. Nunca había visto una antes. ¿Te la puso Rommel personalmente?

-El general Bayerlein me condecoró. El general Rommel había sido trasladado a Inglaterra, para acabar allí -su voz era tranquila. Estaba otra vez peinándose con los dedos, con un movimiento tan monótono que parecía un tic.

-¿Me lo contarás? -preguntó Juliana cuando él se volvió para ir al baño a afeitarse.

Después de, afeitarse, tomó una larga ducha de agua caliente y fue entonces cuando Joe Cinnadella le contó algo. No fue, ni mucho menos, la historia que Juliana esperaba escuchar. Sus dos hermanos mayores sirvieron en la campaña de Etiopía mientras que él, el pequeño, militaba en las Juventudes Fascistas de Milán, su ciudad natal. Después sus hermanos se enrolaron en el Batallón de Artillería al mando del comandante Ricardo Pardi, al empezar la Segunda Guerra Mundial. Joe se les unió. Sirvió a las órdenes de Graziani. Su equipo, especialmente los tanques, era una ruina. Los ingleses les arrasaron, y hasta los oficiales cayeron como moscas. Las puertas de los tanques las tenían que sujetar con sacos para que no se cayeran durante la batalla. Sin embargo, el comandante Pardi consiguió unos proyectiles defectuosos, los pulió y los arregló y pudieron disparar con ellos. Su batería logró contener la amenaza de los tanques del general Wavell en 1943.

-¿Están vivos tus hermanos? -preguntó Juliana.

Sus hermanos murieron asesinados en 1944, estrangulados con alambrada por los comandos ingleses. Aquellos comandos habían combatido ferozmente contra el Eje, y fueron frenéticos cuando en la última fase de la guerra estaba claro que los Aliados no podrían ganar.

-¿Qué sientes ahora por los ingleses? -preguntó Juliana un tanto dudosa.

-Me hubiera gustado que hicieran en Inglaterra lo mismo que en África -contestó. Su tono era apático.

-Pero si ya han pasado... dieciocho años -dijo Juliana-. Sé que los ingleses cometieron atrocidades, pero...

-Siempre se habla de las cosas que hicieron los nazis a los judíos -dijo Joe-. Los ingleses las hicieron peores. En la batalla de Londres -se quedó en silencio-. Aquellas bombas de fósforo y aceite. Vi después algunos heridos. Abrasados, convertidos en cenizas. Y aquellas cañerías submarinas que incendiaban el mar. Y los bombardeos con bombas incendiarias contra la población civil. Churchill pensaba que con aquel tipo de bombardeos iba a salvar la guerra en los últimos momentos. Aquellos terroríficos ataques contra Hamburgo y Essen y...

-No hablemos de eso ahora -dijo Juliana. Fue a la cocina y empezó a freír un poco de *bacon*. Puso la radio portátil, de plástico blanco, que Frank le había regalado por su cumpleaños-. Te prepararé algo de comer. -Movió el dial para sintonizar alguna emisora con música suave y apetecible.

-Mira esto -dijo Joe. Se sentó en la cama del dormitorio, junto a su pequeña maleta. La había abierto y sacó con furia un libro que parecía bastante manoseado. Le gritó a Juliana-: Ven aquí un momento. ¿Sabes lo que dice? Este tipo... -señaló el libro-. Es muy divertido. Siéntate. -La tomó del brazo y la hizo sentarse a su lado-. Quiero leértelo. Supón que ellos vencieron. ¿Qué ocurriría? No nos tenemos que preocupar. Este hombre ha pensado por todos. -Abriendo el libro, Joe empezó a pasar las hojas lentamente-. El Imperio Británico controlaría toda Europa. Todo el Mediterráneo. Ni los alemanes ni los italianos. Los *bobbies* y esos divertidos soldaditos con cascos de plumas. Los dominios del rey llegarían hasta el Volga.

-¿Y eso sería tan malo? -dijo Juliana en voz baja.

-¿Has leído el libro?

-No -admitió, intentando ver la portada. Había oído hablar de él, recordó; mucha gente lo estaba leyendo-. Pero Frank y yo... Frank es mi marido... hablábamos a menudo de lo que habría pasado si los Aliados hubieran ganado la guerra.

Joe parecía no estar escuchándola. Seguía mirando el ejemplar de *«La plaga de la langosta»*.

-Este libro es de eso -dijo-. ¿Sabes cómo ganaron los ingleses? ¿Cómo destruyeron el Eje?

Juliana sacudió la cabeza, sintiendo la excitación de Joe. Al hombre le temblaba la barbilla; se humedeció los labios con la lengua y se pasó la mano por el cabello. Cuando habló, su voz era ronca.

-Ha hecho que Italia traicionara al Eje -dijo Joe.

-Oh -dijo Juliana.

-Italia se une a los Aliados y abre lo que él llama «el vientre» de Europa. Pero todo eso es muy natural para él. Todos conocemos la cobardía del ejército italiano, que corre cada vez que ve a los ingleses. Bebiendo vino... -

Joe cerró el libro. Le dio la vuelta para estudiar la contraportada-. Abendsen. No le culpo. Ha escrito esta fantasía, se ha imaginado cómo sería el mundo si el Eje hubiera perdido. ¿De qué otra forma podría haber sido derrotado sino porque los italianos eran unos traidores? -Carraspeó-. El Duce no era más que un payaso; lo sabe todo el mundo.

-Tengo que dar la vuelta al *bacon* -dijo Juliana y salió deprisa hacia la cocina.

Siguiéndola, y llevando aún el libro, Joe continuó.

-Y luego entraron los americanos. Después de vencer a los japoneses. Y cuando acabó la guerra, los Estados Unidos e Inglaterra se dividieron el mundo. Exactamente igual que Alemania y Japón lo han hecho en realidad.

-Alemania, Japón e Italia -dijo Juliana.

Joe se la quedó mirando.

-Te olvidas de Italia -le dijo, mirándole tranquilamente-. ¿También la olvidas tú? ¿Cómo cualquier otra persona? El pequeño Imperio del Oriente Próximo... la comedia musical de la nueva Roma.

Juliana le estaba sirviendo un plato de huevos con *bacon*, tostadas, mermelada y café. Joe se puso a comer muy deprisa.

-¿Qué te servían en el Norte de África? -preguntó Juliana sentándose.

-Burro muerto -contestó Joe.

-¡Qué asco!

Torciendo la cara, Joe dijo:

-*Asino morto*. Las latas tenían las iniciales inscritas: AM. Los alemanes las llamaban *alter mann.* Hombre viejo.

Joe se puso a comer de nuevo.

Me gustaría leerlo, pensó Juliana, intentado coger el libro de debajo del brazo de Joe. ¿Seguirá aquí el tiempo suficiente? El libro tenía manchas de grasa; las páginas estaban un poco rotas. Con los dedos marcados en toda la portada. Debían haberlo leído los camioneros en las largas paradas, pensó. A altas horas de la noche... Apuesto a que lees muy lentamente, supuso. Apuesto a que has estado semanas con este libro... eso si no han sido meses.

Abriendo el libro al azar, leyó:

> «... Ahora, en la ancianidad, me imaginaba que tendría tranquilidad, un dominio que los ancianos debían de haber concebido, sin comprender: naves que iban de Crimea a Madrid, y todo el Imperio, todo con la misma moneda, con el mismo lenguaje, con la misma bandera. La vieja Unión se extendía de la puesta a la salida del sol: había sido conseguido al fin aquello del sol y la bandera».

-El único libro que llevo siempre conmigo -dijo Juliana- no es un libro, es el oráculo, el *«I Ching»*... Frank me acostumbró a usarlo y lo empleo cada vez que tengo que decidir. Nunca lo dejo fuera del alcance de la vista. -Cerró el ejemplar de *«La plaga de la langosta»*-. ¿Quieres verlo? ¿Quieres utilizarlo?

-No -dijo Joe.

Apoyando el mentón en sus brazos cruzados sobre la mesa, y mirando a Joe de reojo, Juliana dijo:

-¿Te has mudado aquí definitivamente? ¿Qué otros proyectos tienes?

Está todo el tiempo inventando insultos y calumnias, pensó. A Juliana le

horrorizaba aquel odio que Joe tenía hacia la vida. Pero... tenía algo. Era como un animalito, sin importancia, pero listo. Estudiando su cara, morena y astuta, pensó: ¿cómo pude pensar que eras más joven que yo? Incluso aquello era cierto. Aún era un niño. El hermano menor que sigue a los hermanos mayores, al comandante Pardi y al general Rommel y que jadea y gime para soltarse y lanzarse contra el enemigo británico. ¿Sería cierto que habían matado a los hermanos de Joe con alambre? Se habían oído muchos cuentos de atrocidades, y aquellas fotos que se habían publicado después de la guerra... Juliana se estremeció. Los comandos británicos fueron juzgados mucho antes.

En la radio había cesado la música, y se empezaba a oír lo que parecía ser un noticiario radiado en onda corta desde Europa. La voz se fue apagando y sólo quedó un murmullo. Una pausa. Y, luego, nada. Silencio. Se oyó después la voz clara de un locutor de Denver. Juliana se inclinó para apagar la radio, pero Joe la detuvo.

-... La noticia de la muerte del canciller Bormann ha sorprendido al pueblo alemán, al que ayer se le había asegurado...

Juliana y Joe saltaron de las sillas y se pusieron en pie.

-... Todas las estaciones de radio alemanas cancelaron su programación y sus oyentes escucharon los compases solemnes del coro de la División SS Das Reich que cantó el himno del partido, el *«Horst Wessel Lied».* Después, en Dresde, en donde se encontraban el secretario del partido y los dirigentes del *Sicherheitsdienst*, la policía de seguridad nacional que reemplazó a la Gestapo después de...

Joe subió el volumen.

-... La reorganización del Gobierno a instancias de los consejos del desaparecido Reichführer Himmler, Albert Speer y otros, han proclamado dos semanas de luto oficial, y se informa que muchas tiendas y negocios han cerrado, y, sin embargo, no se ha dicho nada aún sobre la convocatoria del Reichstag, el antiguo parlamento formal de Tercer Reich, que debe dar su aprobación...

-Nombrarán a Heydrich -dijo Joe.

-Me gustaría que saliera elegido ese hombre alto, rubio, ese Schirach -dijo Juliana-. Cristo, de modo que por fin se murió. ¿Piensas que Schirach tiene alguna posibilidad?

-No -dijo Joe secamente.

-Quizá pueda estallar una guerra civil -dijo Juliana-. Pero son ya tan viejos... Goering y Goebbels... ya son los veteranos del partido.

La radio decía en ese momento:

-... Entrevistado en su retiro de los Alpes, cerca de la ciudad de Bremen...

-Es el Gordo Hermann -dijo Joe.

La radió siguió:

-... dijo simplemente que se sentía muy apenado por la pérdida no sólo de un soldado sino de un patriota, de un leal jefe del partido, sino también, como ya había dicho muchas veces anteriormente, por la pérdida de un amigo personal, y a quien, como todos saben, apoyó poco después de la guerra, cuando aparecieron elementos hostiles que se oponían al ascenso de *Herr* Bormann al poder supremo.

Juliana apagó la radio.

-Mera charlatanería -dijo-. ¿Por qué usan ese tipo de palabras? Hablan de esos asesinos como si se pareciesen, a nosotros.

-Son como nosotros -dijo Joe. Se volvió a sentar otra vez y siguió comiendo-. No han hecho nada que nosotros no hubiésemos hecho de haber estado en su lugar. Salvaron al mundo del comunismo. Si no, ahora estaríamos viviendo bajo el poder de los rojos; de no haber sido por Alemania, estaríamos todavía peor.

-No haces más que hablar -dijo Juliana-, como la radio. Mera charlatanería.

-He vivido bajo el control de los nazis -dijo Joe-. Sé cómo es. ¿Crees que es palabrería el haber vivido doce o trece años, o incluso más, casi quince años? Conseguí una tarjeta de OT y trabajé para la Organización Todt desde 1947, en el Norte de África y en Estados Unidos. Escucha... -Sacudió el dedo índice ante la cara de Juliana-. Yo tenía esa cualidad italiana para los trabajos relacionados con los movimientos de tierra. La OT me clasificó entre los mejores. No estuve mezclando asfalto para construir carreteras; fui ayudante de diseño. Ingeniero. Y un día el doctor Todt vino e inspeccionó el trabajo que hacía nuestro equipo. «Tiene usted buenas manos». Aquél fue un gran momento para mí, Juliana. La dignidad del trabajo; ellos no dicen solamente palabras. Antes que ellos, los nazis, todo el mundo despreciaba los trabajos manuales; incluso yo mismo. Todos éramos aristócratas. El Frente de Trabajo acabó con ello. Y vi mis manos por primera vez. -Hablaba con rapidez y con un marcado acento que Juliana tenía dificultad en entender-. Todos vivíamos allí, en los bosques. En la parte superior del Estado de Nueva York, como hermanos. Cantábamos. Y hacíamos marchas para ir al trabajo. Seguíamos el espíritu de la guerra, pero sólo para la reconstrucción, no para la destrucción. Aquellos fueron los mejores días, primero la reconstrucción después de la guerra, hacíamos enormes hileras de edificios públicos, sólidos, limpios y bonitos. Bloque tras bloque, toda una nueva ciudad, Nueva York y Baltimore. Ahora, por supuesto, ese trabajo ya ha acabado. Los grandes monopolios como Krupp und Sohnen, de Nueva Jersey, son los que imperan. Pero esto ya no es nazi; esto es sólo el viejo poder europeo. ¿Me escuchas? Los nazis, como Rosenberg y Todt son hombres millones de veces mejores que los industriales como Krupp y los banqueros, todos esos prusianos; debían haberlos gaseado. A todos esos caballeros de etiqueta.

Pero Juliana pensaba que aquellos caballeros de etiqueta seguirían allí para siempre. Y sus ídolos, Rommel y el doctor Todt, llegaron aquí después de las hostilidades sólo para limpiar la basura, construir autopistas, poner en marcha la industria. Incluso dejaron vivir a los judíos, sorpresa. Una amnistía para que los judíos pudieran participar en el trabajo. Hasta 1949, por lo menos. Después, adiós a Rommel y Todt, váyanse a dormir.

¿No lo sabía?, se preguntó Juliana. ¿No se lo había oído decir a Frank? Tú no puedes contarme nada sobre la vida bajo el poder de los nazis; mi marido era... es... judío. Y sé que el doctor Todt era un hombre modesto, educado, que sólo pretendía dar trabajo... un trabajo decente y respetable... a millones de hombres y mujeres norteamericanos, que iban de un lado para otro entre las ruinas después de la guerra. También sé que quería que hubiera planes de sanidad y vacaciones así como casas para todos, sin tener en cuenta la raza. Era un constructor, no un pensador... Y, en la mayoría de los casos, se las ingeniaba para crear lo que quería... y, realmente, lo había conseguido. Pero...

Pero había algo que la estaba fastidiando mentalmente; y lo descubrió

repentinamente.

-Joe. Este libro. *«La plaga de la langosta»*, ¿no está prohibido en la costa este?

Joe asintió.

-Entonces, ¿cómo lo estás leyendo? -Aquello era algo que la preocupaba-. ¿No fusilan allí a la gente que lee libros...?

-Depende del grupo social. De la banda que lleves en el brazo.

Así que, los eslavos, los polacos, los portorriqueños, eran los más limitados, pues no podían leer, ni hacer, ni escuchar nada. Los anglosajones lo tenían más fácil; existía educación pública para sus hijos, y podían ir a las bibliotecas y a los museos y a los conciertos. Pero, incluso así... *«La plaga de la langosta»* no les estaba permitida; estaba prohibida para todo el mundo.

-Lo leo en el cuarto de baño -dijo Joe-. Lo escondo bajo la almohada. Realmente, lo leo porque está prohibido.

-Eres valiente -dijo Juliana.

Joe, un tanto dudoso, dijo:

-Lo dices un poco sarcásticamente, ¿no?

-No.

Joe se relajó un poco.

-Para vosotros es muy fácil; aquí vivís a salvo, sin ningún fin en la vida, sin nada que hacer, nada por lo que preocuparos. Fuera de la corriente de los acontecimientos, seguís aún en el pasado, ¿no es cierto?

Se burlaba de Juliana.

-Te estás matando tu solo -dijo ella- con tu cinismo. Tus ídolos se están yendo uno tras de otro, y ahora ya no tienes nada ni a nadie a quien dar tu amor.

Le rozó con el tenedor. Come, pensó. O deja también de lado los procesos biológicos.

Mientras comían, Joe señaló el libro y dijo:

-Ese Abendsen vive por aquí, por lo que dice en la portada, en Cheyenne. En un sitio tan seguro puede tener una buena perspectiva del mundo, ¿no te parece? Lee lo que dice, lee en voz alta.

Cogiendo el libro. Juliana leyó la contracubierta.

-Es un ex marino. Estuvo en la Marina de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. Fue herido por un sargento nazi del Cuerpo de Tanques. Dice que donde escribe es casi una fortaleza, que tiene pistolas por todas partes. -Dejando el libro, Juliana siguió-: Y esto no lo dice aquí, pero he oído a alguien decir que es una especie de paranoico; tiene alambre de púas electrificado alrededor de la casa, y eso que está en una montaña y es bastante difícil llegar.

-Puede que tenga razón -dijo Joe-. Debe vivir así después de haber escrito un libro como éste. Los jerarcas nazis pusieron el grito en el cielo cuando lo leyeron.

-Antes ya vivía así; escribió el libro allí. Su palacio se llama... -miró la cubierta del libro-... el Alto Castillo. Un nombre cariñoso.

-No le cogerán -dijo Joe, masticando rápidamente-. Siempre tendrá que estar atento. Es muy listo.

-Pienso que tiene mucha valentía para escribir este libro -dijo Juliana-. Si el Eje hubiera perdido la guerra, hubiéramos podido decir o escribir cualquier cosa, como hacíamos antes. Éramos un país unido y teníamos un sistema de leyes bastante justo. El mismo para todos nosotros.

Para su sorpresa, Joe asintió razonablemente a lo que estaba diciendo.

-No te entiendo -dijo Juliana-. ¿Qué es lo que crees? ¿Qué es lo que quieres? Defiendes a esos monstruos, a esos sanguinarios que asesinaron a los judíos, y luego, tú...

Desesperada, le cogió y le tiró de la oreja. Joe se sorprendió y sintió dolor, poniéndose en pie. Juliana le arrastró.

Se miraron el uno al otro; jadeando, ninguno de los dos era capaz de hablar.

-Deja que termine la comida que me has preparado -dijo finalmente Joe.

-¿No me lo vas a decir? Si no me lo vas a decir es porque sabes lo que es, sabes de lo que estoy hablando y te limitas a comer; pretendes no tener ni idea de lo que quiero decir. -Juliana le soltó la oreja. Se la había estado apretando, hasta que la tuvo brillante y roja.

-Es una conversación vacía -dijo Joe-. No importa. Es como la radio. ¿Sabes cómo llaman los viejos camisas pardas a la gente que se pasa el día filosofando? *Eierkopf*. Cabezas de huevo. Las grandes cabezas vacías se rompen muy fácilmente... en los tumultos callejeros.

-Si piensas así de mí -dijo Juliana-, ¿por qué no te vas? ¿Por qué sigues aquí?

La enigmática mirada de Joe la dejó helada.

Desearía no haberle dejado venir conmigo, pensó. Pero ya es demasiado tarde, lo sé. No puedo deshacerme de él... es demasiado fuerte. Algo terrible está sucediendo, meditó. Algo que le concierne a él. Y, al parecer, yo le estoy ayudando.

-¿Qué ocurre? -Joe se acercó a acariciarle la barbilla y el cuello, poniendo los dedos entre la blusa, apretándola los hombros afectuosamente-. ¿Estás de mal humor por tus problemas?... Te estudiaré.

-Te dirán que eres un analista de judíos -sonrió Juliana débilmente-. ¿Quieres terminar tus días en un horno?

-Te dan miedo los hombres, ¿verdad?

-No lo sé.

-Pude notarlo la noche pasada. Sólo porque... -cortó la frase-. Puse especial cuidado en atender tus deseos.

-Porque te has ido a la cama con muchísimas chicas. Eso es lo que querías decir.

-Pero sé que tengo razón. Escucha, nunca te he hecho daño, Juliana, por mi madre. Te doy mi palabra. Seré especialmente considerado contigo, y, si quieres sacar partido de mi experiencia... te dejaré obtener todas las ventajas. Perderás los nervios. Puedo hacer que te relajes y que te mejores. Y no en demasiado tiempo. Sólo has tenido mala suerte.

Juliana asintió, ligeramente animada. Pero todavía estaba helada y triste. Y no sabía muy bien por qué.

Para empezar este día, Nobusuke Tagomi estuvo un momento solo. Se sentó en su despacho del *Nippon Times* y meditó.

Antes de dejar su cara para ir a la oficina había recibido el informe de Ito sobre Baynes. No cabía duda en la mente del joven estudiante. Baynes no era sueco. Baynes, casi con toda seguridad, era de nacionalidad alemana. Pero la habilidad de Ito para manejar las lenguas germánicas nunca había impresionado a las misiones comerciales ni a la Tokkoka, la policía secreta japonesa. El pobre loco, posiblemente, no habrá podido decir ni una palabra,

dijo Tagomi para sí mismo. Un entusiasmo un poco confuso combinado con las doctrinas románticas. La sospechosa manía de ir indagando. De cualquier forma, la reunión con Baynes y con el anciano procedente de las islas empezaría pronto, llegado el momento, fuese cual fuese la nacionalidad de Baynes. Y a Tagomi le gustaba aquel hombre. En ello consistía la habilidad y el talento básicos de un hombre que ocupaba una alta posición, como era su caso. Reconocer a un buen hombre cuando se le encuentra. Intuición sobre la gente. Saber discernir más allá de las ceremonias y la cortesía. Penetrar al corazón.

El corazón está encerrado entre dos líneas de yin de negra pasión. Estrangulado, a veces, y, sin embargo, la luz del yang brillaba en el centro. Me gusta este hombre, dijo Tagomi para su fuero interno, ya sea alemán o sueco. Espero que la zacarina le quitara el dolor de cabeza. Deberé preguntarle sobre ello antes de empezar las conversaciones.

En su escritorio zumbó el intercomunicador.

No, dijo bruscamente al aparato. No quiero discutir. Éste es mi momento de íntima verdad, de introversión.

Del pequeño, aparato salió la voz de Ramsey.

-Señor, acaban de llegar noticias del servicio de prensa. El canciller del Reich, Martin Bormann, ha muerto. -La voz de Ramsey se cortó. Silencio.

Tagomi pensó: hay que cancelar todos los asuntos de hoy. Se levantó de su escritorio y comenzó a dar rápidas zancadas de un lado a otro, apretándose las manos. Veamos. Primero hay que enviar una nota formal al cónsul del Reich. Es un asunto sin importancia; un subordinado puede hacerlo. Terrible pena, etcétera, todo Japón está con el pueblo alemán en esta triste hora, etcétera. ¿Y luego? Hay que mostrarse vitalmente receptivo. Tenemos que estar en condiciones para recibir instantáneamente información de Tokio.

Apretando el botón del intercomunicador, dijo:

-Señor Ramsey, asegúrese de que estamos en comunicación con Tokio. Dígales a las chicas de centralita que estén alerta. No debemos perder la comunicación.

-Sí, señor -dijo Ramsey.

-De ahora en adelante, estaré en mi oficina. Despachando asuntos rutinarios. Retenga todas las llamadas que reciba.

-¿Señor?

-Debo tener las manos libres por si tengo que realizar alguna actividad con urgencia.

-Sí, señor.

Media hora más tarde, a las nueve, llegó un mensaje del más alto oficial imperial del Gobierno en la costa oeste, el embajador japonés ante los Estados Americanos del Pacifico, el honorable barón L. B. Kaelemakule. El Ministerio de Asuntos Exteriores había convocado una sesión extraordinaria en el edificio de la embajada, en la calle Sutter, y cada misión comercial tenía que enviar a un alto representante para asistir. En este caso, se referían a Tagomi en persona.

No había tiempo para cambiarse de ropa. Tagomi se apresuró para coger el ascensor automático, bajó a la planta baja y, un momento después, estaba en camino en la limosina de la misión, un Cadillac blanco de 1940, conducido por un experimentado y uniformado chofer chino.

En el edificio de la embajada encontró otros coches aparcados alrededor.



Librodot

Había en total una docena de dignatarios. Funcionarios de alto nivel... Tagomi conocía a algunos, a otros no, pero todos subían por las amplias escaleras que daban acceso al edificio. El chofer de Tagomi le abrió la puerta, y éste salió rápidamente, tomando la cartera, vacía, pues no tenía papeles que llevar, pero era muy importante evitar parecer un mero espectador. Subió los escalones con aire de quien realiza una función importante en los acontecimientos, aunque, en realidad, nadie le había hablado de qué iba a tratar aquella reunión.

En el *hall* había pequeños grupos discutiendo a media voz. Tagomi se unió a aquellos individuos a quienes conocía. Saludaba moviendo la cabeza y tenía un aire solemne.

Un empleado de la embajada apareció al fin y les condujo hasta un amplio salón con sillas plegables. Todos se sentaron sin hacer más ruido que el que hacían sus cuerpos al apoyarse en los asientos. Todos habían dejado de hablar.

Desde el final, se adelantó un caballero que llevaba papeles en la mano y los dejó en la mesa que se hallaba sobre un pequeño estrado. Llevaba pantalones a rayas. Era un representante del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Hubo un momento de confusión. Algunas personas hablaron o cuchichearon en voz baja, juntando las cabezas.

-Señores -dijo el hombre del Ministerio de Asuntos Exteriores en voz alta e imperativa. Todos los ojos se fijaron en él-. Como saben, se ha confirmado la muerte del Reichskanzler. Ha llegado un comunicado de Berlín. Esta reunión, que no será muy larga, ya que pronto podrán volver a sus oficinas, tiene por fin informarles de nuestra evaluación sobre las distintas facciones en lucha en la escena política alemana y que ahora pueden estar disputándose por el puesto dejado por *Herr* Bormann.

-En resumen, lo más importante. El favorito, Hermann Goering. Se ruega se hagan cargo del vocabulario familiar.

-El Gordo, llamado así por las dimensiones de su cuerpo, el que originariamente fue un as de la aviación en la Primera Guerra Mundial, fundó la Gestapo y consiguió un gran poder en el gobierno prusiano. Es un nazi muy duro, y lo ha sido desde el primer momento. Sin embargo, ha sido un hombre que se ha inclinado a excesos sibaritas, de tal forma que incluso muchos de sus coetáneos le han tachado de bebedor. Nuestro Gobierno les hace un llamamiento para rechazar esta tendencia. Este hombre, no obstante, y por lo que se dice, no tiene buena salud, y, en otros términos, tiene apetitos un poco morbosos. Su tipo de vida se parece a la de los antiguos cesares romanos, que vivían deleitándose en el vicio, y cuyo poder aumentaba a la vez que su edad. La idea de un hombre togado, rodeado de leones, poseedor de un inmenso castillo lleno de trofeos y objetos de arte, sin lugar a dudas es bastante exacta. Durante la guerra llevaba en los trenes de carga militares y hasta su residencia el producto de los saqueos, sin tener en cuenta las necesidades militares del periodo de guerra. Nuestra evaluación: este hombre quiere un gran poder, y es capaz de conseguirlo. Su falta de sobriedad le ha distinguido entre todos los nazis, sobre todo si se le compara con el fallecido Himmler, que siempre fue un pobre asalariado por su propia voluntad. *Herr* Goering es representante de la mentalidad despilfarradora que ha utilizado el poder como medio para conseguir una gran fortuna personal. Tiene una mentalidad primitiva, incluso vulgar, pero, no obstante,

es un hombre inteligente, posiblemente el más inteligente de todos los jefes nazis. El objeto de su vida es la autoglorificación a la usanza de los antiguos emperadores.

-Detrás le sigue *Herr* J. Goebbels. Padeció poliomielitis en su juventud. En principio, fue católico. Es un brillante orador, escritor y de una mente fanática e inflexible. Es ingenioso, urbano y cosmopolita. Muy activo con las damas. Elegante, educado, muy capaz. Puede desempeñar muchos trabajos, casi un directivo frenético. Se dice que nunca descansa. Es un personaje muy respetable. Puede ser encantador, pero también se dice que es capaz de superar a todos los nazis en crueldad. La orientación ideológica es, o sugiere ser, jesuítico-medieval, con puntos de vista exacerbados por un nihilismo posromántico alemán. Se le considera como al único intelectual del partido. Tuvo ambiciones de actor de teatro en su juventud. Tiene pocos amigos. No es querido por los subordinados, pero, no obstante, es uno de los mejores elementos que hay en la cultura europea. Le gusta el poder en sí. No lo utiliza para satisfacerse a nivel personal. Tiene un gran amor a la organización, según el sentido clásico prusiano.

-*Herr* R. Heydrich.

El oficial del Ministerio de Asuntos Exteriores hizo una ligera pausa, miró a su alrededor y siguió hablando.

-Mucho más joven que los anteriores. Ayudó en la revolución de 1932. Hombre con carrera en la elite de las SS. Fue subordinado de Himmler. Puede haber desempeñado algún papel en los incidentes de 1948, cuando murió Himmler de forma misteriosa. Eliminó de forma oficial a otros dirigentes del aparato policial, como por ejemplo a A. Eichmannn, W. Schelleberg y a alguien más quizá. Dice de sí mismo que es temido por la gente del partido. Es responsable del control de los elementos de la *Wehrmacht* tras los conflictos que hubo entre la policía y el ejército que llevaron a la organización del aparato del gobierno. Además de todo esto, el NSDAP salió triunfante. Apoyó a Bormann. Producto del entrenamiento de elite y anterior a lo que se llama SS, se dice que no tiene mentalidad afectiva en el sentido tradicional. Es enigmático. También se dice que suele interpretar a la sociedad como una serie de juegos en los que intervienen los sentimientos humanos. Un desarraigo casi tan científico como el que se encuentra a veces en los círculos tecnológicos. No toma parte en disputas ideológicas. En resumen: se puede decir que es de mentalidad moderna; casi postiluminista, capaz de prescindir de lo que llamamos ilusiones necesarias, como la creencia en Dios, etc. Nuestros especialistas de Tokio no han podido descifrar esta mentalidad, que muchos dicen que es realista. Así que este hombre debe ser considerado como un punto de interrogación. No obstante, hay que tener en cuenta la relación que tiene el deterioro de afectividad con la esquizofrenia patológica.

Tagomi se sintió enfermar mientras escuchaba.

-Baldur von Schirach. Creador de las Juventudes Hitlerianas. Se le considera idealista. Con una personalidad aparentemente atractiva, pero no se le considera con mucha experiencia o competencia. Sincero creyente de los fines del partido. Tuvo responsabilidad directa en el drenaje del Mediterráneo y en la recuperación de hectáreas de tierra para hacer granjas. También mitigó los vicios políticos en la exterminación racial en las tierras eslavas en la década de los cincuenta. Planteó el caso directamente al pueblo alemán para mantener a los pueblos eslavos en una reserva en regiones

cerradas, en la zona de Heartland. Trató de eliminar ciertos tipos de asesinatos ligeramente misericordiosos, y algunos experimentos médicos. Sin éxito.

-El doctor Seyss-Inquart. Nazi austríaco, actualmente encargado de las colonias del Reich, y responsable de la política colonial. Posiblemente es el hombre más odiado en el territorio del Reich. Se dice que fue el promotor de la mayor parte, si no de todas, las medidas represivas que implicaron a los pueblos conquistados. Trabajó con Rosenberg a favor de victorias ideológicas de lo más alarmantes y grandiosas, como por ejemplo el querer conseguir esterilizar a toda la población rusa al fin de la guerra. No hay pruebas ciertas sobre esto, pero se cree que es responsable, junto con otros, de los holocaustos del continente africano, creando las condiciones para el genocidio de la población negra. Posiblemente, también es quien tiene un carácter más parecido al primer Führer, Adolf Hitler.

El conferenciante del Ministerio de Asuntos Exteriores hizo una pausa durante un momento en su seco y monótono recital.

Tagomi pensó: creo que me estoy volviendo loco.

Tengo que salir de aquí. Me está dando un ataque. Me va a estallar el cuerpo. Me estoy muriendo. Se puso en pie y se abrió paso entre las otras sillas y personas, salió hacia el pasillo, casi sin ver. Tenía que llegar al lavabo. Corrió por el pasillo.

Algunas cabezas se volvieron al verle. Qué humillación sintió. Ponerse enfermo en una reunión tan importante. Había perdido su posición. Siguió corriendo, hacia la puerta abierta sujeta por un empleado de la embajada.

Tagomi dejó de sentir pánico en cuanto salió. Volvió a ver las cosas nuevamente. El suelo y las paredes dejaron al fin de moverse.

Un ataque de vértigo. Un desequilibrio en el oído medio, sin duda.

Quizá el diencéfalo, el cerebelo, actuando, pensó. Una especie de momentáneo colapso orgánico.

Tienes que pensar en algo que te tranquilice. Tienes que recobrar el orden del mundo. ¿Y en qué pienso? ¿En religión? Pensó: Ahora empieza a sonar suavemente una gavota. Ambos capitales. Has logrado tomártelo suavemente. Así es precisamente el estilo de las cosas. Una forma pequeña del mundo reconocible, gondoleros. G&S. Cerró los ojos y se imaginó la carta de la compañía D'Oyly según la había visto en su viaje después de la guerra. El finito, mundo finito…

Un empleado de la embajada, junto a él, le preguntó:

-¿Señor, puedo ayudarle de alguna forma?

Tagomi hizo una reverencia y dijo:

-Ya me he recuperado.

En el rostro del otro hombre había tranquilidad, consideración. No había burla. ¿Estarán todos riéndose de mí? ¿Se estarán riendo por dentro?, se dijo Tagomi. Existe el mal, es real como el cemento.

No puedo creer en él. No puedo soportarlo. El mal no es una idea. Caminó por el vestíbulo, escuchando el ruido del tráfico de la calle Sutter, al conferenciante del Ministerio de Asuntos Exteriores dando la charla. Nuestra religión está equivocada totalmente. ¿Qué haré?, se preguntó a sí mismo. Se dirigió a la puerta principal de la embajada. Un empleado la abrió y Tagomi salió y bajó los escalones hacia el patio. Allí estaban los coches aparcados. Él solo. Los choferes estaban allí esperando.

El mal es un ingrediente que está en nosotros. En el mundo. Se derrama

por nuestros cuerpos, por nuestras mentes, en nuestros corazones, y se mete en el pavimento mismo.

¿Por qué?

Somos topos ciegos. Excavamos y nos metemos en el suelo, sintiendo con el hocico. No sabemos nada. De pronto lo he entendido... y ahora no sé dónde ir. No hice más que gritar de miedo. Solamente. Y gritar. Escaparme.

Qué pena.

Se reirán de mí, pensó al ver que los choferes le miraban al ir hacia el coche. Se dio cuenta de que había olvidado la cartera. La dejé allí, en la silla. Todos los ojos se posaron en él cuando saludó a su chofer. El hombre le abrió la puerta. Y Tagomi subió a la limosina.

Lléveme al hospital, pensó. No, lléveme de vuelta al edificio.

-Al *Nippon Times* -dijo en voz alta-. Conduzca despacio. -Observaba la ciudad, los coches, las tiendas, aquel alto edificio tan moderno, a la gente. A todos los hombres y mujeres yendo por separado cada cual a sus asuntos.

Cuando llegó a su oficina dio instrucciones a Ramsey para que contactara a otra de las misiones comerciales, la de minerales no ferrosos, y que preguntara si había vuelto el representante y que si no era así, que le contactara a su vuelta.

Poco antes de mediodía le pasaron la llamada.

-Posiblemente se dio cuenta de mi salida de la reunión -dijo Tagomi por teléfono-. Sin duda, todo el mundo se dio cuenta. Sobre todo al final, cuando iba tan deprisa.

-No vi nada -dijo el hombre de la misión de minerales no ferrosos-. Pero después de la reunión no le vi y me pregunté lo que habría sido de usted.

-Tiene usted mucho tacto -dijo con voz tenue Tagomi.

-En absoluto. Estoy seguro de que todos estaban muy pendientes de la lectura del Ministerio de Asuntos Exteriores y que nadie era capaz de fijarse en otra cosa. En cuanto a lo que ocurrió después de su salida... ¿Llegó a estar cuando dijeron los comentarios de los aspirantes al poder? Fue al principio.

-Llegué hasta que hablaron del doctor Seyss-Inquart.

-Después de eso, el portavoz se extendió haciendo un análisis de la situación económica en el Reich. En las islas se opina que Alemania quiere reducir las poblaciones de Europa y la parte norte de Asia a la condición de esclavos... esquema que se completa con el asesinato de todos los intelectuales, burgueses, jóvenes patriotas, etc. Ha sido un desastre económico. Sólo se han salvado gracias al progreso tecnológico y científico y a la industria alemana. El milagro de su armamento, por decir algo.

-Sí -dijo Tagomi sentándose en su escritorio cogiendo el teléfono. Se acercó a la boca una taza de té caliente-. Sí. Igual que hicieron el milagro las bombas V1 y V2 y sus cazas y bombardeos en la guerra.

-Es un juego de manos -dijo el hombre de minerales no ferrosos. Ha sido prácticamente el uso de la energía atómica lo que ha permitido mantener el equilibrio. Y, también, todo ese circo de las naves que van a Marte y Venus. También señaló que, aunque esos viajes han tenido un significado sensacionalista, tal tráfico no ha aportado nada a la economía.

-Pero son dramáticos -dijo Tagomi.

-Su pronóstico es bastante sombrío. Piensan que la mayoría de los jefes nazis se niegan a enfrentarse cara a cara con su problema económico. Haciéndolo, lo que consiguen es acelerar la tendencia hacia aventuras un

tanto difíciles, y cada vez menos estables en general. El ciclo empieza con un entusiasmo maniático, luego el miedo, y, al fin, las soluciones políticas desesperadas. Bueno, todo esto parece que da más posibilidades a los candidatos más duros e irresponsables.

Tagomi asintió.

-Así que podemos pensar que el elegido estará entre los peores, y no entre los mejores. Los derrotados serán elementos más sobrios y más responsables.

-¿Dijo quiénes eran los peores? -preguntó Tagomi.

-R. Heydrich. El doctor Seyss-Inquart. H. Goering. Eso según la opinión del gobierno imperial.

-¿Y el mejor?

-Probablemente, B. von Schirach y el doctor Goebbels. Pero en este punto fue menos explícito.

-¿Algo más?

-Nos dijo que debíamos tener fe en el emperador y en el Gabinete de Guerra, y en estas circunstancias aún más que nunca. Que debemos mirar hacia Palacio con confianza.

-¿Hubo un momento de respetuoso silencio?

-Sí.

Tagomi le dio las gracias al hombre de minerales no ferrosos y colgó.

Cuando se sentó y se acabó el té, el intercomunicador sonó. La voz de la señorita Ephreikian:

-Señor, deseaba enviar un mensaje al cónsul alemán. -Una pausa-. ¿Quiere dictármelo ahora?

-Es cierto -se percató Tagomi. Se le había olvidado-. Venga a mi oficina.

La señorita entró sonriéndole esperanzada.

-¿Se siente ya mejor, señor?

-Sí. Una inyección de vitaminas me ha ayudado. -Tagomi meditó un rato-. Por favor, ¿me quiere recordar cómo se llama el cónsul alemán?

-Tengo anotado que se llama Freiherr Hugo Reiss.

-*Mein Herr* -comenzó Tagomi-, me ha llegado la noticia de que *Herr* Martin Bormann ha fallecido. Las lágrimas me llenan los ojos mientras escribo estas palabras. Cuando recuerdo las maravillosas hazañas realizadas por *Herr* Bormann asegurando la salvación del pueblo alemán y defendiéndole de sus enemigos, tanto en casa como fuera, así como las medidas que dictó para acabar con los escépticos y los traidores que traicionaban la visión de la humanidad del cosmos. A ese cosmos al que ha sido lanzada su raza de hombres rubios y de ojos azules a hundirse en los eones... -Se paró. No veía forma de terminar. La señorita Ephreikian detuvo la grabadora y se quedó esperando.

-Son tiempos maravillosos -dijo.

-¿Grabo eso, señor? ¿El mensaje es ése? -Sin estar muy segura, puso en marcha la grabadora.

-Me estaba dirigiendo a usted -dijo Tagomi.

Ella sonrió.

-Déjeme escuchar lo que he dictado -dijo Tagomi. La cinta de la grabadora se rebobinó. Luego, Tagomi se oyó con una vocecita metálica que salía de la máquina de dos pulgadas...

-... realizadas por *Herr* Bormann asegurando la salvación... -escuchó las palabras que sonaban como los gritos de un insecto. Aleteos y rasguños,

pensó.

-Ya tengo la conclusión -dijo cuando la cinta dejó de girar-. Determinación para exaltarse e inmolarse a sí mismos y obtener un nicho en la historia de la que ninguna forma de vida podrá echarles, por más que lo intente. -Hizo una pausa-. Somos insectos. Todos -le dijo a la señorita Ephreikian-. Yendo hacia algo horrible o divino. ¿No está de acuerdo? -hizo una reverencia.

La señorita Ephreikian se sentó con su grabadora, y le devolvió la reverencia.

-Envíe eso -dijo Tagomi-. Fírmelo y todo lo demás. Si lo desea, modifique las frases para que quieran decir algo. -Cuando ya salía de la habitación añadió-: O para que no quieran decir nada. Lo que prefiera.

Mientras la señorita Ephreikian abría la puerta de la oficina le miró con curiosidad.

Cuando se quedó solo, Tagomi empezó a trabajar en asuntos de rutina. Pero Ramsey le llamó por el interfono un momento después.

-Señor, el señor Baynes le llama.

Bueno, pensó Tagomi, ahora pueden empezar las discusiones importantes.

-Póngame con él -dijo, cogiendo el teléfono.

-Señor Tagomi -escuchó la voz de Baynes.

-Buenas tardes. Debido a las noticias de la muerte del canciller Bormann estuve fuera de la oficina de forma imprevista.

-¿Ha contactado con usted el señor Yatabe?

-No, aún no -contestó Tagomi.

-¿Dejó aviso a sus empleados de que estuvieran al tanto de cuando llegara? -preguntó Baynes con voz un tanto agitada.

-Si -dijo Tagomi-. Le pasarán inmediatamente si viene. -Anotó mentalmente que debía advertírselo a Ramsey; no se había acordado. ¿Acaso no iban a empezar las conversaciones hasta que llegara? Se sintió un tanto desanimado-. Señor -empezó-, estoy ansioso por empezar. ¿No nos prestará usted esos moldes de inyección? Aunque hoy ha habido bastante confusión...

-Ha habido un cambio -dijo Baynes-. Bien, esperaremos a que llegue el señor Yatabe. ¿Está usted seguro de que no ha llegado? Quiero que me prometa que me avisará tan pronto como llegue. No lo olvide, señor Tagomi. -La voz de Baynes parecía un tanto tensa.

-Se lo prometo. -También él se sentía agitado. La muerte de Bormann, aquello era lo que había producido un cambio-. Mientras -continuó rápidamente-, me gustaría disfrutar de su compañía, quizá a la hora del almuerzo. Todavía no he tenido oportunidad de almorzar. -Improvisando, continuó-: Aunque no discutamos cuestiones específicas, quizá podríamos analizar la situación del mundo, en particular...

-No -dijo Baynes.

¿No?, pensó Tagomi.

-Señor... -dijo-, no me encuentro muy bien hoy. He tenido un lamentable incidente. Mi esperanza era confiar en usted.

-Lo siento -dijo Baynes-. Le llamaré más tarde. -Y el teléfono se cortó. Había colgado bruscamente.

Le he ofendido, pensó Tagomi. Ha debido darse cuenta de que he fallado al informar a mis empleados sobre la llegada del anciano. Eso es una tontería. Pulsó el botón del intercomunicador y dijo:

-Señor Ramsey, por favor, venga a mi despacho.

Puedo arreglarlo inmediatamente. Pero hay algo más. La muerte de Bormann le había afectado.

Una tontería, pero que, sin embargo, mostraba insensatez y descuido. Tagomi se sintió culpable. Hoy no es mi día. Tendría que haber consultado al oráculo y saber en qué momento estamos. Se había alejado del Tao; eso era evidente.

¿Cuál de los sesenta y cuatro hexagramas estaba afectándole en aquel momento? Abrió el cajón de su escritorio y sacó el *«I Ching»* y dejó los dos volúmenes encima de la mesa. Tenía tanto que preguntar a los sabios. Tantas preguntas que apenas podía articular...

Cuando Ramsey entró en la oficina, Tagomi ya había conseguido el hexagrama.

-Mire, señor Ramsey -y le enseñó el libro.

El hexagrama era el cuarenta y siete. Opresión. Agotamiento.

-Un mal presagio, por lo general -dijo Ramsey-. ¿Qué pregunta ha hecho, señor, si no le ofende mi pregunta?

-Le he preguntado sobre el momento. El momento para todos nosotros. No hay líneas móviles. Es un hexagrama estático.

Cerró el libro.

A las tres en punto de aquella misma tarde, Frank Frink seguía esperando junto a su compañero la decisión sobre el dinero que debía tomar Wyndam-Matson. ¿Qué sucederá?, preguntó. Y tiró las monedas.

El hexagrama fue el 47. Y obtuvo una línea móvil. El nueve en quinto lugar.

> *Le cortan la nariz y los pies.*
> *Opresión en las manos del hombre con cintas rojas en las rodillas.*
> *La alegría viene suavemente.*
> *Es mejor realizar ofrendas y libaciones.*

Durante mucho tiempo -por lo menos una media hora- estuvo estudiando la línea y todo lo que se relacionaba con ella, tratando de imaginarse lo que querría significar. El hexagrama, y especialmente la línea móvil, le estaban perturbando. Al final, concluyó malhumorado que nunca conseguirían el dinero.

-Te fías demasiado de eso -dijo Ed McCarthy.

A las cuatro en punto llegó un mensajero de la Corporación W-M y les entregó a Frink y McCarthy un sobre de papel manila. Lo abrieron y en su interior encontraron un cheque de dos mil dólares.

-Estabas equivocado -dijo McCarthy.

Frink pensó que el oráculo debía de referirse a alguna consecuencia futura. Aquello le turbó; más tarde, cuando ya han ocurrido las cosas, puedes mirar hacia atrás y ver exactamente lo que quería decir. Pero, ahora...

-Podemos empezar a montar la tienda -dijo McCarthy.

-¿Hoy? ¿Ahora mismo? -Se sentía cansado.

-¿Por qué no? Ya hemos escrito los pedidos; todo lo que tenemos que hacer es echarlos al correo, y cuanto antes mejor. Y el material que podamos

comprar aquí lo buscaremos nosotros mismos. -Ed se puso la chaqueta y se dirigió a la puerta de la habitación de Frink.

Ya habían hablado con el propietario del inmueble de Frink para decirle que le querían alquilar el sótano del edificio. Se utilizaba para almacén. Pero, una vez sacados los cartones y las cajas que lo llenaban, podrían construir un banco de trabajo, adecuarlo, ponerle luces, e instalar sus motores y campanas. Ya habían diseñado los planos, las especificaciones y las listas parciales. Así que ya habían empezado prácticamente.

Ya estamos en el mundo de los negocios, se percató Frank Frink. Y hasta ya habían acordado el nombre.

DISEÑOS DE JOYAS TRADICIONALES EDFRANK

-Bueno, todo lo que podemos hacer por hoy es comprar la madera para hacer el banco, y quizá material eléctrico. Pero no la materia prima de las joyas.

Fueron a un almacén de maderas al sur de San Francisco y, una media hora después, ya tenían la madera.

-¿Qué te preocupa? -dijo Ed McCarthy mientras entraban en una ferretería para mayoristas.

-El dinero. Me deprime. El financiar las cosas de esta forma.

-El viejo Wyndam-Matson lo comprende -dijo McCarthy.

Lo sé, pensó Frink. Y por eso me siento así de deprimido. Hemos entrado en su mundo. Ya somos como él. ¿Es una idea agradable?

-No mires atrás -dijo McCarthy-. Mira hacia delante, a los negocios.

Miró hacia delante, pensó Frink. ¿Qué ofrendas y libaciones puedo hacer? ¿Y... a quién?

## 7

La agradable pareja de japoneses que había visitado la tienda de Robert Childan, los Kasoura, le llamaron a fines de semana para invitarle a cenar en su apartamento. Childan lo había estado esperando, y se sintió encantado.

Cerró con un poco de antelación *Artesanía Artística Americana, Inc.* y tomó un pedetaxi hasta el distrito en que residían los Kasoura. Conocía el barrio, y sabía que casi ningún blanco vivía en él. Mientras el pedetaxi le llevaba a través de las tortuosas calles llenas de césped y sauces, Childan se sorprendió ante los modernos edificios de apartamentos y se maravilló por la gracia de los diseños. Las balconadas de hierro fundido, las altas aunque modernas columnas, los tonos pastel, el uso de tan diferentes texturas... todo era una obra de arte. Aún recordaba cuando todo aquello no era más que las ruinas causadas por la guerra.

Los menudos niños japoneses dejaban de jugar para observarle sin hacer ningún comentario, y luego volvían al fútbol o al béisbol. Pese a todo, pensó Childan, no son como los adultos; los bien vestidos jóvenes japoneses le miraban muy interesados mientras aparcaban sus coches junto a los portales de los edificios. ¿Vivía allí?, se preguntaban. Los jóvenes hombres de negocios japoneses yendo del hogar a la oficina... incluso los jefes de las misiones comerciales habitaban en aquella zona. Cadillacs aparcados. Según

el pedetaxi le iba acercando a su destino, Childan se iba sintiendo cada vez más nervioso.

Poco después, mientras subía las escaleras que conducían a casa de los Kasoura, pensaba: Aquí estoy, y no por asuntos de negocios, sino invitado a cenar. Había puesto especial cuidado en su atavío; al menos, debía confiar en su aspecto. Mi aspecto, pensó. Sí, eso es. ¿A qué me parezco? No hay que engañar a nadie; no pertenezco aquí. A esta tierra que los hombres blancos limpiaron y en la que construyeron una de las más hermosas ciudades. Soy un forastero en mi propio país.

Llegó ante la puerta tras atravesar un alfombrado corredor y tocó el timbre. La puerta se abrió. Allí estaba la joven señora Kasoura, con un *obi* y un kimono de seda, con el largo cabello negro recogido en la nuca formando un moño, sonriéndole a modo de bienvenida. Tras ella, en el salón, su esposo, con una bebida en la mano, movió la cabeza de arriba abajo.

-Entre, señor Childan.

Haciendo una reverencia, Childan entró.

Todo era de un extremo buen gusto y... tan ascético. Pocas cosas. Una lámpara, una mesa, una librería, pintura en la pared. El increíble sentido japonés del *wabi*. No parecía haber sido pensado para el inglés. La habilidad para encontrar en los más sencillos objetos una belleza que iba más allá del barroquismo o el lujo. Quizá la disposición.

-¿Una bebida? -preguntó el señor Kasoura-. ¿Escocés con soda?

-Señor Kasoura... -empezó a decir Robert Childan.

-Paul -dijo el joven japonés. Señaló a su mujer-: Betty. ¿Y usted?

-Robert -murmuró Childan.

Se sentaron en la suave alfombra con las bebidas, a escuchar una grabación de *koto*, el arpa japonesa de trece cuerdas. Era una grabación reciente de *«La Voz de su Amo»* japonesa, y muy popular. Childan notó que todo el equipo de música, incluso los altavoces, estaba oculto. No era capaz de decir de dónde procedía el sonido.

-No sabíamos lo que le apetecería para cenar -dijo Betty-, así que hemos ido a lo seguro. En el horno de la cocina eléctrica hay un asado. Y patatas horneadas con salsa de crema amarga y cebolletas. Ya lo dice el refrán: nadie se equivoca sirviendo carne asada a un nuevo invitado.

-Muy de agradecer -dijo Childan-. Me encanta la carne. -Y era realmente así. Raramente la conseguía. Los grandes corrales del Medio Oeste no enviaban mucha a la costa oeste. No podía acordarse de la última vez que había comido un buen filete.

Del bolsillo del abrigo sacó un pequeño paquete envuelto en papel de seda. Lo dejó discretamente sobre la mesa baja. Los Kasoura lo notaron inmediatamente y se apresuraron a preguntarle lo que era.

-Una bagatela... es para ustedes. Para mostrar un mínimo fragmento de la calma y la alegría que siento al estar aquí.

Abrió con la mano el papel de seda y les mostró el regalo. Un trozo de marfil tallado un siglo antes por los balleneros de Nueva Inglaterra. Una diminuta obra de arte, algo llamado «talla en marfil». Los rostros se iluminaron al saber que las tallas en marfil las hacían los viejos marineros en su tiempo libre. Nada tan sencillo podía resumir tan bien la vieja cultura americana. Silencio.

-Gracias -dijo Paul.

Robert Childan hizo una ligera reverencia.

Durante un momento, hubo paz en su corazón. Aquel ofrecimiento, aquella -cómo decía el *«I Ching»*- libación. Había hecho lo que debía hacerse. Parte de la ansiedad y del desasosiego que sentía empezó a abandonarle.

Ray Calvin le había reembolsado el Colt 44, y le había mandado muchas notas asegurándole que el problema no volvería a repetirse. Pero su corazón todavía no se había tranquilizado. Sólo en aquel momento, en su inconexa situación, había perdido la sensación de que todas las cosas se estaban torciendo. El *wabi* que le rodeaba, las radiaciones de armonía... es eso, decidió. La proporción. El equilibrio. Aquellos dos jóvenes japoneses estaban muy cerca del Tao. Por eso reaccioné ante ellos. Sentí que el Tao les atravesaba. Como si viera su reflejo por mí mismo.

¿Cómo será conocer el Tao realmente?, se preguntó. El Tao es aquello que primero reside en la luz y luego en la oscuridad. En las ocasiones en que aquellas dos fuerzas primarias interactuaban, había que buscar la renovación. Así se impedía la degradación. El universo nunca se extinguirá pues, justo cuando las tinieblas parecieran sofocarlo totalmente, para ser realmente trascendente, las nuevas semillas de la luz deberían renacer en los más profundos abismos. Aquél era el Camino. Cuando caen las semillas, lo hacen en la tierra, en el suelo. Y bajo él, sin que se vea, empieza la vida.

-Un canapé -dijo Betty. Se arrodilló para ofrecerle una bandejita con galletitas de queso y otras fruslerías. Tomó dos, gentilmente.

-Las noticias internacionales vienen muy cargadas estos días -dijo Paul, echando un trago de su bebida-. Ayer por la noche, mientras conducía para llegar a casa, escuché información en directo con relación al pagano funeral estatal de Munich, incluyendo la reunión de cinco mil personas, con banderas y todo lo demás. Demasiados *«Ich hatte einen Kamerad»* cantando. El cuerpo ha sido puesto a disposición del Estado para que puedan verlo todos los militantes.

-Si, es bastante angustioso -dijo Robert Childan-. Hubo muchas noticias repentinas a primeros de semana.

-El *«Nippon Times»* de esta noche dice que, según fuentes bien informadas, B. von Schirach está bajo arresto domiciliario -dijo Betty-. Siguiendo órdenes de la SD.

-Malo -dijo Paul sacudiendo la cabeza.

-No cabe duda que las autoridades quieren mantener el orden -dijo Childan-. Von Schirach destaca por su tozudez, incluso por sus descabelladas acciones. Muy parecido a aquel Rudolph Hess. Acuérdese del loco viaje que hizo para llegar a Inglaterra.

-¿Qué más dice el *«Nippon Times»*? -le preguntó Paul a su esposa.

-Que hay mucha confusión e intrigas. Movimiento de tropas. Pases cancelados. Que hay fronteras cerradas. Sesión en el Reichstag. Conferencias por todo.

-Eso me recuerda el magnifico discurso del doctor Goebbels -dijo Robert Childan-. Por la radio, hace cosa de un año. Muchas ofertas ingeniosas. Como de costumbre, tenía a la audiencia en la palma de la mano. Recorrió la escala completa de las emociones. No cabe duda, con el original Adolf Hitler fuera de la lid, el doctor Goebbels es el mejor orador nazi.

-Cierto -asintieron Paul y Betty cabeceando.

-Además, el doctor Goebbels tiene una mujer y unos hijos excelentes -siguió Childan-. Verdaderas individualidades.

-Verdad -confirmaron Paul y Betty-. Es un contraste con todos los demás

magnates, pues es un hombre muy familiar -dijo Paul-. Los otros tienen dudosas costumbres sexuales.

-No estoy muy al día de los rumores -dijo Childan-. ¿Se refiere a E. Roehm? Es una vieja historia. Hace mucho que se olvidó todo eso.

-Son más bien de H. Goering -dijo Paul, bebiendo lentamente, mirando el líquido-. Cuentos de orgías como las de Roma y con una fantástica variedad. Hacen que se me ponga la carne de gallina sólo de oírlo.

-Mentiras -dijo Robert Childan.

-Bueno, el tema no admite discusión -dijo Betty tácticamente, mirándoles a ambos.

Se acabaron las bebidas y la joven fue a reponerlas.

-La sangre se altera en las discusiones políticas -dijo Paul-. Es lo normal. Hay que estar tranquilo.

-Sí -confirmó Childan-. Calma y orden. Así volverán las cosas a la estabilidad habitual.

-El período que hay después de la muerte del líder de una sociedad totalitaria es siempre crítico -dijo Paul-. La carencia de tradiciones y las instituciones de clase media se combinan... -Se interrumpió-. Quizá fuera mejor dejar la política. -Sonrió-. Como cuando éramos estudiantes.

Robert Childan sintió que se ruborizaba y se dedicó a su nueva bebida para ocultarse a las miradas de su anfitrión. Había empezado horriblemente. Había argumentado de política con un tono precipitado y grave; había sido muy rudo en su desacuerdo, y sólo el delicado tacto de su anfitriona había salvado la velada. Tienes mucho que aprender, pensó Childan. Son tan agradables y corteses. Y yo... el bárbaro blanco. Es la verdad.

Durante unos minutos contendió consigo mismo, bebiendo y manteniendo en su rostro una expresión de artificial alegría. Debo regular el juego, se dijo para sí mismo. Siempre agradecido.

Todavía ligeramente dominado por el pánico, pensó, tengo el ingenio revuelto por la bebida. Y la fatiga con los nervios. ¿Lo conseguiré? No volverán a invitarme. Ya es demasiado tarde. Se sintió dominado por la desesperación.

Betty volvió de la cocina y se sentó nuevamente en la alfombra. Qué atractiva es, pensó otra vez Robert Childan. El cuerpo delgado. Sus cuerpos son muy superiores. No son gordos, ni bulbosos. No usa sujetador ni faja. Debo ocultar mi deseo; a cualquier precio. Pero, sin embargo, entonces y luego, intentaría robarle una mirada. Los adorables colores de su piel, cabello y ojos. Comparados con ellos, estamos a medio hacer. Como si nos hubieran sacado del horno antes de que estuviéramos totalmente hechos. El mito del viejo aborigen; la verdad es esto.

Debo pensar en otra cosa. Encontrar temas sociales, lo que sea. Paseó la mirada por el cuarto, buscando algún tópico. El silencio se extendió entre ellos haciendo que la tensión creciese. Inaguantable. ¿Qué demonios decir? Algo seguro. Los ojos de Childan tropezaron con un libro que había en un escritorio de teca negra.

-Veo que están leyendo *«La plaga de la langosta»* -dijo-. He oído hablar de ella a mucha gente, pero los negocios me presionan demasiado y ocupan toda mi atención. -Levantándose, fue a recogerlo, consultando cuidadosamente sus expresiones; parecieron agradecer aquel gesto de sociabilidad, así que Childan siguió adelante-. ¿Policíaca? Les ruego disculpen mi abismal ignorancia. -Lo hojeó.

-No es una novela de misterio -dijo Paul-. Por el contrario, es la más interesante forma de ficción posible dentro de la ciencia-ficción.

-Oh, no -discrepó Betty-. No hay nada científico en ella. No se desarrolla en el futuro. La ciencia-ficción trata del futuro, en particular de un futuro donde la ciencia está más adelantada que ahora. Ese libro no mantiene esa premisa.

-Pero -dijo Paul-, trata de un presente alterno. Muchas conocidas novelas son de ese mismo tema. -Dirigiéndose a Robert, le explicó-: Perdone mi insistencia en este tema, pero, como ya sabe mi mujer, soy muy aficionado desde hace mucho tiempo a la literatura de ciencia-ficción. Empecé con ello cuando era muy joven; tenía apenas doce años. Durante los primeros días de la guerra.

-Ya veo -dijo cortésmente Robert Childan.

-¿Quiere que le preste *«La langosta»*? -preguntó Paul-. Nos la acabaremos en un par de días. Mi oficina en la ciudad no está muy lejos de su tienda, se la podría acercar a la hora del almuerzo. -Se quedó silencioso y, un momento después, posiblemente, pensó Childan, tras hacerle una seña a Betty, continuó-. Para celebrarlo, podríamos comer juntos usted y yo, Robert.

-Gracias -dijo Robert. Fue todo cuanto podía decir. Comer en uno de los restaurantes de moda de la zona comercial. En compañía de aquel joven estilizado y bien situado japonés. Era demasiado; sintió que se le emborronaba la vista. Hizo como que examinaba el libro y asintió-. Sí -dijo-, parece muy interesante. Me gustaría mucho leerlo. Intentaré acabarlo pronto para que podamos discutir sobre él. -¿Era adecuado decir aquello? Admitirlo era reconocer que su interés por el libro era porque estaba de moda. Quizá era una chabacanería. No lo sabía, y tampoco sabía de qué trataba-. Uno no puede juzgar un libro por ser un *best seller* -dijo-. Todos lo sabemos. Muchos *best sellers* son auténticas basura. Sin embargo, éste... -Titubeó.

-Eso es muy cierto -dijo Betty-. La calidad media es realmente deplorable.

-Como en música -dijo Paul-. Por ejemplo, no hay ningún interés por el auténtico *folk jazz* americano. Robert, ¿le gustan a usted Bunk Johnson y Kid Ory y músicos parecidos? ¿Las antiguas bandas del Dixieland? Tengo una discoteca de música antigua, grabaciones originales de Genet.

-Me temo que entiendo muy poco de música negra -dijo Robert. No les hizo mucha gracia aquella observación-. Prefiero los clásicos. Bach y Beethoven. -Seguramente era algo aceptable. Sintió un poco de resentimiento. ¿Acaso suponía Paul que debía renegar de los grandes maestros de la música europea, los clásicos de todos los tiempos, en favor del *jazz* de garito y buhardilla de los cuartetos negros de Nueva Orleans?

-Quizá si le pusiera una selección de los New Orleans Rhythm Rings -se animó Paul, dirigiéndose hacia la sala. Betty le detuvo con una mirada de aviso. Dudó y luego se encogió de hombros.

-La cena está casi lista -dijo Betty.

Paul volvió y se sentó de nuevo. Un poco malhumorado, pensó Robert, Paul murmuró:

-El *jazz* de Nueva Orleans es la más auténtica de todas las músicas populares americanas. Es originario de este continente. Todo lo demás llegó de Europa, cosas como ese rancio estilo inglés de las baladas con laúd.

-Es un continuo debate entre nosotros -dijo Betty, sonriendo a Robert-. No comparto su amor por el *jazz* original.

Sujetando en las manos la copia de *«La plaga de la langosta»*, Robert dijo:

-¿De qué clase de presente alterno habla este libro?

Betty, tras un momento, le contestó:

-Uno en el que Alemania y Japón han perdido la guerra.

Se quedaron todos en silencio.

-Hora de cenar -dijo Betty, poniéndose en pie-. Acompáñenme, hambrientos hombres de negocios. -Acompañó a Robert y Paul hasta la mesa, preparada con un mantel blanco, plata, china, enormes y toscas servilletas en lo que Robert reconoció como servilleteros de hueso del Periodo Antiguo americano. La plata era esterlina americana. Los vasos y platos Rey Alberto, azul oscuro y amarillo. Excepcional; no podía más que mirarlo todo con admiración de profesional.

La vajilla no era americana. Parecía japonesa; no podía afirmarlo, pues aquél no era su campo.

-Esto es porcelana de Imari -dijo Paul al ver su interés-. De Arita. En Japón, se considera un producto de primera clase.

Se sentaron.

-¿Café? -le preguntó Betty a Paul.

-Sí -dijo-. Gracias.

-Al final de la cena -dijo Betty, empezando a servir raciones.

No tardaron en estar todos comiendo. Robert encontró la comida deliciosa. Ella era una excepcional cocinera. La ensalada le encantó particularmente. Aguacates, corazones de alcachofa, un poco de queso azul... A Dios gracias no se le habían presentado con una típica comida japonesa, con fuentes llenas de cosas verdes y carnes que debían haberse comido antes de la guerra.

Y los inacabables pescados. Le costaba bastante trabajo tolerar los pescados y mariscos.

-Me gustaría saber -dijo Robert- a qué se parece ese mundo en el que Alemania y Japón han perdido la guerra.

Ni Paul ni Betty contestaron durante un rato. Fue Paul quien, finalmente, habló.

-Diferencias muy complicadas. Lo mejor es leer el libro. Se lo podríamos reventar si se lo contamos.

-Tengo fuertes convicciones al respecto -dijo Robert-. He pensado en ello frecuentemente. El mundo sería mucho peor. -Notó que su propia voz sonaba firme, casi dura-. Mucho peor.

Parecieron sorprendidos. Quizá por el tono.

-Los comunistas estarían por todas partes -siguió Robert.

Paul asintió.

-El autor, el señor Abendsen, considera en ese punto una expansión sin limites de la Rusia Soviética. Pero lo mismo pasó en la Primera Guerra Mundial, incluso entre los vencedores los hubo de segunda categoría y la campesina Rusia les dio una patada en las nalgas. Todo el mundo se rió cuando invocaron a la guerra que Japón tuvo con ellos, cuando...

-Nos costó trabajo pagar aquel precio -dijo Robert-. Pero fue por una buena causa. Detener la invasión eslava al resto del mundo.

-Personalmente -dijo Betty en voz baja-, yo creo que eso de invadir el mundo es una forma bastante histérica de hablar, sea la invasión eslava, china o japonesa. -Miró a Robert plácidamente. Tenía un control completo de sí misma, no se dejaba llevar. Pero conseguía dar a entender lo que quería. Un punto de color, rojo oscuro, apareció en cada una de sus mejillas.

Comieron sin hablar durante un rato.

Lo intentaré de nuevo, se informó Robert Childan a sí mismo. Es imposible abandonar ese tópico. Buscaré cualquier cosa, en un libro que me gustaría comprar o una colección de discos, en los servilleteros de hueso... el botín de los conquistadores. El pillaje a mi propio pueblo.

Afrontemos los hechos. Estoy intentando pretender que estos japoneses y yo somos parecidos. Pero observó: ni siquiera cuando les grito mi agradecimiento por haber ganado la guerra que mi propio país perdió... pisamos el mismo terreno. Lo que unas palabras quieren decir para mí, para ellos son un agudo contraste. Su cerebro es diferente. Con las almas pasa lo mismo. Hay que verles beber en tazas de loza inglesa, comer en plata americana, escuchar música negra. Todo es superficial. La ventaja que les da la riqueza y el poder hace que puedan costeárselo todo, pero todo es tan sintético como que el día viene después de la noche.

Incluso con el *«I Ching»* que nos han hecho tragar a la fuerza; es chino. Todo lo toman prestado. ¿Quién les habrá engañado? ¿Ellos solos? Roban costumbres a derecha e izquierda, ropa, comida, forma de hablar, de andar, se comen gustosas patatas al horno con salsa de crema y cebolletas, un viejo plato americano incorporado a sus tradiciones. Pero nadie está loco, no puedo decírselo; yo menos que nadie.

Sólo la raza blanca está dotada de creatividad, reflexionó. E incluso yo, miembro de esa raza, me daría de cabeza en el techo por estos dos. ¡Qué si pienso en lo que habría sido si ganamos! Les hubiéramos borrado del mapa. No habría Japón y los Estados Unidos tendrían el poder en el mundo entero.

Debo leer *«La langosta»*, pensó. Tarea patriótica, por como suena.

-Robert -le dijo Betty en voz baja-, no está comiendo. ¿No le gusta la comida?

Childan se sirvió un poco más de ensalada.

-No -dijo-. De hecho es la mejor que he probado en años.

-Gracias -le dijo, obviamente complacida-. Hago cuanto puedo por ser lo más natural posible... así que, cuando puedo, compro cuidadosamente en las tiendas americanas que hay en la calle Mission. Sé que ahí vive el verdadero McCoy.

Cocinas a la perfección al estilo nativo, pensó Robert Childan. Lo que dicen es verdad: sus poderes de imitación son inmensos. Pastel de manzana. Coca cola, un paseo después del cine, Glenn Miller... pueden envolver en un único paquete de delgado papel de arroz toda una América artificial. Papel de arroz Mami en la cocina, papel de arroz Papi leyendo el periódico. Papel de arroz mierda de perro. Todo.

Paul le miraba silenciosamente. Robert Childan, súbitamente, notó la atención del hombre, dejando de pensar en sus cosas y dedicándose a comer. ¿Puede leerme la mente?, se preguntó. ¿Ve realmente lo que estoy pensando? No me gustaría enseñárselo. Mantendré una expresión adecuada; no le es posible decirlo.

-Robert -dijo Paul-, ya que usted nació y creció aquí, hablando el idioma de los Estados Unidos, quizá pueda ayudarme con un libro que me ha dado algunos problemas. Es una novela de 1930 de un autor norteamericano.

Robert se inclinó ligeramente.

-El libro -dijo Paul-, que es bastante raro, y del que poseo un ejemplar, es de Nathanael West. Su título *«Miss Lonelyhearts»*. Disfruté cuando lo leí, pero no entendí totalmente lo que quería decir N. West. -Parecía esperar



Librodot

mucho de Robert.

-Yo... nunca he leído ese libro -admitió Robert Childan-, me temo. -No, ni siquiera he oído hablar de él, pensó Childan. El desconsuelo se pintó en la expresión de Paul.

-Una pena. Es un libro muy corto. Trata de un hombre que es columnista de un periódico; recibe constantemente noticias descorazonadoras, hasta que se vuelve loco de dolor y en su delirio cree que es Jesucristo. ¿Lo recuerda? Quizá lo leyó hace tiempo.

-No -dijo Robert.

-Es un extraño punto de vista sobre el sufrimiento -dijo Paul-. Es una idea muy original sobre el sentido del dolor no basado en la razón, algo con lo que no ha podido ninguna religión. Las religiones como la cristiana dicen que el pecado debe ser lavado con sufrimiento. West parece ir más allá de ese punto de vista impuesto por razones ancestrales. West posiblemente comprende el sufrimiento sin causa debido a que es judío.

-Si los japoneses y los alemanes hubieran perdido la guerra -dijo Robert-, los judíos gobernarían el mundo. A través de Moscú y de Wall Street.

Los dos japoneses, hombre y mujer, parecieron encogerse. Parecieron ocultarse, helarse, descender al interior de sí mismos. La sala pareció quedar helada. Robert Childan se sintió solo. Comía allí, pero no en su compañía. ¿Qué había hecho? ¿Qué era lo que no habían comprendido? Su estúpida falta de habilidad podía haberle hecho hablar más de la cuenta, pensó el occidental. Si les eludía fomentaría su resentimiento. Qué tragedia, pensó mientras seguía comiendo. Y es más... ¿qué podía hacer?

La pasada claridad -la de un momento antes- le había hecho pensar que podía hacerlo. La completa extensión de todo aquello no la había vislumbrado hasta entonces. Robert Childan empezó a sentirse no tan mal como antes, pues el sueño sin sentido empezaba a abandonar su mente. Me he puesto en evidencia con alguna anticipación, observó. Me envolvió una neblina romántica, cercana a la adolescencia, mientras subía las escaleras. Pero realmente, no puedo ignorarlo; estamos creciendo.

Y ésta es la droga adecuada. *Esta gente no es exactamente humana*. Usan ropa, pero son como monos amaestrados. Son ingeniosos y pueden aprender, *pero eso es todo*.

¿Por qué he de abastecerles? ¿Sólo porque ganaron?

Esta cita ha revelado una enorme grieta en mi carácter. Pero ése es el camino que lleva. Tengo una patética tendencia a... bueno, podríamos decir, una infalible capacidad para elegir el más fácil de dos males. Como una vaca que esconde el morro en el abrevadero; galopo sin precipitación.

Lo que he estado haciendo es hablar de movimientos exteriores porque es más seguro; después de todo, siguen siendo los vencedores... son los que mandan. Y seguiré haciéndolo, espero. ¿Por qué voy a hacerme yo mismo desgraciado? Se leen un libro americano y quieren que yo se lo explique; esperan que yo, un hombre blanco, pueda tener la respuesta. ¡Y lo intento! Pero, en este caso, no, aunque lo hubiera leído, no tengo dudas al respecto.

-Puede que algún día le eche un vistazo a *«Miss Lonelyhearts»* -le dijo a Paul-. Ya le indicaré entonces su significado.

Paul asintió sobriamente.

-Sin embargo, ahora estoy muy ocupado con mi trabajo -dijo Robert-. Más tarde, quizá... estoy seguro de que no me llevará mucho tiempo.

-No -murmuró Paul-. Es muy corto. -Tanto ellos como Betty parecían

tristes, pensó Robert Childan. Se preguntó si también ellos verían el infranqueable abismo que había entre ellos. Ojalá, pensó. Se lo merecen. Una vergüenza... intentar saber el mensaje de nuestros libros por ellos mismos.

Comió con más desenvoltura.

No hubo más fricciones que arruinaran la velada. Cuando salió del apartamento de los Kasoura a las diez en punto, Robert Childan todavía sentía el espíritu de confidencia que había animado toda la comida.

Bajó las escaleras de la casa de apartamentos sin mostrar ningún genuino interés por los ocasionales residentes japoneses que, yendo hacia los baños comunales, pudieran verle y sorprenderse.

Salió a la acera en penumbra del crepúsculo y llamó a un pedetaxi que pasaba. Y se encontró yendo hacia su casa.

Siempre me había preguntado lo que sería reunirse con los clientes socialmente. No es tan malo, después de todo. Y -pensó- esta experiencia puede que me ayude en los negocios.

Es muy terapéutico reunirse con las personas que le intimidan a uno. Así se descubre lo que realmente son. Y desaparece la intimidación.

Pensando en aquellos términos, llegó a su vecindario y, finalmente, a su propia casa. Pagó al *chink* y subió las familiares escaleras.

En el portal había un hombre a quien no conocía. Un hombre blanco con abrigo, sentado en un peldaño leyendo el periódico. Al ver que Robert Childan se detenía sorprendido en el umbral, el hombre cerró el periódico, lo dobló cuidadosamente y se lo guardó en el bolsillo.

-*Kempeitai*.

Era un *pinoc*. Un empleado de Sacramento y la policía del estado instalada por las autoridades japonesas de ocupación. ¡Espantoso!

-¿Es usted R. Childan?

-Si, señor -dijo. Su corazón galopaba.

-Recientemente -dijo el policía, consultando un bloc que sacó de una cartera que había en el sofá- ha recibido usted la visita de un hombre, un blanco, que se presentó a sí mismo como representante de un oficial de la marina imperial. Las investigaciones realizadas han demostrado que eso no es así. No existe tal oficial. Ni tal barco. -Miró a Childan.

-Eso es exacto -dijo Childan.

-Tenemos un informe -continuó el policía- de una banda que opera en el área de la bahía. Ese hombre, evidentemente, está involucrado. ¿Podría describirle?

-Bajo, de piel morena -empezó Childan.

-¿Judío?

-¡Sí! -dijo Childan-. Ahora lo pienso... Debí darme cuenta de inmediato.

-Mire esta foto -dijo el *Kempeitai* acercándosela.

-Es él -dijo Childan, reconociéndole más allá de cualquier duda. Se sentía un poco apabullado por los poderes de detección del *Kempeitai*-. ¿Le han cogido? No informé, pero telefonee a mi proveedor, Ray Calvin, y le dije...

El policía le cortó.

-Tengo un papel para que me lo firme. Eso es todo. No tendrá que aparecer en el juzgado; esto es sólo una formalidad legal con la que acaba su responsabilidad. -Le pasó a Childan el papel y una pluma-. Declara que fue abordado por ese hombre y que él intentó confundirle ocultando su



Librodot

verdadera identidad, y así sucesivamente. -El policía se subió la manga y miró el reloj mientras Childan leía el papel-. ¿Es sustancialmente correcto?

Era correcto... sustancialmente. Robert Childan no había tenido tiempo para prestar mucha atención al documento, y estaba un poco confundido por todas las cosas que le habían pasado en un solo día. Pero sabía que el hombre había falseado la identidad, y que había una banda involucrada en el caso; y, por lo que decía el *Kempeitai,* era un judío. Robert Childan le echó una ojeada al nombre que había bajo la foto del hombre: Frank Frink. Nacido Frank Frink. Sí, es un judío. Con un nombre como Frink, cualquiera podría decirlo. Se lo había cambiado. Childan firmó.

-Gracias -dijo el policía. Recogió sus cosas, tomó el sombrero, le deseó a Childan buenas noches, y se marchó. Todo el asunto había llevado un momento.

Espero que le cojan, pensó Childan. Que le procesen. Qué alivio. Trabajan deprisa y bien.

Vivimos en una sociedad de ley y orden, donde los judíos no pueden subarrendar su inocencia. Estamos protegidos.

No sé por qué no reconocí los caracteres raciales cuando le vi. Está claro que fui fácilmente engañado.

Simplemente, decidió, no soy capaz de mentir y de que la rendición me ayude. Sin la ley, estaríamos a su merced. Me habría convencido de cualquier cosa. Una forma de hipnosis. Pueden controlar toda la sociedad.

Mañana tengo que salir y comprar el libro de *«La langosta»*, se dijo a sí mismo. A ver qué dice el autor sobre un mundo dominado por los judíos y los comunistas, con el Reich en ruinas, Japón, sin duda, como provincia de Rusia; de hecho, Rusia se extendería así desde el Atlántico hasta el Pacifico. Me pregunto si -sea cual sea su nombre- planteará una guerra entre Rusia y los Estados Unidos. Interesante libro, pensó. Es raro que nadie antes haya pensado en escribirlo.

Puede, pensó, que así nos demos cuenta de una vez de lo bien que estamos. A pesar de las obvias desventajas... podría ser todo mucho peor. De ese libro puede extraerse una gran lección moral. Pero tenemos que mirar hacia delante; debemos construir. Aparte de esto, estamos empezando a hacer grandes cosas, como la colonización de los planetas.

Quizá den noticias por la radio, se le ocurrió. Sentándose, encendió el receptor. Quizá ya hayan elegido al nuevo canciller del Reich. Se excitó por la anticipación. Para mí, ese Seyss-Inquart parece el más dinámico. El más adecuado para llevar adelante grandes programas.

Me gustaría que fuese él, pensó. Posiblemente algún día me vaya lo suficientemente bien como para poder ir a Europa y ver todo lo que han hecho. Sería una vergüenza perdérselo. Anclado aquí, en la costa oeste, donde nunca pasa nada. La historia pasa de largo.

## 8

A las ocho en punto de la mañana, Freiherr Hugo Reiss, el cónsul del Reich en San Francisco, se apeó de su Mercedes Benz y caminó enérgicamente hacia las escaleras del consulado. Tras él avanzaban dos jóvenes empleados del Ministerio de Asuntos Exteriores. La puerta había sido desbloqueada por los subalternos de Reiss y pasó al interior, alzando la

mano a modo de saludo a las recepcionistas, al Vicecónsul, *Herr* Frank y, luego, en la oficina interior, a su propio secretario, *Herr* Pferdehuf.

-Freiherr -dijo Pferdehuf-, acabamos de recibir de Berlín un cable codificado. Prioridad Uno.

Aquello quería decir que el mensaje era urgente.

-Gracias -dijo Reiss, quitándose el abrigo y dándoselo a Pferdehuf para que lo colgase.

-Hace diez minutos que llamó *Herr* Kreuz vom Meere. Le gustaría que le llamase.

-Gracias -dijo Reiss. Se sentó ante la pequeña mesa auxiliar, apartó la tapa del desayuno, vio el panecillo, los huevos revueltos con salsa, se sirvió una taza de café negro de la cafetera de plata y deslió el periódico de la mañana.

El tal Kreuz vom Meere era el jefe del *Sicherheitsdienst* en los Estados Americanos del Pacifico; su cuartel general estaba localizado, bajo nombre supuesto, en la terminal aérea. Las relaciones entre Reiss y Kreuz vom Meere eran bastante tensas. Sus competencias se solapaban en infinidad de aspectos, una política deliberada, no cabía duda, de sus superiores en Berlín. Reiss tenía un puesto honorífico en la comisión de las SS, el cargo de comandante, y aquello hacía que él, técnicamente, fuese un subordinado de Kreuz vom Meere. La comisión había sido concedida varios años antes, y ya en aquel tiempo Reiss había adivinado la jugada. Pero no podía hacer nada al respecto. Nada de nada, lo que le irritaba.

El periódico, llegado por la Lufthansa a las seis de la mañana, era el *«Frankfurter Zeitung»*. Reiss leyó la primera página lleno de interés. Von Schirach estaba en arresto domiciliario, quizá, a aquellas horas, muerto. No era muy buena noticia. Goering se hallaba residiendo en una base de entrenamiento de la Luftwaffe, rodeado de veteranos de guerra, todos leales al Gordo. Ninguno lo traicionaría. No había ningún heraldo de la SD. ¿Y qué pasaba con el doctor Goebbels?

Probablemente estaría en el corazón de Berlín. Dependiendo, como siempre, de su propia agudeza, su habilidad para hablar de cualquier cosa de un modo evasivo. Si Heydrich manda un pelotón a que le apresen, casi seguro que nuestro doctorcito, meditó Reiss, se ocupe de argumentar con ellos hasta conseguir que le suelten. Haría de ellos eficientes empleados del Ministerio de Propaganda y Cultura Pública.

Se imaginó al doctor Goebbels en aquel mismo momento, en el apartamento de alguna despampanante actriz de cine, despreciando a las fuerzas de la *Wehrmacht* que vagabundeaban por la calle. Nada hacía temblar a aquel *Kerl*. Goebbels siempre sonreía con su burlona sonrisa... sin dejar de manosear las tetas de la adorable joven con la mano izquierda, mientras escribía su articulo diario para el *«Angriff»* con...

Los pensamientos de Reiss fueron interrumpidos por la llamada de su secretario.

-Lo siento. Kreuz vom Meere está otra vez al aparato.

Levantándose, Reiss fue a su buró y tomó el teléfono.

-Soy Reiss.

Oyó los cargados acentos bávaros del jefe local de la SD.

-¿Alguna palabra sobre la personalidad del Abwehr?

Sorprendido, Reiss intentó averiguar a qué se refería Kreuz vom Meere.

-Hummm -murmuró-. Por lo que sé, no hay «personalidades» del Abwehr

por la costa oeste en este momento.

-Uno de ellos ha viajado por Lufthansa durante la semana pasada.

-Oh -dijo Reiss. Apoyándose el receptor entre el hombro y la oreja, sacó la pitillera-. No debe haber llegado.

-¿Qué ha venido a hacer?

-Dios, no lo sé. Pregúntele a Canaris.

-Me gustaría que llamase usted al Ministerio de Asuntos Exteriores para que ellos se pongan en contacto con la cancillería y que averigüen a quién ha mandado el almirantazgo y que le pidan al Abwehr que tengan lejos de aquí a sus hombres o que nos pasen un informe de por qué están.

-¿No puede hacerlo usted?

-Todo es muy confuso.

Han perdido completamente al hombre del Abwehr, decidió Reiss. Ellos -la SD local- habían sido advertidos por alguien perteneciente a la camarilla de Heydrich para que le vigilasen, y habían fallado. Y ahora quieren que yo les saque las castañas del fuego.

-Si ese hombre consigue llegar -dijo Reiss-, tendré a alguien pegado a él. Puede contar con ello. -Naturalmente, existía la pequeña posibilidad de que el hombre ya hubiese llegado. Era una cosa que ambos sabían.

-Indudablemente, viaja con nombre supuesto -cedió Kreuz vom Meere-. No sabemos cuál, naturalmente. Tiene aspecto aristocrático. De unos cuarenta años. Un Capitán. Su nombre actual es Rudolf Wegener. Es de una de esas antiguas familias monárquicas de Prusia Oriental. Probablemente, apoyado por el *Systemzeit* de Von Pappen. -Reiss se apoyó confortablemente en el escritorio mientras Kreuz vom Meere seguía hablando-. La única respuesta que veo para todas esas lapas monárquicas es cortarle el presupuesto a la Marina, o si no podían...

Finalmente, Reiss consiguió deshacerse del teléfono. Cuando volvió para acabar de desayunar, el panecillo estaba frío. El café, sin embargo, todavía estaba caliente; se lo bebió y siguió leyendo el periódico.

Esto no se acaba, pensó. Los de la SD cambian de turno por la noche. Podían llamarle a las tres de la mañana.

Su secretario, Pferdehuf, metió la cabeza en la oficina, vio que había colgado el teléfono y dijo:

-Llaman de Sacramento. Parecen bastante agitados. Dicen que hay judíos corriendo por las calles de San Francisco. -Él y Reiss se echaron a reír.

-Muy bien -dijo Reiss-. Dígales que se calmen y mándeles los impresos regulares. ¿Algo más?

-¿Ha leído los pésames?

-¿Algo nuevo?

-Poca cosa. Si quiere verlos, los tengo en la mesa. Estaba preparando las respuestas.

-Hoy es cuando tengo esa cita -dijo Reiss-. A la una. Hombres de negocios.

-No dejaré que la olvide -dijo Pferdehuf.

Reiss se recostó en la butaca.

-¿Hacemos una apuesta?

-No sobre las deliberaciones del partido. Supongo que entiende lo que quiero decir.

-Saldrá elegido el Verdugo.

Pferdehuf le contestó lentamente.

-Heydrich ha ido tan lejos como podía. Nunca perderá el control directo y

completo del partido porque todo el mundo les tiene miedo. Los peces gordos del partido podrían hacerse una idea de su capacidad. Se forma una coalición en veinticinco minutos, tan pronto como el primer coche de las SS llegue a la Prinz Albrechtstrasse. Cuentan con poderosos respaldos económicos en Krupp y Thyssen... -Se interrumpió. Uno de los criptógrafos llegó hasta él con un sobre.

Reiss alargó la mano. El secretario se lo tendió. Era el radiograma codificado urgente, decodificado y mecanografiado.

Cuando acabó de leerlo vio que Pferdehuf estaba esperando a oírlo. Reiss puso el mensaje en el enorme cenicero de cerámica del escritorio, y le prendió fuego con el mechero.

-Parece que hay un general japonés viajando de incógnito. Tedeki. Acérquese a una Biblioteca Pública y saque una foto suya de una de esas revistas militares japonesas. Naturalmente, hágalo con discreción. No me imagino para qué vendrá. -Se dirigió hacia un fichero cerrado con llave. Cambió de opinión-. Consiga toda la información que pueda. Las estadísticas. Podrá hacerse con ellas en la biblioteca. -Añadió-: Ese general Tedeki fue jefe de una camarilla hace ya muchos años. ¿Puede informarme de algo sobre él?

-Poco -dijo Pferdehuf-. Es como un matamoros. Debe andar por los ochenta. Creo recordar que abogaba por un programa espacial japonés.

-Que fracasó -dijo Reiss.

-No me sorprendería que viniera por asuntos médicos -dijo Pferdehuf-. Hay bastantes viejos oficiales japoneses en el gran Hospital UC. Ahí pueden disfrutar de técnicas quirúrgicas alemanas que no tienen en su propio país. Naturalmente, son todos muy discretos. Ya sabe, razones patrióticas. Así que quizá podamos meter a alguien en el Hospital UC para que observe, eso si Berlín quiere que le tengamos bajo vigilancia.

Reiss asintió con la cabeza. Así que el viejo general podía estar involucrado en especulaciones comerciales, una buena parte de las cuales se realizaría en San Francisco, con los contactos que hubiera hecho mientras estaba en activo y que le valdrían una vez retirado. Pero, ¿estaba retirado? El mensaje decía *general,* no *general retirado*.

-En cuanto tenga una foto -dijo Reiss-, pase copias a todos nuestros agentes en el aeropuerto y lleve también algunas al puerto. Puede que ya haya llegado. Ya sabe cuánto nos cuesta enterarnos de todas estas cosas. -Y, claro, si el general ya había llegado a San Francisco, Berlín se pondría furioso con el consulado en los Estados Americanos del Pacífico. El consulado tendría que haberle interceptado... antes incluso de haber recibido el mensaje de Berlín.

-Fecharé -dijo Pferdehuf- el radiograma de Berlín, por si hay preguntas sobre él más adelante y así podremos demostrar exactamente cuándo lo recibimos. Hasta con la hora.

-Gracias -dijo Reiss. Los de Berlín eran expertos en endosar responsabilidades, y Reiss ya se había cansado de recibir golpes. Ya le había pasado muchas veces-. Para hacer las cosas con más seguridad -dijo-, creo que lo mejor será que conteste el mensaje. Dígales: «Sus instrucciones recibidas abismalmente tarde. La persona ya ha sido detectada en la zona. La posibilidad de interceptarla con éxito es bastante remota a estas alturas». Meta algo entre líneas y mándelo. Que quede bien pero un poco vago. Ya me entiende.

Pferdehuf asintió.

-Lo enviaré enseguida. Y me quedaré con una copia del momento y la fecha exacta en que lo enviamos. -Cerró la puerta al salir.

Tienes que estar atento, reflexionó Reiss, o de todo lo que vas a acabar siendo cónsul va a ser de una tribu de negros en una isla de la costa de Sudáfrica. Y, ya sabes, tu próxima amante será una madraza negra y diez o doce negritos te llamarán papi por todas partes.

Volviendo a sentarse a la mesa del desayuno encendió un cigarrillo egipcio Simón Artz Número 70, cerrando cuidadosamente la caja de delgado metal.

No parecía que le fueran a molestar durante un rato, así que de la cartera sacó el libro que estaba leyendo, lo abrió por la señal, se arrellanó en el sillón y empezó a leer donde lo había dejado.

> «... había paseado por las calles sin coches, disfrutar de la paz de un domingo en el Tiergarten, ¿cuánto hacía? Otra vida, helado, un sabor como creía que no existía. Eran ortigas hervidas, y le alegró verlas. Dios, gritó. ¿Cuándo se van a parar? El enorme tanque británico apareció. Otro edificio, que podría haber sido una casa de apartamentos, o una tienda, o una escuela, o una oficina; no podía decirlo... todo eran ruinas, todo cascotes. Bajo los escombros otro puñado de supervivientes enterrados, sin oír siquiera el sonido de la muerte. La muerte se esparcía por doquier sin discriminar, montones y montones de cadáveres que empezaban a oler. El maloliente y tembloroso cadáver de Berlín, las ciegas torretas aún levantadas, desapareciendo sin protestar como aquel edificio sin nombre que el hombre había alzado con orgullo.
>
> Tenía los brazos, notó el muchacho, cubiertos de una película gris, las cenizas, parcialmente inorgánicas, parcialmente el cambiante producto final de la vida abrasada. Todo se mezclaba, descubrió el joven, y se sacudió. No pensó en ello mucho más pues otro pensamiento dominó su mente mientras intentaba averiguar lo que podía hacer entre los gritos y el *hump hump* de los proyectiles. Hambre. Llevaba seis días en los que no había comido otra cosa que ortigas, y hasta aquello había desaparecido. El huerto se había evaporado en un gran cráter. Otro relámpago, siluetas demacradas aparecieron en el borde, como el muchacho, silenciosas y vagando a la deriva. Una vieja madre con una *babushka* anudada a la gris cabeza, una cesta -vacía- en el brazo. Un manco, con los ojos tan vacíos como la cesta. Una chica. Desdibujándose en medio del resplandor de los árboles acuchillados en que se había escondido Eric.
>
> Y la serpiente llegó.
>
> ¿Cuándo acabaría?, preguntó el muchacho sin dirigirse a nadie. Y, cuando acabe, ¿Qué? ¿Llenarían sus tripas aquellos...?».

-Freiherr -dijo la voz de Pferdehuf-. Lamento interrumpirle. Sólo un momento.

Reiss se sobresaltó, cerró el libro.

-Naturalmente.

Cómo escribe este hombre, pensó. Me emociona. Es tan real. La caída de Berlín en manos de los británicos es tan vivida como si estuviera ocurriendo

ahora mismo. Brrr. Se estremeció.

Es sorprendente el poder que la ficción, incluso la ficción más popular, puede evocar. No me sorprende que lo hayan prohibido en los territorios del Reich; debía habérmelo prohibido a mí mismo. Pero ya he empezado. Es demasiado tarde; debo acabar.

-Son unos marineros de un navío alemán -dijo el secretario-. Quieren que se les tome nota de su presencia.

-Sí -dijo Reiss. Se encaminó a la puerta y salió a la parte delantera de la oficina. Había tres marinos vestidos con jerseys grises, todos con espesas masas de rubios cabellos, caras duras, aspecto nervioso. Reiss levantó la mano derecha-. *Heil Hitler*. -Les sonrió amigablemente.

-*Heil Hitler* -musitaron. Seguidamente, empezaron a enseñarle sus papeles.

Tan pronto como hubo certificado su visita al consulado, se apresuró a volver a su oficina.

Una vez más, solo, volvió a abrir *«La plaga de la langosta»*.

Sus ojos dieron en una escena que afectaba a... Hitler. Descubrió que ya no era capaz de parar; empezó a leer la escena sin seguir el orden, con la nuca ardiéndole.

El juicio, descubrió, de Hitler. Después de acabada la guerra. Hitler en manos de los Aliados, Santo Dios. Y Goebbels, Goering y todos los demás. En Munich. Evidentemente, Hitler estaba contestando al Fiscal americano.

> «... negro, llameante, el espíritu del ayer pareció flamear de nuevo durante un instante. El estremecido, renqueante cuerpo moviéndose a tirones; la cabeza colgante. Salió de aquellos labios que no hacían más que babear un gruñido medio mugido, medio susurro. *Deutsche, hier steh Ich*. Hubo un estremecimiento entre los que miraban y escuchaban, apretando los auriculares, caras tensas entre los rusos, americanos, ingleses e incluso entre los alemanes. Sí, pensó Karl. Se ha alzado una vez más... Nos han vencido... y mucho más. Han desnudado a este *superhombre* y le han mostrado tal y como es. Sólo un...».

-Freiherr.

Reiss descubrió que su secretario había entrado en la oficina.

-Estoy ocupado -dijo agriamente. Cerró el libro dé golpe-. ¡Maldita sea, intento acabar de leer este libro!

Era algo sin esperanza. Lo sabía.

-Hemos recibido otro radiograma codificado de Berlín -dijo Pferdehuf-. He echado un vistazo mientras empezaban a decodificarlo. Es sobre la situación política.

-¿Qué dice? -murmuró Reiss, frotándose la frente con el pulgar y los dedos.

-El doctor Goebbels ha acudido a la radio inesperadamente. Un importante discurso. -El secretario parecía excitado-. Suponemos que el texto... ha sido transmitido sin codificar... y casi seguro que la prensa local se haga eco del tema.

-Sí, sí -dijo Reiss.

En cuanto el secretario se hubo marchado, Reiss abrió el libro. Una mirada a hurtadillas, a pesar de mi decisión... hojeó la parte anterior.

«... en silencio, Karl contempló la urna rodeada de banderas. Yacía allí, y ya se había ido, realmente. Ni siquiera sus demoníacos poderes podían hacerle volver. El hombre -¿o después de todo había sido un *Übermensch*?- a quien Karl había seguido ciegamente, venerándole... incluso al llevarle a la tumba. Adolf Hitler había ido más allá, pero Karl seguía atado a la vida. No le seguiré, susurró la mente de Karl. Seguiré adelante, vivo. Y reconstruiré. Y lo reconstruiremos todo. Vamos a hacerlo.

La magia del líder le había llevado lejos, muy lejos. Y aquello, una vez conseguido aquel increíble récord, aquel viaje desde el aislado y rústico pueblo de Austria, hasta la podrida pobreza de Viena, desde la pesadilla de las trincheras a las intrigas políticas, la creación del partido, la cancillería, ¿había durante un instante parecido a punto de dominar todo el mundo?

Karl lo sabía. Un fiasco. Adolf Hitler les había liado a todos ellos. Les había guiado con palabras vacías.

No es demasiado tarde. Hemos visto tu estafa, Adolf Hitler. Y, finalmente, te hemos conocido. Y al partido nazi y a su época de sangrienta matanza y megalomaniaca fantasía, también los hemos conocido por lo que eran. Por lo que eran.

Volviéndose, Karl se alejó de la silenciosa urna».

Reiss cerró el libro y se quedó un rato sentado. A su pesar, se había trastornado. Deberían haber hecho más hincapié en los japoneses, se dijo, para que prohibiesen este maldito libro. De hecho, está obvia y deliberadamente de su parte. Deberían arrestar... sea cual sea su nombre. Abendsen. Tienes plenos poderes en el Medio Oeste.

Le había trastornado todo aquello. La muerte de Adolf Hitler, la caída y destrucción de Hitler, del partido y de la misma Alemania, todo aquello se describía en el libro de Abendsen... era algo mucho más grande, más que el viejo espíritu del hombre en el mundo presente. El mundo de la hegemonía germana.

¿Cómo es posible?, se preguntó Reiss. ¿Es sólo la habilidad literaria de ese hombre?

Los novelistas conocen millares de trucos. Por, ejemplo, el doctor Goebbels; empezó escribiendo ficción. Recurren a los apetitos lascivos que todos llevamos en el interior, por respetables que seamos exteriormente. Sí, el novelista sabe que la humanidad, por indigna que sea, está dominada por los testículos, agitada por la cobardía, capaz de traicionar cualquier causa por la avaricia... todo lo que tiene que hacer es dar golpecitos en el tambor, y ahí tendrá respuesta. Y se reirá, claro, encubiertamente, por los efectos de su trabajo.

Observa cómo juega con mis sentimientos, reflexionó Reiss, no con mi inteligencia; y, naturalmente, es pagado por ello... con dinero. Obviamente alguien le da el *Hundstoff* a él, instruyéndole acerca de cómo escribir. Escribirán cualquier cosa si saben que les pagarán por ello. Contarán un montón de mentiras, y la gente estará encantada cuando se las cuenten. ¿Dónde ha sido impreso? *Herr* Reiss inspeccionó el ejemplar del libro. Omaha, Nebraska. La última avanzadilla de la industria plutocrática de la edición en los Estados Unidos estuvo una vez localizada en Nueva York y

mantenida con oro comunista y judío...

Puede que Abendsen sea judío. Siguen ahí, intentando envenenarnos. *Jüdisches Buch.* Golpeó violentamente las cubiertas de *«La langosta»*. Probablemente ahora se llame Abendstein. No cabe duda de que la SD habrá investigado.

No cabe duda de que debemos enviar a alguien en el RMS para devolverle el cumplido a Abendsen. Me pregunto si Kreuz vom Meere habrá recibido instrucciones al respecto. Probablemente no, con toda esa confusión que hay en Berlín. Todo el mundo está muy atareado con los asuntos del hogar. Pero este libro, pensó Reiss, es peligroso. Si se encuentra alguien a Abendsen colgado del techo alguna mañana de éstas, sería una noticia estupenda para cualquiera que haya sido influenciado por el libro. Tendremos la última palabra. Escribiremos el epilogo.

Habría que enviar a un hombre blanco, naturalmente. Me pregunto si Skorzeny estará fuera ahora.

Miró la contraportada del libro y consideró sus posibilidades. El muchacho parece que vive en una barricada. En el Alto Castillo. No está loco. Alguien que vaya y venga podría no regresar.

Quizá está loco. Después de todo, el libro ha sido impreso. Ya es demasiado tarde. Y en territorio dominado por los japoneses... los hombrecillos amarillos armarán un jaleo espantoso.

No importa, con tal que se haga del modo adecuado... si se maneja de la forma adecuada.

Freiherr Hugo Reiss apuntó algo en su agenda. ¿Sacar el tema a colación con el general Otto Skorzeny de las SS, o, mejor aún, con Otto Ohlendorf del *Amt III* del *Reichssicheritshauptamt*? ¿No era Ohlendorf el jefe del *Einsatzgruppe D*?

Y, así, cuando esté todo listo, sin aviso de ninguna clase, recibirá el golpe con toda su rabia. Pensé que todo esto se había acabado, pensó. ¿Va a durar para siempre? La guerra se acabó hace años. Y nosotros pensamos que habíamos acabado con ellos. Pero tras el fiasco de África, ese loco de Seyss-Inquart desmanteló todos los esquemas de Rosenberg.

*Herr* Hope es mejor, pensó. Con esa broma de nuestros contactos con Marte. Marte lleno de judíos. También los veremos allí. Incluso como monstruillos de dos cabezas y un pie de alto.

Tengo asuntos de rutina, decidió. No tengo más tiempo para estas locas aventuras, ni para enviar *Einsatzkommandos* tras Abendsen. Tengo las manos ocupadas recibiendo marineros alemanes y contestando radiogramas; que alguien de más arriba se ocupe de empezar con un proyecto como éste... al que le toque.

De todos modos, decidió, si me obligasen a hacerlo, sé lo que haría: le pondría en custodia preventiva en el gobierno general del Este, eso si no le metía en una habitación llena de Zyklon B.

Arrancándola, tachó cuidadosamente la nota que había puesto en la agenda, la arrugó, y quemó el papel en el cenicero de cerámica.

Hubo un golpe en la puerta y ésta se abrió. Su secretario entró en la habitación con un manojo de papeles.

-El discurso del doctor Goebbels. Entero. -Pferdehuf dejó las hojas en la mesa del despacho-. Debe leerlo. Es muy bueno. Uno de los mejores.

Encendiendo otro Simón Artz Número 70, Reiss empezó a leer el discurso del doctor Goebbels.



Librodot

9

Después de dos semanas de trabajo casi permanente, la Joyería de Edfrank había producido sus primeras piezas terminadas. Allí tenían las piezas, extendidas en dos tablas de madera cubiertas con terciopelo negro que iban metidas en una canastilla japonesa. Ed McCarthy y Frank Frink se habían hecho tarjetas de visita. Habían utilizado una plantilla de goma para huecograbar su nombre. Con aquella plantilla habían impreso sus nombres en rojo y rematado las tarjetas con una imprentilla de juguete. El efecto... era impresionante, pues habían utilizado una semicartulina coloreada parecida a la de las tarjetas de Navidad.

En todos los aspectos, su trabajo había sido profesional. Observando con cuidado sus joyas, tarjetas y expositores, no se podía ver ningún indicio de que fueran hechos por un aficionado. ¿Por qué iba a haberlos?, pensó Frank Frink. Los dos eran auténticos profesionales. Quizá no en joyería, pero sí en trabajos manuales de taller.

Los estantes tenían gran variedad: pulseras de latón, cobre, bronce y aun de hierro forjado. Pendientes, la mayoría de latón, con pequeños adornos de plata, pendientes de plata, alfileres de plata o latón. La plata les había costado mucho dinero, incluso el soldador especial les había resultado excesivamente caro. Habían comprado, también, unas pocas piedras semipreciosas, para montar en los alfileres: perlas cultivadas, espineles, jade, ópalos. Y, si las cosas les iban bien, podrían intentarlo con el oro y, quizá, con diamantes de cinco o seis puntos.

Era con el oro con lo que podrían sacar verdaderos beneficios. Ya habían comenzado incluso a buscar piezas de oro de desecho, fundiendo piezas viejas que no tuvieran gran valor y que les saliera más barato que el oro nuevo. Pero, incluso con ello, la inversión les había supuesto un gran gasto. Sin embargo, vender un único alfiler de oro les dejaría más beneficio que cuarenta alfileres de latón. Podrían pedir cualquier precio en el mercado al por menor si estaba bien diseñado y pensado. Suponiendo, como Frink había señalado, que pudieran vender el material.

Aún no habían intentado vender. Habían resuelto lo que parecían ser sus problemas técnicos básicos; tenían el banco de trabajo con los motores, la máquina de polea, las ruedas de esmerilar y pulir. De hecho, tenían un juego completo de herramientas de acabado que iban desde los cepillos de alambre a los de latón y a las ruedas Cratex, muñequillas de algodón para pulir, de lino, de piel y de gamuza, que podían utilizarse con compuestos de esmeril y piedra pómez, o con colectares más delicados. Y, por supuesto, tenían el soldador oxiacetilénico, tanques, calibradores, mangueras, pirolas y máscaras. Y el equipo de herramientas de joyería era soberbio. Alicates de Alemania y Francia, micrómetros, taladros de diamante, sierras, pinzas, tenazas, soldaduras de tercera mano, tornos, pulidoras, cizallas, diminutos martillos hechos a mano, un montón de equipos de precisión. Y los repuestos de varios calibres para el brazo del torno, hojas de metal, engarces de alfileres, grapas. Se habían gastado más de la mitad de los dos mil dólares; y en la cuenta del banco de Edfrank sólo quedaban unos doscientos cincuenta dólares. Pero ya estaban instalados legalmente, incluso con los permisos de los Estados Americanos del Pacífico. Ya sólo les quedaba



Librodot

vender.

Ningún comerciante, pensó Frink mientras miraba los expositores, sería capaz de examinar todo aquello con más atención que ellos. Realmente, todas las piezas parecían buenas, selectamente preparadas, con mucho trabajo, sin soldaduras defectuosas o bordes toscos o puntiagudos, o manchas... su control de calidad había sido excelente. La más leve opacidad o raya del cepillo había bastado para que la pieza volviera al taller. No podían permitirse el lujo de ofrecer ningún trabajo con fallos o taras. Una pequeña mancha negra en un collar de plata... significaría el fin del negocio.

La tienda de Robert Childan era la primera que aparecía en su lista. Pero sólo podría ir Ed. Pues Childan, con seguridad, recordaría a Frank Frink.

-Tú vas a estar a cargo de casi todas las ventas -dijo Ed. Él se había ya resignado a ir a la tienda de Childan. Se había comprado un buen traje, una corbata nueva y una camisa blanca para causar buena impresión. No obstante, no parecía muy tranquilo-. Sé que somos buenos -dijo por millonésima vez-, pero, ¡demonios!

La mayoría de las piezas eran abstractas, espirales de alambre, lazos, diseños que habían aparecido de manera espontánea en el proceso. Algunas tenían verdadera delicadeza, ligeras; otras eran masivas, poderosas, e incluso de una pesadez bárbara. Las formas eran muy variadas, teniendo en cuenta las pocas piezas que había extendidas en las bandejas de terciopelo, y, sin embargo, una tienda, entendió Frink, podría comprar todo lo que había allí. Visitarían todas las tiendas una vez... si fracasaban. Pero, si tenían éxito, si convencían a los comerciantes, pasarían recibiendo pedidos de ellos el resto de sus vidas.

Los dos hombres trabajaron juntos poniendo las bandejas de terciopelo en las canastillas de mimbre. Podremos recuperar algo del metal, reflexionó Frink, si llega lo peor. Y las herramientas y el equipo; lo venderían, aunque perdiendo dinero, pero, al menos, les quedaría algo.

Éste es un buen momento para consultar el oráculo, se dijo. Pregunta: ¿Cómo se las arreglará Ed en su primer día de ventas? Pero estaba demasiado nervioso. Estaba dentro de lo posible que el oráculo le diese un mal consejo, y no se consideraba capaz de afrontarlo. En cualquier caso, la suerte estaba echada: habían fabricado las piezas, instalado la tienda... lo que le pudiera decir el *«I Ching»* ya no tenía mucha importancia. Tampoco puede ayudarnos a vender las joyas. No nos puede dar suerte.

-Primero iré a ver a Childan -dijo Ed-. Nos puede salir bien. Y entonces tú podrás visitar a otros dos. ¿Vienes conmigo? Vamos en el camión. Lo aparcaré en la esquina.

Mientras iban hacia allí, hacia la camioneta llevando el cestillo de mimbre, Frink pensó: Dios mío, con lo buenos vendedores que somos Ed y yo. Bueno, no nos costará mucho convencer a Childan, aunque tendrían que hacer un esfuerzo.

Si Juliana hubiese estado aquí, hubiese ido a la tienda y lo hubiera hecho sin parpadear; ella es guapa, puede hablar con cualquiera sinceramente. Y es una mujer. Después de todo, es bisutería para mujer. Podría llevarlas puestas a la tienda. Cerrando los ojos intentó imaginarse cómo le sentarían y cómo estaría con un par de pulseras puestas. O en cómo hubiera estado con uno de los collares largos. Con su negro cabello y pálida piel y sus tristes ojos penetrantes... Llevando un jersey gris, un poquito ajustado, la plata resaltaría sobre la carne desnuda, y el metal subiría y bajaría al ritmo



Librodot

de la respiración...

Dios. Era como si estuviese con él, viva. Juliana hubiera cogido cada una de las piezas que habían hecho y la hubiera examinado, echando la cabeza hacia atrás y mirándolas a la luz. Juliana estaba siempre presente, como un testigo de todo lo que hacía.

Lo que mejor le sentaría serían los pendientes, decidió. Los más largos y brillantes, los de latón especial. Con el cabello recogido con una horquilla o cortado muy corto en el cuello se le podrían ver las orejas. Y le podríamos sacar fotos a modo de propaganda. Él y Ed habrían pensado en un catálogo, así podrían vender por correo a tiendas de otras partes del mundo. Estaría terrorífica... Su piel es muy bonita, muy saludable, no tiene ni una arruga. ¿Lo haría si la pudiera localizar? No importaría lo que pensara de mí; no tendría nada que ver con nuestra vida personal. Sería un estricto asunto de negocios.

Demonios, ni siquiera él le sacaría las fotos. Buscarían a un fotógrafo profesional para que las hiciera. Aquello la encantaría. Su vanidad, como siempre, quedaría satisfecha. A ella siempre le ha gustado que la gente la mire, la admire; cualquiera. Me temo que la mayor parte de las mujeres son así. Tratan de llamar la atención todo el rato. En ese sentido, eran muy infantiles.

Juliana nunca había podido soportar estar sola, pensó. Tenía que tenerme a su alrededor todo el tiempo, mimándola de algún modo, como los niños pequeños, que también se comportan así. Piensan que si sus padres no les vigilan, lo que están haciendo no es del todo real. Con seguridad, en aquel preciso momento, Juliana estaba acompañada. Diciéndole lo hermosa que era. Las piernas tan bonitas que tenía. El terso y plano estómago.

-¿Qué pasa? -dijo Ed mirando de reojo-. ¿Estás perdiendo los nervios?

-No -contestó Frink.

-No voy a quedarme callado -dijo Ed-. Tengo algunas ideas. Y te diré algo más. No estoy acobardado. No estoy intimidado por ir a un lugar de moda y llevar este traje. Lo admito, no me gusta ir muy compuesto. Lo admito, no me siento cómodo. Pero eso no importa. Voy a ir allí y haré mi trabajo.

Estupendo, pensó Frink.

-Diantres, si pudiste ir allí como hiciste -dijo Ed-, y hacerte pasar por el ayudante de un almirante japonés, yo también podré decirle la verdad, que estas piezas son realmente creaciones originales hechas a mano. Que son joyas originales que...

-Han sido forjadas a mano -dijo Frink.

-Bueno. Forjadas a mano. Quiero decirte que no saldré de allí hasta que no haya sacado algo de dinero. Tiene que comprarlo. Y si no lo hace es que está chalado. He estado mirando por ahí; no hay nada como lo nuestro en ningún sitio. Dios. Cuando pienso que puede mirarlas pero no comprarlas... Hace que me vuelva loco. Empezaría a dar golpes.

-No te olvides de decir que no son baratijas. Que el cobre es macizo. Que el cobre y el latón son macizos.

-Deja que lo haga a mi manera -dijo Ed-. Tengo unas cuantas ideas muy buenas.

Frink pensó: Lo que puedo hacer es esto. Puedo coger un par de piezas, a Ed no le importará, y enviárselas a Juliana. Así sabrá lo que estoy haciendo. Los jefes de correos podrán localizarla. Se las mandaré al último domicilio suyo que tengo. ¿Qué dirá cuando abra la caja? Le pondré una nota

explicando que las he hecho yo mismo, le diré que tengo un socio en un pequeño y creativo negocio de joyería. Tendré que encender su imaginación, hacer que se interese y quiera saber más. Le hablaré de gemas y metales. De los lugares en que vendemos, las tiendas de moda, etcétera.

-¿No estamos ya muy cerca? -dijo Ed aminorando la marcha del camión. Estaban en medio de un denso tráfico; los edificios tapaban el suelo-. Lo mejor que puedo hacer es aparcar.

-Otras cinco manzanas -dijo Frank Frink.

-¿Llevas uno de esos cigarrillos de marihuana? Si me das uno me calmará perfectamente.

Frank Frink le pasó el paquete de cigarrillos T'ien-lay. Música celestial, la marca que había empezado a fumar en la Corporación W-M.

Sé perfectamente que está viviendo con algún tipo, durmiendo con él como si fuese su mujer. Conozco a Juliana. No podría sobrevivir de otra forma; sé cómo se siente cuando llega la noche. Cuando hace frío y está oscuro y todo el mundo se ha ido a casa para sentarse alrededor del hogar. No es una persona que pueda llevar una vida solitaria. Ni yo, se dio cuenta.

Puede que el tipo sea agradable. Algún estudiante de química que recogiera. Ella puede ser muy buena para un joven estudiante que nunca haya tenido el coraje de acercarse a una mujer. No es ni dura ni cínica. Le haría mucho bien. Espero que por todos los diablos no esté con algún tipo viejo. Eso no lo puedo soportar. Con algún tipo experimentado y mezquino que llevase siempre un palillo entre los dientes y que se pasara el tiempo fastidiándola.

Frank Frink sintió que respiraba con dificultad. Imaginó a un tipo grandullón y velludo que pisaba a Juliana, haciéndola la vida imposible. Sé perfectamente que acabaría suicidándose, pensó. Está en sus cartas: si no encuentra al hombre apropiado... y esto quiere decir un tipo estudioso, sensible y agradable, capaz de apreciar todas las ideas que ella tiene.

Fui demasiado duro con ella, pensó. Yo no soy tan malo; hay un infierno de tipos mucho peores que yo. Me puedo imaginar muy bien qué es lo que estaba pensando, qué era lo que quería cuando se sentía sola, o un poquito deprimida. Me he pasado mucho tiempo preocupándome y pensando en ella. Pero no lo suficiente. Se merecía más. Ella se merecía muchísimo más, pensó.

-Estoy aparcando -dijo Ed. Había encontrado un sitio y reculaba con el camión, mirando por encima del hombro.

-Escucha -dijo Frank Frink-. ¿Puedo enviar un par de estas piezas a mi mujer?

-No sabía que estuvieras casado -dijo Ed intentando aparcar-. Por supuesto. Mientras no sean de plata...

Ed apagó el motor de la camioneta.

-Ya estamos aquí -dijo, echando una bocanada de humo del cigarrillo de marihuana; luego, lo tiró y machacó la colilla en el suelo-. Deséame suerte.

-Suerte -dijo Frank Frink.

-Eh, mira uno de esos poemas japoneses, un *waka*, en el reverso del paquete de cigarrillos.

Ed leyó el poema en voz alta, para que se oyera por encima de los ruidos del trafico.

*Oyendo el canto de un cuclillo*

*miré en la dirección*
*de donde venía el sonido:*
*¿Y qué vi?*
*Sólo la pálida Luna en el cielo del alba.*

Le devolvió a Frank Frink el paquete de T'ien-lay.

-¡Cristo! -dijo, y palmeó a Frank Frink en la espalda, sonriendo y mostrando los dientes desde la puerta de la camioneta. Recogió la canastilla de mimbre y salió del camión-. Ocúpate de pagar el contador del aparcamiento -dijo saliendo por un lado. Un instante más tarde había desaparecido entre los demás transeúntes.

Juliana, ¿estás tan sola como yo? Salió del camión y puso una moneda en el parquímetro.

Miedo, pensó. Con todo este negocio de las joyas.

¿Qué ocurriría si no tenemos éxito? ¿Y que pasará si no hay éxito? Así lo había dicho el oráculo. Quejas, lágrimas, y hambre.

Un hombre que se enfrenta a las sombras de su vida. El paso a la tumba. Si Juliana estuviera aquí no sería tan malo. No sería malo de ningún modo.

Estoy asustado, observó. Supongamos que Ed no vende nada.

Supongamos que se ríen de nosotros.

Entonces, ¿qué?

Juliana estaba tumbada en el suelo, envuelta en una sábana en la parte delantera de la habitación del apartamento, abrazando a Joe Cinnadella. La habitación estaba caldeada y cómoda, con el sol del mediodía. Sus cuerpos estaban húmedos, sudorosos. Una gota de sudor le corrió a Joe por la frente y cayó en su mejilla. Luego siguió corriendo por su garganta.

-Todavía estás sudando -dijo Juliana. Joe no dijo nada. Su respiración era larga, lenta, regular... Como un océano, pensó Juliana. No tenemos dentro más que agua.

-¿Qué tal ha ido? -preguntó ella.

Sin contestar, Joe murmuró que había estado bien.

Así me pareció, pensó Juliana. Una siempre lo sabe. Tenían que levantarse, arreglarse. ¿Es esto malo? ¿Es un signo de desaprobación del subconsciente?

Se movió.

-¿Te levantas? -Juliana le agarró con fuerza con ambos brazos.

-No, aún no.

-¿Tienes que ir al gimnasio?

No voy a ir al gimnasio, pensó Juliana. ¿No lo sabes? Iremos a alguna parte; no nos quedaremos aquí mucho más tiempo. Iremos a un sitio donde no hayamos ido nunca. Ya es tiempo.

Sintió cómo Joe iba soltándose, echándose hacia atrás y poniéndose de rodillas. Juliana dejó que sus manos le recorrieran la húmeda espalda. Después pudo oír cómo los pasos de sus pies descalzos se deslizaban por la habitación. Hacia el baño, sin duda, para tomar una ducha.

Ya se acabó, pensó. Bien. Suspiró.

-Te puedo oír -dijo Joe desde el cuarto de baño-. Siempre estás murmurando. Siempre estás deprimida. ¿No es cierto? Preocupada. Con miedo. Y sospechando de mí y de todo lo demás que hay en el mundo. -Salió por un momento, lleno de jabón y agua. Con el rostro encendido-. ¿Te

gustaría ir de viaje?

El pulso de Juliana se aceleró.

-¿Dónde?

-A alguna ciudad grande.

-¿Qué tal el norte de Denver?

-Te llevaré. Y compraré entradas para un espectáculo, un buen restaurante, taxis. Te compraré un traje de noche o lo que necesites. ¿De acuerdo?

Casi no podía creerlo, pero lo deseaba. Trató de creerle.

-¿Te darán permiso en el gimnasio? -preguntó Joe.

-Seguro -contestó Juliana.

-Los dos nos compraremos ropas bonitas. Nos divertiremos. Puede que por primera vez en la vida. Eso te ayudará.

-¿Y de dónde sacaremos el dinero?

-Lo tengo. Mira en la maleta -dijo Joe. Y cerró la puerta del baño. Se oyó un chorro de agua al caer y algunas palabras.

Juliana abrió el armario, sacó la bolsa sucia y estropeada. Seguro que había suficiente. En un rincón encontró un sobre. Tenía cheques del Reichsbank, válidos en cualquier parte. Entonces, es verdad, se dijo Juliana. ¿No estará tomándome el pelo? Me gustaría meterme dentro de él y ver lo que piensa, se dijo mientras contaba el dinero. Al lado del sobre encontró un tubo cilíndrico, una pluma, o al menos eso parecía. Tenía un clip puesto. Pero pesaba demasiado. Juliana la tomó con cuidado y quitó el capuchón. Tenía el punto de oro. Pero...

-¿Qué es esto? -le preguntó a Joe cuando volvió de darse la ducha.

Joe tomó el cilindro y lo devolvió al saco. Lo cogió con mucho cuidado, se dio cuenta Juliana y dejó que su rostro lo reflejara con perplejidad.

-¿Aún tienes pensamientos morbosos? -dijo Joe. Parecía más animado que nunca desde que le conociera. Y, con un grito de entusiasmo la cogió por la cintura, la alzó en brazos, llevándola de izquierda a derecha, mirándola a los ojos y echándole el cálido aliento, apretándola hasta que se quejó.

-No -dijo Juliana-. Sólo quiero... cambiar lentamente. -Todavía te tengo un poco de miedo, pensó. Demasiado miedo, podría decirse. Pero no te lo puedo decir.

-Venga, fuera, por la ventana -gritó Joe atravesando la habitación con ella en brazos-. Allá vamos.

-Por favor -dijo Juliana.

-Estaba jugando. Escucha... nos vamos a ir en una marcha como la de Roma, ¿te acuerdas? El Duce iba delante, dirigiendo a los hombres, entre ellos, mi tío Carlo. Ahora haremos una marcha, menos importante y que no pasará a la historia. ¿De acuerdo? -Inclinando la cabeza la besó en la boca, tan fuerte que chocaron los dientes-. Qué bien estaremos los dos con nuestros vestidos nuevos. Y me podrás enseñar a hablar correctamente, a comportarme. ¿De acuerdo? Tienes que enseñarme modales, ¿de acuerdo?

-Hablas bien -dijo Juliana-, incluso mejor que yo.

-No -cortó brusco y sombrío-. Hablo muy mal. Tengo un verdadero acento de tano. ¿No te diste cuenta la primera vez? En el restaurante.

-Supongo que sí -dijo Juliana. Ya no le parecía importante.

-Sólo una mujer sabe comportarse socialmente -dijo Joe, llevándola hacia atrás y tirándola en la cama-. Sin una mujer no haríamos más que discutir sobre carreras de coches y caballos y contar chistes verdes; no estamos

civilizados.

Tienes un carácter extraño, pensó Juliana. Eres callado y meditabundo hasta que decides actuar; entonces estás lleno de esperanzas. ¿Realmente me quieres? Podrías dejarme aquí, abandonada. Ya me ha ocurrido otras veces. Yo te abandonaría si tuviera que seguir mi camino.

-¿Ese dinero es de tu paga? -preguntó mientras se vestía-. ¿Lo has ahorrado? -Era demasiado. Por supuesto, en el este corría mucho dinero-. Con todos los camioneros que he hablado antes y nunca me habían dicho que...

-¿Dices que soy un camionero? -cortó Joe-. Escucha. Voy en el camión, pero no conduzco. Simplemente vigilo para despistar a los asaltantes. Mira, yo me hago pasar por conductor de camión, duermo incluso en la cabina. -Joe se tiró en la silla que había en el rincón de la habitación, echado hacia atrás, simulando dormir, con la boca abierta, y el cuerpo relajado-. ¿Ves?

Al principio, Juliana no se dio cuenta, pero de pronto advirtió que en las manos tenía un cuchillo, finísimo, como de cortar patatas. Dios mío, pensó. ¿De dónde ha salido? ¿De su manga o del mismísimo aire?

-Por esto me contrataron los de la *Volkswagen*. Buenos informes y antecedentes. Nos protegíamos así contra los Comandos de Haselhen -Joe sonrió-. ¿Te imaginas quién cazó al Coronel? Sí, al final, cuando les cogimos en el Nilo. Sí. A él y a cuatro de su Grupo del Desierto, meses después de la campaña de El Cairo. Hicieron una incursión contra nosotros una noche para quitarnos la gasolina. Yo estaba de guardia. Haselhen salió de las sombras con toda la cara y el cuerpo pintado de negro, incluso las manos. En aquel tiempo no tenían alambres. Sólo granadas y ametralladoras. Todo demasiado ruidoso. Trató de romperme la nuca. Pero yo le di antes. -Joe saltó de la silla hacia Juliana, riendo-. Haz la maleta. Diles a los del gimnasio que te tomas unos días de vacaciones. Llámales por teléfono.

Su relato simplemente no la convenció. Posiblemente Joe no hubiera estado nunca en el norte de África. Quizá ni había luchado en la guerra al lado del Eje. O ni siquiera luchado. ¿Qué asaltantes de caminos?, se preguntaba. Ningún camión que ella supiera atravesaba Canon City desde la costa este con profesionales armados. Quizá ni siquiera haya vivido en los Estados Unidos y lo ha inventado todo. Algo para que picara, para que se interesara. Para parecer romántico.

Quizá no esté bien de la cabeza, pensó Juliana. Irónico... quizá tuviera que hacer ahora lo que había pretendido hacer muchas veces; utilizar sus conocimientos de judo en defensa propia. Salvar mi... ¿virginidad? Mi vida, pensó. Pero más bien parece un pobre trabajador inmigrante, un taño con delirios de grandeza; quería divertirse a lo grande, gastar todo el dinero; en una palabra, disfrutar. Y volver luego a su monótona existencia. Y necesita una chica para hacerlo.

-De acuerdo -dijo Juliana.

Según iba hacia la entrada, Juliana pensó que le compraría ropas muy caras y que la llevaría a un hotel de lujo. Todos los hombres desean tener a una mujer muy bien vestida y arreglada antes de morir. Incluso si tenía que pagarlo él mismo. Quizá se trataba de aquello. Quizá aquél era el sueño de Joe Cinnadella. Joe era muy listo. Había dado en el clavo con ella, pues Juliana le tenía a los hombres un miedo neurótico. Frank también lo supo. Y por eso rompieron; también por ello sentía aquella ansiedad en aquel momento, aquella desconfianza.

Cuando volvió del teléfono se encontró a Joe enfrascado en *«La langosta»*, con el ceño fruncido según leía, sin prestar atención a nada más.

-Pero, ¿no me ibas a dejar leerla a mí?

-Puede que lo haga mientras conduzco -contestó Joe sin alzar la vista.

-¿Vas a conducir tú? ¡Pero si el coche es mío!

Él no contestó; simplemente siguió leyendo.

Robert Childan levantó los ojos desde detrás de la caja registradora. Un hombre alto y de pelo oscuro estaba entrando en la tienda en aquel momento. Llevaba un traje no muy de moda y una cesta en la mano. Un vendedor. Sin embargo, no tenía la confiada sonrisa de costumbre sino más bien un aspecto moroso y torvo en la cara curtida. Antes parecía un plomero o un electricista, pensó Robert Childan. Cuando terminó con su cliente, Childan llamó al hombre.

-¿A quién representa?

-Joyeros Edfrank -murmuró el hombre por toda respuesta.

Había puesto la cesta en el mostrador.

-No les conozco. -Childan se acercó mientras el hombre le quitaba la tapa a la cesta dificultosamente.

-Forjadas a mano. Exclusivas. Cada una es original. Latón auténtico. Bronce. Incluso plata. Las hay hasta de acero forjado.

Childan echó una ojeada a la cesta. Sobre un parto de terciopelo negro había peculiares piezas de metal.

-No, gracias. No están en mi línea.

-Esto son auténticas muestras de la artesanía americana contemporánea.

Moviendo la cabeza, dijo que no.

Childan se dirigió de nuevo a la caja registradora.

Por unos momentos el hombre siguió junto al mostrador, manipulando en las bandejas. Ni las sacaba ni las guardaba. No parecía tener mucha idea de lo que hacia. Childan se cruzó de brazos y le observó, pensando en los problemas del día. A las dos tenía una cita para enseñar unas tazas bastante antiguas. Luego, a las tres... tenía que ir a recoger otros artículos que acababan de pasar las pruebas del laboratorio en cuanto a su autenticidad. Cada vez había llevado más piezas para examinar a lo largo de las dos pasadas semanas tras el fastidioso incidente ocurrido con el Colt 44.

-No son chapadas -dijo el hombre de la canasta mostrándole una pulsera-. Es cobre macizo.

Childan contestó que no moviendo la cabeza.

El hombre siguió allí un rato más, revolviendo las muestras. Pero, al fin, se tendría que ir.

Sonó el teléfono. Childan contestó. Era un cliente preguntando sobre una mecedora muy valiosa que Childan había hecho arreglar para él. Aún no estaba terminada, y Childan tuvo que contar una historia convincente. Seguía mirando a través del escaparate el tráfico de mediodía, tranquilizando y apaciguando al cliente. Finalmente, el comprador quedó satisfecho y colgó.

Sin duda, pensó mientras colgaba, el asunto del Colt 44 le había perturbado mucho. Ya no tenía seguridad en la calidad de su mercancía. Acontecimientos como aquél siempre tenían consecuencias. Estos hechos muestran, meditó Childan, los años que unen los lazos de la infancia, que no sólo nos interrelacionamos con la historia de los Estados Unidos, sino con nuestra historia personal. Como si alguien pudiera preguntarse sobre la



Librodot

autenticidad de nuestro certificado de nacimiento o de la impresión que tenemos de nuestro padre.

Quizás él mismo no se podía acordar, por ejemplo, de FDR. Tenía una imagen sintética formada por las conversaciones que había escuchado. Que era un mito implantado en su cerebro. Como, se dijo, el mito de Heppelwaite o el Chippendale. O, aún mejor, las líneas que dicen: Abraham Lincoln comió aquí. Utilizó estos cubiertos de plata, cuchillo, tenedor y cuchara. Pueden verlos, pero la duda queda.

En el otro mostrador, el vendedor seguía moviendo de un lado a otro las canastas.

-Podemos fabricar las piezas por encargo exclusivo. Si algún cliente nos da sus propias ideas... -la voz se estranguló. Se aclaró la garganta. Miraba a Childan y luego las muestras de joyería que tenía en la mano. No sabía cómo irse.

Childan sonrió y no dijo nada.

No es de mi competencia, pensó. Él tiene que decidir cuándo irse y si no quiere volver.

Se sentía incómodo. Pero nadie estaba obligado a ser vendedor. Todos sufrimos en esta vida. Mírenme a mí. Hablando y negociando todo el día con japoneses como ese señor Tagomi. Basta con que me hablen de una forma un tanto distante para que me sienta un miserable.

En aquel momento se le ocurrió una idea. El tipo no parecía muy experimentado en ventas. Le miró. Podría quedarse con algo de mercancía en depósito. Voy a intentarlo.

-¡En! -dijo Childan.

El hombre levantó los ojos y le miró fijamente. Avanzando hacia él, con los brazos aún cruzados, Childan le dijo:

-Parece que vamos a tener media hora tranquila. Puede que se libre de algunas de esas cosas. Limpie el mostrador. -Asintiendo, hizo hueco en el mostrador, volvió a abrir la cestilla de mimbre y volvió a manipular las bandejas de terciopelo.

Me lo va a enseñar todo, supuso Childan. Le llevará por lo menos una hora entre colocarlo, enseñarlo y volverlo a colocar. Esperando, rezando, mirándome a hurtadillas a cada momento. Para ver si estoy interesado. No estoy interesado en absoluto.

-Cuando lo tenga listo, y si no estoy muy ocupado, le echaré una mirada.

El hombre trabajó febrilmente como si le estuvieran pinchando.

Varios clientes entraron en la tienda y Childan se dirigió a ellos.

Les dedicó toda su atención y cumplió sus deseos, olvidándose del vendedor y sus muestras. El vendedor se dio cuenta de la situación y comenzó a moverse con más tranquilidad; lo hacía de una forma inconsciente. Childan vendió una basa de barbero, casi vende una alfombra y se quedó con una señal para una esterilla tejida a mano. Pasó el tiempo. Por fin se fueron los clientes. Una vez más, la tienda se quedó vacía exceptuándoles a él y al vendedor. Este último había terminado. Toda su colección de joyas estaban expuestas sobre el mostrador, encima del terciopelo negro.

Robert Childan se acercó ociosamente al mostrador, encendiendo un cigarrillo de la Tierra de las Sonrisas y se quedó allí, meciéndose sobre los talones, riéndose entre dientes. El vendedor permaneció en silencio. Ninguno habló.

Finalmente, Childan se acercó y señaló un alfiler.

-Me gusta éste.

El vendedor dijo rápidamente:

-Es una pieza muy buena... no va a encontrar ningún tipo de irregularidad en la superficie. Está terminada totalmente a mano. Nunca se empaña. La hemos dado un barniz especial. No se pondrá fea en años. Es la mejor laca industrial disponible en estos momentos. -Childan asintió con un movimiento de cabeza-. Lo que hemos hecho con esto -dijo el vendedor- es adaptar técnicas industriales probadas en la fabricación de las joyas. De acuerdo con mis noticias, nadie lo ha hecho antes. No hay moldes. Todo es metal. Metal y soldadura -hizo una pausa-. Las partes traseras han sido soldadas igualmente.

Childan cogió dos pulseras. Un alfiler. Luego, otro alfiler. Los tuvo un momento en las manos y luego los apartó. La cara del vendedor se animaba. Preguntó el precio de un collar.

-Éste -dijo Childan.

-Para minoristas -dijo el vendedor-, el precio es el cincuenta por ciento de lo que marcan. Y si compra por encima de cien dólares, le daremos un dos por ciento adicional.

Childan eligió una por una, una serie de piezas y las fue apartando. A cada una que separaba, el vendedor se excitaba, hablaba cada vez más deprisa, hasta que empezó a repetirse, incluso decía tonterías. Todo muy bajito y con una cierta impaciencia. Está pensando que realmente va a vender, pensó Childan. Pero, por su propia expresión, él no decía nada. Siguió con el juego de ir eligiendo piezas.

-Ésta es especialmente buena -dijo el vendedor mientras Childan se entretenía en elegir un par de pendientes largos. Siguió-: Creo que ha apartado usted lo mejor que tenemos. -El hombre se rió-. Realmente, tiene buen gusto. -Los ojos del hombre brillaban. Estaba haciendo cálculos sobre lo que había elegido Childan. El total de la venta.

-Nuestra política -dijo Robert Childan- en el caso de mercancía nueva, es trabajar en depósito.

Durante unos momentos, el vendedor no comprendió. Dejó de hablar y miró fijamente sin comprender a Childan.

Childan le sonrió.

-¿En depósito? -repitió finalmente el vendedor.

-¿Prefiere no dejarlas? -ofreció Childan.

El hombre consiguió balbucear:

-¿Quiere decir que se las deje y que ya me pagará más tarde cuando...?

-De esa forma, conseguirá dos terceras partes del precio de venta. Cuando los artículos se venden así, las ganancias son mayores para usted. Pero, por supuesto, usted tendrá que esperar. -Childan se encogió de hombros-. Es su decisión. Quizá las pueda exponer en el escaparate. Y, si salen, más tarde, dentro de un mes más o menos, con el nuevo pedido... Bien. Quizá tengamos más despejado el camino para comprar algo en firme.

El vendedor había pasado más de una hora mostrando sus mercancías, se percató Childan, y lo tenía todo fuera, todas las bandejas descolocadas y revueltas. Le quedaría otra hora para poder componerlo todo. Hubo un período de silencio. Ninguno de los dos hombres habló.

-Todas esas piezas que ha apartado -dijo el vendedor en voz baja- son las que usted quiere.

-Si, puede dejarlas todas -dijo Childan saliendo de la trastienda hacia la oficina-. Le firmaré un recibo para que sepa las que se quedan aquí. -Childan regresó con unos papeles y un libro y añadió-: Ya comprenderá que cuando una mercancía se deja en depósito la tienda no asume la responsabilidad en caso de robo o deterioro. -Tenía un papel mimeografiado que extendió al vendedor para que lo firmara. La tienda nunca se haría responsable de los artículos que faltasen cuando los materiales no vendidos se le devolvieran en caso de que alguno pudiese ser localizado... podía haber sido robado. Siempre hay robos en las tiendas, se dijo Childan. Sobre todo en artículos pequeños de joyería como éstos.

Así no había forma de que Robert Childan perdiera. No tenía que pagar nada a aquel hombre por sus joyas. No hacia ninguna inversión en aquel sentido. Si alguna de las piezas era vendida, él sacaría un beneficio y, si no lo era, le bastaba con devolverlas. Aquello era lo peor que le podía pasar: devolverlas al vendedor en una fecha indeterminada.

Childan hizo el recibo, relacionando los artículos. Lo firmó y le dio una copia al vendedor.

-Puede llamarme -dijo- dentro de un mes aproximadamente para saber cómo va la cosa.

Cogiendo las piezas que quería se fue adentro, a la trastienda, dejando que el vendedor recogiera el material restante.

No pensé que lo conseguiría y que aceptaría. Nunca se sabe. Es por lo que hay que intentarlo siempre.

Cuando volvió a mirar, vio que el vendedor estaba listo para irse. Había recogido y llevaba el cesto bajo el brazo y el mostrador estaba limpio. El vendedor se dirigió hacia él, sacando algo.

-¿Sí? -dijo Childan, que había estado mirando la correspondencia.

-Quiero dejarle nuestra tarjeta de visita -y el vendedor puso una tarjeta pequeña y cuadrada de aspecto extraño, de color gris y rojo, encima del escritorio-. Edfrank Joyería. Ahí está nuestra dirección y nuestro teléfono. Por si quiere contactar con nosotros.

Childan asintió. Sonrió silencioso y volvió a su trabajo. La siguiente vez que se detuvo y alzó la mirada, la tienda estaba vacía. El vendedor se había ido.

Puso una moneda en la máquina automática de café y sacó una taza de té caliente instantáneo que se bebió a pequeños sorbos contemplativamente.

Me pregunto si se venderán, pensó. Es muy difícil. Pero están bien hechas. Y no se ven cosas como éstas por ahí. Examinó uno de los alfileres. Era un diseño bastante bueno. Estaba claro que no lo habían hecho aficionados.

Les cambiaré las etiquetas. Subiré los precios. Y utilizaré para mis ventas los que están hechos a mano. Que son únicos. Diseños originales. Pequeñas esculturas. Una verdadera obra de arte. Una creación exclusiva para su solapa o muñeca.

Y, además, había otra idea que le zumbaba por la cabeza a Robert Childan. Con éstas no habrá problemas de autenticidad. Porque este problema puede acabar un día con la industria de *Artesanía Artística Americana*. No hoy, ni mañana... pero sí después de un tiempo. ¿Quién sabe?

Es mucho mejor no poner la carne en un solo asador. La visita de aquel judío podía ser un aviso. Childan pensó que si podía conseguir un buen

número de aquellas piezas, un buen *stock* de trabajos contemporáneos, sin valor histórico, reales o imaginarios, podría encontrar una salida en la competencia. Y, sobre todo, teniendo en cuenta que no le estaba costando nada.

Tumbándose en la silla hasta que el respaldo dio en la pared, Childan se bebió el té lentamente mientras pensaba: El momento está cambiando. Uno debe estar preparado para cambiar con él. De otra forma te quedarás parado en seco. Hay que adaptarse.

Es la lucha por la supervivencia, pensó. Siempre había que tener los ojos muy abiertos. Atendiendo a las exigencias. Y... enfrentándose a ellas. Y estar allí en el momento adecuado y hacer lo oportuno.

Ser yin. Los orientales lo saben. Los negros y despiertos ojos yin... De pronto, a Childan se le ocurrió una buena idea; se irguió en la silla de inmediato. Matar dos pájaros de un tiro. Ah. Se levantó excitado. Cuidadosamente, envolvió las mejores piezas de joyería (quitando la etiqueta, por supuesto). Un colgante, un alfiler, un brazalete. Algo bonito. Tenía que ser así de todas formas. Luego... ya que tenía que dejar la tienda, pues tenía aquella cita a las dos, podía acercarse al edificio de apartamentos de los Kasoura. El señor Kasoura, Paul, estaría trabajando. Pero la señora Kasoura, Betty, estaría seguramente en casa.

Un regalo: un regalo artístico originario de los Estados Unidos. Con mis saludos personales. Con el fin de abrir un camino a nuevos compradores. Aquél era el medio de introducir una nueva línea en aquel mercado. ¿No es maravilloso? Toda una selección en la tienda; y si ella iba a verle, etcétera. Éste es para usted, Betty.

Childan tembló. Solo con ella por la tarde, en el apartamento. Su marido fuera, en el trabajo. Todo estaba previsto. Un pretexto brillante.

¡Seguro!

Buscó una cajita pequeña, la envolvió en papel fino y le puso una cinta. Robert Childan empezó a preparar el regalo para la señora Kasoura, morena y atractiva mujer, tan esbelta, con sus vestidos de seda orientales, con las esbeltas caderas y todo lo demás. O puede que llevara una blusa de algodón azul y pantalones, muy ligera y confortable, pero informal, pensó.

¿O era todo aquello demasiado audaz? Su marido, Paul, podría molestarse. Quizá se sintiera mal y reaccionara mal ante todo aquello. Mejor sería, sin duda, ir más despacio; llevarle el regalo a él, a su oficina. Contarle la misma historia, más o menos, y que Paul le diera el regalo a Betty sin sospechar. Más tarde la llamaría por teléfono, al día siguiente u otro día para saber su reacción.

¡Esto es mucho más seguro!

Cuando Frank Frink vio a su compañero de negocios regresando por la acera adivinó que las cosas no habían ido bien.

-¿Qué ha ocurrido? -dijo, cogiendo la cesta de mimbre y poniéndola en el camión.

-¡Cristo! Has tardado hora y media. ¿Le ha costado tanto decirte que no?

-No ha dicho que no -contestó Ed. Parecía cansado y entró en el camión y se sentó.

-Entonces, ¿qué dijo? -Abriendo la cesta, Frink vio que muchas de las piezas no estaban. Casi las mejores. Había cogido muchas-. ¿Qué ha pasado con ellas?



Librodot

-En depósito -dijo Ed.

-¿Se las dejaste? -No podía creerlo-. Hablamos mucho sobre esto...

-No sé ni cómo pasó.

-Cristo -dijo Frink.

-Lo siento. Actuaba como si fuera a comprar. Eligió un montón. Pensé que estaba comprando.

Se sentaron los dos en el camión silenciosamente.

## 10

Habían sido dos semanas terribles para el señor Baynes. Desde su hotel había llamado a la misión comercial todos los días al mediodía, para preguntar si había llegado el viejo caballero. La contestación, invariablemente, había sido que no. La voz del señor Tagomi se había vuelto más fría y más formal cada vez. Mientras Baynes se preparaba para hacer la llamada número dieciséis, pensó: me van a decir que el señor Tagomi no está. Que ya no quiere recibir más llamadas mías. Y eso significaría el fin.

¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está el señor Yatabe?

Podía tener una ligera idea. La muerte de Martin Bormann había causado gran consternación en Tokio. Sin duda Yatabe estaba camino de San Francisco, a uno o dos días de la costa cuando recibió nuevas instrucciones.

Le decían que tenía que volver a las Islas para consultas más importantes.

Mala suerte, pensó Baynes. Incluso una suerte fatal.

Pero él tenía que seguir allí, en San Francisco. Tenía que seguir intentando arreglar la reunión para la que había acudido. Cuarenta y cinco minutos en la nave de Lufthansa desde Berlín... para esto. Este tiempo es muy extraño. Podemos viajar a donde queramos, incluso a otros planetas, pero ¿para qué? Para sentarse todos los días y perder la moral. Mortalmente aburrido. Y mientras tanto los demás están esperando sin esperanza.

Baynes abrió la edición del mediodía del *«Nippon Times»* y una vez más leyó la cabecera.

EL DOCTOR GOEBBELS
HA SIDO NOMBRADO CANCILLER DEL REICH

> Una decisión sorprendente del comité del partido para solucionar el problema del liderazgo. Un decisivo discurso divulgado por la radio. Las multitudes de Berlín saludan al canciller. Se espera una declaración. Goering puede ser nombrado jefe de policía para sustituir a Heydrich.

Releyó de nuevo el articulo. Luego, dejando el periódico a un lado, tomó el teléfono y pidió que le pusieran con la misión.

-Soy el señor Baynes. ¿Puedo hablar con el señor Tagomi?

-Un momento, señor.

Realmente un momento muy largo.

-Aquí el señor Tagomi.

Baynes inspiró largamente y dijo:

-Perdone, pero esta situación nos está deprimiendo a los dos, señor.

-Ah, señor Baynes.

-Su hospitalidad hacia mí no puede superarse. Algún día podré explicarle las razones que me hacen demorar nuestra conferencia hasta que el anciano... Desgraciadamente aún no ha llegado.

Baynes cerró los ojos.

-Me temo que no, señor. -Su tono era simplemente cortés-. Si quiere excusarme, señor Baynes, tengo asuntos urgentes que atender. Buenos días, señor. -Sonó un chasquido en el teléfono. Tagomi había cortado sin despedirse. Baynes colgó lentamente.

Tengo que hacer algo. No puedo seguir esperando. Se lo habían hecho ver muy claro sus superiores que no podría contactar con el Abwehr bajo ninguna circunstancia. Simplemente tenía que esperar hasta que pudiera contactar con el representante militar japonés. Tenía que hablar con los japoneses, y, luego, volver a Berlín. Pero nadie había previsto que Bormann muriera en ese preciso momento. Por lo tanto... había que cambiar las órdenes. Por otras más oportunas. Y, en su caso, tendría que ser él quien las cambiase, pues no podía consultar con nadie. En los Estados Americanos del Pacífico trabajaban por lo menos diez personas pertenecientes al Abwehr, pero casi todas eran conocidas por la SD, y, sobre todo, por su jefe personal, Kreuz vom Meere. Había conocido a Kreuz varios años atrás en un mitin del partido. Aquel hombre tenía un cierto prestigio infamante en círculos políticos, pues fue él quien en 1943 descubrió el complot británico-checo para acabar con Reinhardt Heydrich, y de esa forma había salvado la vida del Verdugo. En cualquier caso, Bruno Kreuz vom Meere tenía ya mucha influencia en la SD. No era un mero policía burócrata. De hecho, era el hombre más peligroso.

Incluso cabía la posibilidad de que pese a haber tomado todas las precauciones, ambos, tanto la gente de la Abwehr en Berlín y los Tokkoka en Tokio, la SD supiera de su reunión en San Francisco en las oficinas centrales de las misiones comerciales. No obstante, era una zona administrada por los japoneses. La SD no tenía autoridad oficial para interferir. Pero podía darse que el alemán principal, en este caso él, fuera arrestado tan pronto como volviese a poner pie en territorios del Reich; pero difícilmente podrían tomar represalias contra un representante japonés o contra la conferencia en sí misma.

¿Era posible que la SD se las hubiera arreglado para detener al viejo japonés en algún lugar de la ruta?

Era una ruta muy larga la que llevaba de Tokio a San Francisco, especialmente para una persona tan mayor y tan frágil que no podía viajar en avión.

Lo que debo hacer, supo Baynes, es averiguar de mis superiores si Yatabe prosigue el viaje. Ellos tienen que saberlo. Si la SD le ha salido al encuentro, o si el Gobierno de Tokio le ha hecho regresar. Ellos lo sabrán.

Y, si han conseguido atrapar al anciano caballero, pensó, ciertamente, también me tendrán a mí.

La situación, incluso en aquellas circunstancias, no era desesperada. Mientras Baynes esperaba día tras día en la habitación del *Hotel Abhirati*, solo, se le ocurrió una idea.

Sería mejor ofrecerle mi información a Tagomi antes que volver con las manos vacías.

Al fin y al cabo, de esa forma habrá una oportunidad, aunque sea bastante pequeña, de que por fin las personas apropiadas sean informadas.

Pero Tagomi sólo podrá escuchar, conservarlo en la memoria y tomar un vuelo por asuntos de negocios a su patria lo antes posible. Mientras que Yatabe tiene otro nivel, puede escuchar... y hablar.

Sin duda alguna, aquello era mejor que nada. No había tiempo para empezar de nuevo, para hacer otra vez todos los arreglos esmeradamente, cautelosamente, para, durante meses, establecer los delicados contactos entre una facción en Alemania y otra en Japón...

Seguramente va a sorprender a Tagomi, pensó Baynes con amargura. Encontrarse con una responsabilidad así cargada sobre los hombros... algo muy lejano del asunto de los moldes de inyección.

Posiblemente sufriese una crisis nerviosa. Incluso que soltase la información a alguien de alrededor, o la desechase, diciéndose a sí mismo que no había escuchado nada. O, simplemente, que se niegue a creerme. Se pondría en pie, haría una reverencia, pediría excusas y saldría del despacho en el mismo momento en que me pusiese a hablar.

Indiscreto. Podía verlo así. Se supone que no está acostumbrado a oír hablar de este tipo de asuntos.

Demasiado sencillo, pensó Baynes. No tendría problemas en encontrar una escapatoria. Le será bastante accesible. Inmediata. Sin embargo...

Ni siquiera Tagomi podría evadirse del análisis final. No somos diferentes. Puede negarse a oír las noticias mientras sean sólo palabras. Pero luego, cuando ya no se trate sólo de palabras...

Ojalá pudiera hacérselo entender ahora. O, en definitiva, a quienes hable.

Baynes dejó su habitación, bajó en el ascensor hasta el vestíbulo. Fuera, en la acera, le pidió al portero que llamase un pedetaxi. Un momento después iba por la calle Market mientras el chofer chino pedaleaba enérgicamente.

-Allí -le dijo al conductor haciendo una seña al encontrar lo que andaba buscando-. Acérquese al bordillo.

El pedetaxi se detuvo junto a una boca de riego. Baynes pagó la carrera y se apeó. No parecía que le hubieran seguido. Echó a andar por la acera. Unos instantes más tarde, junto con otros viandantes, entraba en los Almacenes Fuga en el centro de la ciudad.

Había clientes por todas partes. Mostrador tras mostrador. Las vendedoras eran en su mayoría blancas, y algunas japonesas ocupaban los puestos de jefas de departamento. El estrépito era terrible.

Tras algunas confusiones, Baynes localizó el departamento de ropa de caballero. Se detuvo ante los pantalones colgados y empezó a examinarlos. Un encargado, un joven blanco, se le acercó y le saludó.

-He vuelto por el par de pantalones de lana marrón que estuve viendo ayer -dijo Baynes. Encontrándose con la mirada del dependiente, añadió-: Usted no es la persona con quien hablé. Era más alto. Con bigote pelirrojo. Bastante delgado. En la chaqueta llevaba puesto el nombre de Larry.

-Ha salido a comer -dijo el vendedor-. Volverá pronto.

-Voy al probador y me pondré éstos -dijo Baynes tomando un par de pantalones.

-Por supuesto, señor. -El dependiente le señaló un probador vacío y luego se alejó en busca de nuevos clientes.

Baynes entró en el probador, cerró la puerta. Se sentó en una de las dos sillas y esperó.

Tras unos minutos, escuchó un golpecito en la puerta. La puerta del

probador se abrió y un japonés bajito de mediana edad entró.

-¿Es usted extranjero, señor? ¿Tengo que conformarle el crédito? Déjeme ver su identificación. -Cerró la puerta a sus espaldas.

Baynes sacó la cartera. El japonés se sentó y empezó a inspeccionarla. Se detuvo ante la foto de una niña.

-Muy bonita.

-Mi hija. Marta.

-Yo también tengo una hija que se llama Marta -dijo el japonés-. Ahora está en Chicago, estudiando piano.

-Mi hija -dijo Baynes- está a punto de casarse.

El japonés le devolvió la cartera y esperó a ver qué pasaba.

-He estado aquí dos semanas -dijo Baynes- y el señor Yatabe no ha aparecido. Quiero saber si va a venir. Y, si no lo hace, qué debo hacer.

-Vuelva mañana, después del mediodía -le dijo el japonés. Hizo una reverencia y Baynes la devolvió-. Adiós.

-Buenos días -dijo Baynes. Salió del probador. Colgó los pantalones y se marchó de los Almacenes Fuga.

No me ha llevado mucho tiempo, pensó mientras se movía por la acera llena de gente. ¿Conseguiré la información? Contactar con Berlín, confiar mis preguntas, hacer la codificación y la decodificación. ¿Todos los pasos necesarios?

Aparentemente, era así.

Creo que hubiera sido mejor encontrarme antes con el agente. Me hubiera ahorrado muchas preocupaciones. Y, evidentemente, no habría corrido un gran riesgo; todo parecía ir sobre ruedas. De hecho, sólo he tardado cinco o seis minutos.

Baynes vagabundeó de un lado para otro mirando escaparates. En aquel momento miraba las fotos de un cabaret *honky-tonk*, con mugrientas cagadas de mosca, y chicas desnudas totalmente blancas, cuyos pechos colgaban como balones de fútbol hinchados. Aquella visión le divirtió y se entretuvo con ella. La gente le empujaba mientras iba de arriba para abajo por la calle Market.

Por lo menos, ya había hecho algo.

¡Qué alivio!

Apoyada cómodamente en la puerta del coche, Juliana leía. A su lado, con el codo sacado por la ventanilla, Joe conducía con una sola mano, agarrando el volante suavemente, un cigarrillo pegado al labio inferior; era un buen conductor y ya habían cubierto una buena distancia desde Canon City.

La radio del coche emitía música *folk* estilo cervecería: una banda de acordeones tocaba polcas o canciones irlandesas; Juliana nunca había podido distinguirlas.

-*Kitsch* -dijo Joe cuando terminó la música-. Escucha. Sé mucho de música. Te diré quién era un buen director. Puede que tú ya no te acuerdes. Arturo Toscanini.

-No -dijo Juliana sin dejar de leer.

-Era italiano. Pero los nazis no le dejaron dirigir después de la guerra, debido a su ideología política. Ha muerto. No me gusta ese Von Karajan, el director permanente de la Filarmónica de Nueva York. Cuando acabemos el trabajo, podemos ir a oír algún concierto suyo. Lo que me gusta de ser italiano... te lo puedes imaginar, -La miró-. ¿Te gusta el libro?



Librodot

-Es absorbente.

-Me gustan Verdi y Puccini, Todo lo que dan en Nueva York es esa música aburridísima de Wagner y Orff, y todas las semanas hay que ir a uno de esos espectáculos del partido nazi en el Madison Square Garden, con las banderas, los tambores y trompetas y la llama ardiente. La historia de las tribus góticas o cualquier otra mierda educacional, cantada, en lugar de hablada, de forma que se pueda decir que es arte. ¿Llegaste a ver Nueva York antes de la guerra?

-Si -dijo Juliana tratando de leer.

-Había muy buen teatro en aquel tiempo, ¿verdad? Es lo que he oído. Ahora es lo mismo que el cine. Todo es un cartel de Berlín. En los trece años que viví en Nueva York, ni un solo estreno decente, sólo esas...

-Déjame leer -dijo Juliana.

-Y lo mismo pasa con los libros -dijo Joe, perturbado-. Todo se hace en Munich. Lo único que hacen en Nueva York es imprimirlo... sólo hay grandes máquinas de impresión... pero, antes de la guerra, Nueva York era el centro de la industria del libro o, al menos, eso dicen.

Poniéndose los dedos en las orejas se concentró en la página por la que tenía abierto el libro sobre el regazo. Había llegado a la parte de *«La langosta»* en la que se describía la maravillosa televisión y no podía dejar de leerlo. Sobre todo la parte en la que hablaba de los aparatos a muy bajo costo que se hacían para la gente de África y Asia.

> «... Sólo el conocimiento de los yanquis y la producción en masa -Detroit, Chicago, Cleveland, ¡nombres mágicos!- pudo poner en marcha aquella estafa, aquella incesante y continua corriente que con una presunta nobleza necia enviaba de aquella forma televisores de un dólar (dólar chino, dólar de intercambio), preparados para montar, que llegaban a todas las aldeas de Oriente. Y cuando algún chaval flaco y pueblerino, de mente despierta, armaba el aparato, lo hacía esperando tener la oportunidad de alcanzar la meta que los americanos le enseñaban en aquel pequeño instrumento que tenía unas pilas más pequeñas que una nuez. ¿Y qué es lo que recibían? Pues, sentados en cuclillas ante la pantalla, los jóvenes de la aldea, y a menudo también los ancianos, bebían palabras, instrucciones. Primero, cómo leer, luego el resto. Cómo cavar un pozo más profundo. Cómo arar más profundamente y mejor. Cómo purificar el agua. Curar a sus enfermos. Arriba, la Luna artificial americana giraba, distribuyendo las señales que iban a todas partes... a todos los que esperaban. Ávidas masas del Este».

-¿Te lo estás leyendo de pe a pa? ¿O solamente lo estás hojeando?

-Es maravilloso -dijo Juliana-. Nos presenta como verdaderos repartidores de alimentos y educación a todos los países asiáticos, a millones de seres.

-Obras de caridad a escala mundial -dijo Joe.

-Sí, el *New Deal* del Presidente Tugwell. Decidieron elevar el nivel de las masas... Escucha -leyó en voz alta a Joe:

> «... ¿Qué había sido China? Una anhelante y necesitada entidad que tenía los ojos puestos en el Oeste, conducida por Chiang Kai-

> shek, el gran Presidente democrático, dirigida por él primero en la guerra y luego en la paz, en la Década de la Reconstrucción. Pero para China no había reconstrucción, pues la mayor parte de aquellas llanuras de inconmensurable extensión nunca habían sido construidas, seguían aún en el letargo de los viejos sueños. Había llegado la hora de despertar; sí, la entidad, el gigante, tenía que tomar plena conciencia, se tenía que despertar y entrar en el mundo moderno, con sus aeroplanos a propulsión y el poder atómico, las autopistas, las fábricas y las medicinas. Y, ¿cuál sería el trueno que despertara al gigante? Chiang Kai-shek lo sabía desde hacia tiempo, incluso desde los días de la derrota de Japón. Llegarían de los Estados Unidos. Y, aproximadamente, en 1950, un enjambre de técnicos e ingenieros americanos, profesores, médicos, agrónomos, se puso en movimiento para dar una nueva forma de vida a cada una de las provincias, a cada...».

Interrumpiendo, Joe dijo:

-¿Te das cuenta de cómo lo ha hecho? Ha cogido lo mejor del nazismo, la parte socialista, la Organización Todt y los avances económicos de Speer, ¿y quién se lleva el mérito? El *New Deal*. Y ha dejado fuera la parte mala, la parte de las SS, la exterminación y segregación racial. ¡Es una utopía! ¿Piensas que si los aliados hubieran ganado habrían podido relanzar la economía con su *New Deal*, llegando a esos niveles de bienestar social socialista? Demonios, no. Este hombre está hablando de una forma de Estado Sindicalista, de un Estado Corporativo, como el que se desarrolló bajo el gobierno del Duce. Nos está diciendo que hubiéramos tenido todo lo bueno y nada de lo...

-Déjame leer -dijo Juliana furiosa. Joe se encogió de hombros, pero se calló. Juliana siguió leyendo en silencio.

> «... Y estos mercados con incontables millones de gentes que viven en China, establecieron las fábricas en Detroit y Chicago. Aquella enorme boca nunca acabaría de llenarse, y aquella gente no podría ni en cien años darles suficientes camiones, ladrillos, barras de acero, ropa, máquinas de escribir, guisantes enlatados, relojes, radios, gotas para la nariz. En 1960 un trabajador americano tenía el nivel de vida más alto que había en el mundo, y todo ello debido a que era llamado cortésmente la «Cláusula de nación más favorecida», y que se agitaba en cada transacción comercial con el Este. Los Estados Unidos no ocuparon el Japón y tampoco habían ocupado China. Pero la realidad no podía ocultarse. Cantón y Tokio no les compraban a los ingleses, les compraban a los americanos y, con cada venta, el trabajador de Baltimore, Los Ángeles o Atlanta, tenía un poco más de prosperidad.
>
> Los planificadores, los hombres con visión de futuro en la Casa Blanca, pensaban que casi habían conseguido el objetivo. Las naves de exploración pronto saldrían al espacio, desde un mundo donde se habría acabado con el dolor: el hambre, la enfermedad, la guerra, la ignorancia. En el Imperio Británico se habían tomado medidas sociales y económicas, y el progreso había llevado un nivel semejante a las masas en la India, Birmania, África, Oriente Medio.



Librodot

> Las fábricas del Ruhr, Manchester, del Saar, el aceite de Bakú, todos mantenían una interacción en intrincada y efectiva armonía. La población de Europa disfrutaba de lo que parecía...».

-Pienso que debían haber sido los jefes -dijo Juliana, haciendo una pausa-. Siempre fueron los mejores.

Joe no dijo nada, aunque Juliana lo estaba esperando. Siguió leyendo.

> «... la consecución del sueño de Napoleón: la homogeneidad racial con las distintas etnias que habían dividido a Europa desde el problema de Roma. También la visión de Carlomagno: la cristiandad unida, en paz, no sólo consigo misma, sino además equilibrada con el mundo. Sin embargo, aún quedaba una herida molesta: Singapur.
> En los Estados Malayos había una gran población china, en su mayor parte dedicada a los negocios, y aquellos industriales burgueses vieron en la administración americana de China un sentido más equitativo en cuanto al tratamiento de lo que se llamaba «el nativo». Durante el dominio británico, las razas más oscuras eran excluidas de los *clubs*, de los hoteles y de los mejores restaurantes; aquellas gentes se encontraron muy pronto confinadas a secciones muy particulares del tren y del autobús y, lo que es más aún, limitada su elección de residencia en cada ciudad. Aquellos «nativos» supieron discernir, y en cada ocasión dejaban ver en las opiniones de sobremesa y en los periódicos que en los Estados Unidos de América se había resuelto hacia 1950. Los blancos y los negros vivían, trabajaban y comían hombro con hombro, incluso en el Sur; la Segunda Guerra Mundial había acabado con la discriminación...».

-¿Hay algún problema? -le preguntó Juliana a Joe.

Joe gruñó sin apartar los ojos de la carretera.

-Cuéntame -dijo Juliana- lo que ocurre. Creo que no llegaré a terminarlo. Pronto estaremos en Denver. ¿Hay una guerra entre los americanos y los ingleses y uno de ellos queda como dueño del mundo?

-En cierto sentido -dijo Joe-. No es un mal libro. Da detalles. Los Estados Unidos en el Pacífico, manejando algo parecido a nuestra zona de coprosperidad en el este asiático. Rusia ha quedado dividida. Funciona durante unos diez años. Luego empieza a haber problemas... naturalmente.

-¿Por qué naturalmente?

-La naturaleza humana -dijo Joe-. La naturaleza de los Estados. Las sospechas. El miedo. La codicia. Churchill piensa que los Estados Unidos están minando el poder británico en el sudeste asiático, apoyándose en colectividades chinas de gran población, que son, claro está, proamericanas, debido a Chiang Kai-shek. Los ingleses empiezan a instalar -Joe sonrió brevemente- lo que se llaman «zonas de reserva». Campos de Concentración, en otras palabras. Para miles de chinos, quizás acusados de sabotaje y propaganda. Churchill está tan...

-¿Quieres decir que sigue en el poder? Pero, para entonces, ¿no estaremos en el año noventa y...?

-Eso es lo que los ingleses tienen de mejor sobre el sistema americano.

Cada ocho años, los Estados Unidos se desprenden de sus líderes, no importa lo capacitados que estén... pero, Churchill, simplemente, sigue ahí. Los Estados Unidos no tienen un líder como él después de Roosevelt, sólo representantes. Y, cuanto más envejece, más autocrático y rígido se pone... hablo de Churchill. Hasta 1960 es como un viejo que se ha centrado; nadie se le cruza en el camino. Lleva veinte años en el poder.

-¡Dios mío! -dijo Juliana hojeando la última parte del libro, tratando de comprobar si lo que decía Joe era verdad.

-En eso estoy de acuerdo -dijo Joe-. Churchill fue el único y verdadero guía que tuvo Gran Bretaña durante la guerra. Si le hubieran retenido, les hubiera ido mucho mejor. Te lo digo yo. Un país no es mejor que su líder. *Führerprinzip*... el principio del liderazgo, como dicen los nazis, y con razón. Incluso este Abendsen tiene que reconocerlo. Claro, los Estados Unidos se expanden económicamente después de ganar la guerra al Japón, arrebatándole muchos mercados de Asia. Pero eso no es suficiente; no hay espiritualidad. No es que los británicos la tengan. Los dos países son plutocracias, son gobernadas por los ricos. Si hubieran ganado, no hubieran tenido otra preocupación más que ganar dinero. Abendsen está equivocado; no habría reformas sociales, ni bienestar público. Los plutócratas anglosajones no lo habrían permitido.

Juliana pensó: Habla como si fuera un devoto fascista.

Joe, evidentemente, percibió por su expresión lo que estaba pensando. Se volvió hacia ella, aminorando la marcha del coche, observándola y mirando a la vez los coches que iban por delante.

-Escucha. Yo no soy un intelectual. El fascismo no necesita intelectuales. Lo que quiere es acción. La teoría proviene de la acción. Lo que nuestro Estado Corporativo pide de nosotros es la comprensión de las fuerzas sociales... de la historia. ¿Entiendes? Te lo digo yo; yo lo sé muy bien, Juliana. -Su tono era serio, casi desafiante-. Esos viejos imperios podridos, dominados por el dinero, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, aunque estos últimos sean una especie de bastardos, no son exactamente un imperio, pero sí están dirigidos por el poder económico, por el dinero. No tienen alma, así que, naturalmente, no tienen futuro. No crecerán. Los nazis aparecen como si fueran pandilleros; estoy de acuerdo. ¿Estás de acuerdo? ¿De acuerdo?

Juliana tuvo que sonreír. Sus modales latinos habían hecho que Joe se liara un poco y no había sido capaz de llevar bien el coche y el discurso al mismo tiempo.

-Abendsen dice que tiene mucha importancia saber quien gana al fin, si Inglaterra o Estados Unidos. ¡Qué tontería! No tienen mérito ni historia. ¿Qué mas da seis de unos que doce de otros? ¿Has leído alguna vez lo que dice el Duce, lo que escribió el Duce? Una inspiración. Un hombre hermoso. Una bella escritura. Explica la realidad subyacente en la actualidad en cada acontecimiento. La verdadera alternativa de la guerra. Lo viejo contra lo nuevo. El dinero, por eso por lo que los nazis llevaron el asunto de los judíos de una forma equivocada... contra el espíritu comunal de las masas, lo que los nazis llaman *Gemeinschaft*, folklore. Como los *soviets*. Y como las comunas. ¿No es cierto? Sólo los comunistas fueron quienes resucitaron las grandes ambiciones de imperio tan eslavas de Pedro el Grande, e hicieron la reforma social entendiéndola como un medio para lograr sus ambiciones imperiales.

Juliana pensó: Igual que hizo Mussolini, exactamente igual.

-Las matanzas callejeras de los nazis fueron una tragedia. -Joe hablaba entrecortadamente, mientras adelantaba un camión que iba despacio-, pero los cambios siempre son duros para el perdedor. Esto no es nada nuevo. Mira las revoluciones precedentes, como la francesa. O a Cromwell contra los irlandeses. Hay demasiado filosofía en el carácter alemán, demasiado teatro también. Tantos actos públicos. Nunca verás a un verdadero fascista hablar, sólo se le verá actuar... como a mí. ¿No crees?

-Tú, por Dios, tú has estado hablando un kilómetro por minuto -dijo Juliana riéndose.

-¡Te estoy explicando la teoría fascista de la acción!

Juliana no pudo contestar; era muy divertido.

Pero el hombre que tenía a su lado no pensaba que fuera divertido; la miró a la cara, con el rostro totalmente rojo. Las venas de la frente las tenía hinchadas y se puso a temblar de nuevo, y volvió a pasarse los dedos por la cabeza, peinándose el pelo hacia atrás, en silencio, sin hablar, con los ojos fijos en Juliana.

-No te enfades conmigo -dijo Juliana.

Por un momento pensó que iba a pegarla; había echado el brazo hacia atrás... Pero se limitó a gruñir y a encender la radio del coche.

Siguieron adelante. En la radio había música de orquesta, interrumpida por las interferencias. Una vez más. Juliana intentó concentrarse en el libro.

-Tienes razón -dijo Joe después de un largo rato.

-¿Sobre qué?

-En los dos imperios. En que hay un payaso como líder. No es raro que no hayamos conseguido nada de la guerra.

Juliana le dio un ligero golpe en el brazo.

-Juliana, es todo tan oscuro -dijo Joe-. Nada es verdadero o cierto, ¿no?

-Puede -dijo Juliana, ausente, tratando de continuar la lectura.

-Ganan los ingleses -dijo Joe señalando el libro-. Te evito el trabajo. Los Estados Unidos caen, e Inglaterra continúa avanzando, extendiéndose, llevando la iniciativa. Así que deja ya eso.

-Espero que nos divirtamos en Denver -dijo Juliana cerrando el libro-. Necesitas relajarte. Y yo te necesito a ti. -Si no descansas, pensó, va a explotar en mil pedazos. Como un resorte. ¿Y entonces qué me ocurrirá a mí? ¿Cómo podré regresar? Y... ¿por qué no te dejo y en paz?

Quiero divertirme, como me prometiste, pensó. No quería que la engañasen otra vez. Me han engañado demasiadas veces y demasiada gente.

-Todo funcionará -dijo Joe-. Escucha. -Estudió a Juliana con mirada inquisitiva, introspectiva-. Te has tomado muy en serio ese libro de *«La langosta»*; me pregunto si un hombre como ése, capaz de escribir un *best seller,* un autor como ése, recibirá muchas cartas de la gente. Seguro que mucha gente le escribe para felicitarle y hasta puede que le visiten.

-¡Sólo nos faltan ciento cincuenta kilómetros! -Juliana lo comprendió de repente.

Los ojos de Joe brillaron, la sonrió. Estaba contento otra vez. Ya no parecía deprimido o inquieto.

-¡Podríamos...! -dijo Juliana-. Conduces muy bien... No nos costaría ir allí, ¿no es cierto?

-Bueno, dudo que un escritor famoso deje que se le cuelen los visitantes -dijo Joe lentamente-. Posiblemente tenga muchos admiradores.

-¿Por qué no lo intentamos, Joe? -Le agarró del hombro y le miró un poco excitada-. Lo único que nos puede pasar es que nos echen fuera. Por favor.

Después de una gran consideración, Joe dijo:

-Primero, podríamos ir de compras. Comprar vestidos nuevos para producir buena impresión... Eso es muy importante. Y puede que alquile un coche nuevo en Cheyenne. Seguro que tú lo harías.

-Sí -contestó Juliana-. Y, además, necesitas un corte de pelo. Y, ¿me vas a dejar que elija tu ropa? Por favor, Joe. Yo solía elegir la ropa de Frank; un hombre no debe comprar nunca su ropa él mismo.

-Tienes buen gusto para la ropa -dijo Joe y siguió conduciendo, frunciendo el ceño-. Y también para otras cosas. Sería mejor que tú le llamaras, le contactaras.

-Me arreglaré el pelo -dijo Juliana.

-Bien.

-No me da miedo ir allí y llamar a la puerta -dijo Juliana-. Lo que quiero decir es que sólo se vive una vez. ¿Por qué nos hemos de intimidar? Es un hombre como el resto de nosotros. Y, de hecho, probablemente estará encantado al saber que alguien ha hecho un recorrido tan largo sólo para decirle cuánto le gusta su libro. Podríamos conseguir hasta una dedicatoria. ¿No es así? Mejor compramos un ejemplar nuevo; éste está muy deteriorado. No parecería bien.

-Lo que quieras -dijo Joe-. Te dejo decidir todos los detalles; sé que puedes hacerlo. Las chicas guapas siempre consiguen lo que quieren. Cuando te vea como eres te abrirá la puerta de par en par. Pero, escucha, nada de líos.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Juliana.

-Dile que estamos casados. No quiero que te veas envueltas en un asunto con él... ya sabes, eso sería horroroso. Eso sería la ruina de los dos. Pero si debes darle algo que le recompense por habernos dejado entrar a su casa. Alguna broma. Pero, estáte atenta, Juliana.

-Puedes hablar con él sobre esa parte en la que dice que Italia hizo que perdieran la guerra traicionándoles a los Aliados. Dile lo que me contaste.

Joe asintió.

-Así es. Podremos discutir todo el tema. -Siguieron su camino por la carretera.

A las siete de la mañana siguiente, según el horario de los Estados Americanos del Pacífico, Nobusuke Tagomi se levantó de la cama, empezó a dirigirse al baño pero cambió de idea repentinamente y se dirigió a por el oráculo.

Sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, en el dormitorio, empezó a manipular los cuarenta y nueve palillos. Tenía un profundo sentimiento de urgencia por su pregunta, y trabajó febrilmente hasta que consiguió tener las seis líneas ante él.

¡Truenos! ¡El hexagrama 51!

Dios aparece en el signo del Alzamiento. Relámpagos y truenos. Sonidos... Involuntariamente levantó los dedos para taparse los oídos. ¡Ja, ja, ja! ¡Jo, jo! Un gran estruendo que le hace parpadear y contraerse. El lagarto se desliza y el tigre ruge, ¡y el mismo Dios aparece!

¿Qué quiere decir? Tagomi miró por la habitación. ¿La llegada de...? ¿De qué? Se puso de pie y se quedó inmóvil, esperando.

Nada. El corazón le latía en el pecho. Su respiración y todos los procesos

somáticos estaban respondiendo a la crisis, incluyendo el sistema autónomo y encefálico: la adrenalina, el pulso, el ritmo cardíaco, las secreciones glandulares, la garganta paralizada, la mirada fija, la colitis, etc. Tuvo una náusea y sintió su instinto sexual suprimido.

Y, después, no se veía nada; no había nada que se pudiera hacer por el cuerpo. ¿Correr? Todo estaba preparado para la llegada del pánico. Pero, ¿dónde y por qué?, se preguntó a si mismo Tagomi. No había ninguna clave. Era totalmente imposible; el problema del hombre civilizado; el cuerpo civilizado, pero el peligro oculto.

Se fue al baño y comenzó a afeitarse.

El teléfono sonó.

-Un *shock* -dijo en voz alta, soltando la maquinilla-. Estáte preparado -y caminó rápidamente del baño al dormitorio-. Estoy preparado -dijo, levantando el auricular-. Aquí el señor Tagomi. -Su voz era un tanto ronca y tosió.

Hubo una pausa. Después oyó una voz débil, seca y quebradiza, casi como el rumor de las hojas secas y lejanas. La voz dijo:

-Señor, aquí el señor Shinjiro Yatabe. Ya he llegado a San Francisco.

-Le damos la bienvenida en nombre de la misión comercial -dijo Tagomi-. Me alegra el que ya haya llegado. ¿Se encuentra usted bien y descansado?

-Sí, señor Tagomi. ¿Cuándo podré encontrarme con usted?

-Muy pronto, señor, en media hora. -Tagomi echó una mirada al reloj del dormitorio, tratando de ver la hora-. Bueno, hay una segunda persona: el señor Baynes. Debo contactarle. Puede que haya un ligero retraso, pero...

-¿Digamos dos horas, señor? -dijo Yatabe.

-Sí -asintió Tagomi.

-En su oficina del edificio del *Nippon Times*.

Tagomi afirmó nuevamente.

Sonó el click. Yatabe había colgado.

Hay que complacer al señor Baynes, pensó Tagomi. Habrá que hacer un buen pedido. Puede que, por ejemplo, un buen plato de salmón, una cola fresca y grande. Golpeó las teclillas y marcó rápidamente el número del *Hotel Abhirati*.

-Asunto concluido -dijo cuando escuchó la somnolienta voz de Baynes.

-¿Está aquí?

-En mi oficina -dijo Tagomi-. A las diez y veinte. Adiós.

Colgó y volvió al baño para terminar de afeitarse. No tenía tiempo para desayunar; le pediría algo a Ramsey cuando llegase a la oficina. Incluso los tres podrían tomar algo juntos... Mientras se afeitaba, Tagomi estuvo pensando en un buen desayuno para los tres.

En pijama, Baynes se quedó junto al teléfono, pasándose la mano por la frente, pensativo. Era una pena que hubiera perdido el contacto con aquel agente, pensó. Si hubiera esperado un solo día más. No obstante, aún no se había dicho nada y se suponía que tendría que volver a la tienda de nuevo. Pero, ¿y si no iba? Podría desencadenarse la reacción. Pensarían que he sido asesinado, o algo parecido. Intentarían seguirle.

No importa. Porque él ya está aquí. Al fin. La espera ha terminado.

Baynes se dio prisa en el baño y se preparó para afeitarse. No tengo la menor duda de que Tagomi lo reconocerá en el mismo momento en que lo vea, decidió. Además, ya podremos desenmascarar a Yatabe. De hecho,

podríamos desenmascararnos todos.

Tan pronto como se afeitó, Baynes se dio una ducha. Y, mientras le caía el agua, empezó a cantar a todo pulmón:

*Wer reitet so spät.*
*Durch Nacht und Wind?*
*Es ist der Vater*
*mit seinem Kind.*

Probablemente era muy tarde para que la SD pudiera hacer algo, incluso aunque lo descubrieran. De modo que lo mejor que podía hacer era dejar de preocuparse. Al menos de las preocupaciones triviales. En particular la preocupación por mi propia vida.

Pero, por lo demás... acabamos de empezar.

## 11

Para el cónsul del Reich en San Francisco, Freiherr Hugo Reiss, la primera tarea que tuvo aquel día fue inesperada y un tanto intranquilizadora. Cuando llegó a su oficina, se encontró con un visitante esperándole ya, un hombre alto, de mandíbula cuadrada, de mediana edad, con la piel arrugada y un ceño fruncido que hacía que se le juntaran las enmarañadas cejas negras. El hombre se levantó e hizo el saludo del partido, al tiempo que murmuraba:

-*Heil.*

-*Heil* -contestó Reiss, ahogando un gruñido, pero con una sonrisa cordial-, *Herr* Kreuz vom Meere. Me sorprende. ¿Quiere entrar? -Reiss abrió la puerta de su oficina, preguntándose dónde estaría el vicecónsul y quién había dejado entrar al jefe del SD. De todas formas, ya estaba allí y no podía hacerse nada.

Siguiéndole, con las manos en los bolsillos de su oscuro abrigo de lana, Vom Meere dijo:

-Escuche, Freiherr, hemos localizado a ese tipo, a ese tal Rudolf Wegener. Le hemos visto en una guarida de la Abwehr que teníamos vigilada. -Kreuz vom Meere se rió, mostrando los enormes dientes de oro-. Y le vimos regresar a su hotel.

-Magnífico -dijo Reiss, viendo que le habían dejado la correspondencia sobre la mesa. Así que Pferdehuf debía andar por allí cerca. Sin duda, le había dejado la oficina cerrada para evitar que el jefe de la SD husmeara la correspondencia.

-Esto es importante -dijo Kreuz vom Meere-. Ya le avisaré a Kaltenbrunner. Prioridad máxima. Probablemente reciba noticias de Berlín en cualquier momento. A no ser que esos *unratfressers* lo confundan todo, allí en Alemania. -El hombre se sentó en el escritorio de Reiss, sacó unos papeles del bolsillo del abrigo, los desplegó cuidadosamente, moviendo los labios-. Su nombre de camuflaje es Baynes. Se hace pasar por industrial sueco, o un hombre de negocios, o algo que está relacionado con las manufacturas de productos plásticos. Recibió una llamada telefónica a las ocho y diez procedente de las misiones comerciales de Japón, con relación a una reunión que tendrán a las diez y veinte en la delegación oficial japonesa.

Estamos intentando localizar la llamada. Probablemente nos llevará una media hora. Me llamarán aquí.

-Ya veo -dijo Reiss.

-Ahora ya podemos coger a ese tipo -continuó Kreuz von Meere-. Si lo hacemos, naturalmente, se le reenviará al Reich en el próximo vuelo de la Lufthansa. No obstante, los japoneses o el Gobierno de Sacramento pueden protestar y tratarán de impedirlo. Usted recibirá las protestas si lo hacen. De hecho, pueden ejercer una gran presión. E incluso pueden enviar a un comando de la Tokkoka al aeropuerto.

-¿Y no sería mejor que no se enterasen?

-Ya es demasiado tarde. Está en camino para acudir a la reunión. Tendremos que cogerle justo allí, en plena cita. Rodearle, apresarle y salir corriendo.

-No me gusta -dijo Reiss-. Imagínese por un momento que en la reunión hay algún oficial japonés de alta graduación. Por ejemplo, pudiera ser un representante oficial del Emperador enviado a San Francisco. Por cierto, el otro día oí que...

Kreuz vom Meere le interrumpió.

-No importa. Tiene nacionalidad alemana. Y está bajo las leyes del Reich.

Y sabemos cuáles son las leyes del Reich, pensó Reiss.

-Tenemos un comando preparado -siguió Kreuz vom Meere-. Cinco hombres estupendos. -Se rió entre dientes-. Parecen violinistas. Bonitos rostros ascéticos. Se les confundiría con seminaristas. Les dejarán entrar. Los japoneses creerán que se trata de un cuarteto de cuerda.

-Quinteto -corrigió Reiss.

-Sí. Irán hacia la puerta directamente. Van adecuadamente vestidos. -Vom Meere miró a Reiss-. Con ropa parecida a la que usted lleva.

Muchas gracias, pensó Reiss.

-Y todo a plena luz del día. Llegarán directos a Wegener. Le rodearán, como si estuvieran hablando. Un mensaje importante. -Kreuz vom Meere siguió mientras Reiss abría el correo-. Sin violencia. Simplemente «*Herr* Wegener, venga con nosotros, por favor. Ya entiende». Y entre las vértebras se le clavará una aguja. Los ganglios quedarán paralizados.

Reiss asintió.

-¿Me está escuchando?

-*Ganz bestimmt.*

-Una vez fuera, se le meterá en el coche. Volverán a mi oficina. Los japoneses no nos dejarán en paz. Pero serán educados hasta el final. -Kreuz vom Meere se bajó del escritorio para hacer una reverencia al estilo japonés-. «Ha sido muy poco educado y cortés por su parte el engañarnos así. En fin, adiós, *Herr* Wegener».

-Baynes -dijo Reiss-. ¿No me dijo que ése era el nombre que utilizaba?

-Baynes. «Cuánto siento que se vaya. Teníamos tanto que decirnos... pero, quizá la próxima vez».

El teléfono del escritorio de Reiss empezó a sonar y Kreuz vom Meere dejó de hablar.

-Debe ser para mí. -Hizo ademán de coger el aparato, pero Reiss se le adelantó y cogió el teléfono él mismo.

-Aquí Reiss.

Una voz desconocida dijo:

-Cónsul, ésta es la *Ausland Fernsprechamt* de Nueva Escocia. Es una

comunicación transatlántica desde Berlín para usted. Urgente.

-Muy bien -contestó Reiss.

-Un momento, cónsul.

Una comunicación débil. Siseos. Luego otra voz, la de una telefonista.

-*Kanzlei.*

-Sí. La *Ausland Fernsprechamt* de Nueva Escocia. Llamada para el cónsul del Reich en San Francisco, sir Hugo Reiss. El cónsul está en la línea.

-No cuelgue. -Y una larga pausa, durante la cual Reiss continuó con una mano revolviendo el correo. Kreuz vom Meere tenía la mirada perdida-. *Herr Konsul,* perdone que le haga esperar -dijo la voz de un hombre. La sangre de Reiss se le detuvo en las venas. Una voz de barítono, educada, que le era familiar-. Aquí el doctor Goebbels.

-Sí, *Kanzler*. -Kreuz vom Meere cruzó una sonrisa con Reiss. Apretó los dientes.

-El general Heydrich acaba de pedirme que le llame. Hay un agente de la Abwehr ahí en San Francisco. Su nombre es Rudolf Wegener. Le pedimos que coopere totalmente con la policía en lo que respecta a este hombre. No hay tiempo para darle detalles. Simplemente, ponga su oficina a su disposición. *Ich danke ihnen sehr dabei.*

-Entiendo, *Herr Kanzler* -dijo Reiss.

-Buenos días, cónsul. -Y el *Reichkanzler* colgó.

Kreuz vom Meere observaba con inquietud cuando Reiss soltó el aparato.

-¿Estaba en lo cierto?

Reiss se encogió de hombros.

-Aquí no hay discusión.

-Escriba una autorización para nosotros para poder lograr la extradición de Wegener a Alemania.

Tomando la pluma, Reiss escribió la autorización, la firmó y se la entregó al jefe de la SD.

-Muchas gracias -dijo Kreuz vom Meere-. A partir de ahora, cuando las autoridades llamen para quejarse...

-Si lo hacen.

Kreuz von Meere le miró.

-Lo harán. Estarán aquí quince minutos después de que hayamos sacado a Wegener. -Ya se le había quitado la expresión humorística que tenía.

-Ningún quinteto de cuerda -dijo Reiss.

Kreuz von Meere no contestó.

-Lo cogeremos esta mañana -dijo-, así que esté listo. Puede decirles a los japoneses que es un homosexual o algo parecido. O un falsificador. Y que se le reclama por importantes crímenes en Alemania. No les diga que se le reclama por crímenes políticos. Sabe que en el noventa por ciento de los casos no reconocen la ley nacionalsocialista.

-Ya lo sé -dijo Reiss-. Sé lo que tengo que hacer. -Y se sintió un tanto irritado por todo aquello. Otra vez me han pasado por encima, se dijo. Como es costumbre. Hablaron directamente con la cancillería. Bastardos.

Le temblaban las manos. Una llamada del doctor Goebbels; ¿era aquél el problema? ¿Se asustaban de las autoridades? O, ¿era resentimiento, el sentimiento de haber sido manejado en...? Maldita policía, cada día se hacía más fuerte. Ya habían conseguido que Goebbels trabajara con ellos. Estaban gobernando el Reich.

Pero, ¿qué puedo hacer? ¿Qué puede hacer nadie?

Resignación, pensó. Es mejor cooperar. Y no ponerse en contra de este hombre; parece que este Kreuz vom Meere tiene un poder muy grande en Alemania, y podría ser también que tuviera el poder de deshacerse de todo aquel que le fuera hostil.

-Puedo ver -dijo en voz alta- que no exageraba con la importancia de este asunto, *Herr Polizeiführer*. Es obvio que la seguridad de Alemania depende de usted y de la rápida detención de este espía, o traidor, o lo que Dios quiera que sea. -Reiss dejó de hablar al oír la selección de palabras que acababa de plantear, ligeramente aduladora.

No obstante, Kreuz vom Meere parecía encantado.

-Muchas gracias, cónsul.

-Quizá nos haya salvado usted a todos.

Kreuz vom Meere dijo sombríamente:

-Bueno, aún no le hemos cazado. Espere a que lo hayamos hecho. Estoy impacientándome por esa llamada.

-Yo sé manejar a los japoneses -dijo Reiss-. Tengo mucha experiencia con ellos, ya lo sabe. Sus quejas...

-No se pierda -le interrumpió Kreuz vom Meere-. Tengo que pensar. -Evidentemente, la llamada de la cancillería le había preocupado; a él también. Se sentía bajo una gran presión.

En realidad, es que si este tipo se escapa, le costará el empleo, pensó el cónsul Hugo Reiss. Mi puesto y su puesto... los dos nos podemos encontrar de patitas en la calle. Ninguno de los dos podemos estar seguros.

De hecho, pensó, puede que valga la pena el que me arriesgue a una treta para echar por tierra las actividades del *Herr Polizeiführer*. Algo negativo que no deje pruebas. Por ejemplo, cuando los japoneses vengan aquí a quejarse, podría dejar caer, como quien no quiere la cosa, algo sobre el vuelo de la Lufthansa en donde llevarían al... hombre. Aunque, a lo mejor, era preferible el picarles diciéndoles, otra vez por ejemplo, que el Reich estaba divirtiéndose con ellos en plan despreciativo, que no tenía en cuenta a aquellos hombrecillos amarillos. Era fácil excitarles. Y, si se enfadaban lo suficiente, quizá fueran a quejarse directamente a Goebbels.

Todo tipo de posibilidades. La SD no podía sacar realmente a aquel hombre de los Estados Americanos del Pacífico sin su cooperación directa. Si tenía suerte con la treta adecuada...

Me fastidia la gente que pasa por encima de mí, se dijo Freiherr Reiss a sí mismo. Hace que me sienta muy mal, muy incómodo. Me pone tan nervioso que no puedo dormir y cuando no puedo dormir no puedo desempeñar mi trabajo. Así que reto a Alemania para que corrija este problema. Me sentiría más a gusto por la noche y por el día si, en este problema, la bestia bávara se hubiera quedado en casa escribiendo sus informes en su comisaría de policía.

La dificultad reside en que no hay tiempo. Mientras intento decidir cómo...

El teléfono sonó.

Aquella vez Kreuz vom Meere cogió el aparato y el cónsul Reiss no se lo impidió. Un momento de silencio y escuchó.

¿Ya?, pensó Reiss.

Pero el jefe del SD le pasaba el teléfono.

-Es para usted.

Se sintió aliviado en su interior. Reiss aceptó el aparato.

-Es una maestra -dijo Kreuz vom Meere-. Quiere saber si le puede dar

unos carteles de Austria para su clase.

Hacia las once de la mañana, Robert Childan cerró la tienda y se dirigió hacia las oficinas de Paul Kasoura.

Afortunadamente, Paul no estaba ocupado. Saludó educadamente a Childan y le ofreció un té.

-No le entretendré mucho -dijo Childan después de haber comenzado ambos a tomarse el té. La oficina de Paul, aunque pequeña, era moderna y sencilla. En la pared había un grabado soberbio: *«El Tigre de Mokkei»*. Una obra maestra del siglo XIII.

-Siempre me agrada verle, Robert -dijo Paul con un tono que, pensó Childan, tenía un matiz de reserva.

O quizá era cosa de su imaginación. Childan le echó una mirada por encima de la taza. El señor Kasoura le observaba amistosamente. Pero, no obstante... Childan había notado un cambio.

-Su mujer -dijo Childan- no se habrá molestado por mi burdo regalo. No se habrá sentido ofendida. Pero, ya sabe, cuando se trata de algo nuevo que todavía no se ha utilizado es difícil hacer una justa evaluación definitiva... al menos, no por alguien que sólo tiene un punto de vista comercial. Por cierto, usted y Betty están en mejor posición para juzgarlo que yo.

-No, no está molesta, Robert -dijo Paul-. No le he dado todavía la pieza de orfebrería. -Buscó en el escritorio y sacó la pequeña caja blanca-. No ha salido de mi oficina.

Paul lo sabe, pensó Childan. Es un hombre inteligente. Ni siquiera se lo había dicho a ella. Así que se trata de eso. Childan se dio cuenta de que lo único que podía hacer era esperar que Kasoura no se enfadara con él. O que le acusara de tratar de seducir a su mujer.

Me podría arruinar, se dijo Childan. Con mucho cuidado siguió bebiendo té, con la cara impasible.

-Oh -dijo-. Interesante.

Paul abrió la caja. Sacó el alfiler y empezó a examinarlo. Lo puso frente a la luz. Le dio vueltas.

-Me he tomado la libertad de enseñárselo a unos cuantos conocidos de mis negocios. Gente que, como yo, es muy aficionada a los objetos históricos americanos o a los objetos de arte, en general. -Miró detenidamente a Robert Childan-. Nadie, por supuesto, había visto antes nada parecido. Según usted explica, hasta ahora no había habido ningún trabajo contemporáneo. Me parece que también dijo que era el representante exclusivo.

-Sí, eso es -dijo Childan.

-¿Quiere saber cuál fue su reacción?

Childan inclinó la cabeza.

-Se rieron -dijo Paul-. Se rieron.

Childan guardó silencio.

-Sí, yo también me reí a hurtadillas -dijo Paul-, cuando el otro día apareció usted y me enseñó esta pieza. Naturalmente, para proteger su *sang froid*, disimulé la diversión. Como no dudo recordará usted, fui ligeramente evasivo en mi reacción.

Childan asintió con la cabeza.

Estudiando el alfiler, Paul continuó.

-Uno puede entender fácilmente esa reacción. Aquí tenemos una pieza de metal que ha sido fundida antes de tener forma definitiva. No representa

nada. Tampoco tiene diseño, o alguna categoría intencionada. Es, simplemente, amorfa. Se podría decir que es simple contenido, sin forma.

Childan asintió.

-No obstante -siguió Paul-, me he pasado varios días examinándola y, sin ninguna razón lógica, siento por ella cierto cariño emocional. ¿Por qué?, puedo preguntarme si ni siquiera me proyecto en ese engendro, según los tests psicológicos alemanes, y mi propia mente, y sigo sin ver ninguna configuración o forma. Pero, de alguna manera, tiene algo de Tao. ¿Lo ve? -Con un gesto de la mano se lo señaló a Childan-. Está equilibrada. Las fuerzas interiores de la pieza están equilibradas. En reposo. De alguna manera, es como si este objeto estuviera en paz con el Universo. Se ha separado de él y ha llegado a la homeostasis.

Childan asintió, estudió la pieza. Pero Paul siguió con su propio discurso.

-No tiene *wabi* -dijo Paul-, ni lo podrá tener jamás. Pero... -Tocó el broche con la uña-. Robert, este objeto tiene *wu*.

-Creo que tiene razón -dijo Robert, intentando recordar lo que era el *wu*. No era una palabra japonesa, sino china. Prudencia, decidió. O comprensión. De todas formas, era altamente bueno.

-Las manos del artífice -dijo Paul- tienen *wu,* y permitieron que el *wu* fluyera dentro de esta pieza. Posiblemente, él mismo sólo sabe que esta pieza es agradable. Es completa, Robert. Contemplándola, nosotros mismo ganamos más *wu*. Sentimos la tranquilidad asociada, no con el arte, sino con las cosas sagradas. Recuerdo un santuario en Hiroshima donde podía verse el hueso de la espinilla de un santo medieval. Aunque esto sea un simple objeto y aquello una reliquia, esto está vivo ahora y aquélla simplemente perdura. Con estas meditaciones que no dejo de hacer desde que estuvo usted aquí por última vez, he llegado a identificar el valor del broche en oposición al valor histórico. Como puede ver, he progresado profundamente.

-Sí -dijo Childan.

-No tiene valor histórico, ni siquiera artístico, o estético, pero tiene un valor etéreo... es un prodigio. Sobre todo porque, precisamente, es una miserable y pequeña burbuja sin valor aparente; Robert, esto contribuye a que posea *wu*. Es un hecho que el *wu* se suele encontrar en los lugares menos imponentes, como en el aforismo cristiano, «piedras rechazadas por el constructor». Uno experimenta el conocimiento del *wu* en cosas como éstas, en cosas como en un bastón viejo o en una lata de cerveza tirada a un badén de la carretera. No obstante, en esos casos, el *wu* está dentro del que ve. Es una experiencia religiosa. Pero en este caso, fue un artista quien puso el *wu* en el objeto en vez de ser un mero testigo de su propia existencia. -Alzó la vista-. ¿Me explico claramente?

-Sí -dijo Childan.

-En otras palabras, de esto surge un mundo totalmente nuevo. El nombre que hemos de darle no es el de arte, ya que no tiene forma, ni religión. ¿Qué es? He ponderado este alfiler incesantemente y todavía no he podido desentrañar el misterio. Evidentemente, carecemos de la palabra adecuada para designar un objeto como éste. Así que, al fin, tiene usted razón, Robert. Es auténticamente una cosa nueva sobre la faz del mundo.

Auténtico, pensó Childan. Sí, ciertamente, lo es. Capto la idea. Pero en cuanto al resto...

-Tras llegar a este punto de mis meditaciones -dijo Paul-, volví a pedir que

viniesen los mismos hombres a quienes se lo enseñé en un principio. Hice lo que he hecho con usted, darles la explicación desprovista del tacto. Este asunto comporta una autoridad que obliga a un abandono de la propiedad, tan grande es la necesidad de entrega del conocimiento mismo. Requerí a esos individuos que me escuchasen.

Childan sabía que para un japonés como Paul, imponer sus ideas a otras personas era casi una situación increíble.

-El resultado -siguió Paul- fue de entusiasmo. Bajo tales impulsos, todos aceptaron mi punto de vista. Comprendieron lo que les explicaba. Así que, finalmente, valió la pena. Hecho esto, descansé. Nada más, Robert. Estoy exhausto. -Colocó de nuevo el alfiler en la caja-. Mis responsabilidades se acaban con esto. Se ha descargado. -Empujó la caja hacia Childan.

-Señor, es suyo -dijo Childan con aprensión. Nunca le había ocurrido nada semejante. Un japonés de categoría elevada que pone por las nubes un regalo y luego lo devuelve. Childan notó que le temblaban las rodillas. No tenía ni idea de qué hacer; se puso en pie, tirándose de la manga, ruborizado.

Calmadamente, incluso ásperamente, Paul le dijo:

-Robert, debe enfrentarse con la realidad con más coraje.

-Estoy confundido por... -dijo Childan, poniéndose lívido.

Paul se levantó, poniéndose frente a él.

-Hágame caso. La tarea es suya. Usted es el único agente para piezas como ésta. También usted es un profesional. Retírese por un tiempo, aíslese. Medite, consulte el *«Libro de los Cambios»*. Luego vea escaparates, anuncios, sistema de ventas.

Childan, embobado, le miró.

-Encontrará la forma -dijo Paul-. Cómo ha de hacer para que estos objetos sean de auténtica moda.

Childan estaba estupefacto. El hombre me está diciendo que tengo la obligación de asumir responsabilidades morales con la Joyería Edfrank. Esa visión del mundo estrafalaria y neurótica: nada menos que convertirme en el número uno de las relaciones tanto espirituales como de negocios de joyería sería lo único tolerable para Paul Kasoura.

Y lo peor de todo aquello es que Paul hablaba con autoridad, totalmente al margen del centro de cultura y tradición japonés.

Obligación, pensó amargamente. Podría cargar con ella por el resto de sus días. Hasta la tumba. Paul se había -para su propia satisfacción- librado de ella. Pero la de Childan, ¡ah!, parecía condenada a no acabar nunca.

Estaban fuera de sus casillas, sí, se dijo Childan a sí mismo. Por ejemplo: no quieren ayudar a un hombre herido a levantarse del barro por la obligación que el hecho impone. ¿Qué nombre se le puede dar a eso? Es lo usual; justo lo que se puede esperar de una raza que cuando se planteó duplicar un destructor británico llegó incluso a copiar los parches de las calderas.

Paul le miraba fija e intencionadamente. Por fortuna, el largo hábito de reprimir sus auténticos sentimientos automáticamente le impidió mostrarlos. Había asumido una expresión suave y sobria, típica de la persona que encaja correctamente la naturaleza de una situación como la suya. Podía sentir la máscara.

Esto es horroroso, constató Childan. Una catástrofe. Era mejor que Paul pensara que había tratado de seducir a su mujer.

Betty. No había ninguna posibilidad de que ella viera la pieza, así que su plan original se había ido al traste. El *wu* era incompatible con la sexualidad; era, como decía Paul, solemne y sagrado, como una reliquia.

-Di a cada uno de esos individuos una de sus tarjetas -dijo Paul.

-¿Perdón? -preguntó Childan preocupado.

-Sus tarjetas profesionales. Para que puedan ir a ver otros ejemplares.

-Ya comprendo -dijo Childan.

-Hay una cosa más -dijo Paul-. Uno de esos individuos desea discutir todo el asunto con usted en su propia casa. Le he escrito su nombre y dirección. -Paul le entregó un cuadrado doblado de papel-. Quiere que estén sus socios para que le escuchen a usted -añadió Paul-. Es importador. Importa y exporta cantidades masivas. Especialmente a América del Sur. Radios, cámaras, binoculares, cintas cassettes, cualquier cosa.

Childan miró el papel.

-Negocia, por supuesto, en cantidades inmensas -dijo Paul-. Tal vez decenas de miles de cada artículo. Su compañía controla varias empresas que fabrican para él a bajo costo, todas en Oriente, donde es más barata la mano de obra.

-¿Por qué está...? -empezó Childan.

-Piezas como ésta... -dijo Paul. Tomó el broche una vez más, brevemente. Cerró la tapa y se lo devolvió a Childan-... pueden producirse en masa. Tanto en base metálica como en plástico. A partir de un molde. En... cualquier cantidad deseada.

Tras un rato, Childan dijo:

-¿Qué pasará con el *wu?* ¿Seguirá estando en las piezas?

Paul no contestó.

-¿Me aconseja usted que le vea?

-Si -contestó Paul.

-¿Por qué?

-Amuletos -dijo Paul.

Childan le miró con dureza.

-Amuletos de buena suerte. Para gente relativamente pobre. Una línea de amuletos para vender puerta por puerta en toda Sudamérica y Oriente. La mayoría de las masas creen aún en la magia, usted ya lo sabe. Hechizos, pociones. Es un gran negocio. Me han informado. -La cara de Paul se tensó, su voz sin tonos.

-Suena -dijo Childan lentamente- como si hubiera mucho dinero en ello.

Paul asintió.

-¿Fue idea suya? -preguntó Childan.

-No -dijo Paul. Y guardó silencio.

Su jefe, pensó Childan. Se la enseñó a su jefe, que conoce al importador. Su jefe o alguna persona influyente por encima de usted, alguien que tiene poder sobre usted, alguien rico y poderoso... contactó con el importador.

Por eso me lo está devolviendo, se dio cuenta Childan. No quiere ninguna parte de todo esto. Pero sabe lo que yo mismo sé; que iré a esa dirección y veré a ese hombre. Tengo que ir. No tengo elección. Alquilaré el diseño, o lo venderé en base a porcentajes; entre la otra parte y yo llegaremos a algún acuerdo.

Todo está claramente fuera de su control. Por completo. Se ha equivocado si presumió que me detendría o que tendría que discutir conmigo.

-Es una oportunidad para usted -dijo Paul- de hacerse extremadamente

rico. -Miraba estoicamente frente a él.

-Me chocó la idea por lo extraña -dijo Childan-. Hacer amuletos de buena suerte de estas obras de arte. No me lo podía imaginar.

-Porque no es su estilo habitual de hacer negocios. Usted es un devoto del saber esotérico. También yo lo soy. Y también esos individuos que pronto visitarán su tienda, esos de quienes le hablé.

-¿Qué haría usted en mi lugar? -preguntó Childan.

-No infravalore las posibilidades que le sugiere el estimado importador. Es un personaje perspicaz. Ni usted ni yo sabemos la cantidad de gente sin cultura que hay. Pueden obtener de objetos idénticos hechos con molde una alegría que nos está negada a nosotros. Debemos suponer que tenemos el único en su clase, o algo raro, algo que tenga muy poca gente. Y, por supuesto, algo realmente auténtico. No un modelo o una réplica. -Siguió mirando más allá de Childan hacia el espacio vacío-. No algo fundido con otras decenas de miles.

¿Habrá llegado a pensar, se dijo Childan, que algunos de los objetos históricos que hay en tiendas como la mía, por no mencionar muchos objetos de su colección personal, son imitaciones? Parecía haber cierta insinuación en sus palabras. Como si bajo un tono irónico me estuviera pasando un mensaje totalmente distinto a lo que decía. Ambigüedad, como si viajase más allá de la cualidad del oráculo... como dicen, de la mentalidad oriental.

Childan pensó: Se está diciendo: ¿Quién es usted Robert Childan? ¿Ese de quien el oráculo dice que es el «hombre inferior», o ese otro a quien le están destinados todos los buenos consejos? Había que decidirlo. Ir por un camino u otro, pero nunca por ambos. Aquél era el momento de decidirse. ¿Por qué camino iría el hombre superior?, se preguntó Robert Childan a sí mismo. Al menos, de acuerdo con Paul Kasoura. Y lo que tenemos ante nosotros no es una compilación de muchos miles de años de edad de providencia inspirada divinamente; es, simplemente, la opinión de un mortal... de un joven hombre de negocios japonés.

Si, hay algo en ella. *Wu*, como diría Paul. El *wu* de esta situación es esto: cualesquiera que sean nuestras antipatías personales, no debe haber duda de que la realidad está en la dirección del importador. Demasiado malo para lo que hablamos intentado, debemos adaptarnos, según establece el oráculo.

Y, después de todo, los originales podría seguir vendiéndolos en mi tienda. A los entendidos, por ejemplo, a los amigos de Paul.

-Lucha consigo mismo -observó Paul-. No cabe duda de que es una de esas situaciones en las que uno prefiere estar solo. -Comenzó a dirigirse hacia la puerta de la oficina.

-Acabo de decidirlo.

Paul parpadeó.

Inclinándose, Childan dijo:

-Seguiré su consejo. Le dejo ahora. Voy a ver al importador. -Le mostró la nota de papel doblado.

Extrañamente, Paul no pareció complacido; se limitó a murmurar y volvió a su despacho. Contienen las emociones hasta el final, reflexionó Childan.

-Muchas gracias por su ayuda en este asunto -dijo Childan cuando se disponía a marcharse-. Si me es posible, se lo devolveré algún día. Lo recordaré.

Pero el joven japonés siguió sin reaccionar. Es totalmente cierto, pensó

Childan, lo que decimos de ellos: son inescrutables.

Le acompañó hasta la puerta. Paul parecía profundamente sumido en sus pensamientos. De pronto soltó:

-Los artesanos americanos hicieron esta pieza a mano, ¿correcto? Trabajo físico personal.

-Sí, desde el diseño hasta el pulido.

-Señor, ¿estarán de acuerdo esos artesanos? Creo que ellos soñaban con un destino distinto para sus trabajos.

-Me atrevería a decir que se les puede persuadir -dijo Childan. Aquel problema, para él, era algo menor.

-Sí -dijo Paul-. Supongo que sí.

Algo en su tono hizo que Robert Childan tomase de pronto nota. Un nebuloso y peculiar énfasis. Y de pronto la luz iluminó a Childan. Sin duda, había dejado atrás la ambigüedad. Al fin lo veía...

Por supuesto. Todo aquel asunto era una cruel destitución de los esfuerzos americanos. Todo pasaba ante sus propios ojos. Qué cinismo, pero Dios prohíbe. Se había tragado el anzuelo, el sedal y el plomo. Llevado a asentir, paso a paso, abandonado en el jardín, llegó a aquella conclusión: los productos americanos no eran buenos más que para baratijas, amuletos de buena suerte.

Así era como actuaban los japoneses, no cruelmente, sino con sutileza, con ingenio, sin preocuparse del tiempo.

¡Cristo! Somos bárbaros comparados con ellos, se percató Childan. No somos más que idiotas enfrentados a su forma de razonar. Paul no dijo -ni me contó- que nuestro arte no tuviese valor; me obligó decirlo a mí. Y, como ironía final, sintió mi manifestación. Debilidad, un civilizado gesto de pena cuando oyó decir la verdad.

Me ha destrozado, se dijo Childan casi en voz alta. Afortunadamente, sin embargo, trató de mantenerlo sólo como un pensamiento; al igual que antes lo había guardado en su mundo interior, aparte y secreto, sólo para sí mismo. Me ha humillado a mí y a mi raza. Y estoy desamparado. No hay venganza para esto; estamos vencidos y nuestras derrotas son como ésta, tan tenues, tan delicadas, que casi no podemos percibirlas. De hecho, tenemos que subir otro peldaño en nuestra propia evolución para saber lo que suceda siempre.

¿Qué más prueba puede necesitarse que los japoneses gobiernan bien? Tuvo una sensación parecida a la risa, posiblemente por las apreciaciones. Sí, pensó, eso es lo que es, como cuando uno escucha una anécdota divertida. Tengo que recordarlo, saborearlo más tarde, incluso contárselo a alguien. Pero, ¿a quién? Es un problema. Demasiado personal para divulgarla.

En un rincón de la oficina de Paul, Childan vio que había una canasta de baloncesto arrumbada. ¡Adentro!, se dijo a si mismo Robert Childan. Tiremos la joya llena de *wu*.

¿Podría hacerlo? ¿Tirarla? ¿Acabar con la situación ante los ojos de Paul?

No podía tirarla, se descubriría él mismo cuando apareciera. No debía hacerlo... se encontraría de nuevo cara a cara con su colega japonés.

Los maldigo, no puedo librarme de su influencia, no puedo ceder al impulso. Toda la espontaneidad le había sido arrebatada... Paul le miraba sin necesidad de decir nada; bastaba con su presencia. Ha atrapado mi conciencia en una trampa, ha tendido un hilo invisible desde la joya a mi

alma.

Supongo que he vivido con ellos durante mucho tiempo. Demasiado tiempo como para echar a volar, para volver a estar entre los blancos y las maneras de ser de los blancos.

-Paul -dijo Robert Childan. Su voz, notó, graznaba en una achacosa huida, sin control, sin modulación.

-Sí, Robert.

-Paul... yo... me siento... ¿humillado?

Se sintió mareado.

-¿Por qué, Robert? -Un tono de preocupación, pero distante, sin querer involucrarse.

-Paul, un momento. -Sostenía en los dedos la minúscula joya que se había vuelto resbaladiza por el sudor-. Yo... estoy orgulloso de este trabajo. No puede haber ninguna consideración sobre eso de que se convierta en una baratija o en un amuleto de la buena suerte. Lo rechazo.

Una vez más fue incapaz de descifrar la reacción del joven japonés. Era únicamente consciente de lo que pudiera escuchar.

-De todas formas, gracias -dijo Robert Childan. Paul hizo una reverencia. Robert Childan hizo una reverencia.

-Los hombres que hicieron esto -dijo Childan- son orgullosos artistas americanos. Incluyéndome a mí. Sugerir que son como amuletos de la buena suerte nos insulta, y le pido que se disculpe.

Un increíble silencio prolongado.

Paul le miraba atentamente. Elevó lentamente un párpado y sus finos labios se contrajeron. ¿Una sonrisa?

-Lo exijo -dijo Childan. Ya no podía hacer nada más. Sólo esperar.

No pasaba nada.

Por favor, pensó, necesito ayuda.

Finalmente, Paul dijo:

-Olvide mi arrogante imposición. -Extendió la mano.

-Está bien -dijo Robert Childan.

Se dieron la mano.

La calma inundó el corazón de Childan. He vivido dentro y fuera. Por todas partes. Gracias a Dios. Existió para mí en el momento exacto. Otra vez... de lo contrario... podría arriesgarme otra vez, probar suerte. Probablemente, no.

Se sintió melancólico. Estaré así unos instantes, hasta que salga a la superficie y vuelva a verme libre y sin trabas.

La vida es corta, pensó. El arte, o algo que no tenga vida, es duradero, de anchura sin fin. Como el hormigón armado. Liso, blanco, sin tersura, sin alterarse por un paso. Aquí estoy. Pero no por mucho tiempo. Tomó la cajita, y se la metió con la pieza de Edfrank en el bolsillo del abrigo.

## 12

-Señor Tagomi -dijo Ramsey-, éste es el señor Yatabe. -Se retiró a un rincón de la oficina y el esbelto y anciano caballero se acercó.

-Estoy encantado de conocerle, señor -dijo Tagomi extendiendo la mano. La liviana, frágil y vieja mano se deslizó en la suya. Se la dio sin apretar y la soltó inmediatamente. Espero no haberle roto nada, pensó. Examinó la

figura del anciano caballero y se sintió complacido. Tenía un espíritu severo y coherente. Ninguna ofuscación intelectual. Ciertamente una transmisión lúcida de todas las tradiciones que pervivían. La mejor cualidad que la vejez puede representar... Y, justo entonces, descubrió que estaba frente al general Tedeki, el que fuera un día jefe imperial del ejército. Tagomi se inclinó-. general -dijo.

-¿Dónde está la tercera persona? -dijo el general Tedeki.

-Está a punto de llegar -dijo Tagomi-. Le avisé personalmente al hotel.

Su mente estaba totalmente turbada, retrocedió algunos pasos y permaneció inclinado, casi incapaz de ponerse derecho.

El general se sentó. Ramsey, que sin duda ignoraba aún la identidad del anciano, le ayudó con la silla, pero sin mostrar ninguna deferencia especial. Tagomi, dudoso, tomó una silla y se puso frente a él.

-Ganduleemos -dijo el general-. Lamentable, pero inevitable.

-Cierto -dijo Tagomi.

Pasaron diez minutos. Y ninguno de los hombres habló.

-Discúlpeme, señor -dijo al fin Ramsey un poco nervioso-. Me gustaría marcharme si no me necesitan.

Tagomi asintió y Ramsey se marchó.

-¿Té, general? -dijo Tagomi.

-No, señor.

-Señor -dijo Tagomi-, admito estar algo temeroso. Percibo algo terrible en este encuentro.

El general inclinó la cabeza.

-Sobre el señor Baynes, con quien hablé -siguió Tagomi-, a quien recibí en mi casa y que declara ser sueco. Sin embargo, nuestros informes privados nos dicen que se trata de un alto cargo alemán. Y lo digo porque...

-Por favor -continúe.

-Muchas gracias, general. La turbación del señor Baynes con respecto a esta reunión me ha llevado a pensar que tiene algo que ver con las perturbaciones políticas del Reich. -Tagomi no mencionó otro hecho: su conocimiento de que el general había fracasado en aparecer en la fecha señalada.

-Señor -dijo el general-, está usted perdiendo el tiempo, no informando. -Sus ojos grises parpadearon de manera paternal. No mostraban malicia. Tagomi aceptó la reprimenda.

-Señor, ¿mi presencia en esa reunión es simplemente para apartar las indiscretas miradas de los nazis?

-Naturalmente -dijo el general-. Estamos interesados en mantener las apariencias. El señor Baynes es el representante de las industrias *Tor Am*, de Estocolmo, un hombre de negocios puro. Y yo soy Shinjiro Yatabe.

Tagomi pensó: y yo soy Tagomi. Eso es un hecho.

-No hay duda de que los nazis han vigilado las idas y venidas del señor Baynes -dijo el general. Tenía las manos apoyadas en las rodillas. Se quedó súbitamente rígido, como si, pensó Tagomi, estuviera oliendo el aroma de una lejana tetera-. Pero, para destruir las apariencias tendrán que recurrir a la legalidad. Ése es el verdadero propósito. No engañarles, pero si exigir las formalidades requeridas en caso de que nos descubrieran. Por ejemplo, usted comprende que para atrapar al señor Baynes tienen que hacer algo más que matarle... y lo harían si no viajase con... bien, esta especie de pantalla verbal.

-Ya veo -dijo Tagomi. Suena como un juego, decidió. Pero conocían la mentalidad nazi. Supongo que se hará así.

El intercomunicador del despacho sonó. Se oyó la voz de Ramsey.

-Señor, el señor Baynes ha llegado. ¿Puedo hacerle pasar?

-Sí -gritó Tagomi.

Se abrió la puerta y Baynes, pulcramente vestido y con la ropa impecablemente planchada y magistralmente confeccionada, bien compuesto, apareció.

El general Tedeki se levantó para mirarle. Tagomi también se levantó. Los tres hombres se saludaron con una reverencia.

-Señor -le dijo Baynes al general-. Soy el Capitán R. Wegener del Contraespionaje Naval del Reich. Queda entendido que no represento a nadie más que a mí mismo y a ciertos individuos particulares a los que no mencionaré, ni a ningún Departamento u oficina relacionada con el Reich.

-*Herr* Wegener -dijo el general-, comprendo que usted declara de forma oficial no representar a ninguna dependencia del Gobierno del Reich. Yo mismo estoy aquí como una parte privada no oficial, que por virtud de mi anterior posición en el ejército imperial he tenido acceso a diversos círculos en Tokio que desean oír lo que tenga usted que decirnos, sea lo que sea.

Fantástico discurso, pensó Tagomi, no era desagradable. Tenía algo cercano a la cualidad musical. De hecho, era como un alivio refrescante.

Se sentaron.

-Sin preámbulos -dijo Baynes-. Quisiera informarles a ustedes y a sus representados que se encuentra muy avanzado en el Reich un programa llamado *Löwenzahn*, Diente de León.

-Sí -dijo el general, asintiendo como si no fuera la primera vez que lo oía.

Parece impaciente, observó Tagomi, por que lo cuente.

-Diente de León -dijo Baynes-. Consiste en un incidente en la frontera entre los estados de las Montañas Rocosas y los Estados Unidos.

El general asintió, sonriendo imperceptiblemente.

-Las tropas de los Estados Unidos serán atacadas y se desquitarán cruzando la frontera, comprometiendo a las tropas regulares estacionadas en las proximidades. Las tropas de los Estados Unidos tienen mapas detallados que muestran las instalaciones militares del Medio Oeste. Ése es el primer paso. El segundo paso es la declaración de Alemania con respecto al conflicto. Un destacamento de voluntarios paramilitar de la *Wehrmacht* será enviado para ayudar a los Estados Unidos aunque esto es sólo camuflaje.

-Sí -dijo el general, escuchando.

-El propósito básico de la operación Diente de León -dijo Baynes- es un enorme ataque nuclear a las islas, sin aviso previo. -Se calló.

-Con el propósito de eliminar a la familia real, el ejército interior de defensa, la mayor parte de la marina imperial, la población civil, las industrias y los recursos -dijo el general Tedeki-, dejando las posesiones de ultramar listas para ser absorbidas por el Reich.

Baynes no dijo nada.

-¿Qué más? -dijo el general.

Baynes parecía sufrir un lapsus de memoria.

-La fecha, señor -dijo el general.

-Se ha cambiado todo -dijo Baynes- debido a la muerte del señor Bormann. Al menos eso supongo. No estoy en contacto con el Abwehr.

-Adelante, *Herr* Wegener -siguió diciendo el general.

-Lo que recomendamos es que el Gobierno japonés se inmiscuya en la situación interior del Reich. O, al menos, esto es lo que venía a recomendarles. Hay ciertos grupos en el Reich a favor de la operación Diente de León; otros no lo están. Se espera que esta oposición llegue al poder tras la muerte de Bormann.

-Pero, mientras usted ha estado aquí -dijo el general- *Herr* Bormann ha muerto, y la situación política ha decidido por sí misma. El doctor Goebbels es ahora el canciller del Reich. El momento caótico se ha superado. -Hizo una pausa-. Esa facción de la que nos habla, ¿qué punto de vista tiene sobre la operación Diente de León?

-El doctor Goebbels es defensor del Diente de León.

Sin que lo notaran los demás, Tagomi cerró los ojos.

-¿Quiénes están en contra? -preguntó el general Tedeki.

-El general de las SS, Heydrich. -La voz de Baynes llegó hasta Tagomi.

-Me pilla de sorpresa -dijo el general Tedeki-. Tengo mis dudas. ¿Ésta es una información confirmada o sólo un punto de vista que usted y sus colegas sostienen?

-La administración del Este -dijo Baynes-, es decir, la zona gobernada por el Japón, pasaría a estar bajo el control del Ministerio de Asuntos Exteriores. Gente de Rosenberg, que trabajase directamente con la cancillería. Esta salida es discutida agriamente en las reuniones de los principales líderes durante el pasado año. Tengo fotocopias de las notas. La policía pedía autoridad, pero se les negó. Están para dirigir la colonización espacial, Marte, la Luna, Venus. Eso es cosa suya. Una vez que esa división de la autoridad se haya establecido, la policía apoyará plenamente la conquista espacial y se pondrá en contra de Diente de León.

-Rivalidad -dijo el general Tedeki-. Un grupo contra otro. Por el líder. De esa forma, él mismo no es nunca desafiado.

-Cierto -dijo Baynes-. Por eso me han enviado aquí, para rogarles que intervengan. Todavía puede hacerse. La situación no está consolidada. Pasarán meses antes de que Goebbels lo consiga. Primero tiene que doblegar a la policía, posiblemente ejecutar a Heydrich y a otros altos cargos de las SS y la SD. Cuando lo haya hecho...

-¿Debemos apoyar a la *Sicherheitsdienst*? -le interrumpió el general Tedeki-. ¿A la parte más maligna de la sociedad alemana?

-Exacto -corroboró Baynes.

-El Emperador -dijo el general Tedeki- nunca lo consentiría. Los cuerpos escogidos del Reich, los uniformes negros, la calavera, el Sistema del Castillo, todo eso, para él, es el mal.

El mal, pensó Tagomi. ¿Hemos de ayudarle a conseguir el poder para salvar nuestras vidas? ¿Es ésta la paradoja de nuestra situación en el mundo?

No puedo hacer frente a este dilema, se dijo a sí mismo Tagomi. Aquel hombre le forzaba a actuar en la ambigüedad moral.

No hay salida; todo es confusión. Todo caos de luz y oscuridad, sombra y sustancia.

-La *Wehrmacht* -dijo Baynes-, el ejército, es el único poseedor en el Reich de la bomba de hidrógeno. Si las camisas negras la han usado en alguna ocasión, ha sido con la supervisión del ejército. Con Bormann en la cancillería la policía nunca se hizo con ninguna arma nuclear. La operación

Diente de León será llevada a cabo por el OKW, el estado mayor del ejército.

-Soy consciente de eso -dijo el general Tedeki.

-Las prácticas morales de los camisas negras exceden en ferocidad a las de la *Wehrmacht*. Pero su poder es menor. Debemos considerar únicamente la realidad, el actual poder, no las intenciones éticas.

-Sí, debemos ser realistas -dijo en voz alta Tagomi. El general Tedeki y Baynes le miraron.

-Concretamente, ¿qué sugiere usted? -le preguntó el general a Baynes-. ¿Que establezcamos contacto con las SD del Pacífico? Negociar directamente con... No sé quién es el jefe de la SD en esta zona. Alguien con un carácter repelente, me imagino.

-La SD del Pacifico no sabe nada -dijo Baynes-. El jefe, Bruno Kreuz vom Meere, es un caballo de la vieja guardia. *Ein Altparteigenosse*. Un imbécil. Nadie en Berlín pensaría en contarle nada; no hace más que desempeñar cargos rutinarios.

-Entonces, ¿con quién? ¿Su cónsul aquí o el embajador de Berlín en Tokio?

Habla enigmáticamente, pensó Tagomi. No importa lo que esté en juego. No podemos entrar en el cenagal de monstruosa esquizofrenia de la intriga exterminadora nazi; nuestras mentalidades no podrían soportarlo.

-El asunto debe ser manejado con delicadeza -dijo Baynes-. A través de intermediarios. Alguien cercano a Heydrich, pero de fuera del Reich, de un país neutral. O alguien que viaje frecuentemente de Tokio a Berlín.

-¿Tiene a alguien en mente?

-El Ministro de Asuntos Exteriores italiano, el conde Ciano. Un hombre valiente, inteligente y digno de crédito, completamente entregado al entendimiento internacional. Además, no tiene contacto con el aparato del SD. Podría trabajar a través de alguien en Alemania... grupos económicos como Krupp o General Spiedel, o quizá por mediación de personajes de las Waffen-SS. La Waffen-SS es menos fanática, más en consonancia con la corriente predominante en la sociedad alemana.

-Su Departamento, el Abwehr... sería inútil intentar llegar a Heydrich por su mediación.

-Los camisas negras nos destrozarían por completo. Llevan veinte años intentando conseguir la aprobación para liquidarnos *in toto.*

-¿No corre usted un excesivo riesgo personal? -dijo el general Tedeki-. Tengo entendido que son muy activos en la costa del Pacífico.

-Activos, pero ineptos -dijo Baynes-. El encargado de la oficina de Asuntos Exteriores, Reiss, está cualificado, es opuesto a la SD -dijo, encogiéndose de hombros.

-Quisiera ver esas fotocopias -dijo el general Tedeki-. Querría hacérselas llegar a mi Gobierno. Cualquier material que obre en su poder sobre esas conversaciones en Alemania. Y... -lo pensó durante un instante-... Pruebas. Objetivas.

-Naturalmente -dijo Baynes. Buscó en la chaqueta y sacó una pitillera de plata-. Cada cigarrillo tiene un microfilm. -Le alargó la pitillera al general Tedeki.

-¿Qué hago con la pitillera? -dijo el general Tedeki examinándola-. Parece bastante cara como para desprenderse de ella. -Empezó a sacar los cigarrillos.

-La pitillera también -dijo Baynes, sonriendo.



Librodot

-Muchas gracias. -También sonriendo, el general se puso la pitillera en el bolsillo superior de la americana.

El intercomunicador del despacho sonó. Tagomi pulsó el botón.

-Señor -se oyó la voz de Ramsey-, hay un grupo de hombres de la SD en el vestíbulo; quieren subir. Los guardias del *Times* están discutiendo con ellos. -Se oía en la lejanía el aullido de una sirena; venía de fuera del edificio, procedente de la calle, bajo la ventana de Tagomi-. La policía militar del ejército está en camino, y los *Kempeitai* de San Francisco.

-Gracias, señor Ramsey -dijo Tagomi-. Ha sido un acto muy estimable el habernos informado tan correctamente. -Baynes y el general Tedeki escuchaban rígidos-. Señores -les dijo Tagomi-, no cabe duda de que eliminaremos a los asesinos de la SD antes de que lleguen a esta planta. -Dirigiéndose al señor Ramsey, dijo-: Señor Ramsey, quite la fuerza de los ascensores.

-Sí, señor Tagomi. -Ramsey cerró la comunicación.

-Esperemos -dijo Tagomi. Abrió el cajón de su mesa y sacó una caja de madera de teca. De ella sacó, perfectamente conservado, un Colt 44 de la Guerra Civil de Estados Unidos de 1860, un auténtico tesoro para los coleccionistas. Sacó una caja de pólvora, balas y fulminantes. Empezó a cargar el revólver. Baynes y el general Tedeki le miraron con los ojos desorbitados.

-Parte de mi colección personal -dijo Tagomi-. Muchos bromean acerca de su rapidez en las prácticas de tiro. Admito comparaciones con otros admiradores de los concursos. Pero el uso adecuado he tenido que retrasarlo.

Sujetando la pistola correctamente, apuntó a la puerta del despachó y se sentó a esperar.

En el banco de trabajo del taller del sótano, Frank Frink se sentó en el taburete. Sostenía un pendiente de plata a medio terminar contra el ruidoso pulidor de algodón. Motas de polvo le salpicaban las gafas y le ennegrecían las uñas. El pendiente, en espiral, como la concha de un caracol, se calentó por la fricción, pero Frink, profesionalmente, volvió de nuevo a la tarea.

-No lo dejes demasiado brillante -dijo Ed McCarthy-. Sólo toca los salientes. Olvídate de los entrantes completamente.

Frank Frink gruñó.

-El mercado para la plata no demasiado pulida es mucho mejor. Los trabajos en plata deben tener una apariencia vieja.

Mercado, pensó Frink.

No había vendido nada. Excepto los envíos a *Artesanía Artística Americana*, no había colocado nada más. Y habían visitado cinco tiendas en total.

No estamos ganando dinero, se dijo Frink. Estamos haciendo cada vez más joyas y no hacen más que amontonarse a nuestro alrededor.

El tornillo posterior del pendiente se enganchó en la rueda; la pieza saltó de las manos de Frink hacia el pulido escudo. Luego cayó al suelo. Frink apagó el motor.

-No la pierdas -dijo McCarthy desde el soplete.

-Cristo. Es del tamaño de un guisante. No hay forma de ponerle un agarre.

-Bueno, ponlo de todas formas.

¡Al infierno con todo!, pensó Frink.

-¿Cuál es el problema? -dijo McCarthy al ver que no se movía para buscar el pendiente.

-Estamos tirando el dinero para nada -dijo Frink.

-No podemos vender lo que no hemos hecho.

-No podemos vender nada -dijo Frink-, hecho o sin hacer.

-Cinco tiendas. Gotas en el mar.

-Pero la tendencia -dijo Frink- nos vale para saberlo.

-No te engañes a ti mismo.

-No lo hago.

-¿Qué significa eso?

-Significa que ya es hora de empezar a buscar mercado para la chatarra.

-Está bien -dijo McCarthy-. ¿Abandonas?

-Sí.

-Voy a seguir yo solo -y encendió el soplete.

-¿Cómo dividiremos el material?

-No lo sé. Pero encontraremos un modo.

-Compra mi parte -dijo Frink.

-¡Infierno, no!

-Págame seiscientos dólares -calculó Frink.

-No, tienes la mitad de todo.

-¿Medio motor?

Los dos se quedaron en silencio.

-Hay más tiendas -dijo McCarthy-. Ya hablaremos de ello. -Se bajó la máscara y se puso a soldar una sección de varilla de cobre en el puño de una pulsera.

Frank Frink se apartó del banco. Localizó el pendiente con forma de caracol y lo volvió a colocar en la caja de cartón de las piezas incompletas.

-Voy a salir fuera para fumar -dijo, y caminó a través del sótano hacia las escaleras.

Un instante después estaba en la acera, con un T'ien-lay entre los dedos.

Todo ha terminado, se dijo. No necesito que me lo diga el oráculo. Reconozco lo que es el momento. El olor está ahí mismo. Fracaso.

Y es realmente difícil decir por qué. Quizá, teóricamente, podríamos continuar. Tienda por tienda, por otras ciudades. Pero algo anda mal. Y todos los esfuerzos e ingenuidad no lo cambiarán.

Quisiera saber por qué.

Pero nunca lo conseguiré.

¿Qué debemos hacer? ¿Qué hacer si no?

Equivocamos el momento. Equivocamos el Tao. Remontamos el río en la dirección errónea. Y ahora, la disolución, el decaimiento. El yin nos tiene atrapados. La luz que nos mostró es tabú. No podemos hacer otra cosa que someternos.

Mientras permanecía allí fuera, bajo los aleros del edificio, fumando rápidas caladas de un pitillo de marihuana, sin hacer nada, sólo contemplando cómo pasaba el tráfico, un hombre de aspecto común y mediana edad, blanco, se le acercó calmosamente.

-¿Señor Frink? ¿Frank Frink?

-Lo sabía -dijo Frink.

El hombre sacó un documento doblado y se identificó.

-Soy del departamento de policía de San Francisco. Tengo un mandato

judicial para arrestarle.

Le tomó del brazo.

-¿Por qué? -preguntó Frink.

-Bueno, el señor Childan, de *Artesanía Artística Americana*.

El agente lo llevó enérgicamente por la acera. Otro agente se le unió. Iban uno a cada lado de Frink. Le empujaron hacia un Toyopet sin matricular.

Esto es lo que los tiempos requieren de nosotros, pensó Frink mientras le metían en el coche, sentado entre los dos agentes. Las puertas se cerraron. El coche era conducido por un tercer agente. Este último iba vestido con uniforme y se internó entre el tráfico. A estos hijos de puta son a quienes vamos a tener que someter.

-¿Tiene abogado? -le preguntó uno de los policías.

-No -dijo.

-Le darán una lista de nombres en la comisaría.

-Gracias -dijo Frink.

-¿Qué hace usted con el dinero? -le preguntó uno de los agentes un poco más tarde, según aparcaban en la calle Kearny, en el garaje de la comisaría.

-Gastarlo -contestó Frink.

-¿Todo?

No contestó.

Uno de los agentes sacudió la cabeza y se rió.

-¿Tu nombre real es Frink? -le preguntó uno de ellos cuando bajó del coche.

Frink sintió terror.

-Frink -repitió el agente-, eres un judío -y le mostró un carpetón gris-refugiado de Europa.

-He nacido en Nueva York -dijo Frank Frink.

-Eres un fugado de los nazis -dijo el agente-. ¿Sabes lo que eso significa?

Frank Frink se soltó y corrió por el aparcamiento. Los tres agentes saltaron. Y en la puerta de salida se encontró con un policía de uniforme y armado que le bloqueaba el paso. El policía sonrió y uno de ellos, el que llevaba pistola, le propinó un golpe con las esposas en el antebrazo.

Le levantó por la muñeca y el afilado metal le cortó la carne hasta el hueso. El agente le empujó por donde había venido.

-Vuelves a Alemania -dijo uno de los agentes sin quitarle ojo.

-Soy americano -dijo Frank Frink.

-Eres judío -dijo el agente.

-¿Va a ser recogido aquí? -preguntó uno de los policías mientras subían por las escaleras.

-No -dijo otro-. Lo entregaremos en el consulado alemán. Quieren juzgarlo bajo las leyes alemanas.

Después de todo, no había ninguna lista de abogados.

Durante veinte minutos Tagomi permaneció sin moverse de su mesa, sosteniendo el revólver y apuntando hacia la puerta, mientras que el señor Baynes se paseaba por el despacho. El viejo general, después de algunas consideraciones, levantó el teléfono e hizo una llamada a la embajada japonesa en San Francisco. No obstante, no pudo contactar con el barón Kaelemakule, el embajador. Un burócrata le informó que estaba fuera de la ciudad.

El general Tedeki estaba intentando poner una conferencia a través del

Pacífico, a Tokio.

-Voy a consultar con el Gabinete de Guerra -explicó al señor Baynes-. Ellos contactarán con las fuerzas militares imperiales destacadas cerca de nosotros. -No parecía muy preocupado.

Así que nos van a liberar en unas pocas horas, se dijo a sí mismo Tagomi. Posiblemente por marines japoneses desde un transporte armado con cañones y morteros.

Operar a través de canales oficiales es altamente eficiente en términos de resultado final... pero hay un lamentable periodo de retraso. Abajo gamberros vestidos con camisas negras se entretienen dando porrazos a secretarias y administrativos. De cualquier forma, era poco más lo que podía hacer él personalmente.

-Me pregunto si no sería peor tratar de encontrar al cónsul alemán -dijo Baynes.

Tagomi tuvo una visión de sí mismo haciendo una llamada a la señorita Ephreikian con su grabadora, para que tomara nota de una urgente protesta dirigida a *Herr* Hugo Reiss.

-¿Puedo llamar a *Herr* Reiss -dijo Tagomi- por la otra línea?

-Por favor -dijo Baynes.

Sosteniendo aún el Colt 44 de su colección, Tagomi pulsó un botón de la mesa. Sacó un teléfono no registrado, destinado a comunicaciones especiales.

Marcó el número del consulado alemán.

-Buenos días, ¿quién llama? -Una voz masculina enérgicamente acentuada. Indudablemente un subordinado.

Tagomi dijo:

-Su Excelencia *Herr* Reiss, por favor. Es urgente. Le habla el señor Tagomi, alto comisionado de la misión comercial imperial.

Utilizó su voz más dura y no sin sentido.

-Sí, señor. Un momento, por favor. -Pasó un largo momento. No se oía nada por el teléfono, ni siquiera chasquidos. Me limito a sostenerlo, atrapado en una trampa típicamente nórdica.

El general Tedeki esperaba al otro teléfono.

-Naturalmente, me están desconcertando -dijo paseando Baynes.

Al fin, la voz del funcionario se escuchó de nuevo.

-Siento haberle hecho esperar, señor Tagomi.

-En absoluto.

-El cónsul está en una conferencia. Como quiera...

Tagomi colgó.

-Desperdicio de esfuerzo, por no decir otra cosa -dijo, desconcertado-. ¿A quién más se puede llamar? La Tokkoka ya ha sido informada. También las unidades de la policía militar. A ésas no se las puede telefonear. ¿Llamar directamente a Berlín? ¿Al canciller del Reich, Goebbels? ¿Al destacamento aéreo del ejército imperial en Napa, pidiéndoles ayuda para un rescate por aire?

-Voy a llamar al jefe del SD, B. Kreuz vom Meere -decidió en voz alta-, y a quejarme agriamente con improperios declamatorios y chillidos. -Empezó a marcar el número de teléfono que figuraba en la guía de teléfonos de San Francisco como *«Lufthansa, Terminal Aérea de Envíos Asegurados»*. Mientras sonaba el teléfono dijo-: A vituperarlos con insultos histéricos.

-Hágalo a conciencia -dijo el general Tedeki, sonriendo.

Por el auricular, Tagomi oyó una voz que decía:

-¿Quién es?

Es más indiferente que mi propia voz, pero intentó seguir.

-Dése prisa -le pidió la voz.

-Estoy ordenando el arresto y enjuiciamiento de su banda de degolladores y degenerados que corren enloquecidos como bestias rubias y sin estribos, algo imposible de describir -gritó Tagomi-. ¿Me conoce, Kerl? Soy el señor Tagomi, el comisionado del gobierno imperial. Cinco segundos de renuncia a la legalidad y tendremos a las unidades de la Marina masacrándolos con bombas incendiarias de fósforo. Esto sería una pena para la civilización.

Al otro lado de la línea, el lacayo de la SD farfullaba ansiosamente.

Tagomi le guiñó un ojo al señor Baynes.

-... No sabemos nada acerca de todo eso -decía el lacayo.

-¡Mentiroso! -gritó Tagomi-. No nos queda otra elección. -Colgó de golpe el teléfono.

-No cabe duda de que se trata de una simple demostración de fuerza. Pero no puede hacer ningún daño, de ninguna forma.

Siempre cabe la posibilidad de debilitar a algunos elementos nerviosos, incluso en la SD.

El general Tedeki empezó a hablar. Pero justo entonces se oyó un tremendo estrépito en la puerta del despacho. Se calló. La puerta se abrió.

Dos hombres blancos y corpulentos aparecieron por ella, armados ambos con pistolas con silenciador. Señalaron al señor Baynes.

-*Da ist er* -dijo uno. Se dirigieron al señor Baynes.

Desde la mesa, Tagomi apuntó el Colt 44 de colección y apretó el gatillo.

Uno de los hombres de la SD cayó al suelo. El otro enarboló la pistola hacia Tagomi, que volvió a disparar. No lo escuchó, sólo vio una pequeña nubécula de humo procedente de la pistola. Oyó el silbido de una bala cerca de él. Con velocidad eclipsante, cargó el tambor del Colt y disparó una y otra vez.

La mandíbula del hombre de la SD reventó. Volaron por el aire trozos de hueso, carne y fragmentos de dientes. En la boca, observó Tagomi. Situación espantosa, especialmente con la bala ascendiendo. Los ojos del hombre de la SD sin mandíbula aún vivían. Aún me ve, pensó Tagomi. Los ojos perdieron el brillo y el de la SD se colapso lanzando un grito inhumano del fondo de la garganta.

Para enfermar.

Ningún otro hombre de la SD apareció por la puerta abierta.

-Posiblemente todo haya terminado -dijo el general Tedeki después de una pausa.

Tagomi se encargó en tres minutos de comunicarse con el exterior.

-Traigan ayuda médica de emergencia -dijo, dando instrucciones-. Hay un abominable criminal lesionado.

Ninguna respuesta, sólo un «hum».

Agachándose, Baynes recogió las dos pistolas alemanas. Le pasó una al general, quedándose él con la otra.

-Ahora le sacaremos de aquí -dijo Tagomi, volviendo a sentarse como antes con el Colt 44-. En este despacho formamos un triunvirato formidable.

Se oyó una voz procedente del vestíbulo.

-¡Gorilas alemanes, rendios!

-Ya nos hemos ocupado de ello -respondió Tagomi-. Los dos están muertos

o muriéndose. Entre y verifíquelo.

Un grupo de enérgicos empleados del *Nippon Times* apareció, algunos de ellos eran del equipo de rescate del edificio. Iban con hachas, y rifles, y con granadas de gases lacrimógenos.

-*Cause celébre* -dijo Tagomi-. El Gobierno de los Estados Americanos del Pacifico podría declarar la guerra al Reich sin dudarlo.

Abrió la pistola y dijo:

-Se acabó.

-Negarán la complicidad -dijo Baynes-. Es lo común. Sin cómputo de tiempo. -Dejó la pistola con silenciador en la mesa de Tagomi-. *Made in Japan.*

No era una broma. Era cierto. La pistola japonesa era de una calidad excelente. Tagomi la examinó.

-Y no como las alemanas -dijo Baynes. Había cogido el billetero del muerto-. Ciudadano de los Estados Americanos del Pacífico. Vivía en San José. Nada que le conecte con la SD. El nombre es Jack Sanders. -Dejó caer el billetero.

-Un atraco -dijo Tagomi-. Motivo: nuestra caja fuerte. No hay motivos políticos. -Se levantó.

En cualquier caso, el atentado, asesinato o secuestro de la SD había fracasado. Al menos, aquel primer golpe. De lo que no había duda es que conocían la identidad de Baynes y que habían ido por él.

-El pronóstico -dijo Tagomi- es lúgubre.

Sopesó si en esta instancia el oráculo fuera de utilidad. Quizá pudiera protegerlos. Prevenirles, escudarles con su consejo.

Aún completamente agitado empezó a descender los cuarenta y nueve majestuosos escalones de madera. Decidió que era una situación confusa y anómala. Ninguna inteligencia humana podría descifrarla; únicamente la unión mental de cinco mil años de antigüedad. La sociedad totalitaria alemana se parecía a alguna forma carente de vida, peor que las cosas naturales. Pero en todas sus dosis por su mezcla de inutilidad.

Aquí, pensó, la SD actúa como un instrumento político aventajado con sede en Berlín. ¿Dónde está el compuesto que da sentido? ¿Qué es realmente Alemania? ¿Qué ha sido siempre? Es casi como la parodia de una pesadilla enfrentada a los problemas de la existencia.

El oráculo lo cortaría transversalmente. Incluso carnadas de gatos fanáticos, como aquellos nazis alemanes, resultarían comprensibles para el *«I Ching»*.

Baynes, viendo cómo Tagomi distraídamente manejaba un manojo de palillos, reconoció lo profunda que era la destreza de aquel hombre. Para él, pensó Baynes, aquel suceso en el que había mutilado y matado a dos hombres no era sólo terrible sino inexplicable. ¿Qué podría decirle para consolarle? Disparó en mi lugar; la responsabilidad moral de esas dos vidas es mía, y lo acepto. Así es como lo veo.

Volviendo junto al señor Baynes, el general Tedeki dijo con voz baja:

-Usted ha sido testigo de la desesperación del hombre. Ha visto cómo puede afectarle todo a un budista. Aunque no lo sea formalmente, la influencia ha estado presente. Una cultura en la que ninguna vida puede ser arrebatada. Todas las vidas son sagradas.

Baynes asintió con la cabeza.

-Recobrará el equilibrio -continuó el general Tedeki-, en el momento

oportuno. Ahora no tiene puntos de referencias que le puedan hacer comprender sus actos. Ese libro le ayudará, ya que provee de un marco externo de referencia.

-Entiendo -dijo Baynes. Y pensó: otro marco de referencia que le ayudaría sería la doctrina del pecado original. Me pregunto si habrá oído hablar de él. Todos estamos condenados a cometer actos de crueldad, violencia o maldad; ése es nuestro sino, debido a antiguos factores. Nuestro *karma.*

Para salvar una vida, Tagomi tuvo que quitar dos. Un equilibrio mental lógico no podía encontrar en aquello ningún sentido. Un hombre como Tagomi podría enloquecer por las implicaciones de aquella realidad.

Sin embargo, pensó Baynes, el punto crucial no está ni en el presente, ni en mi muerte, ni en la muerte de los dos hombres de la SD, sino que está, hipotéticamente, en el futuro. Lo que ha sucedido aquí se justificará por lo que suceda más tarde. ¿Podríamos salvar la vida de millones, la de todo el Japón?

Pero el hombre que manipulaba los palillos no podía pensar en aquello; el presente, la actualidad, era demasiado tangible, el alemán muerto y el moribundo que había en el suelo del despacho.

El general Tedeki tenía razón. El tiempo le devolvería la perspectiva a Tagomi. O eso, o, tal vez, se retraería en las sombras de una enfermedad mental, extraviando para siempre su mirada, debido a una perplejidad sin esperanza.

Y nosotros, realmente, no somos diferentes de él, pensó Baynes. Nos enfrentamos con la misma confusión. Por ello, desafortunadamente, no podemos ayudar a Tagomi. Sólo podemos esperar, confiando en que finalmente se recobre y no sucumba.

## 13

En Denver encontraron modernas tiendas de ropa *chic*. La ropa, pensó Juliana, es increíblemente cara. Pero, aquello no parecía importarle a Joe; se limitaba a pagar cuanto ella cogía para luego apresurarse hasta la siguiente tienda.

Su principal compra -después de muchos vestidos probados y muchas deliberaciones y rechazos- la hicieron a última hora del día: un vestido italiano azul claro con pantaloncillos cortos, mangas emplumadas y un escote exageradísimo. Juliana había visto en una revista europea de modas a una modelo vistiendo uno igual; era el mejor estilo del año, y a Joe le costó casi doscientos dólares.

Para conjuntar con él necesitaría tres pares de zapatos, y medias de nylon, varios sombreros y un bolso negro de piel hecho a mano. Y, además, Juliana descubrió que el escote del vestido italiano necesitaba un nuevo sujetador que sólo la cubriese la parte baja de los pechos. Mirándose en el espejo de cuerpo entero de la tienda, se sintió expuesta y ligeramente insegura cuando se vio al inclinarse. Pero la vendedora aseguró que el sujetador de media copa permanecería firme en su puesto, aunque no llevase tirantes.

Justo hasta el pezón, pensó, mirándose en el vestidor. Ni un milímetro más. El sujetador también había costado bastante, incluso era importado. Y hecho a mano, como le explicó la vendedora. La dependienta le había

mostrado ropa de *sport*, pantalones y trajes de baño y una bata de playa. Pero Joe, de pronto, se sintió agitado. De modo que salieron.

Mientras Joe cargaba los paquetes y bolsas en el coche, Juliana le dijo:

-¿No crees que voy a estar bárbara?

-Sí -dijo Joe con voz preocupada-. Especialmente con ese vestido azul. Te lo pondrás cuando vayamos donde Abendsen, ¿entendido? -Dijo las últimas palabras secamente, como si fueran una orden: el tono sorprendió a Juliana.

-Tengo una talla cuarenta o cuarenta y dos -dijo Juliana al entrar en la siguiente *boutique*. La vendedora sonrió agradablemente y les acompañó a los colgadores. ¿Qué más necesito?, se preguntó Juliana. Mejor coger cuanto pueda y mientras pueda. Lo miró todo de una vez: blusas, faldas, jerseys, pantalones, abrigos... Sí, un abrigo-. Joe -dijo-, necesito un abrigo largo. Pero que no sea de tela.

Se quedaron con uno de fibra sintética alemana; era más duradero que la piel natural, y más barato. Pero no terminaba de agradarla. Para animarse, echó un vistazo a la sección de joyería. Todo eran baratijas, sin imaginación ni originalidad.

-Me gustaría tener alguna joya -le explicó a Joe-. Unos pendientes por lo menos. O un pasador... algo que vaya con el vestido azul. -Le condujo por la acera hasta una joyería-. También tú necesitas algo de ropa -recordó Juliana, culpable-. También tenemos que buscar algo para ti.

Mientras Juliana buscaba alguna joya, Joe se detuvo en una peluquería para arreglarse el cabello. Cuando volvió, media hora después, ella se asombró. No sólo se había cortado el pelo al máximo, sino que se lo había teñido. Difícilmente habría podido reconocerle; iba de rubio. Santo cielo, pensó mirándole fijamente. ¿Por qué?

-Estoy cansado de ser latino -dijo Joe, encogiéndose de hombros. No dijo más; se negó a discutirlo cuando entraron en una tienda de ropa de hombre y empezaron a comprar algo para él.

Se compró un traje magníficamente cortado de Dupont, hecho con una nueva fibra sintética, dacrón. Y calcetines nuevos, ropa interior, y un par de zapatos de afilada puntera. Ahora, ¿qué?, pensó Juliana. Camisas. Y corbatas. Ella y el vendedor eligieron dos camisas blancas de puño francés, varias corbatas francesas y un par de gemelos de plata. Sólo tardaron cuarenta minutos en comprar todo lo de Joe. Comparándolo con lo suyo, Juliana se sorprendió de que fuese tan fácil.

El traje, pensó Juliana, habría que arreglárselo. Pero Joe de nuevo se impacientó. Pagó la factura con cheques del Reichsbank. Falta una cosa, observó Juliana. Una billetera nueva para él. Entre ella y el encargado eligieron una billetera de piel de caimán. Con aquello acabaron. Dejaron la tienda y regresaron al coche. Eran las cuatro y media y las tiendas, por lo que Joe sabía, estaban ya cerradas.

-¿No quieres que te acorten un poco la línea del talle? -le preguntó a Joe mientras conducía entre el tráfico hacia el centro de Denver-. En tu traje...

-No. -La voz fue brusca e impersonal; la sobresaltó.

-¿Qué es lo que va mal? ¿He comprado demasiado? -Sé que es eso, se dijo para sí misma. Gasto mucho, demasiado-. Puedo devolver alguna de las faldas.

-Vamos a cenar -dijo.

-¡Oh, Dios! Ya sé lo que me falta. Guantes de noche.

Joe la miró ferozmente.

-No quieres que me ponga algún bonito pijama nuevo. Así estaré fresquita y...

-No. -Sacudió la cabeza-. Olvídalo. Busca un sitio para comer.

-Bueno -dijo Juliana con voz monocorde-. Vamos antes a registrarnos en el hotel. Así podremos cambiarnos. Comeremos más tarde.

Y será mejor que sea un buen hotel, pensó, o todo se acabó. Ya preguntaremos en el hotel cuál es el mejor sitio de Denver para comer. Y el nombre de un buen club donde podamos ver algún espectáculo de los que sólo se ven una vez en la vida; no algún talento local, sino algún nombre famoso en Europa, como Eleanor Pérez o Willie Beck. Sé que ha habido grandes estrellas de la UFA que han venido a Denver. He visto los anuncios. Y no quiero salir por menos.

Mientras buscaban un buen hotel, Juliana miró al hombre que estaba a su lado. Con ese cabello rubio y corto y la ropa nueva, no parece el mismo, pensó. ¿Me gustará más así? Era difícil decirlo. Y cuando yo haya podido ir a la peluquería... seremos personas distintas. O casi. Creadas de la nada, sin dinero. Tengo que conseguir que me arreglen el pelo, se dijo.

Encontraron un majestuoso hotel en el centro de Denver, con portero uniformado. El hombre repartió algunas órdenes para que les aparcaran el coche. Aquello es lo que Juliana quería. Un botones -que ya era todo un hombre, aunque siguiese llevando el uniforme marrón- acudió rápidamente y transportó todo su equipaje, todas sus bolsas, dejándoles sin nada que hacer salvo subir por la amplia escalera enmoquetada, bajo el toldo, atravesar las puertas de cristal y caoba y entrar al vestíbulo.

A ambos lados del vestíbulo había pequeñas tiendas, floristerías, regalos, dulces, teléfonos públicos, una oficina para reservar vuelos, las actividades de los huéspedes en recepción y los ascensores, grandes plantas en jardineras, y, bajo sus pies, una moqueta gruesa y suave. Juliana podía oler el hotel, la gente, la actividad. Las señales de neón indicaban la dirección en que se hallaba el restaurante del hotel, el salón de *cocktails*, el bar. Apenas pudo captarlo todo mientras cruzaban el vestíbulo y llegaban al mostrador de recepción.

Incluso había una librería.

Mientras Joe firmaba el registro, se excusó y se apresuró a llegar a la librería para ver si tenían *«La langosta»*. Sí, estaba allí, un buen montón de ejemplares con anuncios que decían lo buen libro y lo importante que era y, por supuesto, que estaba prohibido en las regiones dominadas por los alemanes. Una señora de mediana edad, sonriente, una abuelita, la esperaba. El libro costaba casi cuatro dólares, lo que a Juliana le pareció un excelente negocio.

Pagó con un cheque del Reichsbank que sacó del bolso nuevo y regresó corriendo para reunirse con Joe.

El botones les condujo al ascensor, precediéndoles. Les acompañó al segundo piso, por el pasillo -silencioso, enmoquetado, cálido-, hasta la soberbia habitación. El botones les abrió la puerta, lo metió todo, arregló la ventana y dio las luces; Joe le dio una propina y luego el mozo se marchó, cerrando la puerta a sus espaldas.

Todo se desarrollaba como ella quería.

-¿Cuánto tiempo estaremos en Denver? -le preguntó a Joe, que empezaba a abrir los paquetes encima de la cama-. ¿Antes de que vayamos a Cheyenne?

Joe no contestó. Estaba inmerso en el contenido de la maleta.

-¿Un día o dos? -preguntó al tiempo que sacaba el abrigo nuevo-. ¿Crees que podremos estar *tres*?

-Vamos a irnos esta noche -contestó Joe levantando la cabeza.

En un primer momento, Juliana no le entendió; y, cuando lo hizo, no podía creerle. Se le quedó mirando y él se volvió ceñudo hacia ella, casi insultante, con el rostro contraído por la tensión, una tensión más grande de la que ella hubiera visto en ningún ser humano. Joe no se movió; parecía paralizado, con las manos llenas de ropa, el cuerpo encorvado.

-Después de cenar -añadió.

Juliana fue incapaz de decir nada.

-Me voy a poner ese vestido azul que costó tanto -dijo-. El que te gusta; el realmente bueno, ¿entiendes?

Joe empezó a desabotonarse la camisa.

-Me voy a afeitar y a tomar una ducha caliente. -Su voz tenía una cualidad metálica, como si estuviera hablando desde millas de distancia, a través de alguna especie de instrumento. Dando la vuelta caminó hacia el baño con pasos rígidos y a tirones.

-Es demasiado tarde para irnos ahora -consiguió decir Juliana a duras penas.

-No. Habremos acabado de cenar a eso de las cinco y media, las seis como muy tarde. Podemos llegar a Cheyenne en unas dos horas o dos horas y media. Serán nada más las ocho y media. Las nueve, como máximo. Podemos telefonear desde aquí. Dile a Abendsen que vamos, explícale cuál es la situación. Una conferencia le impresionará. Dile... que estamos volando a la costa oeste; que estaremos en Denver sólo esta noche. Pero que estamos tan entusiasmados con su libro que vamos a ir en coche hasta Cheyenne y volver esta misma noche para aprovechar la ocasión.

Algo pareció romperse dentro de Juliana.

-¿Por qué?

Las lágrimas empezaron a saltársele y apretó los puños, con el pulgar hacia dentro, como hacia de niña; sintió que la mandíbula le oscilaba y que, cuando hablaba, su voz difícilmente podía oírse.

-No quiero ir a verle esta noche; no voy, no quiero ir hoy, ni tampoco mañana. Lo que quiero ver es esto. Como me prometiste. -Y, mientras hablaba, el temor reaparecía y se anidaba en su pecho, aquel pánico ciego tan peculiar que apenas había perdido incluso en los mejores momentos junto a él. Todo llegó al límite y la situación la dominó, aflorándole al rostro, brillando tanto hacia fuera que él se pudo dar cuenta.

-Llamaremos -dijo Joe- y, luego, cuando regresemos, visitaremos todo lo que haya por aquí. -Parecía razonable, pero seguía con la misma rigidez cadavérica, como si estuviera recitando.

-No -dijo Juliana.

-Ponte el vestido azul. -Rebuscó entre los paquetes hasta que lo encontró dentro de la caja más grande. Cuidadosamente, desató la cinta, sacó el vestido y lo colocó sobre la cama con delicadeza, sin darse prisa-. ¿De acuerdo? Vas a estar divina. Escucha. Compraremos una cara botella de whisky y nos la beberemos por el camino. *Vat 69*.

Frank, pensó. Ayúdame. Estoy metida en algo que no entiendo.

-Está más lejos de lo que crees -contestó-. He mirado en el mapa. Será realmente tarde cuando lleguemos, pasadas las once, o la medianoche.

-Ponte el vestido -dijo Joe-, o te mataré.

Cerrando los ojos. Juliana empezó a reírse sofocadamente. El entrenamiento, recordó. Es cierto, después de todo; ya veremos. ¿Puede matarme o me bastará con pellizcarle un nervio de la espalda para dejarle paralítico de por vida? Pero él luchó contra los comandos británicos; hace ya mucho tiempo que lleva practicando todo esto.

-Quizá me puedas -dijo Joe-. Quizá no.

-Derribarte, no -dijo-. Te lisiaré permanentemente. Puedo hacerlo. Viví en la costa oeste. Los japoneses me enseñaron, cuando estuve en Seattle. Si quieres, te vas a Cheyenne solo y me dejas aquí. No trates de obligarme. Te tengo miedo e intentaré... -Su voz se quebró-. E intentaré herirte en cuanto te acerques a mí.

-Oh, vamos, ponte el maldito vestido. ¿A qué viene todo esto? Debes tener la cabeza hueca, hablando sobre matar y lisiar sólo porque quiero que subas al coche después de cenar y te vengas conmigo a visitar a ese amigo cuyo libro...

Un golpe en la puerta.

Joe se dirigió a ella y la abrió. Un chico uniformado le dijo desde el pasillo:

-Servicio de habitaciones. Lo solicitó en recepción, señor.

-Oh, sí -dijo Joe, dando unas zancadas hasta la cama; recogió las camisas blancas que se había comprado y se las entregó al botones-. ¿Estarán en media hora?

-Sólo planchar los dobleces -dijo el chico, examinándolas-. No hay que lavarlas. Si, estoy seguro de que podremos hacerlo, señor.

Cuando Joe cerró la puerta, Juliana le dijo:

-¿Cómo sabías que una camisa blanca nueva no podía usarse sin antes plancharla?

Joe no dijo nada. Se encogió de hombros.

-Lo había olvidado -dijo Juliana-. Y una mujer debe saber que... cuando las sacas del celofán, están totalmente arrugadas.

-Cuando era más joven solía vestirme y salir mucho.

-¿Cómo sabías que el hotel tenía servicio de habitaciones? Yo no lo sabía. ¿Realmente llevas el cabello corto y teñido? Creo que tu pelo siempre ha sido rubio, y que usabas peluca. ¿Me equivoco?

De nuevo, se encogió de hombros.

-Debes ser un miembro de la SD -dijo-. Pasando por camionero indocumentado. Nunca combatiste en el Norte de África, ¿verdad? Se supone que has venido aquí a matar a Abendsen, ¿no es así? Sé que es cierto. Creo que soy muy estúpida. -Se sintió totalmente seca, marchita.

Tras una pausa, Joe volvió a hablar.

-Sí que combatí en el Norte de África. Pero no lo hice con las Baterías de artillería de Pardi. Lo hice con las de los *Branderburgers* -añadió-: Comando de la *Wehrmacht*. Estuve infiltrado en el cuartel general británico. No veo la diferencia que pueda haber; vivimos toda la acción. Y estuve en El Cairo; gané una medalla y fui citado en la orden del día. Cabo.

-La pluma, ¿es un arma?

No contestó.

-Una bomba -comprendió de pronto, diciéndolo en voz alta-. Es una bomba trampa, dispuesta para que explote en cuanto alguien la toque.

-No -dijo-. Lo que estás viendo es un radiotransmisor de dos watios. Así puedo estar en contacto por radio. Por si hay un cambio de planes causado

por la inestabilidad política de Berlín.

-Comprobarás con ellos antes de hacerlo. Para estar seguro.

Joe asintió.

-No eres italiano, eres alemán.

-Suizo.

-Mi marido es judío -dijo Juliana.

-No me importa lo que sea tu marido. Lo único que me importa es que te pongas ese vestido y te arregles para que podamos bajar a cenar. Péinate un poco. Ojalá hubieras ido a la peluquería. Puede que todavía esté abierto el salón de belleza del hotel. Vete mientras me traen las camisas y me ducho.

-¿Cómo le vas a matar?

-Por favor -pidió Joe-, ponte el vestido nuevo, Juliana. Voy a llamar a recepción para que me informen de la peluquería. -Caminó hasta el teléfono.

-¿Por qué me necesitas a tu lado?

Joe le contestó mientras marcaba.

-Tenemos un expediente sobre Abendsen y parece que le atraen cierto tipo de mujeres morenas y libidinosas. Un tipo especial del Oriente Medio o del Mediterráneo.

Mientras Joe hablaba por teléfono, Juliana fue a la cama y se tumbó. Cerró los ojos y se pasó un brazo por el rostro.

-Tienen peluquero -dijo Joe después de colgar el teléfono-. Y pueden ocuparse de ti ahora mismo. Baja al salón. Está en el entresuelo. -Le entregó algo a Juliana. Cuando ella abrió los ojos vio que eran más cheques del Reichsbank-. Págale.

-Deja que me quede aquí echada. ¿Quieres, por favor?

La contempló con una mirada de aguda curiosidad e interés.

-Seattle es como San Francisco podría haber sido -dijo- de no haber existido el gran incendio. Edificios de madera, antiguos, y algunos puentes y tan montañoso como San Francisco. Los japoneses parece que volvieron allí a un tiempo anterior a la guerra. Tienen un barrio entero con oficinas, casas, tiendas, todo muy viejo. Es un puerto. El viejo japonés que me enseñó... llegué acompañada por un chico de la marina mercante y mientras estuve en Seattle empecé a tomar lecciones. Minouru Ichoyasu; usaba chaleco y corbata. Tan redondo como un yo-yó. Enseñaba en un piso alto en un edificio japonés de oficinas; en la puerta tenía un cartel dorado y pasado de moda, y una sala de espera como la de los dentistas. Hasta había números del *«National Geographics»*.

Inclinándose sobre ella, Joe la cogió del brazo y la obligó a sentarse. La agarró para sujetarla.

-¿Qué te pasa? Es como si estuvieras enferma. -La miró a la cara, estudiando sus gestos.

-Me estoy muriendo -dijo.

-Sólo es un ataque de ansiedad. ¿No habías tenido ninguno antes? Puedo traerte un sedante de la farmacia del hotel. ¿Fenobarbital? Y llevamos sin comer desde las diez. Todo pasará. En cuanto lleguemos a casa de Abendsen. No hace falta que hagas nada, sólo estar a mi lado. Yo hablaré. Sólo tienes que sonreír y ser agradable conmigo y con él. Acompañarle y darle conversación, para que esté con nosotros y no se vaya a otra parte. Cuando te vea, estoy seguro de que nos dejará entrar, especialmente si vas con ese vestido italiano tan escotado. Si fuese él, yo también te dejaría entrar.

-Deja que vaya al cuarto de baño -dijo-. Estoy enferma. Por favor. -Forcejeó para soltarse-. Me siento mal... déjame ir.

La dejó y Juliana recorrió la habitación, llegó al baño y cerró la puerta.

No puedo hacerlo, pensó. Encendió la luz; el brillo la deslumbró. Bizqueaba. No puedo encontrarlo. En el amianto de las medicinas había un pequeño paquete de cortesía con cuchillas de afeitar, jabón, pasta de dientes. Abrió el paquete de cuchillas. Con un solo filo, sí. Sin envoltorio. Las nuevas cuchillas de acero engrasadas.

El agua corría en la ducha. Se metió dentro. Santo cielo, tenía puesta la ropa. Estropeada. La ropa pegada al cuerpo. El pelo enmarañado. Horrorizada, tropezó, medio desfallecida, buscando a tientas la salida. El agua la corría por las medias... empezó a gritar.

Joe la encontró junto a la bañera, en pie. Se había quitado el traje estropeado; estaba desnuda, apoyándose en un brazo... Inclinada. Descansando.

-Jesucristo -le dijo cuando se dio cuenta de su presencia-. No sé qué hacer. He estropeado el traje de punto. Es de lana. -Lo señaló, volviéndose para ver el montón de ropa calada.

Joe, muy tranquilo, aunque impresionado, le dijo:

-Bueno, no lo ibas a usar de todos modos. -La ayudó a secarse con una esponjosa toalla blanca del hotel, la llevó desde el baño a la caldeada sala enmoquetada-. Ponte la ropa interior... ponte algo. Voy a pedir que suba el peluquero. Tiene que hacerlo, no le queda más remedio. -Descolgó de nuevo el teléfono y marcó.

-¿Qué me habías dicho sobre unas pastillas? -le preguntó cuando acabó de telefonear.

-Me había olvidado. Llamaré a la farmacia. No, espera. Tengo algo. Nembutal, o algo parecido. -Apresurándose hasta llegar a la maleta, empezó a rebuscar.

Cuando le iba a dar dos cápsulas amarillas, Juliana le preguntó:

-¿Me destruirán? -Las aceptó torpemente.

-¿Qué? -dijo Joe. Su cara se contrajo nerviosamente.

Que se me pudran las piernas. Que se me sequen las ingles, pensaba.

-Lo que quería decir -siguió con cautela- es que si debilitarían mi concentración.

-No. Es un producto *A. G. Chemie* que me dieron en mi país. Lo uso cuando no puedo dormir. Te daré un vaso de agua. -Corrió a buscarlo.

La cuchilla, pensó. Me las trago; ahora corto los lazos para siempre. Castigo. Casada con un judío y viviendo con un asesino de la Gestapo. De nuevo sintió lágrimas en los ojos, como si estuvieran hirviendo. Por lo que hice. Hundida.

-Déjalo -dijo agachándose-. La peluquera.

-¡No te has vestido! -La empujó, la sentó, trató de ponerla las bragas, sin éxito-. Tengo que conseguir que te arreglen el pelo -dijo con voz desesperada-. ¿Dónde esta esa *Hur*, esa mujer?

Despacio y penosamente dijo:

-El pelo esconde manchas de la piel. Manchas que no se pueden quitar con un gancho. El gancho de Dios. Pelos, manchas, *hur*. He tomado las píldoras. Probablemente, ácido de trementina. Llegan a todas partes. Eligieron lo más peligroso, eficaz y corrosivo para devorarme para siempre.

Mirándola de frente, Joe palideció. Lee dentro de mi mente, pensó Juliana.

Lee mi mente con una máquina, aunque no la haya encontrado.

-Esas pastillas -dijo- me tienen confundida... y me han aturdido.

-No te las has tomado -dijo Joe. Le señaló la mano cerrada; Juliana se dio cuenta de que todavía las tenía allí.

-Estás mentalmente enferma -dijo Joe era una masa pesada, lenta, inerte-. Estás muy enferma. No podemos ir.

-Al médico no -dijo Juliana-. Me pondré bien. -Trató de sonreír; le miró a la cara para ver si lo había conseguido. El reflejo de su cerebro ha captado mis decadentes pensamientos.

-No puedo llevarte a casa de Abendsen. Hoy desde luego que no. Mañana. Tal vez te encuentres mejor. Mañana lo intentaremos. Tenemos que hacerlo.

-¿Puedo ir de nuevo al baño?

Joe asintió, con el rostro preocupado, apenas escuchándola. Juliana volvió al cuarto de baño; volvió a cerrar la puerta. En el armarito había más cuchillas. Tomó una en la mano derecha. Salió de nuevo.

-Adiós -dijo.

Mientras Juliana abría la puerta del pasillo, Joe empezó a vociferar, zarandeándola furiosamente.

Desaparecer.

-Esto es demasiado -dijo-. Violaron. Tengo que saberlo. -Preparada para un tirón del bolso; contra los numerosos ladrones nocturnos a los que puedo manejar. ¿Dónde se ha ido éste? Le golpeó en el cuello como si fuera un conejo, ejecutando una danza-. No te acerques -le dijo-. No te pongas en mi camino a menos que quieras que te dé una lección. Sólo mujeres.

Salió, tras abrir la puerta, enarbolando la cuchilla. Joe estaba sentado en el suelo, con las manos apretadas alrededor de la garganta, como si estuviera tomando el sol.

-Adiós -le dijo cerrando de un portazo. Estaba en el caldeado pasillo enmoquetado.

Una mujer de traje blanco, tarareando, empujaba un carrito a lo largo del corredor, con la cabeza gacha. Miraba los números de las puertas y, al llegar frente a la de Juliana, la mujer levantó la cabeza y la mirada se le desorbitó.

-Oh, cielos -exclamó-. Realmente está usted lista. Necesita algo más que un peinado... entre en la habitación y vístase antes de que la echen del hotel. Por Dios. -Abrió la puerta pasando por detrás de Juliana-. ¿La ha pegado su hombre? Diré a los del servicio de habitaciones que le traigan un café caliente. Por favor, entre en la habitación. -Mientras empujaba a Juliana al interior de la habitación, sujetó la puerta, la cerró y el sonido del carro se fue apagando.

La peluquera, descubrió Juliana. Mirándose, vio que no llevaba nada puesto; la mujer tenía razón.

-Joe -dijo-. No querían dejarme. -Encontró la cama, abrió la maleta y sacó algo de ropa. Ropa interior, una blusa, una falda... un par de zapatos bajos de tacón-. Hazme volver -dijo. Encontró un peine y se alisó el cabello a toda prisa, luego se lo cepilló-. Esa mujer de fuera tenía razón, era chocante. -Levantándose, fue hasta el espejo-. ¿Está mejor? -Se miró en el espejo de la puerta del armario, se dio una vuelta, poniéndose de puntillas-. Estoy tan agobiada -dijo, mirando a su alrededor y buscándole-. Me cuesta trabajo saber lo que estoy haciendo. Tienes que haberme dado algo que me ha puesto enferma... en vez de ayudarme.

Joe seguía sentado en el suelo, con las palmas de las manos en el cuello.

-Escucha -dijo Joe-. Eres muy buena. Me has cortado la aorta. La arteria del cuello.

-Oh, Dios -dijo con una risita nerviosa, tapándose la boca con la mano-. Eres un monstruo. Bueno... que usas palabras equivocadas. La aorta se encuentra en el pecho; quieres decir la carótida.

-Si suelto -dijo Joe-, me desangraré en dos minutos. Lo sabes. Busca ayuda, un médico, una ambulancia. ¿Me entiendes? ¿Quieres decirme algo? Evidentemente. Está bien... ¿llamas a alguien o vas a buscar ayuda?

Tras considerarlo unos momentos, Juliana le dijo:

-Intenté decírtelo.

-Bien -dijo Joe-. Me da igual cómo, buscas ayuda. Hazlo por mí. Ve. No tengo la herida completamente taponada. -La sangre le corría entre los dedos, se fijó Juliana, muñecas abajo. Caía al suelo-. No me atrevo a moverme. Tengo que quedarme aquí.

Juliana se puso el abrigo nuevo, cerró el bolso de piel hecho a mano, metió en la maleta todos los paquetes suyos que podía cargar; se aseguró de coger la gran caja del vestido azul cuidadosamente doblado dentro. Cuando abrió la puerta del pasillo se volvió para mirarle.

-Quizá pueda decírselo a los de recepción -dijo al salir.

-Sí -dijo Joe.

-Está bien -asintió Juliana-. Se lo diré. No me vayas a buscar al apartamento de Canon City... no regresaré allí. Y tengo todavía muchos cheques del Reichsbank, así que, ya ves, a pesar de todo, estoy de maravilla. Adiós. Lo siento. -Cerró la puerta y avanzó a lo largo del pasillo tan rápidamente como pudo, con la maleta y los paquetes.

En el ascensor, un bien vestido hombre de negocios de cierta edad y su esposa la ayudaron; le cogieron los paquetes y en la planta baja se los entregaron a un botones.

-Gracias -les dijo Juliana.

Cuando el botones hubo llevado ya sus maletas por el vestíbulo y las dejó en la acera, encontró al empleado del hotel que le explicó cómo recoger el coche. No tardó en estar de pie en el frío pavimento de asfalto del garaje que había junto al hotel, esperando a que el encargado le llevara el Studebaker. Tenía bastante cambio en el bolso y le dio una propina. Lo siguiente de lo que fue consciente era de que conducía por una rampa iluminada por luces amarillas y que entraba en una calle oscura, con luces, coches y anuncios de neón.

El uniformado portero del hotel metió personalmente su equipaje en el maletero, sonriendo animosamente, lo que le valió una enorme propina. Nadie trató de detenerla, y aquello la extrañó. Ni siquiera se inmutaron. Suponía que pensarían que sería él quien pagase, decidió. O, tal vez, incluso lo había hecho al inscribirse.

Mientras esperaba en un semáforo, recordó que no había dicho nada de que Joe estaba sentado en el suelo de la habitación esperando un médico. Seguirá esperando hasta el fin del mundo, o hasta que le encuentre la mujer de la limpieza, mañana u otro día. Mejor vuelvo, decidió, o llamo por teléfono. Me detendré junto a una cabina.

Es tan estúpido, pensó mientras buscaba un sitio para aparcar y telefonear. ¿Quién lo habría dicho hace una hora? Cuando nos registramos, cuando nos detuvimos... si hubiésemos subido, vestido y salido para cenar,

incluso hubiéramos ido a un *cabaret*. Empezó a chillar de nuevo, lo notó. Las lágrimas la corrían por la nariz, cayendo a la blusa, mientras conducía. Demasiado mal, no había consultado el oráculo. El libro lo hubiese sabido y se lo habría dicho. ¿Por qué no lo hice? Podía haberlo hecho en cualquier momento, en cualquier sitio durante el viaje, incluso antes de empezarlo. Comenzó a gemir involuntariamente; el ruido, un alarido como nunca antes había proferido, la horrorizó, pero fue incapaz de contenerlo aunque apretaba los dientes. Un horrible canto, una canción, algo parecido a un lamento, le subía por la nariz.

Cuando aparcó, se quedó sentada, con el motor encendido, temblando, con las manos dentro de los bolsillos del abrigo. Cristo, se dijo miserablemente. Bueno, supongo que son cosas que pasan. Salió del coche y sacó la maleta del maletero, la puso en el asiento trasero y buscó entre las ropas y los zapatos hasta que encontró los dos negros volúmenes del oráculo. En el asiento de atrás, con el motor encendido, empezó a mover las tres pequeñas monedas de la RMS, utilizando para ver la iluminación de unos almacenes. ¿Qué debo hacer?, preguntó. Dime lo que debo hacer.

El hexagrama 42, Aumento, con líneas móviles en los lugares segundo, tercero y cuarto, más altos; luego cambia a hexagrama 43. Ruptura. Exploró el texto vorazmente, captando en su mente los sucesivos estados de significado, ensamblándolos y comprendiéndolos. Jesús, describe la situación exactamente. Un nuevo milagro. Todo lo que le había ocurrido estaba ante ella, impreso en azul, esquemático.

*Hubo uno que se adelantó.*
*Para ocuparse de algo.*
*Hubo uno de que se adelantó para cruzar las grandes aguas.*

Un viaje para hacer algo importante. No te detengas. Ahora, las líneas. Sus labios se movieron, buscando...

*Diez pares de tortugas no pueden oponérsele.*
*Constancia y perseverancia traen buena fortuna.*
*El rey se le aparece antes que Dios.*

Seis en el tercero. Leyó vertiginosamente.

*Uno se enriquece a través del infortunio.*
*No hay culpa para el que es sincero*
*y camina en el centro*
*e informa al príncipe con un sello.*

El príncipe... Abendsen. El sello... su libro. Acontecimientos infortunados... el oráculo sabía lo que le había sucedido, el miedo hacia Joe, o lo que quiera que fuese. Leyó el seis de la cuarta línea.

*Si caminas en el centro*
*e informas al príncipe*
*él seguirá.*

Tengo que ir allí, descubrió. Aunque Joe venga detrás de mí. Devoró la

última línea, el nueve.

*Da incremento a ninguno.*
*Alguien le derriba.*
*No tiene siempre firme el corazón.*
*Desventura.*

Oh, Dios, pensó, significa que el asesino, la gente de la Gestapo... me está diciendo que Joe, o alguien como Joe, alguien más, irá allí y matará a Abendsen. Rápidamente, regresó al hexagrama 43. El Juicio.

*Uno debe dar a conocer el asunto resueltamente a la corte del rey.*
*Debe ser anunciado fidedignamente. Peligro.*
*Hay que notificar a uno de la propia ciudad.*
*No es momento de acudir al recurso de las armas sino de que uno se ocupe de algo.*

Luego no es momento de regresar al hotel y asegurarme de él; es algo irremediable, enviarán a otros. De nuevo dice el oráculo, incluso con más énfasis: Vete a Cheyenne y advierte a Abendsen, aunque sea peligroso para ti. Debo decirle la verdad.

Cerró el libro.

Volvió a ponerse al volante del coche. Se reincorporó al tráfico. No tardó mucho en salir del centro de Denver y encaminarse hacia la autopista principal que llevaba hacia el norte; condujo a toda velocidad, con el motor retumbando extrañamente y el volante agitado, y el asiento y la guantera traqueteando.

Gracias a Dios por el doctor Todt y sus autopistas, se dijo mientras perforaba la noche, viendo tan sólo sus luces delanteras y las líneas señalizadoras de las calzadas.

A las diez de la noche, por un pinchazo, no había llegado aún a Cheyenne, así que lo único que podía hacer era encontrar un sitio para pasar la noche.

Una señal en la autopista de salida decía A GREELY, CINCO MILLAS. Saldré de nuevo mañana por la mañana, se dijo mientras conducía lentamente a lo largo de la calle principal de Greely unos cinco minutos más tarde. Vio varios moteles con anuncios de vacantes, así que no había problema. ¿Qué debo hacer?, se preguntó. Llamar a Abendsen esta misma noche y decirle que voy.

Cuando acabó de aparcar salió del coche, cansada, aliviada por poder estirar las piernas. Había estado todo el día en la carretera, desde las ocho en adelante. No debía haber abierta muy lejos una farmacia de guardia, calle abajo. Con las manos en los bolsillos del abrigo, siguió la calle, y no tardó en estar en una cabina de teléfonos pidiéndole a la operadora la información de Cheyenne.

Su teléfono, gracias a Dios, estaba en la guía. Puso las monedas y la operadora llamó.

-Hola -se escuchó la voz de una mujer, joven, vigorosa y simpática; sin duda una mujer casi de su edad.

-¿Señor Abendsen? -dijo Juliana-. ¿Podría hablar con el señor Abendsen?

-Por favor, ¿quién es?

-He leído su libro -explicó Juliana- y llevo conduciendo todo el día desde Canon City, Colorado. Ahora estoy en Greely. Pensé que podría acercarme a su casa esta noche, pero no me ha sido posible, así que desearía saber si podría verle mañana a cualquier hora.

Tras una pausa, la señora Abendsen siguió hablando con una voz igual de complaciente.

-Sí, ya es demasiado tarde. Nos vamos a la cama bastante pronto. ¿Hay alguna razón especial por la que desee ver a mi marido?

-Quería hablar con él -dijo. Su propia voz le sonaba melancólica y acartonada; se apoyaba en la pared de la cabina, incapaz de añadir nada más... tenía el cuerpo dolorido y la boca reseca y con mal sabor. Más allá de la cabina podía ver al tendero en el mostrador de la soda sirviendo batidos de leche a cuatro quinceañeros. Salió. Apenas prestó atención a lo que decía la señora Abendsen. Quería tomar algo fresco, una bebida bien fría, y algo parecido a un sándwich vegetal con pollo para acabar con aquellas sensaciones.

-Hawthorne trabaja erráticamente -estaba diciendo la señora Abendsen con su vocecilla feliz-. Si viene mañana hasta aquí, no puedo prometerle nada, porque podría estar ocupado durante todo el día. Pero si hubiese llamado antes de hacer el viaje...

-Sí -se desmoronó.

-Sé que estará encantado de charlar con usted unos cinco minutos, si puede. -La señora Abendsen siguió hablando-. Pero, por favor, no se disguste si, por casualidad, no puede interrumpir su trabajo mucho tiempo para hablar con usted, o para verla.

-He leído su libro y me gustó mucho -dijo Juliana-. Lo tengo conmigo.

-Entiendo -dijo la señora Abendsen con toda naturalidad.

-Nos detuvimos en Denver para hacer unas compras, así que perdimos mucho tiempo. -No, pensó, todo ha cambiado, todo es diferente-. Escuche -dijo-. El oráculo me dijo que viniese a Cheyenne.

-¡Oh, Señor! -dijo la señora Abendsen como si conociera el oráculo y no se lo tomase en serio.

-Le diré las líneas. -Se había llevado el oráculo consigo a la cabina de teléfono. Colocó el volumen en la balda bajo el teléfono y laboriosamente volvió las páginas-. Sólo un momento. -Localizó la página y leyó primero el juicio y luego las líneas a la señora Abendsen. Cuando llegó al nueve por la parte superior, oyó que la señora Abendsen lanzaba una exclamación-. Perdone -dijo Juliana, haciendo una pausa.

-Continúe -dijo la señora Abendsen. Por la voz, parecía estar más atenta que antes.

Cuando Juliana acabó de leer el hexagrama 43, en el que figuraba la palabra peligro, se hizo un silencio. La señora Abendsen no dijo nada. Ni Juliana.

-Bueno, esperamos verla mañana -dijo finalmente la señora Abendsen-. ¿Podría darme su nombre, por favor?

-Juliana Frink -dijo-. Muchas gracias, señora Abendsen. -La operadora le cortó quejándose por lo que había durado la conversación. Juliana colgó, recogió el bolso y los libros del oráculo, salió de la cabina y caminó hasta la droguería.

Tras encargar un bocadillo y una coca, se sentó a fumar un cigarrillo, descansando. Se dio cuenta, con un ataque de incredulidad y horror, de que

no le había dicho nada a la señor Abendsen acerca del hombre de la Gestapo, o la SD, o lo que fuese, Joe Cinnadella, a quien había dejado en la habitación del hotel de Denver. Simplemente, no podía creerlo. Me olvidé, se dijo. Estoy fuera de mí. ¿Cómo ha podido pasarme? Debo haber perdido el juicio. Debo estar muy enferma y estúpida y vacía.

Por unos momentos revolvió en el bolso, tratando de encontrar cambio para otra llamada. No, se decidió al fin, y se levantó del taburete. No he de volver a llamarles esta noche. Lo dejaré para mañana. Ya es demasiado tarde. Estoy cansada, y ellos, probablemente, dormidos.

Se comió el sándwich de ensalada y pollo, se bebió la coca y condujo luego hasta el motel más cercano, alquiló una habitación y se precipitó en la cama temblando.

## 14

El señor Nobusuke Tagomi pensó: No hay respuesta. Ni entendimiento. Ni siquiera en el oráculo. De todos modos, debo continuar viviendo día a día.

Iré y encontraré lo pequeño. La vida invisible, a cualquier precio. Hasta que llegue un tiempo en el futuro en el que...

De todos modos, le dijo adiós a su mujer y salió de casa. Pero aquel día no iría al edificio del *Nippon Times*, como era su costumbre. ¿Qué tal unas vacaciones? Conduciría hasta el Parque del Golden Gate, con su Zoo y los peces. Una visita a las cosas que no piensan puede relajar...

Tiempo. En pedetaxi es un viaje bastante largo, y tendré bastante tiempo para percibir. Si es que puede decirse algo así.

Pero ni el Zoo ni los árboles son personas. Tengo que asirme a las personas. Todo esto ha hecho de mí un niño, aunque eso puede ser bueno. Yo mismo puedo hacerlo bueno.

El tranvía subía a lo largo de la calle Kearny, hacia el centro. Montar en el funicular, pensó de pronto Tagomi. La felicidad es mucho más clara. Es un viaje casi sentimental. Aquel objeto debía haber desaparecido hacia 1900, pero lo viejo todavía existía.

Se apeó del tranvía, caminó por la acera hasta el cercano funicular.

Quizá, pensó, no pueda regresar nunca más al edificio del *Nippon Times*. Hiede a muerte. Se acabó mi carrera, pero me da igual. Espero que el consejo de actividades de la misión comercial pueda encontrar a quien me sustituya. Tagomi siguió caminando, recordando cada detalle.

De todas formas, la guerra, la operación Diente de León, nos borrará a todos del mapa. No importará lo que estemos haciendo. Nuestro enemigo serán aquellos a cuyo lado luchamos en la pasada guerra. Cuánto bueno nos trajo. Posiblemente, debimos haber combatido con ellos. Quizá debimos dejar que perdieran. Quizá tuvimos que ayudar a sus enemigos, a los Estados Unidos, a Inglaterra, a Rusia.

Era algo irremediable, se mirase como se mirase. El enigmático oráculo. Posiblemente proceda del mundo del hombre triste. De los sabios que nos abandonaron.

Hemos llegado a un momento en el que ya no estamos solos. No podemos, como antes, obtener ayuda. Bien, quizá también eso sea bueno. Uno debe seguir intentando encontrar el Camino.

Abordó el funicular de la calle California. Recorrió el trayecto entero hasta



Librodot

el final de la línea. Cuando se apeó, ayudó a enrollar el cable alrededor de la polea de madera. Aquélla, de todas las experiencias de la ciudad, era la que tenía significado para él: la tradición. Pero el efecto había languidecido. Sintió el vacío aún más agudamente, quizá debido al enviciamiento generalizado.

Volvió a montar, naturalmente, para el viaje de regreso. Pero... todo era un mero formalismo, observó mientras miraba las calles, los edificios, el tráfico que pasaba en ambas direcciones.

Cerca de Stockton se levantó para apearse. Pero, en la parada, cuando empezó a descender, el conductor le gritó:

-¡Su cartera, señor!

-Gracias.

Se la había dejado en el coche del cable. Subió, lo recogió e hizo una reverencia cuando el coche cambió de marcha. Llevo un contenido muy valioso en la cartera, pensó. Un Colt 44 de coleccionistas, un articulo de inapreciable valor. Lo llevaba en un sitio donde pudiera cogerlo rápidamente si los gorilas armados de la SD volvían a aparecer para pagarle lo que le debían. Nunca se sabe. Y Tagomi sintió que aquella nueva forma de proceder, a pesar de todo lo que había ocurrido, era algo neurótica. No debería ceder a ella, se dijo una vez mientras cargaba la cartera. Compulsión/obsesión/fobia. Pero no podía librarse de ello. Mi lucha es ésta. Sigo en ella. ¿Habré perdido la capacidad de gozar?, se preguntó. Todo instinto se ha pervertido por el recuerdo de lo que hizo. ¿Todo dañado, y no sólo lo relacionado con aquello? El pilar principal de mi vida... su superficie, ay, donde moraré como tal apetencia.

Detuvo un pedetaxi y le dijo al conductor que se dirigiera a la calle Montgomery, a la tienda de Robert Childan. Vamos a ver qué conclusión saco. Tenderé un hilo que me conecte con lo volitivo. Quizá pueda controlar mis ansiosas inclinaciones con alguna astucia: comerciar con la pistola por un artículo con más historia. Esta pistola, para mí, tiene demasiada historia subjetiva... Todo malo. Pero se acaba en mí. Ningún otro puede experimentarlo. Está dentro de mi mente.

Libérame, decidió con excitación. Cuando la pistola desaparezca, todo se irá, la nube del pasado. Porque no está solamente en mi mente, está -como siempre se ha dicho en la teoría de la historia- también en la pistola. Es una ecuación entre nosotros.

Llegó a la tienda. He tratado tantas cosas aquí, pensó mientras le pagaba al conductor. Tanto de negocios como de asuntos privados. Con la cartera en la mano, se apresuró a entrar en la tienda.

En la caja registradora, Childan pulía algo con un trapo.

-Señor Tagomi -dijo, haciendo una reverencia.

-Señor Childan -también él la hizo.

-¡Qué sorpresa! Ya he acabado. -Childan dejó el objeto y el trapo. Se acercó, dando la vuelta a la rinconera del mostrador. Rituales de costumbre. Sin embargo, Tagomi sintió que aquel hombre era aquel día algo diferente. Quizá... mutado. Mejorado, decidió. Siempre un tono un poquito alto, chillón, saltando alrededor de uno con agitación. Pero aquello podía ser considerado de mal agüero.

-Señor Childan -dijo Tagomi colocando la cartera sobre el mostrador y abriendo la cremallera-, desearía vender un articulo comprado hace varios años. Usted ya lo sabe, los colecciono.

-Si -dijo Childan-. Dependiendo de las condiciones, por ejemplo. -Observó atentamente.

-Un revólver Colt 44 -dijo Tagomi.

Los dos se quedaron en silencio, mirando la pistola que reposaba en su abierta caja de teca, con los cartones de munición consumidos parcialmente. Childan lo miró fríamente.

Oh, observó Tagomi. Bueno, no importa.

-No está interesado -dijo Tagomi.

-No, señor -dijo Childan con voz rígida.

-No le presionaré. -No sintió ninguna resistencia. Me someteré, yin, el adaptable, receptivo, los asimientos se escurren de mí. Me temo...

-Perdóneme, señor Tagomi.

Tagomi hizo una reverencia, volvió a colocar la pistola y la caja de municiones en el interior de la cartera. El Destino. He de conservarlo.

-Parece usted... bastante disgustado -dijo Childan.

-Lo ha notado. -Estaba perturbado. Había dejado que su mundo interior saliera para que todos los viesen. Se encogió de hombros. Era un hecho.

-¿Hay alguna razón especial por la que quiera venderlo? -dijo Childan.

-No -dijo Tagomi, conciliando nuevamente su mundo personal, como debía ser. Childan titubeó.

-Me pregunto -dijo acto seguido- si eso procede de mi tienda. No trabajo esos artículos.

-Estoy seguro -dijo Tagomi-. Pero no importa. Acepto su decisión; no estoy ofendido.

-Señor -dijo Childan-, permítame que le muestre lo que he recibido. ¿Puede perder un momento?

Tagomi sintió en su interior la vieja agitación.

-¿Algo de interés inusual?

-Venga, señor. -Childan le guió a través de la tienda y Tagomi le siguió.

Dentro de un anaquel cerrado con llave, en bandejas forradas de terciopelo negro, estaban colocados pequeños remolinos de metal, moldeados de forma que insinuaban algo más que el simple uso. Causaron en Tagomi una misteriosa sensación cuando se detuvo a examinarlos.

-Se los he enseñado a todos mis clientes -dijo Robert Childan-. Señor, ¿sabe usted lo que son?

-Parecen joyas -dijo Tagomi, observando un alfiler.

-Han sido hechos en América. Si, por supuesto, señor, pero no son antiguos.

Tagomi levantó la vista.

-Son nuevos, señor. -Robert Childan, blanco, un tanto ceniciento, alterado por la pasión-. La nueva vida de mi país es ésta, señor. Un nuevo principio con forma de finas semillas imperecederas. De belleza.

Con interés, Tagomi se demoró un tiempo para examinar en sus propias manos las piezas. Sí, hay algo nuevo que las anima, decidió. La Ley del Tao aflorando; cuando el yin yace en todas partes, el primer destello de luz animado en las profundidades más antiguas... todos somos familiares; hemos visto que esto ya pasó antes, como acabo de verlo yo ahora. Y, para mí, sólo hay fragmentos. No puedo ser tan apasionado como Childan. Desgraciadamente para ambos. Pero así son las cosas.

-Adorables -murmuró volviendo a dejar las piezas.

-Señor -dijo Childan con voz forzada-, esto no ocurre sólo una vez.

-¿Perdón?

-La nueva visión en su corazón.

-Usted es un converso -dijo Tagomi-. Me gustaría serlo yo también. Pero no lo soy. -Hizo una reverencia.

-En otra ocasión será -dijo Childan, acompañándole hasta la salida. Tagomi observó que no hizo ningún movimiento para enseñarle otros artículos.

-Su certeza es de un gusto incuestionable -dijo Tagomi-. Parece presionar desfavorablemente:

Childan no se inmutó.

-Perdone -dijo-, pero estoy en lo cierto. Creo que siento acertadamente que en ellos se ha contraído el germen del futuro.

-Ojalá sea así -dijo Tagomi-. Pero su fanatismo anglosajón no me atrae. -No obstante, sintió cierto ánimo renovado de esperanza. Su propia esperanza en sí mismo-. Buenos días. -Hizo una reverencia-. Volveré por aquí. Quizá podamos examinar su profecía.

Sin decir nada, Childan se inclinó.

Llevando la cartera con el Colt 44 dentro, Tagomi se marchó. Salgo como entré, reflexionó. Sigo buscando, sigo sin encontrar lo que necesito si he de volver al mundo.

¿Qué habría pasado si hubiese comprado uno de aquellos desparejados artículos confusos? Guardado, examinado, contemplado... podría, consecuentemente, a través de ellos, encontrar mi propio camino de vuelta.

Son para él, no para mí.

Y aunque una persona encuentre su camino... esto significa que es un Camino. Aunque personalmente no llegue al final.

Dando la vuelta, Tagomi comenzó a caminar hacia la tienda. Desde la puerta, Childan le observaba. No había entrado.

-Señor -dijo Tagomi-, compraré uno, el que usted elija. No tengo creencias, pero generalmente me aferró a nimiedades.

Siguió a Childan a través de la tienda una vez más, hasta las vitrinas.

-No creo. Quiero llevarlo conmigo y mirarlo a intervalos regulares. Una vez al día, por ejemplo. Después de dos meses, si veo que no...

-Se lo recompraré por su importe íntegro -dijo Childan.

-Gracias. Muchas gracias -dijo Tagomi. Se sentía mejor. A veces, se debe intentar cualquier cosa, decidió. No es una desgracia. Por el contrario, es signo de sabiduría, de reconocimiento de la situación.

-Esto le calmará -dijo Childan. Sacó un pequeño triángulo de plata adornado con gotitas ahuecadas. De fondo oscuro, y brillantemente pulido en los bordes.

-Gracias -dijo Tagomi.

Se trasladó en pedetaxi hasta la Plaza Portsmouth, un pequeño Parque abierto en una colina por encima de la calle Kearny, con vistas a la jefatura de policía. Se sentó en un banco, al sol. Las palomas deambulaban por el pavimento en busca de comida. En otros bancos, hombres pobremente vestidos leían el periódico, o dormitaban. Aquí y allá, otros estaban tumbados en la hierba, casi dormidos.

Sacando del bolsillo la bolsita de papel con el nombre impreso de la tienda de Childan, Tagomi permaneció sentado con ella en las manos, reconfortándose. Luego abrió la bolsita y sacó su nueva posesión para

examinarla en la soledad del parquecillo lleno de hombres mayores.

Sostuvo la plaquita de metal. La luz del sol se reflejaba en ella como si fuera un disco metálico lanzado al azar con los mismos magníficos reflejos de un espejo de Jack Armstrong. O... Bajó la vista hacia el objeto. *Om*, como dicen los brahmanes. Una imagen reducida en la que todo está contenido. Ambos, al menos insinuados, el tamaño y la forma. Continuó examinándolo sumisamente.

Según había profetizado Childan, ¿ocurriría? Cinco minutos. Diez minutos. Me sentaré todo el tiempo que pueda. Tiempo, ay, pronto se nos acabará. ¿Qué es esto que sostengo mientras aún queda tiempo?

Perdóname, pensó Tagomi mirando la placa. Siempre parecemos esforzarnos para levantarnos y actuar. Lastimeramente, volvió a meter el triángulo en la bolsa. Con una nueva mirada de aliento... observando de nuevo todo lo que tenía. Como un niño, se dijo, imita la inocencia y la confianza. En la orilla del mar, fortuitamente, encontró una caracola. Escuchando su murmullo, tuvo la sabiduría del mar.

Así, el ojo sustituye al oído. Entra en mí e infórmame de lo que debo hacer, lo que significa, por qué. La comprensión del conocimiento que hay en esta placa concreta.

-Escucha -dijo *sotto voce* a la placa-. Las garantías de venta son muy prometedoras.

¿Y si lo agitase violentamente, como a los recalcitrantes relojes viejos? Lo hizo, arriba y abajo. O como los dados en un juego decisivo. Despertar a la deidad que yace en su interior. Por ventura, dormirá. O estará de viaje. Titilante y pesada ironía del profeta Elías. Podría obligarla. Tagomi agitó violentamente la placa de arriba abajo, entre la punta de los dedos, llamándola en voz alta. De nuevo, la observó.

Estás vacía, pensó.

Maldícela, se dijo, espántala.

-Mi paciencia se está acabando -dijo *sotto voce.*

Y ¿ahora, qué? ¿Tirarla a la alcantarilla? Sóplala, agítala, sóplala otra vez. Gana el juego para mí.

Se rió. Había muchas cosas involucradas bajo la cálida luz del sol. Todo un espectáculo para cualquiera que pasase. Mirando furtivamente sobre la culpabilidad. Pero nadie miraba. Los viejos dormían la siesta. Se sintió aliviado.

Lo he intentado todo. He rogado, contemplado, amenazado, filosofado en su extensión. ¿Qué otra cosa podría hacer?

Podría quedarme aquí. Y, es más, como decía W. S. Gilbert, otra oportunidad como ésta no volverá a presentarse. ¿Es así? Creo que es así.

Cuando era un niño, pensaba como un niño. Pero ya he desechado las cosas de la infancia. Ahora tengo que buscar en otros reinos.

Debo quedarme con este objeto y verlo desde otros ángulos.

Debo ser científico. Examinar exhaustivamente todas las posibilidades mediante un análisis lógico. Sistemáticamente, de la forma clásica aristotélica.

Se puso un dedo en el oído derecho, para apagar el ruido del tráfico y cualquier otro ruido que pudiera distraerle. Cogió por uno de los ángulos el triángulo de plata, como si fuera una caracola, y se lo puso en el oído izquierdo.

Ningún sonido. Ningún murmullo simulado del océano, ni siquiera los

movimientos interiores de su propia sangre, ningún sonido... ni siquiera eso.

Entonces, ¿de qué otra manera se puede desvelar el misterio? Evidentemente, escuchar no conducía a nada. Tagomi cerró los ojos y empezó a visualizar cada trocito de la superficie del objeto. No con el tacto. Los dedos no le dijeron nada. Olor. Llevo el triángulo a la nariz y lo olió. Olor a metal, pero no comportaba ningún significado. Gusto. Abriendo la boca, se introdujo el triángulo, lo mordió como si fuera una galleta, pero, por supuesto, no lo masticó. Ningún significado, soto era algo duro y frió.

De nuevo se lo colocó en la palma de la mano.

Volvió a mirarlo. El más importante de los sentidos: escala de prioridad griega. Dio vueltas al triángulo por todos lados; lo miró desde todos los puntos de vista, incluso *extra rem.*

¿Qué veo?, se preguntó. A través del paciente y doloroso estudio. ¿Qué es lo que de verdad me une a este objeto?

Sometido, le dijo al triángulo de plata. Capturando arcanos secretos.

Al igual que la rana, salta de las profundidades, pensó. Se anida en mi puño, da órdenes para declarar lo que hay bajo las simas oceánicas. Pero la rana ni siquiera se burla; estrangula silenciosamente, se convierte en piedra, o en barro, o en mineral. Inerte. Vuelve a la rígida sustancia familiar de la tumba.

El metal proviene de la tierra, pensó mientras observaba. De bajo: del reino más profundo, más denso. De la tierra de los gnomos y de las cuevas, de la humedad, de la eterna oscuridad. El mundo del yin en su aspecto más melancólico. Un mundo de cadáveres, decadencia y colapso. De excrementos. Todo aquello había muerto, caído y desintegrado, regresando abajo peldaño a peldaño. El demoníaco mundo de lo inmutable; el tiempo que fue.

Y, bajo la luz del sol, el triángulo resplandecía. Reflejaba la luz. Fuego, pensó Tagomi. No era un objeto en absoluto húmedo y oscuro. No era pesado, ni fatigoso, sino que latía con vida. El reino de las alturas, un aspecto del yang; empírico, etéreo. Como corresponde a una obra de arte. Sí, era una obra de arte arrancada de la roca mineral de la tierra silenciosa y oscura y transformada en una roca brillante que reflejaba la luz del cielo.

Había obligado a la muerte a cobrar vida. Los cadáveres convertidos en ardiente muestrario; el pasado había dado paso al futuro.

Cuerpo de yin, alma de yang. Metal y fuego unificados. Lo interior y lo exterior; en la palma de la mano tenía un microcosmos.

¿De qué espacio habla? Ascenso vertical. Al Paraíso. Fuera del tiempo. En el mundo luminoso de lo mutable. Sí, ha vomitado su espíritu: luz. Y mi atención se ha centrado; no puedo apartar la mirada. Estoy hechizado por su quimérica superficie hipnótica que no puedo controlar por más tiempo. Sin libertad para poder despedirse.

Háblame, le dijo. Ahora me has cazado. Quiero oír tu voz hablándome desde la clara y cegadora luz blanca, la que esperamos ver solamente en el *«Bardo Thödol»* después de haber vivido nuestra existencia. No tendré que esperar a la muerte, a la descomposición de mi rencor, cuando vague en busca de un nuevo útero. Todas las deidades aterradoras y benéficas, las evitaremos, y también las luces ahumadas. Y las parejas copulando. Todo excepto esta luz. Estoy listo para afrontarlo sin terror. Date cuenta de que no retrocedo.

Siento que me guían los ardientes vientos del *karma*. Sin embargo, sigo



Librodot

aquí. Mi aprendizaje es correcto; no debo acobardarme por la clara luz blanca, pues, si lo hago, volveré a entrar en el ciclo del nacimiento y la muerte, no conoceré la libertad, ni obtendré la liberación. El velo de maya caerá de nuevo si...

La luz desapareció.

Sostenía solamente un triángulo de plata, apagado. La sombra había cortado la luz; Tagomi alzó la vista.

Un policía, alto, vestido de azul, estaba cerca de su banco, sonriendo.

-¡Eh! -exclamó Tagomi, alarmado.

-Sólo le miraba entretenerse con su *puzzle* -dijo, y empezó a acercarse.

-*Puzzle* -dijo Tagomi como un eco-. No es un *puzzle*.

-¿No es un pequeño *puzzle* que tiene para entretenerse en sus ratos libres? Mi chico tiene muchos. Algunos son difíciles.

El policía siguió acercándose.

Despojado, pensó Tagomi. Mi oportunidad de alcanzar el Nirvana. Se ha ido. Cortada por este bárbaro Neanderthal blanco, por este *yank*. Este subhumano que supone que me entretenía con un pueril juguete de niño.

Se levantó del banco y dio unos pocos pasos inseguros. Más calmado. Este espantoso patriotero de clase baja y de inventiva racista me ha fastidiado.

Una increíble pasión no mitigada pugnaba en su pecho. Atravesó el parque. Sigue moviéndote, se dijo. Catarsis en movimiento.

Llegó al borde del parque, a la acera de la calle Kearny. Ruido frenético del tráfico. Tagomi se detuvo en el bordillo.

No se veía ningún pedetaxi. Echó a andar por la acera, se unió a la multitud. Nunca se encuentra uno cuando se necesita.

Dios, ¿qué es eso? Se detuvo, mirando estupefacto una horrible cosa informe que se recortaba contra la línea del cielo. Era como una pesadilla de una colgante montaña rusa que afease el paisaje impidiendo la visión. Una enorme construcción de cemento y metal suspendida en el aire.

Tagomi se volvió a un transeúnte, un hombre delgado y de traje ajado.

-¿Qué es eso? -le preguntó, señalándolo.

El hombre sonrió bonachonamente.

-Horroroso, ¿verdad? Es el Embarcadero Freeway. Mucha gente piensa que sólo de verlo huele mal.

-No lo había visto antes -dijo Tagomi.

-Es usted afortunado -contestó el hombre, y siguió su camino.

Tagomi pensó que era un mal sueño. Debo despertarme. ¿Dónde estarán hoy los pedetaxis? Caminó más rápido. Todo lo que veía era horrible, lleno de humo, como surgido de un mundo sepulcral. Olor a humo. Sombríos edificios grises, aceras, un peculiar ritmo atareado en todas las personas. Y seguía sin ver *ningún* pedetaxi.

-¡Taxi! -gritó mientras corría para alcanzarlo.

Imposible. Sólo había coches y autobuses. Una enorme aglomeración de coches, todos de formas no familiares. Evitaba mirarlos, con la mirada fija ante sí. Distorsionan mi percepción óptica de un modo siniestro. La molestia afecta a mi sentido del espacio. El horizonte se retuerce y deja de ser lineal. Como un mortífero astigmatismo que golpease sin que estuviera prevenido.

Era la hora del almuerzo. Ante él había un deslucido bar para comer. Dentro, sólo se veían blancos, todos tomando sopa. Tagomi empujó las puertas de vaivén de madera. Olía a café. Una grotesca máquina de discos vociferaba en un rincón. Se estremeció y se acercó al mostrador. Todos los

taburetes estaban ocupados por blancos. Tagomi profirió una exclamación. Varios blancos le miraron. Pero ninguno se movió. Nadie le cedió el sitio. Simplemente, siguieron tomando sus consumiciones.

-¡Insisto! -le dijo Tagomi al blanco más cercano, en voz alta; gritó en el oído del hombre.

El hombre dejó la taza de café y le dijo:

-¡Cuidado, Tojo!

Tagomi miró a los otros blancos, todos le observaban con expresión hostil. Y ninguno se movía.

La existencia del *«Bardo Thödol»*, pensó Tagomi. Vientos calientes me llevan a quién sabe dónde. Es una visión... ¿de qué? ¿Puede el rencor soportar todo esto? Sí, *«El Libro de los Muertos»* nos prepara: después de la muerte podremos vislumbrar otros, pero todo parecerá hostil para nosotros. Uno permanece aislado, sin socorro, esté donde esté. El terrible viaje... y el eterno reino del sufrimiento, renacido, listo para recibir al fugitivo espíritu desmoralizador. Mentiras.

Huyó rápidamente del restaurante. Las puertas se balancearon cuando salió. De nuevo estaba en la acera. ¿Dónde estoy? Fuera de mi mundo, mi espacio, mi tiempo.

El triángulo de plata me ha desorientado. He roto con mis hábitos y aquí estoy, sin nada. Demasiados esfuerzos para mí. Una lección para siempre. Buscamos contravenir nuestras percepciones, ¿por qué? Así que vagamos por el limbo abandonados, sin signos que nos guíen. Esta condición induce al sueño. Disminuye las facultades de la atención de modo que sólo se obtienen las percepciones más crepusculares. El mundo se ve simplemente desde su aspecto de objeto simbólico, totalmente confundido con lo inconsciente. Algo típico del estado de sonambulismo producido por la hipnosis inducida. Debo detener este espantoso vuelo entre las sombras, volver a centrar la concentración y restablecer el centro de mi *ego*.

Buscó en el bolsillo el triángulo de plata. No lo tenía. Lo había dejado en el banco del parque junto con su cartera. Catastrófico.

Agazapándose, regresó corriendo por la acera, hasta el parque. Los vagabundos adormilados le miraron sorprendidos mientras se apresuraba hacia el césped. Allí estaba el banco. Y, según llegaba, vio la cartera. No había ni rastro del triángulo de plata. Empezó a buscarlo. Sí, seguro que se le había caído en el césped, estaría medio clavado. Allí donde lo hubiera arrojado en el acceso de rabia.

Se sentó, jadeante, para respirar.

Me concentraré en el triángulo de plata una vez más, se dijo, en cuanto pueda respirar. Lo buscaría concienzudamente y contaría. A los diez, comenzaría a emitir un sonido. Por ejemplo, *Erwache.*

Soy un idiota que sueña de día, pensó. Una emulación de los aspectos más nocivos de la adolescencia, lejos de la prístina inocencia de la auténtica infancia. Justo lo que me merezco.

Todo ha sido por mi culpa. No había intención por parte de Childan o del artesano; ha sido mi propia necesidad de culpa. No podemos forzar el entendimiento para que acuda a nosotros.

Contó despacio, en voz alta, y, luego, se agachó de un salto.

-¡Maldito estúpido! -dijo muy cortante.

¿Se habrá aclarado la neblina?

Echó rápidas miradas a su alrededor. Con toda probabilidad, la difusión

subsistía.

Podía apreciar las incisivas palabras elegidas por San Pablo... mirar a través del cristal no era una misteriosa metáfora, sino una astuta referencia a la distorsión óptica. En el sentido fundamental, realmente vemos de una forma astigmática; nuestro espacio y nuestro tiempo son creaciones de nuestra propia mente y, cuando ésta vacila, momentáneamente... como las agudas molestias del oído medio.

Ocasionalmente, nos inclinamos peligrosa, excesivamente, y perdemos el equilibrio por completo.

Se volvió a sentar y se metió el colgante de plata en el bolsillo; sentado, con la cartera agarrada por el asa, se preguntó: ¿Qué debo hacer ahora, ir y ver si esa construcción maligna -¿cómo la llamó aquel hombre? Embarcadero Freeway- está todavía allí?

Pero le dio miedo.

Bien, pensó, puedo quedarme aquí simplemente. Tengo carga que entregar, como dice la vieja canción *folk* de los Estados Unidos. Trabajo por hacer.

Un dilema.

Dos niños chinos llegaron corriendo ruidosamente, atravesando la pradera. Una bandada de palomas levantó el vuelo, los niños se detuvieron.

Tagomi les llamó.

-¡Eh, jovencitos! -Rebuscó en el bolsillo-. Venid.

Los dos niños se acercaron con desconfianza.

-Aquí tengo diez centavos. -Tagomi les ofreció una moneda de diez centavos; los chicos corrieron para cogerla-. Id hasta la calle Kearny y mirad a ver si hay algún pedetaxi. Volvéis y me lo decís.

-¿Nos dará otros diez centavos -dijo uno de los niños- cuando volvamos?

-Si -dijo Tagomi-. Pero tenéis que decirme la verdad.

Los niños echaron una carrera a través del prado.

Si no hay ninguno, pensó Tagomi, será un consejo para que me vaya a un lugar apartado y me mate. Apretó con fuerza la cartera. Todavía tenía el arma, no habría dificultad.

Los niños volvieron, gritando:

-¡Seis! -exclamó uno de ellos-. He contado seis.

-He contado cinco -dijo el otro.

-¿Estáis seguros de que eran pedetaxis? ¿Visteis bien si el conductor pedaleaba? -preguntó Tagomi.

-Si, señor -dijeron los dos niños al unísono.

Les dio a cada unos diez centavos. Le dieron las gracias y se alejaron corriendo.

Volveré a la oficina y al trabajo, se dijo Tagomi. Se agachó, agarrando el asa de la cartera. Llamadas que hacer. La rutina de cada día.

De nuevo, cruzó el prado hasta la acera.

-Taxi -llamó.

Saliendo del tráfico se acercó un pedetaxi. El conductor se arrimó al bordillo, en la parada. Le brillaba la morena cara ladeada, la respiración era pesada.

-Sí, señor.

-Lléveme al edificio del *Nippon Times* -le ordenó Tagomi. Subió al asiento y se sentó cómodamente.

Pedaleando furiosamente, el conductor del pedetaxi se movió entre los

otros taxis y coches.

Eran casi las doce del mediodía cuando Tagomi llegó al edificio del *Nippon Times.* Desde el vestíbulo principal dio instrucciones al operador de la centralita para que le pusiera en contacto con Ramsey en su despacho.

-Soy Tagomi -dijo cuando se realizó la llamada.

-Buenos días, señor. Estaba preocupado. Al no verle, llamé a su casa a las diez en punto y su esposa me informó que usted había salido sin decir a dónde iba.

-¿Han limpiado toda la basura? -dijo Tagomi.

-No queda ni rastro.

-¿Alguna disputa más?

-Nada, señor.

Satisfecho, Tagomi colgó y se encaminó al ascensor.

Arriba, mientras entraba en el despacho, se permitió una momentánea investigación.

Ni rastro, como le habían dicho. Se sintió aliviado. Nadie que no lo hubiese visto sabría nada. La historia enterrada bajo una baldosa sintética.

Ramsey le fue a ver a su despacho.

-Su valor está siendo muy encomiado por los del *«Times»* -comenzó-. Un articulo ensalzando...

Se detuvo al ver la expresión de Tagomi.

-Infórmeme sobre los asuntos más urgentes -dijo Tagomi-. ¿El general Tedeki, es decir, el anciano señor Yatabe?

-En un oscuro y preparado viaje de regreso a Tokio. Se han dejado esparcidas pistas falsas por doquier. -Ramsey cruzó los dedos, como símbolo de esperanza.

-Dígame lo que sepa respecto al señor Baynes.

-No sé nada. Durante su ausencia, apareció breve, casi furtivamente, pero no dijo palabra. -Ramsey titubeó-. Posiblemente, haya vuelto a Alemania.

-Mucho mejor para él si ha regresado a la madre patria -dijo Tagomi, casi para sí mismo. En cualquier caso, su interés se centraba en el viejo general, en su situación actual de tan importante naturaleza. Y eso está ahora bajo mi radio de acción, pensó Tagomi. Yo mismo, mi oficina. Me han utilizado, lo que, naturalmente, era adecuado y correcto. Era su... ¿cómo podría decirse?... su cobertura.

Soy una máscara que concilia lo real. Detrás de mí, escondido, sigue adelante, a salvo de miradas indiscretas.

Estoy de más, pensó. Si no puedo controlarla, será un poco *satori*. El propósito es todo un esquema de ilusión, no podría ser sino desentrañado. La ley de la economía: nada es desperdiciable. Incluso lo irreal. Qué sublime es el proceso.

La señorita Ephreikian apareció, muy agitada.

-Señor Tagomi. Me lo dijo el encargado de la centralita.

-Tranquilícese, por favor -dijo Tagomi. El tiempo apremia.

-Señor, el cónsul alemán está aquí. Quiere hablar con usted. -Le miró, y luego al señor Ramsey, y luego de nuevo a él, con una palidez en la cara que no era natural-. Dicen que estuvo aquí muy temprano, pero que sabían que usted...

Tagomi le rogó que guardase silencio.

-Señor Ramsey, haga el favor de recordarme el nombre del cónsul.

-Freiherr Hugo Reiss, señor.

-Ya me acuerdo. -Bueno, pensó, evidentemente, Childan me ha hecho un favor, después de todo. Al rechazar mi pistola.

Llevando la cartera, dejó su despacho y salió al pasillo.

Allí estaba; de talle delgado, bien vestido, de blanco. Pelo rojo cortado muy corto. Cuero negro brillante europeo, postura erguida, estilo Oxford. Y una afeminada boquilla de marfil. No había duda, era él.

-¿*Herr* Hugo Reiss? -preguntó Tagomi.

El alemán hizo una reverencia.

-Es curioso -dijo Tagomi- que usted y yo llevemos tanto tiempo haciendo negocios juntos por carta, teléfono, etcétera, y hasta ahora no nos hayamos visto personalmente.

-Es un honor -dijo *Herr* Reiss, adelantándose hacia él-. Incluso considerando las irritantes circunstancias actuales.

-Es un milagro -dijo Tagomi.

El alemán enarcó una ceja.

-Discúlpeme -dijo Tagomi-. Mi conocimiento se confunde en lo que respecta a esas circunstancias que dice. Se podría concluir en que es la fragilidad de la sustancia de los objetos hechos de arcilla.

-Terrible -dijo Reiss. Sacudió la cabeza-. La primera vez que...

Tagomi le cortó.

-Antes de que empiece con la letanía, déjeme hablar.

-Naturalmente.

-Yo personalmente maté a sus hombres de la SD -dijo Tagomi.

Reiss empezó a hablar, echando el humo del cigarrillo alrededor de ambos de un modo ofensivo.

-He estado durante varias horas en la jefatura de policía de la calle Kearny y en el depósito de cadáveres, leyendo el informe que su gente entregó al inspector de policía que lleva la investigación. Absolutamente espantoso, del principio al fin.

Tagomi no dijo nada.

-No obstante -continuó Reiss-, la constatación de que los asesinos estuvieran relacionados con el Reich no ha sido establecida. En lo que a mí concierne, todo el asunto está desquiciado. Estoy seguro de que usted actúa con absoluta corrección, señor Tagori.

-Tagomi.

-Le ofrezco mi mano -dijo el cónsul, extendiéndola-. Sellemos un acuerdo entre caballeros para olvidar todo esto. Es indigno, especialmente en estas fechas tan críticas, en las que cualquier publicidad estúpida podría inflamar los ánimos de la multitud en detrimento de los intereses de nuestras dos naciones.

-De todas formas, la culpabilidad está en mi alma -dijo Tagomi-. La sangre no puede ser lavada como la tinta.

El cónsul parecía perplejo.

-Suplico misericordia -dijo Tagomi-. Aunque usted no puede dármela, posiblemente nadie. Intente leer el famoso diario del antiguo teólogo de Massachusetts. El honorable C. Matter. Tratos, me han dicho, con la culpa y el fuego del infierno.

El cónsul fumaba rápidamente, estudiando intencionadamente a Tagomi.

-Permítame notificarle -dijo Tagomi- que su nación está a punto de caer en la mayor de las infamias. ¿Conoce usted el hexagrama llamado El Abismo?

Le hablo a nivel personal, no como representante oficial del Japón. Se lo diré: corazón enfermo de horror. Un baño de sangre sin comparación. Aunque todavía forcejeen por una pequeña y egoísta ganancia o fin. Poner a uno de los suyos por encima de la facción rival, el SD, ¿eh? Hasta que no meta a *Herr* Kreuz vom Meere en agua hirviendo... -No pudo seguir. Su pecho empezó a encogérsele. Como en la infancia, pensó. Asma, como cuando se enfadaba con la vieja dama-. Me duele -le dijo al señor Reiss, que al fin había apartado el cigarrillo-. Es una enfermedad que ha ido creciendo a lo largo de los años, pero que entró en mí de forma virulenta el día en que escuché vanamente el relato de las aventuras de sus líderes. De todas formas no hay ninguna posibilidad terapéutica. Para usted tampoco, señor. En el lenguaje del honorable C. Matter, diciéndolo adecuadamente: ¡Arrepentimiento!

-¡Decirlo adecuadamente! -dijo roncamente el cónsul alemán. Asintió y encendió un nuevo cigarrillo con dedos temblorosos.

Ramsey salió del despacho con un montón de impresos y papeles. Le habló a Tagomi, que permanecía en pie silenciosamente, tratando de normalizar la respiración.

-Todavía sigue aquí -indicó al alemán-. Los asuntos de rutina tienen que hacerse con diligencia.

Reflexivamente, Tagomi cogió los impresos que le tendía. Les echó un vistazo. Impreso 2050. Solicitud del Reich por mediación del consulado en los Estados Americanos del Pacifico, cónsul Freiherr Hugo Reiss, para la detención del criminal en custodia por el departamento de policía de San Francisco. Se trata de un ciudadano judío de nombre Frank Frink... según las leyes del Reich... de Alemania, retroactivas a junio de 1960. Para custodia de protección bajo las leyes del Reich, etc. Lo volvió a leer.

-Pluma, señor -ofreció Ramsey-. En esta fecha he concluido mis relaciones con el Gobierno alemán. -Miró al cónsul con repugnancia mientras le tendía la pluma a Tagomi.

-No -dijo Tagomi. Devolvió el impreso 2050 a Ramsey. Se lo arrebató y escribió al pie. *Liberar. El jefe de la misión comercial de San Francisco. Ver protocolo militar 1947. Tagomi.* Le entregó una copia al cónsul alemán y las otras a Ramsey junto con el original-. Buenos días, señor Reiss. -Se inclinó haciendo una reverencia.

El cónsul alemán también se inclinó. Apenas se molestó en leer el documento.

-Por favor, dirija los negocios futuros a través de la maquinaria intermedia, como el correo, teléfono o cable -dijo Tagomi-. No personalmente.

-Me está responsabilizando -dijo el cónsul- de unas condiciones generales que van más allá de mi jurisdicción.

-Mierda de gallina -dijo Tagomi-, Dígaselo.

-Así no llevan los negocios los hombres civilizados -dijo el cónsul-. Está haciendo de esto algo totalmente agrio y vengativo. No debería haber sino simple formulismo, sin involucraciones personales. -Tiró el cigarrillo al suelo del pasillo, se dio la vuelta y salió dando zancadas.

-Llévese las colillas con usted -dijo Tagomi débilmente, pero el cónsul ya había doblado la esquina-. Conducta infantil -le dijo a Ramsey-. Ha sido usted testigo de una repelente conducta infantil. -Tambaleante, se abrió paso hasta el despacho. No podía respirar en absoluto. Le bajaba un dolor penetrante por el brazo izquierdo y, al mismo tiempo, algo parecido a una



Librodot

enorme mano abierta le aplastaba y estrujaba las costillas-. ¡Uf! -dijo. Ante si no veía la moqueta, sino una lluvia de chispas rojizas.

Ayuda, señor Ramsey, dijo. Pero no emitió ningún sonido. Por favor, logró salir a traspiés. Nada a lo que sujetarse. Al caer, rebuscó en la chaqueta el triángulo de plata que le había dado Childan. No me salvó, pensó. No me ayudó. Cuánto esfuerzo.

Su cuerpo se estrelló contra el suelo, las manos, las rodillas; cayó en la alfombra. Ramsey corrió hacia él lamentándose. Mantener el equilibrio, pensó Tagomi.

-Es un pequeño ataque al corazón -consiguió decir Tagomi.

Varias personas le llevaron a una cama.

-Tenga calma, señor -le decía uno.

-Llamen a mi esposa, por favor -dijo Tagomi.

Oía la sirena de una ambulancia. Aullaba en la calle. Mucho más bullicio. Gente yendo y viniendo. Le pusieron una manta blanca por encima, hasta los hombros. Le quitaron la corbata, le desabotonaron el cuello de la camisa.

-Ya estoy mejor -dijo Tagomi. Estaba tranquilamente tumbado, intentando no agitarse. De todas formas, mi carrera se ha terminado, concluyó. Sin lugar a dudas, el cónsul alemán elevará la protesta. Quejas de sus maneras poco civilizadas. Quizá tuviera razón. Sea como sea, el trabajo ha sido hecho. Es todo lo que podía hacer. El resto es competencia de Tokio y de las facciones alemanas. En cualquier caso, el conflicto está más allá de mis posibilidades.

Pensé que sólo iba a tratarse de plásticos. Un importante vendedor de moldes. El oráculo lo presupuso y dio en el clavo, pero...

-Quítenle la camisa -dijo una voz. Sin duda el médico del edificio. El tono era bastante autoritario. Tagomi sonrió. El tono lo es todo. ¿Podría ser, se preguntó Tagomi, la respuesta? El misterio del organismo del cuerpo, su propio conocimiento. La hora para abandonarlo. O la de abandonarlo parcialmente. Un propósito al que debo ceder.

¿Qué fue lo último que dijo el oráculo sobre la pelea en el despacho, cuando aquellos dos hombres estaban allí muertos o moribundos? 61. Interior. Verdad. Los cerdos y los peces son los menos inteligentes de todos; difícil de creer. Soy yo. El libro significo yo. Nunca lo entenderé totalmente; ésa es la naturaleza de tales criaturas. ¿O es ésta la Verdad Interior, lo que me está sucediendo?

Esperaré. Veré lo que es.

Quizá sea ambas cosas.

Aquella misma tarde, después de la hora de la cena, un oficial de policía llegó a la celda de Frank Frink, abrió la puerta y le dijo que cogiese sus pertenencias de la oficina.

En poco tiempo se encontró en la acera de la comisaría de la calle Kearny, entre los muchos peatones que circulaban apresurados, los autobuses y los bocinazos de los coches y los conductores de los pedetaxis. El aire era frío. Las sombras se echaban delante de cada edificio. Frank Frink se detuvo un momento y luego se metió automáticamente entre un grupo de personas que cruzaban la calle en un paso cebra.

Arrestado sin razones reales, pensó. Sin propósito. Y luego me dejan ir de la misma forma.

No le habían dicho nada, simplemente que cogiera la ropa, el billetero,

reloj, gafas, artículos personales y, luego, ya estaban con el siguiente, un viejo borracho cogido de la calle.

Esto de que me hayan dejado ir es un milagro, pensó. Chiripa de alguna clase. Debería estar en un avión rumbo a Alemania, listo para el exterminio.

Aún no se lo podía creer. Nada, ni el arresto, ni la liberación. Irreal. Vagó por las calles, pasó ante los escaparates de las tiendas, caminando por encima de la basura arrastrada por el viento.

Una nueva vida, pensó. Como haber vuelto a nacer. Como... infiernos. Así es.

¿A quién le doy las gracias? ¿Rezar, tal vez?

¿Rezar a quién?

Me gustaría haberlo entendido, se dijo mientras deambulaba por la acera entre el trajín de la tarde, los anuncios de neón, las iluminadas puertas de los bares de la Avenida Grant. Quiero comprender. Tengo que hacerlo.

Pero supo que nunca lo conseguiría.

Sólo alégrate, pensó. Y sigue moviéndote.

Un trozo de su mente declaró: Y regresar con Ed. Tengo que volver al taller, al sótano. Volver a donde lo dejé, a la joyería, a usar mis manos. Trabajando y no pensando, ni mirando hacia arriba o tratando de entender. Debo mantenerme ocupado. Debo seguir haciendo piezas.

Manzana a manzana se apresuró a través de la oscura ciudad. Luchaba por volver lo antes posible a un sitio estable, a lo comprensible, después de todo lo que había pasado.

Cuando llegó se encontró con Ed McCarthy sentado en el banco, cenando. Dos sándwichs, un termo de té, un plátano, varias galletas. Frank Frink se detuvo en la puerta, jadeante.

Ed le oyó finalmente y le dejó entrar.

-Tuve la impresión de que habías muerto -dijo. Masticaba, tragaba rítmicamente. Dio un mordisco.

Junto al banco, Ed tenía encendido el pequeño calentador eléctrico. Frank se acercó y se agachó para calentarse las manos.

-Me alegra verte de vuelta -dijo Ed. Le dio dos palmadas en la espalda y luego volvió a ponerse a cenar. No dijo nada más; los únicos sonidos que había eran los de las aspas del calentador y el masticar de Ed.

Echando el abrigo sobre una silla, Frank cogió un puñado de piezas de plata a medio terminar y las llevó hasta el torno. Atornilló una broca de pulir, de cuero, con el eje, puso en marcha el motor, enderezó la rueda con la bobina compensadora, se puso la careta para protegerse los ojos y se sentó en la banqueta. Empezó a matizar las piezas una por una.

## 15

El Capitán Rudolf Wegener, que viajaba bajo el nombre de Conrad Goltz, comerciante de suministros médicos al por mayor, miró a través de las ventanillas del Me 9E de Lufthansa. Europa estaba frente a él. Qué rápido, pensó. Aterrizaremos en el aeropuerto de Tempelhof en cosa de siete minutos.

Me pregunto si lo habré conseguido, pensó mientras veía crecer la masa de tierra. Ahora le toca el turno al general Tedeki. Sea lo que sea lo que puede hacer en su patria. Pero al menos les dimos la información. Hicimos

cuanto pudimos.

No hay razón para ser optimistas, pensó. Probablemente, los japoneses no puedan hacer nada para cambiar el curso de la política interna alemana. El Gobierno de Goebbels está en el poder, y, casi seguro, se sostendrá. Cuando se haya consolidado, volverán a la idea del «Diente de León». Y una gran parte del planeta será destruida, con su población, por un ideal fanático y enloquecido.

Supongamos eventualmente que ellos, los nazis, lo destruyen todo. ¿Lo dejarán convertido en cenizas estériles? Pueden hacerlo, tienen la bomba de hidrógeno. Y no cabe duda de que lo harían; sus pensamientos tienden hacia el *Götterdämmerung.* Pueden anhelar y buscar activamente un holocausto final para todos.

¿Y qué dejará esa demente Tercera Guerra Mundial? ¿Pondrá fin a todo tipo de vida? ¿En todas partes? ¿Se convertirá nuestro planeta en un mundo asesinado por nosotros mismos?

No podía creerlo. Incluso si la vida en nuestro planeta se destruyera, tendría que haber vida en algún otro lugar del que no tengamos noticia, en alguna región o dimensión que nosotros simplemente no percibimos.

Aunque así fuera, no puedo probarlo, aunque no sea lógico, pero... lo creo, se dijo.

Nos aproximamos al momento del aterrizaje, pensó el Capitán Wegener.

Seguramente me vendrá a recibir el *Sicherheitsdienst*. La pregunta es: ¿de qué facción política será la representación? ¿De Goebbels? ¿O de Heydrich? Asumiendo que el general de las SS Heydrich aún estuviera vivo. Mientras he estado a bordo de esta nave, pudo haber sido secuestrado y asesinado. Las cosas pasan muy deprisa en los períodos de transición de las sociedades totalitarias. Ya había sucedido en la Alemania nazi: listas de nombres de hombres harapientos que habían sido estudiados antes escrupulosamente...

Unos minutos más tarde, cuando el avión cohete ya hubo aterrizado, se puso en pie y avanzó hacia la salida más próxima con el abrigo al brazo. Delante y detrás de él había pasajeros ansiosos. Ningún artista nazi esta vez, reflexionó. Ningún Lotze para hacerme saltar con sus estúpidos puntos de vista...

Wegener observó que el oficial de la compañía aérea que atendía a los pasajeros al final de la rampa llevaba el mismo uniforme que los Mariscales del Reich. En la explanada había un pequeño corrillo de camisas negras. ¿Para mí? Wegener empezó a andar despacio desde la aeronave parada. Allí, en otro punto, una ola de hombres y mujeres estaban esperando, llamando... incluso había algunos niños.

Uno de los camisas negras, un tipo rubio de cara lisa que no pestañeaba, con la insignia de la Waffen-SS, se acercó a Wegener con mucha discreción, dio un taconazo y saludó.

*-Ich bitte mich entschuldigen. Sind Sie nicht Kapitän Wegener, von der Abwehr?*

-Lo siento -respondió Wegener-. Soy Conrad Goltz, representante de A. G. Chemikalien, suministros médicos. -Comenzaba el pasado.

Otros dos camisas negras, también de la Waffen-SS, llegaron hasta él. Los tres se colocaron a su lado, de forma que, aunque siguiese su propio camino, estaba completa, abrupta y efectivamente bajo su custodia. Dos de los hombres de la Waffen-SS llevaban pistolas dentro de los grandes abrigos.

-Usted es Wegener -dijo uno de ellos mientras entraban en el edificio de la

terminal.

No respondió.

-Tenemos un coche -siguió diciendo el de la Waffen-SS-. Hemos recibido instrucciones de buscarle en el avión, contactarle y llevarle inmediatamente ante el general de las SS Heydrich, que está con Sepp Dietrich en la OKW de la División *Leibstandarte*. Estamos aquí especialmente para que no se le aproxime nadie ni de la *Wehrmacht* ni del partido.

Entonces, no me van a matar, se dijo Wegener. Heydrich está vivo; y en un lugar seguro, y tratando de fortalecer su posición en contra del Gobierno de Goebbels.

Quizás el Gobierno de Goebbels caiga, después de todo, pensó mientras era introducido en un Daimler de las SS que les esperaba. Un destacamento de las Waffen-SS apareció de repente en la noche; los guardias de la *Reichskanzler* fueron suprimidos y reemplazados. La jefatura de policía de Berlín vomitaba hombres de la SD fuertemente armados en todas direcciones... las estaciones de radio y el suministro eléctrico estaban cortados. El aeropuerto de Tempelhof, cerrado. Se oía el retumbar de las pesadas pistolas en la oscuridad, a lo largo de las principales calles.

¿Qué pasa? Aunque el doctor Goebbels sea derrocado y la operación Diente de León cancelada, existirían todavía los camisas negras, el partido. Los esquemas, si no están en oriente, estarán en algún lugar. En Marte o en Venus.

No me extraña que el señor Tagomi no haya podido actuar, pensó. El terrible dilema de nuestras vidas. Suceda lo que suceda, el más está más allá de cualquier comparación. ¿Por qué luchar, entonces? ¿Por qué elegir? Si cualquier alternativa es lo mismo...

Evidentemente, se sigue adelante, como siempre ha sucedido. Día a día. En este momento se trabaja en contra de la operación Diente de León. Más tarde, en otro momento, trabajaremos para derrotar a la policía. Pero no podemos hacerlo todo a la vez; es una secuencia. Un proceso que no se puede alterar. Sólo se puede controlar el final haciendo una elección distinta a cada paso.

Sólo podemos tener esperanza, intentarlo, pensó.

En algún otro mundo, quizá sea diferente. Mejor. Hay alternativas claras de bien y mal. No esta oscura dosis, esta mezcla para la que no hay herramientas adecuadas para descomponerla.

No tenemos el mundo ideal, el que nos gustaría, en donde la moralidad fuese fácil porque el conocimiento también lo fuera. En donde se pudiera actuar correctamente sin esfuerzo porque se puede detectar lo evidente.

El Daimler se puso en marcha, con el Capitán Wegener en el asiento posterior con un camisa negra a cada lado. Las pistolas enfundadas. Un camisa negra al volante.

Supongamos que incluso ahora se trate de un engaño, pensó Wegener mientras el coche avanzaba a toda velocidad entre el tráfico de Berlín. Ellos no me llevan a ver al general Heydrich de las SS en la División OKW *Leibstandarte*; me llevan a la cárcel del partido para torturarme y luego matarme. Pero he elegido. Elegí volver a Alemania. Elegí arriesgarme a la captura antes de poder llegar a las gentes de la Abwehr y a la protección.

La muerte en cada momento, una avenida abierta para nosotros en cualquier punto. Y, eventualmente, la elegimos a pesar de nosotros mismos. O creíamos que no vendría por ahí y pasamos deliberadamente. Veía pasar

las casas de Berlín. Mi propio *Volk*, pensó; tú y yo, de nuevo, juntos.

-¿Cómo están las cosas? -les preguntó a los tres hombres de las SS-. ¿Algún acontecimiento reciente en la evolución de la situación política? He estado fuera varias semanas desde la muerte de Bormann.

-Naturalmente -le contestó el hombre de su derecha-, hay una histeria absoluta entre la muchedumbre simpatizante del doctorcito. Los que le empujaron a su despacho. Sin embargo, es poco probable que, cuando los elementos más sobrios prevalezcan, consientan en mantener a un mutilado demagogo que depende de su forma de inflamar a las masas con sus mentiras y su oratoria fascinante.

-Ya veo -dijo Wegener.

Parece que esto marcha. Un odio de aniquilación mutua. Quizá la simiente esté ahí. Se comerán al final unos a otros y nos dejarán al resto de nosotros repartidos por el mundo, todavía vivos. Todavía los suficientes como para una vez más construir y confiar y hacer unos pocos planes sencillos.

A la una en punto de la tarde, Juliana Frink llegó a Cheyenne, Wyoming, al centro de la ciudad, al sector de negocios, a través de un viejo y enorme depósito de trenes. Aparcó junto al bordillo y buscó en el periódico hasta que dio con el artículo.

Las vacaciones terminaron con una muerte fulminante.

> Está siendo buscada para ser interrogada con respecto a la fulminante muerte de su esposo en sus habitaciones del *Hotel Presidente Gardner*, de Denver, la esposa de Joe Cinnadella, de Canon City. De acuerdo con los empleados del hotel, se marchó inmediatamente después de lo que debió ser el clímax de una disputa familiar. En la habitación se encontraron cuchillas de afeitar, irónicamente suministradas por el hotel a sus huéspedes para su uso, y que aparentemente fueron utilizadas por la señora Cinnadella, a la que se describe como de piel morena, atractiva, bien vestida y esbelta, de unos treinta años, quien le cortó la garganta a su marido, cuyo cuerpo fue encontrado por Theodor Ferris, empleado del hotel, que había recogido las camisas del señor Cinnadella media hora antes y las devolvía según sus instrucciones, quien se encontró con el horrible espectáculo. La policía del hotel dijo que había signos de pelea, lo que sugiere que hubo una violenta disputa...

Así que está muerto, pensó Juliana mientras doblaba el periódico. Y no sólo eso, sino que no tienen mi nombre correcto; no saben quién soy, ni nada acerca de mí.

Mucho menos angustiada condujo hasta que encontró un motel agradable; hizo los arreglos oportunos para conseguir una habitación y llevó sus pertenencias desde el coche. De aquí en adelante, no tengo que darme prisa, se dijo. Incluso puedo esperar hasta la tarde para ir a casa de los Abendsen; así tendré ocasión de ponerme el vestido nuevo. No quiero que me lo vean de día... una no se pone un vestido así antes de cenar. Y puedo terminar de leer el libro.

Se instaló cómodamente en la habitación del motel, encendió la radio,

pidió café a la recepción; se acomodó en la cómoda y limpia cama recién hecha con el ejemplar de *«La langosta»* totalmente nuevo que había comprado en la librería del hotel de Denver.

A las seis y cuarto de la tarde había terminado de leer el libro. Me pregunto si Joe habría llegado hasta el final. Lo sospechaba. Hay mucho más en el libro de lo que él pudo entender. ¿Qué quiere decir Abendsen? Nada acerca del mundo en que él creía. ¿Soy la única que lo sabe? Apuesto a que sí. Nadie más entiende realmente *«La langosta»...* sólo se imaginan que lo comprenden.

Aún un poco agitada, colocó el libro en la maleta y se puso el abrigo y dejó la habitación del motel para buscar algún lugar para cenar. El aire era agradable y los anuncios luminosos de Cheyenne parecían particularmente excitantes. Frente al bar paseaban dos bonitas prostitutas indias de ojos negros. Disminuyó la marcha para mirar. Muchos coches, algunos muy brillantes, subían y bajaban por la calle; el espectáculo tenía cierta aureola brillante y de expectación, como si se estuviese mirando hacia delante, donde ocurriría un acontecimiento importante y feliz, y no hacia atrás... la ranciedad y la pesadez, lo consumido y lo desechado... todo era mucho mejor que allá... allá, pensó, lo viciado, aburrido, el úsalo y tíralo.

En un caro restaurante francés, con un hombre de chaqueta blanca que aparcaba los coches de los clientes, y con una vela en una copa de vino en cada mesa, y donde la mantequilla no estaba en un paquetito sino en un pequeño recipiente de mármol blanco, cenó agradablemente y, luego, con todo el tiempo del mundo para perder, regresó al motel. Los cheques del Reichsbank casi se habían acabado, pero daba igual, no tenía importancia. Nos habló de nuestro propio mundo, pensó mientras abría la puerta de la habitación del motel. Todo esto que nos rodea. Ya en la habitación, conectó de nuevo la radio. Quiere que veamos cómo es. Y yo lo estoy haciendo, y cada vez más.

Sacó de la caja el vestido italiano de color azul, lo colocó escrupulosamente sobre la cama. No había sufrido ningún daño; todo lo que necesitaba era un buen cepillado para quitarle las pelusas. Pero, cuando abrió las otras cajas, descubrió que no había traído ninguno de los sujetadores de media copa que había comprado en Denver.

-Maldición -dijo, desplomándose en una silla. Encendió un cigarrillo y fumó durante unos instantes.

Quizá se lo pudiera poner con un sujetador normal. Se quitó la blusa y la falda y se probó el vestido. Pero se veían los tirantes del sujetador y también la parte de arriba de las copas. Así que no podía llevarlo. O quizá... pueda llevarlo sin sujetador... Habían pasado años desde la última vez que lo hiciera... recordó los tiempos del instituto, cuando tenía los pechos más pequeños. Incluso tuvo problemas por ello. Pero la madurez posterior y el judo la habían puesto en una talla treinta y ocho. Lo probó sin sujetador. Se subió a una silla en el cuarto de baño para mirarse en el espejito del armario de medicinas.

El vestido se adaptaba, mostrando el escote maravillosamente, pero, santo cielo, era demasiado arriesgado. Todo lo que tenía que hacer era apagar un cigarrillo o coger una copa y... desastre. ¡Un alfiler! Podría ponerse el vestido sin sujetador y recoger el delantero. Sacó el contenido del joyero y lo extendió sobre la cama. Separó los alfileres, reliquias que había poseído durante años, dadas por Frank u otros hombres antes de su matrimonio, y

el nuevo que Joe le había regalado en Denver. Sí, una pequeña silueta de caballo, de plata de México, podía ir; encontró el lugar exacto. Después de todo, se podría poner el vestido.

Estoy contenta de no tener ya nada, se dijo. Muchas cosas malas se han ido; de todas formas, queda muy poco de los planes maravillosos.

Se cepilló bastante el pelo, hasta que lo tuvo brillante y suelto, luego eligió los zapatos y los pendientes. Se puso el abrigo, cogió el bolso nuevo de piel y salió.

En lugar de conducir el viejo Studebaker, le pidió al dueño del motel que pidiera un taxi. Mientras esperaba en la recepción, tuvo de pronto la idea de llamar a Frank. Por qué se le había pasado por la mente, no podía imaginarlo, pero la idea estaba allí. ¿Por qué no?, se preguntó. Podría retirar los cargos, se volvería loco de alegría y estaría encantado de pagar.

De pie, ante el mostrador de la oficina, levantó el teléfono hasta el oído, deleitándose con la conversación de la telefonista mientras preparaba su conexión. Podía oír a la operadora de San Francisco, muy lejana, pidiendo el número en información, luego hubo otros ruidos y, al fin, el tono de llamada. Mientras esperaba, miraba de vez en cuando para ver si había llegado el taxi. Estará lejos, pensó. Pero no me importa demorarme. Me están esperando.

-El número no contesta -dijo la telefonista de Cheyenne-. Podemos llamar un poco más tarde y...

-No -dijo Juliana, moviendo la cabeza. Ha sido un capricho-. No voy a estar aquí. Muchas gracias. -El propietario del motel había estado a su lado para comprobar que no se le quedara nada sin cobrar. Juliana salió rápidamente de la oficina, hacia la fría y oscura acera, para esperar allí el taxi.

De entre el tráfico se destacó un reluciente taxi nuevo. Se acercó al bordillo y se detuvo; la puerta se abrió y el conductor salió para abrirle la suya.

Un instante después, Juliana estaba ya en camino, montada en la parte trasera de un lujoso taxi, cruzando Cheyenne para ir a visitar a los Abendsen.

En la casa de los Abendsen había luz y pudo oír música y voces. Era una casa de una sola planta, con muchos arbustos y un amplio jardín lleno de rosales. Cuando atravesó el umbral de piedra lisa, pensó: ¿Estoy aquí realmente? ¿Es esto el Alto Castillo? ¿Qué pasaba con los rumores y las historias? La casa era corriente, bien cuidada, y el césped estaba cortado. Incluso había un triciclo de niño al borde del camino de cemento.

¿Sería otro Abendsen? Había tomado las señas de la guía telefónica de Cheyenne, y coincidía con el número con que había hablado la noche anterior, desde Greely.

Subió al porche con adornos de hierro y llamó al timbre. A través de la puerta entreabierta pudo ver el salón, con unas cuantas personas en él. Cortinas venecianas, un piano, chimenea, librerías, bonito mobiliario, pensó. ¿Dan una fiesta? Pero nadie vestía formalmente.

Un chico, despeinado, de unos trece años, con una camiseta y vaqueros, abrió del todo la puerta.

-¿Sí?

-¿Está -dijo Juliana- el señor Abendsen en casa? ¿Está ocupado?

El chico, dirigiéndose a alguien que había a sus espaldas, llamó:

-Mamá, quiere ver a papá.

Junto al chico apareció una mujer de oscuros cabellos rojizos, de unos treinta y cinco años, con duros ojos grises y sonrisa competente e inexorable. Juliana supo que se estaba enfrentando a Carolina Abendsen.

-Llamé anoche -dijo Juliana.

-Oh, sí, por supuesto. -Su sonrisa se amplió. Tenía los dientes blancos y regulares. Irlandesa, dedujo Juliana. Sólo la sangre irlandesa puede dar una mandíbula tan femenina-. Déme el bolso y el abrigo. Ha venido en el mejor momento; estamos con unos amigos. Qué vestido tan bonito... es de Cherubini, ¿verdad? -Condujo a Juliana a través del salón hasta un dormitorio, donde dejó las cosas de Juliana sobre la cama, junto con las de los demás-. Mi marido anda por ahí. Busque a un hombre alto, con gafas, que esté bebiendo y vestido de forma anticuada. -La inteligente luz de sus ojos expresó efusivamente las gracias porque hubiera ido. Sus labios se estremecieron... Hay tanto entendimiento entre las dos, pensó Juliana. ¿No es asombroso?

-Conduje un largo trecho -dijo Juliana.

-Si que lo hizo. Ya lo sé. -Carolina Abendsen la guió hasta el salón, hacia un grupo de hombres-. Querido -llamó-, ven aquí. Es una de tus lectoras, y está muy ansiosa por decirte unas cuantas cosas.

Un hombre del grupo se movió, se apartó de los demás y se acercó a ellas con una copa en la mano. Juliana vio a un hombre inmensamente alto y de cabello rizado y negro; su piel también era morena y los ojos parecían púrpuras o marrones, de color muy intenso desde detrás de las gafas. Llevaba traje a medida, de fibra natural cara, tal vez lana inglesa; el traje le aumentaba los anchos y fuertes hombros sin ninguna línea que no fuese suya propia. Juliana no había visto un traje como aquél en toda su vida. Estaba fascinada.

-La señorita Frink -dijo Carolina- ha conducido todo el camino desde Canon City, Colorado, sólo para hablar contigo sobre *«La langosta»*.

-Pensé que vivía usted en una fortaleza -dijo Juliana.

Inclinándose para verla, Hawthorne Abendsen sonrió meditativamente.

-Sí, lo hicimos, pero teníamos que subir en ascensor y se me desarrolló una fobia. Estaba bastante borracho cuando me entró la fobia, por lo que recuerdo y por lo que me dicen, así que decidí no seguir allí porque decía que los cables del ascensor eran manejados por Jesucristo y que íbamos a ir derechitos hasta arriba del todo. Yo decidí quedarme más cerca.

Juliana no lo entendió.

-Hawt dice -explicó Carolina- que cuando de verdad vea a Jesucristo se va a sentar, no a quedarse de pie.

El himno, recordó Juliana.

-De modo que abandonó el alto castillo y se fue a la ciudad, ¿verdad? -dijo.

-Me gustaría servirle una copa -dijo Hawthorne.

-Está bien -dijo-. Pero que no esté pasada de moda. -Acababa de ver un aparador con varias botellas de whisky, entremeses, vasos, hielo, una coctelera, cerezas y rodajas de naranja. Se dirigió hacia allí. Abendsen la acompañó-. Sólo un *I. W. Harper* con hielo -dijo-. Siempre me ha gustado. ¿Conoce eI oráculo?

-No -dijo Hawthorne mientras le servía una copa.

Asombrada, Juliana le preguntó:

-¿*El «Libro de los Cambios»*?

-No lo conozco, no -repitió. Le pasó la copa.

-No gastes bromas -dijo Carolina Abendsen.

-Leí su libro -siguió Juliana-. De hecho lo he terminado esta misma tarde. ¿Cómo supo todo eso acerca de ese otro mundo sobre el que escribió?

-Hawthorne no dijo nada; se pasó los nudillos por el rabio inferior, mirándola fijamente y con el ceño fruncido.

-¿Utilizó el oráculo? -preguntó Juliana.

Hawthorne la miró fijamente.

-No quiero que me tome el pelo o que me cuente un chiste -pidió Juliana-. Dígamelo sin hacerse el ingenioso.

Mordiéndose los labios, Hawthorne miró el suelo, cruzó los brazos, se balanceó sobre los pies, sobre los talones. Los otros invitados, los que había cerca de ellos, guardaron silencio y Juliana se percató de que sus modales habían cambiado. No les alegraba oír lo que acababa de decir. Pero no trató de retroceder o de encubrirlo; no pretendía hacerlo. Era demasiado importante. Y había ido desde muy lejos y hecho demasiadas cosas para que le dijeran algo que no fuera la más absoluta verdad.

-Es una pregunta difícil de responder -dijo Abendsen finalmente.

-No, no lo es -respondió Juliana.

Todos los presentes guardaron silencio; todos también miraron a Juliana, que se encontraba de pie junto a Carolina y Hawthorne Abendsen.

-Lo siento -dijo Abendsen-. No puedo contestarle ahora mismo. Tiene que aceptarlo.

-Entonces, ¿por qué escribió el libro? -dijo Juliana.

Señalando con el vaso, Abendsen dijo:

-¿Qué hace ese alfiler en su vestido? ¿Custodia las ánimas del mundo inmutable o sólo es para mantenerlo todo unido?

-¿Por qué cambia de tema? -contestó Juliana-. ¿Por qué elude lo que le pregunto y se desvía para hacer una observación tan inútil como ésa? Es infantil.

-Todo el mundo tiene secretos técnicos -dijo Abendsen-. Usted tiene los suyos y yo los míos. Debió leer el libro y aceptarlo como es, al igual que yo acepto lo que veo. -De nuevo la señaló con el vaso-. Sin preguntar si es genuino lo que tapa ahí, o si está hecho con alambres y palos y relleno de gomaespuma. ¿No es ésa una parte de las creencias en la naturaleza de las personas y de lo que usted en general puede ver?

Parece irritable y confundido, pensó Juliana; puede que haya perdido la educación y el sentido de la hospitalidad. Y Carolina, por lo que vio con el rabillo del ojo, tenía expresión de tensa exasperación, los labios apretados y ya no sonreía.

-En su libro -dijo Juliana-, usted nos enseña que hay un camino de salida. ¿No era eso lo que quería decir?

-Salida -repitió ironizando.

-Usted ha hecho mucho por mí -dijo Juliana-; ya puedo ver que no hay nada que temer, nada que querer, odiar o evitar, ni aquí ni procedente de otra parte. O perseguir.

Abendsen la miró de frente, agitando el vaso, estudiándola.

-En este mundo hay muchas cosas que valen la pena. Ésa es mi opinión.

-Entiendo lo que está pasándole por la mente -dijo Juliana. A ella le resultaba familiar aquella expresión en la cara de un hombre, pero no la alteró volver a verla. Ya no se sentía como antes-. Su expediente de la

Gestapo decía que usted se sentía atraído por mujeres como yo.

Abendsen le contestó cambiando la expresión mínimamente.

-No tengo nada que ver con la Gestapo desde 1947.

-La SD, o lo que sea.

-¿Podría explicarse? -pidió Carolina vivamente.

-Voy a hacerlo -dijo Juliana-. Llegué a Denver con une de ellos. Iba a venir aquí. Debería estar usted en algún lugar donde ellos no pudieran encontrarle, en vez de vivir tan abiertamente, en una casa donde puede entrar cualquiera, aun de Ia forma en que yo misma lo hice. El próximo que venga... no habrá otro como yo que le detenga.

-Dice el «próximo» -preguntó Abendsen después de una pausa-. ¿Qué le parece el que fue con usted a Denver? ¿Por qué no se presentó aquí?

-Le corté la garganta -dijo Juliana.

-Eso es una cosa completamente diferente -dijo Hawthorne-. No es frecuente que una chica a la que nunca antes has visto te cuente esas cosas.

-¿No me cree?

-Seguro -dijo, asintiendo con la cabeza. Juliana le sonrió tímida, gentil y desamparadamente. Parecía que no se le había pasado por la cabeza que no la creyera-. Gracias -dijo.

-Ocúltese de ellos -le pidió.

-Bueno... -contestó Abendsen-, lo intentamos, ya lo sabe. Como habrá leído en la cubierta del libro... todas las armas y tanques electrificados. Y lo hemos puesto por escrito, de forma que pueda parecer que seguimos tomando precauciones. -En su voz había un tono cansado y seco.

-Al menos, podrías llevar un arma -le dijo su mujer-. Sé que algún día alguien a quien invites te matará mientras charlas con él, algún experto nazi tomándose la revancha; y tú sigues filosofando del mismo modo. Lo veo venir.

-Pueden atraparte -dijo Abendsen- si quieren, tengas o no alambrada electrificada o Alto Castillo.

Es tan fatalista, pensó Juliana. Resignado a su propia destrucción. ¿Sabe eso por lo mismo que sabe cómo es el mundo de su libro?

-El oráculo escribió su libro, ¿no es así? -le preguntó Juliana.

-¿Quiere usted saber la verdad? -dijo Hawthorne.

-Claro que quiero y tengo derecho a saberla -respondió- por todo lo que he hecho. ¿No es así? Usted sabe que es así.

-El oráculo -dijo Abendsen- estaba profundamente dormido mientras escribía el libro. Profundamente dormido en una esquina del despacho. -Sus ojos no mostraban regocijo, su cara parecía más larga, más sombría que nunca.

-Díselo -dijo Carolina-. Tiene razón; tiene derecho a saberlo por lo que ha hecho por ti. -Dirigiéndose a Juliana dijo-: Yo se lo contaré, señorita Frink. Hawt hizo las elecciones una por una. Miles. Por el significado de las líneas. El período histórico. El asunto, los personajes. El ensamblado. Llevó años. Hawt le preguntó al oráculo incluso si tendría éxito. Le contestó que sería un gran éxito, el primer gran éxito de su carrera. Así que tiene usted razón. Debe usar muchísimo el oráculo para haberlo sabido.

-Sospecho por qué el oráculo quiso escribir una novela -dijo Juliana-. ¿Ha pensado alguna vez en preguntárselo? ¿Y por qué una sobre los alemanes y japoneses perdiendo la guerra? ¿Por qué esa historia y no otra? ¿Qué hay en todo esto que no puede decírnoslo directamente como hace siempre? Debe

ser algo diferente, ¿no le parece?

Ni Hawthorne ni Carolina dijeron nada.

-El libro y yo -dijo finalmente Hawthorne- llegamos hace mucho a un acuerdo con respecto a los derechos de autor. Si le preguntó por qué el oráculo escribió *«La langosta»,* empezaría a dar vueltas para que le diera su parte. La cuestión implica que yo no hice nada salvo mecanografiar, y eso ni es cierto, ni sería decente.

-Yo se lo preguntaré -dijo Carolina-, si quiere.

-No es asunto suyo preguntárselo -dijo Hawthorne-. Que pregunte ella. -Se dirigió a Juliana-: Tiene usted una mente muy poco frecuente. ¿Es consciente de ello?

-¿Dónde tiene su ejemplar? -dijo Juliana-. Llevo el mío en el coche. Pero está en el motel. Si no quiere prestarme el su yo, iré a por él.

Dándose la vuelta, Hawthorne salió. Carolina y Juliana le siguieron a través del salón lleno de gente hacia una puerta cerrada. Las dejó en la puerta. Cuando regresó, todos vieron el negro lomo de los dos volúmenes.

-No uso los palillos de milenrama -le dijo a Juliana-. No logro entenderlos; se me caen.

Juliana se sentó en una mesita baja, en un rincón.

-Necesito papel y lápiz.

Uno de los invitados se los dio. La gente de la habitación se acercó a ella, formando un círculo a su alrededor y alrededor de los Abendsen, escuchando y mirando.

-Debe hacer la pregunta en voz alta -dijo Hawthorne-. Aquí no tenemos secretos.

Juliana habló:

-Oráculo, ¿por qué escribiste *«La plaga de la langosta»*? ¿Qué crees que hemos de aprender?

-Hace la pregunta de un modo desconcertante y supersticioso -dijo Hawthorne, pero se agachó para ver cómo echaba las monedas-. Adelante -dijo, entregando tres monedas de cobre chinas con agujero en el centro-. Generalmente, uso éstas.

Juliana empezó a lanzarlas, se sentía calmada y totalmente dueña de sí misma. Hawthorne escribió las líneas. Cuando hubo echado seis veces las monedas, miró hacia abajo y dijo.

-Sol en lo alto. Tui vacío. Vacío en el centro. ¿Sabe qué hexagrama es? -dijo-. ¿Sin mirar el cuadro?

-Si -dijo Hawthorne.

-Es *Chung Fu* -dijo Juliana-. La Verdad Interior. Lo sé sin usar el cuadro. Y sé lo que significa.

Levantando la cabeza, Hawthorne la examinó. Tenía una expresión casi salvaje.

-¿Significa que mi libro es verdadero?

-Sí -respondió Juliana.

-¿Alemania y Japón perdieron la guerra? -dijo irritado.

-Sí.

Hawthorne cerró los dos volúmenes y se levantó sin decir nada más.

-No hace falta que lo vea -dijo Juliana.

Durante unos momentos, lo consideró. Su mirada se vació, notó Juliana. Observó que estaba encerrado en sí mismo. Preocupado por sí mismo... y, entonces, sus ojos se abrieron y su mirada volvió a aclararse; gruñó y dijo:

-No estoy seguro de nada.

-Créalo -le dijo Juliana.

Negó con la cabeza.

-¿No puede? -le dijo-., ¿Está seguro?

-¿Quiere un ejemplar autografiado y dedicado de *«La langosta»*?

También Juliana se puso en pie.

-Creo que debo irme -dijo-. Muchas gracias. Siento haber estropeado la velada. Han sido muy amables al dejarme entrar. -Dejando atrás a ambos, se abrió paso a través del círculo de gente del salón hasta el dormitorio donde había dejado el abrigo y el bolso.

Mientras se ponía el abrigo, apareció Hawthorne por la espalda.

-¿Sabe lo que es usted? -Se volvió hacia Carolina, de pie, a su lado-. Un demonio, un pequeño espíritu clónico que... -Levantó la mano y se frotó los párpados, ladeando ligeramente las gafas al hacerlo-. Vaga cansadamente sobre la faz de la Tierra. -Se colocó las gafas-. Hace lo que es instintivo para usted, expresando su ser de esa forma. No vino para causar mal alguno; sólo sucedió. Me alegra que haya venido. No lamento que todo esto se haya sabido, que tuve una revelación por parte del libro. Ella no sabía ni lo que iba a encontrar ni lo que iba a hacer aquí. Pienso que todos hemos tenido suerte. No vamos a enfadarnos por esto, ¿de acuerdo?

-Es terrible -dijo Carolina-, terrible y destructiva.

-La realidad es ésa -dijo Hawthorne. Le tendió la mano a Juliana-. Gracias por todo lo que hizo en Denver -dijo.

Le estrechó la mano.

-Buenas noches -dijo-. Haga lo que dice su mujer, lleve al menos un arma de mano.

-No -dijo-. Lo decidí hace tiempo. No voy a dejar que me molesten. Me puedo apoyar en el oráculo ahora igual que entonces, sobre todo si me pongo nervioso, casi siempre en mitad de la noche. No está mal para esos casos. -Sonrió ligeramente-. De momento, lo único que me molesta es saber que todos esos holgazanes que andan por ahí escuchando y cogiéndolo todo se hayan bebido todo el licor que había en casa mientras nosotros no hacemos otra cosa que hablar. -Se dio la vuelta y salió, volviendo al aparador para echarse un poco de hielo en la copa.

-Ahora que ha terminado aquí, ¿dónde irá? -preguntó Carolina.

-No lo sé. -El problema no la molestaba. Debo ser un poco como él, pensó; no voy a permitir que ciertas cosas me preocupen, no cuenta lo importantes que sean-. Quizá regrese con mi marido, Frank. He tratado de telefonearle esta misma noche; lo intentaré de nuevo. Ya veré cómo me siento un poco más tarde.

-A pesar de lo que ha hecho por nosotros, o lo que dice que ha hecho...

-Le gustaría que nunca hubiera venido a esta casa -dijo Juliana.

-Si salvo la vida de Hawthorne de ese modo, es algo terrible para mí... pero estoy tan trastornada; no puedo asimilar lo que dijo usted y lo que ha dicho Hawthorne.

-Qué extraño -dijo Juliana-. Nunca había pensado que la verdad la molestase. -La verdad, pensó. Tan terrible como la muerte. Pero más difícil de encontrar. Soy afortunada-. Pensé que usted estaría tan complacida y excitada como yo. Me equivoqué, ¿verdad? -Sonrió. Después de una pequeña pausa, la señora Abendsen consiguió devolvérsela-. Bien, de todas formas, buenas noches.

Algo más tarde. Juliana recorría sus pasos anteriores sobre el empedrado del césped, entre los parches de luz procedentes del salón hasta llegar a las sombras que había más allá del umbral de la casa, en la negra acera.

Caminó sin volverse a mirar por última vez la casa de los Abendsen y, mientras andaba, buscando por la calle un taxi o un coche que la llevase de vuelta al motel, se movía con optimismo, llena de ganas de vivir.

# FIN